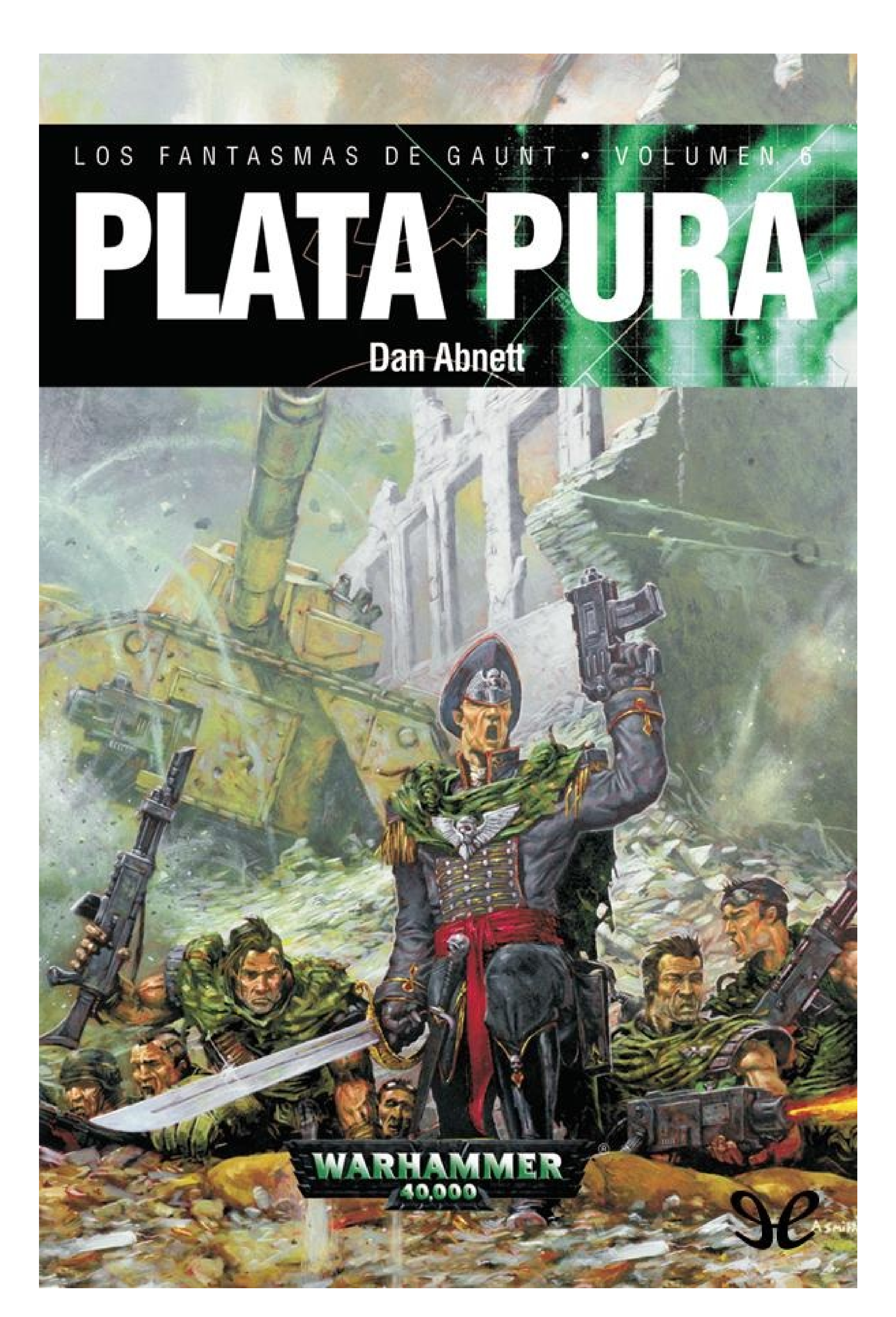

LOS FANTASMAS DE GAUNT • VOLUMEN 6
PLATA PURA
Dan Abnett
WARHAMMER
40,000

En los campos de batalla de Aexe Cardinal, las fuerzas de combate de la Guardia Imperial quedan inmovilizadas en una situación de estancamiento mortífero con los siniestros ejércitos del Caos. El comisario Ibram Gaunt y su regimiento, los Primeros y Únicos de Tanith, se ven inmersos en un infierno: la guerra de trincheras, en la que la amenaza de la muerte provocada por la artillería local se cierne continuamente sobre ellos. La única oportunidad de sobrevivir que tienen Gaunt y sus tropas de exploración es ofrecerse como voluntarios a una misión tan peligrosa ¡que nadie se atreve a aceptarla!



Dan Abnett

Plata pura

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt.
La Santa 3

ePub r1.0

epublector 16.08.13


FOR TANITH - FOR THE EMPERO

Título original: *Straight Silver*
Dan Abnett, 2003
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2004

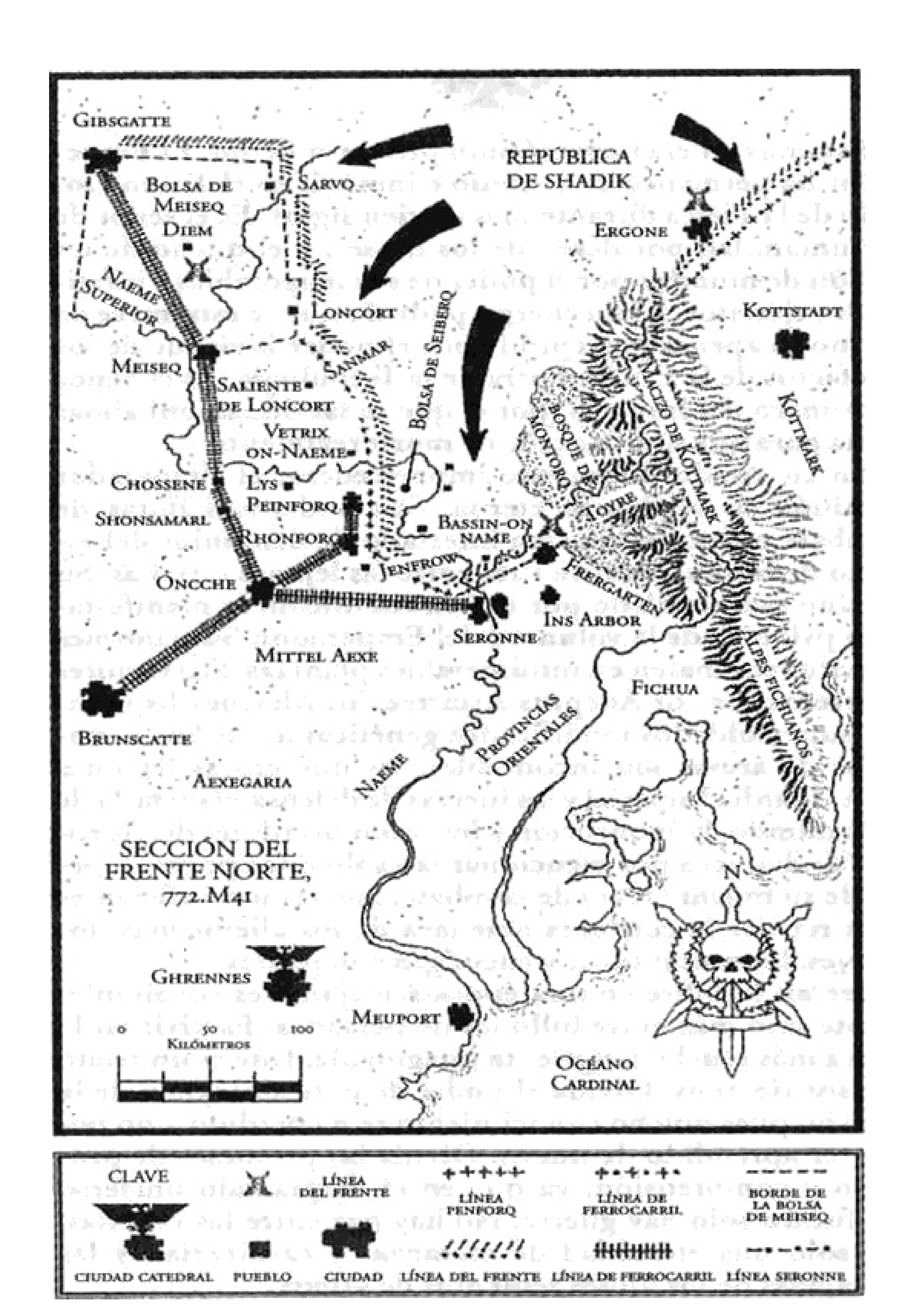
Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



GIBSGATTE
REPÚBLICA
DE SHADIK
BOLSA DE
MEISEQ
SARVO
DIEM
ERGONE
NAEME
SUPERIOR
LONCORT
KOTTSTADT
SANMAR
BOLSA DE SEIBERQ
MEISEQ
SALIENTE
DE LONCORT
MACIZO DE KOTTMARK
KOTTMARK
BOSQUE DE
MONTORQ
VETRIX
ON-NAEME
CHOSSENE
LYS
PEINFORQ
TOYRE
SHONSAMARL
BASSIN-ON
NAME
RHONFORQ
JENFROW
FREGARTEN
ONCCHE
INS ARBOR
SERONNE
MITTEL AEXE
FICHUA
ALPES FICHUANOS
BRUNSCATTE
PROVINCIAS
ORIENTALES
NAEME
AEXEGARIA
N
SECCIÓN DEL
FRENTE NORTE,
772.M41
GHRENNES
MEUPORT
0
50
100
KILÓMETROS
OCÉANO
CARDINAL
CLAVE
LÍNEA
DEL FRENTE
LÍNEA
PENFORQ
LÍNEA DE
FERROCARRIL
BORDE DE
LA BOLSA
DE MEISEQ
CIUDAD CATEDRAL
PUEBLO
CIUDAD
LÍNEA DEL FRENTE
LÍNEA DE FERROCARRIL
LÍNEA SERONNE

Durante los primeros seis meses de 772.M41, el decimoséptimo año de la campaña de los Mundos de Sabbat, las fuerzas de combate de la Cruzada Imperial bajo el mando del Señor de la Guerra Macaroth se esforzaron por consolidar los logros que habían obtenido con sus victorias durante el invierno anterior y por sacarles el mayor partido. La supremacía en el sistema Cabal parecía posible por fin gracias a las líneas de suministros (las llamadas «venas de la victoria») que se habían abierto mediante los triunfos en las batallas y combates de Gigar, Aondrift Nova, Tanzina IV, Fantine y el poderoso mundo forja de Urdesh. Sin embargo, el famoso mundo fortaleza de Morlond todavía resistía, y varios informes indicaban que Urlock Gaur, quien al parecer se había convertido en el señor supremo de todas las fuerzas del archienemigo tras la muerte del arconte Nadzybar en Balhaut, estaba preparando un enorme contraataque en el Racimo Carcaradon. Además, la Cruzada Imperial estaba encontrando una fuerte resistencia en el flanco que daba al centro de la galaxia en los combates contra las huestes del Caos bajo el mando de Anakwanar Sek, Shebol Mano Roja y Enok Innokenti, tres de los señores de la guerra más capacitados de Gaur.

Macaroth, mostrando de nuevo su estilo típicamente instintivo y en contra de todos los consejos y avisos de sus jefes de estado mayor, dividió las fuerzas de la cruzada entre sus generales de confianza. El Noveno Ejército de la cruzada, bajo el mando del señor militante Humel, fue enviado a Enothis para romper la resistencia de la vil horda de Sek. El Octavo y el Sexto, a las órdenes del general Kelso y el maestre de capítulo Veegum, de la Guardia de Plata, fueron redirigidos hacia el grupo Khan para acorralar a Innokenti, mientras que el Séptimo Ejército, bajo las órdenes del mariscal Blackwood, profundizó en dirección al núcleo de la galaxia, hacia Belshiir Binaria y Alfa Madrigo. Al general Bulledin, al mando del Segundo Ejército, se le encargó mantener y proteger las líneas de suministro en dirección al exterior de la galaxia que llevaban hasta Urdesh. Macaroth en persona se pondría al mando del Primer, Tercer y Cuarto Ejércitos para dirigir el avance reforzado hacia Morlond para, en palabras del propio Señor de la Guerra, «enfrentarnos a Gaur en su propio patio trasero».

Muchos presentaron objeciones a aquel proyecto. Los comandantes de la flota imperial creían que Macaroth había vencido por los pelos y por pura suerte en su arriesgada apuesta del sistema Cabal, y veían que iba a repetir aquella maniobra atrevida y aventurada incluso a una escala mayor. Otros generales mostraron su descontento por no haber sido elegidos para estar al mando de uno de los cuerpos del ejército de la cruzada. Van Voytz esperaba ponerse al frente del Quinto Ejército, pero éste le fue encomendado a Luscheim, a quien se le ordenó que protegiese la retaguardia de Macaroth. En vez de eso, Van Voytz recibió el mando de una fuerza de combate de tamaño brigada, teóricamente adscrita al Quinto Ejército, que fue

enviada a Aexe Cardinal, un mundo imperial que había logrado resistir a lo largo de la dominación del Caos sobre los Mundos de Sabbat. Allí se enfrentó a la poco envidiable misión de romper la situación de estancamiento en una guerra terrestre que duraba ya cuarenta años…

Fragmento de Una historia de las últimas Cruzadas Imperiales



PRÓLOGO

Existen tres cosas que un aexegeriano realizará bien sin duda: hacer el amor, hacer la guerra y adorar al Emperador. De esas tres, lo que hacemos con mayor habilidad es la guerra. Lo llevamos haciendo desde hace años. Creo que estará de acuerdo en que le hemos pillado el truco…

Leonid Fep Krefuel,
Gran Sezar de Aexegaria

Brunsgatte se alzaba a su alrededor como un sueño mal ordenado y poco deseado. Estaba agotado por el largo viaje en tren, y a medida que avanzaba hacia el oeste, el tiempo se volvía más húmedo y lluvioso. El tornillo que llevaba en el fémur le había comenzado a doler como si fuera reuma. Había intentado distraerse revisando de nuevo los despachos y los partes de información, pero la parte trasera de la limusina estaba demasiado oscura. En vez de eso, se reclinó sobre el asiento con las manos entrelazadas sobre el estómago y observó la ciudad pasar a su lado.

La noche estaba comenzando a caer y las farolas de las calles ya habían empezado a brillar con un resplandor ambarino en el interior de sus cubiertas de cristales empañados de escarcha. En poco menos de veinte minutos serían pequeñas estrellas de luz blanca perlada. La lluvia caía con fuerza. Al sur formaba unas grandes

cortinas de agua, oscuras y borrosas, que colgaban bajo las nubes que se arremolinaban sobre el distrito comercial y los almacenes de Brunsgatte.

La limusina, de un color negro reluciente como el zapato de un uniforme de gala, era un viejo modelo Ampara Furioso Vitesse, de una construcción tan sólida como un Leman Russ. Un pequeño banderín flotaba al viento a cada lado del adorno en forma de behj en pleno salto colocado por encima de la rugiente rejilla cromada de ventilación del vehículo. La enseña de color azul y oro del estado al lado izquierdo; la bandera con los colores blanco, dorado y magenta de la Alianza Aexegariana a la derecha. Apenas podía distinguir el rugido del motor de ocho cilindros a causa del grosor de la carrocería y de la decoración interior, pero los limpiaparabrisas delanteros chirriaban cada diez segundos con el mismo sonido de unas uñas arañando una pizarra.

El vehículo cruzó Congressplatz, pasó bajo la sombra de la Puerta del Sezar, donde se amontonaban grandes pilas de coronas de flores y atravesó la Columnata de los Pescadores que llevaba hasta Trimercy.

Ñic, ñic, ñic, chirriaban los limpiaparabrisas.

Se detuvieron en el semáforo de Trimercy, y el tráfico procedente del sur pasó por delante de ellos. Los escoltas pusieron un pie en el suelo para mantener el equilibrio sobre las motos. El sistema de calefacción de la limusina parecía estar haciendo circular el aire procedente de un tubo de escape. Se inclinó hacia adelante y giró el botón de control, pero no notó ningún cambio apreciable.

—¿Qué pasa con la calefacción? —soltó con tono malhumorado.

El conductor bajó la mampara de separación lacada.

—¿Perdón, señor?

—La calefacción.

—Está puesta, señor.

—¿No podría apagarla?

—Por supuesto, señor. —El conductor tocó un par de mando del tablero—. ¿Mejor así?

No lo estaba. Bajó la ventanilla trasera y dejó que entrara el aire cargado de olores de la ciudad mojada por la lluvia. Pudo sentir el aroma del asfalto húmedo y del rococemento empapado. Distinguió el sonido de los motores de los demás vehículos y el ruido de unas bocinas algo alejadas. Vio al dueño de un puesto de venta de flores situado en el siguiente cruce comenzar a cerrarlo. El vendedor llevaba puesto un chubasquero transparente y estaba doblando a mano los capullos fractales de diversas formas geométricas para meterlos en sus jarrones metálicos correspondientes. Los relucientes pétalos crujían y chasqueaban cuando aquellas manos hábiles y expertas los doblaban sobre sí mismos.

Algunos eran de un color rojo especialmente intenso. Sintió que el corazón le

palpitaba con mayor rapidez. No, no en ese momento…

Cerró los ojos y tragó saliva. Intentó respirar más lentamente, del modo que su médico le había enseñado. Sin embargo, la Bolsa de Seiberq seguía estando allí al lado. El restallar de las luces. El barro que volaba en todas direcciones. Los vehículos acorazados. Los charcos de agua que se formaban en los cráteres. Rojo, rojo…

El semáforo cambió y se puso en verde. Avanzaron hacia el norte, y los escoltas describieron amplias circunferencias cuando se alejaron rugiendo por delante del vehículo principal iluminando con las luces el camino.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó el conductor.

—Sí, estoy bien. Estoy bien.

Cerró la ventanilla trasera hasta dejar sólo una rendija.

Mons Sezari se alzaba ante ellos dominando todo el horizonte urbano y dejando pequeños incluso a los edificios y torres más altas de Brunsgatte. Ascendieron por el serpenteante camino hasta que llegaron al toldo de cristal detrás de una poterna, donde se detuvieron.

—¿Está preparado, señor? —le preguntó el conductor.

—Sí —contestó, y a continuación se bajó. Un joven ayudante de campo mantuvo abierta la puerta de la limusina.

Antaño, en los días de los grandes sezares, los generales entraban en Brunsgatte por la Puerta de la Fortaleza subidos en carros de guerra engalanados y tirados por estrútidos. Aquella época había desaparecido mucho tiempo atrás, pero el protocolo exigía que pasara del coche a un carro de guerra para recorrer el tramo final.

Un escuadrón de húsares esperaba al lado del carro. Aquellos estrútidos eran algunos de los últimos ejemplares supervivientes de una especie en vías de extinción. Se trataba de unos animales gigantescos, con unos tremendos picos relucientes y un plumaje bastante espeso, de unas veinte manos de alto. Pensó en las delgadas y sarnosas monturas de guerra que tenían que utilizar en la línea del frente.

Pasó a la parte trasera del carro con su maletín de oficial de alto mando firmemente agarrado bajo el brazo. El oficial superior de los húsares dio la orden de ponerse en marcha. Las garras negras recortadas de los estrútidos hicieron saltar chispas de los adoquines húmedos en cuanto comenzaron a avanzar a medio galope.

Los pájaros de combate hicieron pasar el carro de guerra bajo el arco de entrada a Mons Sezari y lo llevaron hasta el ala occidental de palacio, a una nave lateral llena de farolas eléctricas situadas bajo un techo acristalado de diversos colores. Un pelotón de oficiales de la Bande Sezari lo esperaban con uniforme de gala. Lucían grandes plumas de estrútidos en los gorros y llevaban puestos unos amplios pantalones de montar de seda verde. Unas cadenas de oro unían las anchas perneras de los muslos a sus muñecas, por lo que cuando saludaron, parecieron desplegar unas amplias alas verdes en su honor.

Desmontó del carro, le pagó al conductor el escuto ritual y comenzó a recorrer la larga alfombra azul del interior de la nave lateral con el maletín balanceándose en su mano.

El gran señor Kido Fep Soten, chambelán personal del gran sezar, lo esperaba en la entrada del pórtico de cristal. Soten sacó la mano de debajo de su túnica de terciopelo negro con ribetes de piel de armiño e hizo el gesto del águila sobre su pecho.

—Mi señor conde, bienvenido. El sezar os aguarda.

Siguió a Soten por un largo pasillo decorado con papel de pared lleno de símbolos heráldicos para después atravesar una estancia llena de magníficas lámparas de araña hasta llegar a la sala de audiencias. Los alabarderos de la Bande Sezari le abrieron las puertas de la estancia. Soten hizo una reverencia.

—Mi gran señor sezar —anunció—, el conde Iaco Bousar Fep Golke, comandante en jefe de las fuerzas de la Alianza Aexegariana, espera ser recibido.

El gran sezar, Leonid Fep Krefuel, se puso en pie. Había estado sentado cerca del fuego, protegido de su calor directo por una pantalla de hierro calado. El conde pudo ver a través de las puertas abiertas al otro lado varias figuras y distinguió el tintineo de las copas al brindar.

El sezar estaba vestido con un traje de combate ceremonial dorado con brocados de hilo de plata y diamantes, y de su espalda colgaba un manto de piel de behj. Era un hombre bajo y fornido, con un rostro enrojecido y aspecto de cólico continuo, una boca amplia y un estrecho bigote gris.

—Conde Golke. Es un placer, como siempre —dijo a modo de saludo.

—Mi gran sezar, me honráis.

—Bienvenido, bienvenido… Tómese algo.

Un servidor con implantes metálicos de color negro chirrió hasta colocarse a su lado con una bandeja llena de bebidas en su mano. Golke tomó un pequeño vaso de amasec y bebió un sorbo. Poseía bastantes mansiones, incluido un *schloss*, una residencia fortificada de descanso en las montañas de las provincias orientales, pero la inmensidad de la arquitectura de Mons Sezari seguía impresionándole. Los techos eran tan altos, las ventanas tan enormes. Unos estandartes dorados y azules de seda de más de treinta metros colgaban de las paredes, y cada uno mostraba el escudo de Aexegaria: el behj en pleno salto. Una vez al mes a lo largo de los cuatro años anteriores había acudido al palacio para informar sobre el progreso de la guerra y, a pesar de eso, el lugar todavía le hacía sentirse impresionado.

—Puedo esperar, mi señor, si tenéis invitados —le comentó Golke mientras señalaba con un gesto a las personas que había en la estancia adyacente.

—No, no. Ahora nos reuniremos con ellos. Son gente a la que quiero que conozca.

Golke deseó preguntarle quiénes eran aquellos individuos, pero se dio cuenta de que el gran sezar de Aexegaria se comportaba de un modo muy formal en esta ocasión. Había ocurrido lo mismo cuando se reunieron la semana anterior a la ofensiva en Jepel y Seiberq. Golke pensó que se estaba preparando para impartirle instrucciones que no le iban a gustar. «Que el Emperador nos ayude, por favor, otro Seiberq no».

Golke dejó su vaso a un lado.

—¿Le presento el informe, mi señor?

El sezar asintió.

—Veámoslo —dijo antes de sentarse de nuevo en su sofá.

A Golke le temblaban los dedos mientras abría el maletín y sacaba las copias del informe. Ambas estaban metidas en carpetas de tapas azules cerradas con cintas doradas. Pasó una copia a su superior, quien cortó la cinta con la garra de behj que llevaba en su anillo de sello.

Golke abrió su propia copia, se colocó delante del sezar y comenzó a leer en voz alta.

—Un informe sobre el estado de la guerra entre las fuerzas de su gloriosa majestad el gran sezar de Aexegaria y sus aliados contra los opresores procedentes de Shadik, en el período comprendido entre 181.772 y 212.772. Además, debe mencionarse que la concentración de ataques de artillería a lo largo de la Línea Peinforq, y también en el valle de Naeme, han hostigado en gran parte la actuación de la infantería enemiga en esa región. Los observadores calculan unas bajas estimadas de nueve mil hombres en las posiciones enemigas de la zona indicada, con pérdidas muy graves concentradas en Bassin-on-Naeme en las noches del 187 al 189. El consumo de munición de ese período se compone de 48.911 proyectiles explosivos del calibre 0.12, de 9.046 proyectiles incendiarios del calibre 0.90, de 2.379 proyectiles pesados del calibre 0.50 y…

—¿Se ha calculado el gasto? —preguntó el sezar.

—Sí, mi señor —contestó Golke mientras pasaba las páginas del informe—. Este dato se encuentra en el anexo fiscal. Mmmmm… Redondeando, dos coma dos millones de escutos.

—Conde, aquí dice que el avance enemigo ha sido «hostigado». ¿Eso quiere decir que se ha impedido? ¿Detenido? ¿Repelido?

Golke carraspeó para aclararse la garganta.

—Sufrieron grandes pérdidas, como ya he dicho, y su avance fue contenido, pero volvieron a tomar los pueblos de Vilaq y Contae-Sanlur.

—Prosiga.

—Sí, mi señor. Me complazco en informar que a lo largo del frente del sector Meiseq nuestras líneas han resistido a pesar de los ataques continuados. La tarde del

197, la brigada cuadragésimo primera, desplegada en Sarvo, logró romper el frente y avanzar hasta apoderarse de los molinos de agua situados en Selph.

—¿A cuánto se encuentra ese lugar del frente?

—A tres…, a trescientos diez metros, mi señor.

—Prosiga.

—El sector noroccidental. En Gibsgatte, el tercer regimiento ligero Sezari rechazó una contraofensiva el día 199. El comandante del regimiento en persona envía su agradecimiento al gran sezar por su previsión al enviarlos a Gibsgatte para que pudieran alcanzar semejante gloria.

—¿Pérdidas?

—Doscientos ochenta y un hombres, mi señor.

El gran sezar cerró su copia del informe y la dejó sobre el asiento que tenía al lado.

—¿Debo continuar, mi señor? —preguntó Golke.

—¿Me enteraré de algo nuevo? —replicó el gran sezar—. ¿Oiré algo aparte de lo que es a todas luces una situación estancada, sin importar cómo se adorne? ¿Oiré algo que no sea un punto muerto que nos cuesta miles de hombres y millones de escutos?

Golke bajó el informe hasta colocarlo en su cadera. Una hoja suelta cayó y bajó revoloteando hasta la alfombra.

—No, mi señor.

El gran sezar se puso en pie de nuevo.

—Ya han pasado cuarenta años, conde. Cuarenta años de lo mismo. Cuarenta años de costes y desperdicio y estancamiento. Hay chavales en el frente cuyos abuelos murieron en las primeras fases de la guerra, cuando nos enfrentábamos a Shadik nosotros solos. Ahora tenemos aliados, gracias al Trono Dorado, pero…

Se quedó mirando un momento al fuego. Golke pensó que el manto de piel de behj parecía pesarle mucho en los hombros.

—¿Sabe lo que Soten me dijo el otro día? —le preguntó en voz baja.

—No, mi señor.

—Me dijo que desde que el Principado de Fichua se unió a la Alianza allá por… ¿cuándo fue? ¿En el año 764?

—En el 763, mi señor, en el Pacto Stromberg.

—Eso es. Desde el 763, los ejércitos de nuestra Alianza habían perdido el equivalente a la población de Fichua… nueve veces.

Era un dato estadístico escalofriante. Golke parpadeó. Conocía bien Fichua de cuando había pasado allí sus vacaciones, hacía ya mucho tiempo. El país de menor tamaño de todo el Eje Continental, sin duda, pero aun así…

Sintió que el pulso se le aceleraba de nuevo. La rabia le subió por la garganta como el mercurio de un termómetro metido en un horno. Quiso ponerse a gritar

contra el gran sezar.

«¡Todo por tu culpa! ¡Tu culpa! ¡Tu culpa! ¡La tuya y la de todos esos jefes de estado mayor que me han precedido, con todas esas reglas de combate y esos códigos de batalla! Malditos seáis vosotros y vuestras estrategias arcaicas…».

En vez de eso, se mordió la lengua e inspiró profundamente, del modo que su médico le había enseñado.

—Este estancamiento es enloquecedor, mi señor —dijo con una voz que le sonó débil y tensa—, pero quizás a finales de año podamos…

El gran sezar se dio la vuelta y se encaró con él.

—Conde Golke, por favor. No le culpo por esos cuarenta años. Alabo sus esfuerzos, el magnífico trabajo que ha realizado desde que fue nombrado comandante en jefe. No soy un estúpido, a pesar de lo que diga cierta prensa popular…

—¡Por supuesto que no, mi señor!

El sezar alzó una mano. La luz de la hoguera se reflejó en el anillo con la garra de behj.

—Es mejor dejar que se desahoguen. Que despotriquen en sus editoriales y se burlen de mí en las tiras cómicas. El pueblo de Aexegaria me ama.

—Sois el gran sezar, mi señor.

—Y lograré triunfar. No tengo ninguna duda. Derrotaré a Shadik y expulsaré a sus ejércitos.

—No me cabe la menor duda, mi señor.

—A mí tampoco. Jamás lo he dudado, conde. Sin embargo, desde esta misma noche me han reafirmado en ello.

Golke echó un vistazo hacia la estancia donde los visitantes se encontraban charlando y bebiendo bajo las grandes lámparas de araña.

—¿Por qué… desde esta noche, mi señor?

—Hoy es un día muy especial, conde Golke. Será recordado en nuestros libros de historia. Nuestros tataranietos lo celebrarán.

El sezar se acercó a Golke y lo tomó suavemente por un brazo.

—Todavía no ha sido anunciado de forma pública, conde, ni lo será durante un tiempo, pero debo decírselo. Hace cinco noches, unas naves imperiales llegaron a nuestra órbita. Las primeras de una flota de liberación.

Golke tragó saliva y pensó en aquellas palabras una por una. Se sintió un poco aturdido y la cabeza le dio vueltas. El tornillo que llevaba en la cadera empezó a dolerle como mil demonios.

—¿Naves… imperiales?

—La cruzada ha llegado hasta nosotros, amigo mío. Por fin, después de todos estos años combatiendo solos contra el Caos. El Señor de la Guerra Macaroth, alabado sea su nombre, ha logrado derrotar al archienemigo y le ha obligado a huir.

Los Mundos de Sabbat son suyos, ya puede tomarlos. Y, como es de justicia, consideró su primera prioridad enviar un grupo de fuerzas de combate de élite a auxiliar a Aexe Cardinal. Los primeros contingentes de tropas ya se están desplegando mientras hablamos. A partir de la semana que viene, la guerra contra Shadik se verá reforzada con la Guardia Imperial del Emperador. Nuestra larga lucha no ha sido en vano.

—Estoy… abrumado, mi señor.

El sezar sonrió.

—Golke, tome su copa y brinde conmigo por esta redención.

Golke alzó su copa y el sezar la entrechocó con la suya.

—Por la victoria, largamente buscada, nuestra por derecho.

Arrojaron sus copas vacías a la hoguera de la chimenea.

—Tengo algo para usted, conde —le dijo el sezar—. En realidad, son dos cosas.

Metió una mano entre sus ropajes y sacó una pequeña caja rectangular cubierta de satén azul salpicado de motas de oro. El sezar la abrió.

En el interior acolchado había una Águila de Oro con una cinta de seda blanca.

—¡Mi señor!

—Esto es en reconocimiento a vuestro devoto servicio a mi persona, a la Alianza y a Aexegaria. La Orden del Águila. El mayor honor que está en mi mano conceder.

El gran sezar sacó la medalla de la caja y la colocó cuidadosamente en la pechera de Golke.

—Le ha prestado un gran servicio a su país, Iaco Bousar Fep Golke. Ha desempeñado su cargo en mi nombre con devoción, habilidad, obediencia y humildad. Ha llegado a conocer en persona el coste de la guerra. Le saludo.

—Gran señor de todos nosotros, era mi deber, y sólo he cumplido con él.

El sezar le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Se ha ganado esto, Golke. Esto… y mi otro regalo.

—¿Mi señor?

—A partir de esta medianoche queda relevado del mando supremo con todos los honores debidos. Su dura tarea ha terminado.

—¿Relevado del mando…? Mi señor, ¿por qué? ¿Os he fallado en algo?

El sezar soltó una risotada, pero Golke se dio cuenta de que era forzada.

—En absoluto. Sin embargo, con la llegada de las fuerzas imperiales me veo obligado a realizar cambios en la estructura de mando. Cambios radicales. Lo entiende, ¿verdad? Todo consiste en aburrida política.

—¿Mi señor?

—El general imperial…, un tal Vonvoyze, o así creo que se llama, querrá la autoridad suprema y espacio para mantener unidas sus fuerzas. Él y su estado mayor necesitarán un oficial de enlace, alguien que pueda ayudarles a acostumbrarse al

terreno y que los encuadre de un modo eficiente en nuestras fuerzas de combate. Confío en usted, Golke. Quiero que desempeñe esa función.

—¿Oficial de enlace?

—Exacto. Mantendrá en contacto nuestras fuerzas con las de nuestros liberadores. Creo que dispone del tacto necesario para ello. La objetividad. Es un hombre culto y educado, y merece un puesto adecuado después de la dura prueba del mando supremo.

—Yo… me siento afortunado, mi señor. ¿Y quién me… relevará en el puesto?

—¿Como comandante supremo? Le voy a dar el mando a Lyntor-Sewq. Está lleno de energía y es el hombre apropiado. Llenará de esa misma energía a nuestros ejércitos con su entusiasmo.

Golke asintió, aunque fue simplemente un gesto automático de cortesía.

—El comandante imperial… ¿estará bajo las órdenes de Lyntor-Sewq?

—¡Por supuesto que lo estará! —dijo el sezar con un bufido—. Puede que la Guardia Imperial haya llegado por fin para echarnos una mano, pero ésta sigue siendo nuestra guerra. Aexegaria conservará el mando supremo. Vamos…

El gran sezar le puso una mano en el brazo al conde Golke y lo hizo encaminarse hacia la pequeña fiesta que se estaba celebrando en la estancia adyacente.

—Le voy a presentar a los salvadores imperiales que nos han llegado. Quiero que le conozcan. Y ya que estamos, podrá felicitar a Lyntor-Sewq por su nombramiento.

—Estoy impaciente por hacerlo, mi señor.



UNO
POR EL FRENTE HASTA NAEME

Todo es cuestión de proporciones.

Savil Fep Lyntor-Sewq,
comandante supremo de las fuerzas de la Alianza Aexegariana, durante la revisión de las listas de bajas

Los enormes transportes los habían dejado en unos pequeños prados de vegetación exuberante cerca de un lugar que al parecer se llamaba Brunsgatte. Podían ver la línea de los edificios en el horizonte, un poco más lejos, al otro lado de unos bosques espesos y por encima de los tejados de las construcciones de las afueras de la ciudad. En algún momento a lo largo de aquella mañana había llovido, pero el día se había despejado: el aire era cálido y olía a primavera.

Todo había quedado en aquellos prados: la infantería, el apoyo pesado, las municiones, los suministros, incluso los grupos desordenados del personal civil que acompañaba al regimiento. Las filas de grandes camiones sucios habían comenzado

ya a aparecer para recogerlos y llevarlos a la estación de tren. A dos kilómetros de distancia, por encima de esos mismos bosques, se podían ver en el aire las naves de desembarco del Sexto Krassiano mientras descendían hacia sus propios puntos de reunión.

El soldado Caffran del Primero y Unico de Tanith se alejó paseando lentamente de la zona de aterrizaje, donde la hierba estaba tronchada y doblada por el efecto de los reactores de aterrizaje, y se quedó al lado de un seto que daba al inicio del bosque. Ya empezaba a gustarle un poco aquel lugar. Había árboles. Había vegetación.

Caffran, de nombre Dermon, tenía veinticuatro años estandar. Era de estatura baja pero de constitución robusta, y llevaba un dragón azul tatuado en la sien. Había nacido y se había criado en Tanith, un mundo boscoso que ya no existía. Caffran era un guardia imperial: uno muy efectivo, según su hoja de servicio.

Llevaba el equipo oficial del regimiento: botas negras de cordones, pantalones negros de combate y una camisa sobre la camiseta y la ropa interior, con un chaleco para complementar sus morrales de campaña y una gruesa bolsa de lona y una armadura corporal ligera de color gris claro. De su cinturón colgaba un casco de ceramita junto a su cuchillo de combate. Las solapas de su camisa mostraban el emblema de una calavera y una daga propio del regimiento, y sobre los hombros llevaba una capa de camuflaje, el objeto más característico de su unidad, los llamados Fantasmas.

A la espalda llevaba una pesada mochila. Su rifle láser *estándar*, un Mark III, con el armazón y la culata confeccionados a partir de madera de nal, como ocurría con todos los rifles fabricados en Tanith, colgaba de uno de sus hombros por una correa de fylon.

Caffran pudo distinguir en el aire el olor a lluvia y a madera de haya, los aromas húmedos de un suelo boscoso. Durante un segundo, aquel olor fue insoportablemente evocador.

Miró hacia atrás para ver si alguien le echaba en falta, pero parecía que ya había comenzado a producirse alguna clase de retraso en el desembarco de las tropas y su posterior embarque en los camiones. Los motores ronroneaban rugientes y de vez en cuando alguna rueda comenzaba a girar sin avanzar sobre la hierba embarrada que el convoy estaba comenzando a destrozar. El personal militar del planeta había organizado varios puntos de reunión en el prado, donde habían montado grandes tiendas con estacas metálicas y cuerdas, pero al ver la espera que se les venía encima, los hombres de Tanith permanecieron con sus respectivas secciones. Algunos se tumbaron en la hierba. Unos cuantos dejaron las mochilas a un lado y se pusieron a jugar con una pelota. Los furrieles, con sus grandes y largos abrigos, se dedicaban a corretear arriba y abajo gritando órdenes, dando indicaciones a los camiones e intentando reunir a los desperdigados guardias imperiales como si fueran pollos

escapados.

Caffran encontró un sendero de losas al otro lado de un seto. Se alejaba hasta llegar a una avenida formada por árboles de corteza gris. Se dio cuenta de que aquellos pequeños prados formaban parte de un parque municipal que había sido reconvertido en una improvisada zona de aterrizaje y desembarco.

Vio varios bancos que miraban hacia el parque, y se sentó bajo la sombra húmeda de la avenida de árboles. Pensó que era un lugar agradable. Era evidente que aquellos árboles no podían igualar a la majestuosidad de los de Tanith, pero…

Se preguntó qué tal le estaría yendo a Tona. Era su pareja, aunque también era una soldado. Tona había descendido en otro transporte porque estaban en escuadras diferentes. La sargento Criid. Todavía le hacía sonreír. Otra primera vez para los Primeros y Unicos.

Entre cada uno de los árboles que había en la avenida se podía ver un gran cubo de piedra blanca, y todos ellos mostraban una mancha oblonga descolorida en la cara que daba a la avenida. Caffran se preguntó qué demonios serían. Quizás indicadores de alguna clase.

Oyó que alguien se le acercaba por la espalda y se dio la vuelta para ver quién era. El comisario Hark, el oficial político del regimiento. Caffran recogió de forma apresurada su equipo y se puso en pie, pero Hark le indicó con un gesto relajado y tranquilizador de la mano que se sentara de nuevo. Hark podía a veces ser un cabrón disciplinario, pero sólo cuando era realmente necesario, y en aquel momento no lo era. Limpió la superficie del banco con una mano enguantada antes de sentarse al lado de Caffran y dobló las puntas de su abrigo de combate sobre los muslos para poder cruzar las piernas.

—Es alguna clase de follón a gran escala —le dijo mientras señalaba con un gesto de la barbilla hacia su espalda—. No sé qué pasa exactamente. Hay unos veinte camiones repletos de nuestros soldados esperando ahí en medio intentando salir del parque. No es de extrañar que la guerra haya durado ya cuarenta años. Ni siquiera pueden organizarse para salir de un campo.

Caffran sonrió.

—Al menos —dijo Hark—, eso nos da la oportunidad de tomar un poco de aire fresco. Has tenido una buena idea.

—Pensé que iba a ser reprendido —comentó Caffran.

Hark le miró y alzó las cejas con una expresión de «nunca se sabe». Viktor Hark era un individuo robusto, fuerte pero algo rollizo por los años de buena vida. Tenía los ojos ligeramente hundidos y en sus mejillas perfectamente afeitadas se le formaban unos leves pliegues. Se quitó la gorra de comisario y se puso a juguetear con su reborde. Aquello dejó al descubierto su cabello negro cortado a cepillo sobre un cráneo que se alzaba sobre sus hombros y su grueso cuello como la punta redonda

de una bala.

—Señor, ¿llevan cuarenta años de guerra? —le preguntó Caffran.

—Oh, sí —contestó Hark mientras observaba a través de los árboles el ascenso y el descenso de los transportes en otra zona de desembarco no muy lejana—. Cuarenta jodidos años. ¿Qué te parece?

—Me temo que no sé mucho de todo lo que está pasando. Sé que este planeta se llama Aexe Cardinal y que esa ciudad de allí se llama Brunsgatte. Aparte de eso…

—Ya habrá reuniones de información, Caffran, no te preocupes. Te has convertido en invitado de una nación llamada Aexegaria, la principal de una coalición de siete estados que se encuentran en guerra con la república de Shadik. La brigada ha venido a reforzar sus unidades de combate y para demostrarle a Shadik cómo es la guerra de verdad.

Caffran se limitó a asentir. No es que le importara mucho todo aquello, pero no era frecuente disponer de la oportunidad de charlar así con Hark.

—Entonces, ¿combatimos contra toda una nación, señor?

—No, vamos a combatir contra el archienemigo, como siempre. El Caos logró clavar sus odiosas garras en Shadik ya hace algún tiempo en un intento por lograr una base de partida en este planeta.

—Supongo que es bastante impresionante que hayan logrado contenerlo durante tanto tiempo —se atrevió a decir Caffran.

Hark se encogió de hombros. Se quedaron callados, y al cabo de un rato Hark se giró hacia él.

—¿Cómo crees que le irá a tu chica?

—¿Criid? Creo que lo hará bien, señor.

—Es un poco arriesgado darle el mando de una escuadra a una mujer, pero Gaunt está de acuerdo en que merece la pena. Además, necesitábamos a alguien que fuera de Verghast para ponerse al mando de la escuadra de Kolea. ¿Crees que llevará bien esa presión?

—Sin problemas. Yo me preocuparía por los demás. No sé si serán capaces de mantener su ritmo.

Hark lanzó una breve carcajada y se puso la gorra.

—Justo lo que yo pensaba. De todas maneras, va a ser algo interesante. Tres nuevos sargentos puestos a prueba en combate.

Criid no era la única persona a la que habían ascendido para tomar el puesto de un camarada muerto después de la batalla de Phantine. Un verghastita llamado Arcuda estaba al mando del pelotón de Indrimmo y los hombres de Adare habían sido asignados a Raglon. Caffran les deseaba buena suerte a todos. Indrimmo había muerto en Cirenholm, y Adare había caído en la incursión inicial en Ouranberg. Kolea, el sargento, uno de los soldados de Verghast más queridos, no había muerto,

pero una herida en la cabeza durante la última fase de los combates en Ouranberg le había privado de sus recuerdos y de su identidad. Podía seguir funcionando como soldado, pero Gol Kolea ya no habitaba en el cuerpo de Gol Kolea. En aquellos momentos no era más que otro soldado en la escuadra de Criid.

Aquello era realmente trágico.

—Veo que los viejos héroes y personajes de renombre de Aexegaria han marchado a la guerra —comentó Hark.

—¿Señor?

El comisario señaló los bloques de piedra blanca que había bajo los árboles.

—Me refiero a esos pedestales. Se han llevado las estatuas. Hasta las placas conmemorativas. Todo ha sido reciclado. Fundido para ayudar en el esfuerzo de la guerra. Quienesquiera que estuvieran sobre esas piedras probablemente van lanzados y aullando en estos mismos momentos contra las líneas de Shadik como parte de un obús. Caffran, Aexegaria se encuentra en las últimas. Agotada al límite. Hemos llegado justo a tiempo.

—Señor.

—Al menos, eso espero —añadió Hark—. Quizá ya están muertos, acabados, y sólo están agitándose con movimientos espasmódicos. Supongo que ya nos enteraremos.

Su tono de voz era despreocupado, pero aquellas palabras inquietaron a Caffran. A nadie le gusta meterse en una guerra que ya está perdida.

El pitido de los silbatos comenzó a resonar por todo el lugar. Levantaron la vista y se dieron cuenta de que todo comenzaba a ponerse en marcha de nuevo. Los furrieles urgían a los Fantasmas para que se metieran en los camiones.

—Arriba y a por ellos —dijo Hark mientras se ponía en pie. Palmeó su abrigo para quitarle el polvo mientras Caffran recogía su mochila con armazón de metal.

»Hazme un favor —le pidió Hark—. Recorre este sendero y asegúrate de que no queda ningún rezagado por aquí. Haré que tu transporte te espere.

—Sí, señor.

Hark se dirigió hacia la zona de desembarco mientras Caffran caminaba en dirección contraria recorriendo el sendero y mirando entre los árboles y al otro lado de los setos. Encontró a Derin y a Costin fumando lho recostados contra uno de los pedestales sin estatua.

—Espabilad —les dijo—. Por fin nos vamos.

Ambos lanzaron unos cuantos exabruptos y quejas.

—Y Hark está al acecho y husmeando.

Los dos acabaron rápidamente de fumar y recogieron todo su equipo.

—¿Vienes, Caff? —le preguntó Derin.

—Ahora mismo voy —contestó, antes de continuar recorriendo el sendero y

dejarles atrás en su regreso a la zona de reunión.

Todo parecía despejado. Caffran estaba a punto de dar media vuelta cuando divisó una figura solitaria justo al lado del seto del prado adyacente, debajo de un pequeño grupo de árboles.

Cuando se acercó trotando distinguió quién era: Larkin.

El mejor francotirador del regimiento estaba tan ensimismado en sus propios pensamientos que ni siquiera oyó a Caffran acercarse. Parecía estar escuchando con gran atención el susurro de la brisa al pasar entre las ramas de los árboles que lo rodeaban. Su equipo y su rifle largo, envuelto en su funda, estaban sobre la hierba, a su lado.

Caffran disminuyó el paso hasta convertirlo en un simple caminar. Larkin jamás había sido uno de los individuos de comportamiento más estable de todos los tanith, pero desde la muerte de Bragg se había comportado de un modo especialmente solitario y distante.

Todo el mundo apreciaba a Prueba Otra Vez Bragg. Era difícil no hacerlo. Era jovial y de buen carácter, un buenazo, y había sacado partido de su enorme tamaño y fuerza con gran efectividad como especialista en armas pesadas… a pesar de su terrible puntería, el origen de su apodo. Bragg había muerto bajo el fuego enemigo en Ouranberg, y todo el mundo lo echaba de menos. Parecía haberse convertido en uno de los rasgos característicos permanentes del regimiento, algo inamovible, como los cimientos de una construcción. Su muerte les había arrebatado algo a todos ellos. Quizá la confianza. Incluso los Fantasmas más osados y atrevidos en combate habían dejado de creer que vivirían para siempre.

Bragg había sido el amigo más íntimo de Larkin. Habían sido una pareja de espectáculo: el francotirador delgado y el artillero de arma pesada gigantesco, algo así como Clarco y Clop, los payasos de las obras de misterio imperiales. Larkin probablemente era el que peor se había tomado la muerte de Bragg. Caffran supuso que en parte se debía a que el francotirador no había estado a su lado. Larkin se encontraba en misión de búsqueda y destrucción del jefe enemigo, muy por delante de la fuerza principal, y para cuando se hubo reunido con el resto del ejército imperial, Bragg ya estaba muerto.

—¿Larks? —empezó a decir Caffran.

Desenfundó el cuchillo en menos de un parpadeo. El cuchillo de guerra de los tanith, una hoja de plata pura de treinta centímetros de largo. Larkin hizo aparecer el arma como si fuera uno de los trucos de manos de barracón de Varl. Caffran vio el arma, y también el miedo en los ojos de Larkin.

—¡Feth! —exclamó al mismo tiempo que retrocedía con las manos en alto—. ¡Tranquilo!

Larkin pareció tardar un momento en reconocer a Caffran. Parpadeó, después

tragó saliva y por último sacudió la cabeza antes de enfundar el cuchillo. Caffran vio que su mano estaba temblando.

—Lo siento, Caff —se disculpó Larkin—. Me sobresaltaste.

—Sí que lo hice —comentó Caffran, mostrándose de acuerdo a la vez que alzaba las cejas—. ¿Estás bien?

Larkin se había girado y estaba mirando a la lejanía de nuevo.

—¿Larks?

—Estoy bien. Sólo pensaba.

—¿En qué?

—En nada. ¿Estás…, estás solo?

Caffran miró a su alrededor.

—Sí. Hark me ha enviado para reunir a todos los que estén desperdigados por aquí. Nos vamos ya.

Larkin asintió. Parecía un poco más tranquilo, aunque a menudo era bastante difícil estar seguro de ello con Hlaine «Loco» Larkin. Recogió su mochila y se echó al hombro su rifle de francotirador.

—¿Seguro que estás bien? —le insistió Caffran.

—Un poco nervioso. Siempre estoy un poco nervioso antes de entrar en acción. Tengo un mal presentimiento…

—El Emperador protege —dijo Caffran.

Larkin murmuró algo que Caffran no llegó a oír y se llevó a los labios la pequeña águila de plata que llevaba al cuello para poder besarla.

—A veces —le replicó—, creo que ni siquiera el Emperador lo ve todo.

Pudieron ver en las puertas del parque el motivo por el que el convoy de transporte había tardado tanto en ponerse en marcha. La gente de Aexegaria se había acercado para aclamar a sus libertadores. Estaban apiñados a los lados de las puertas, abarrotando las calles adyacentes y cortando la ruta de salida en una masa enfervorizada de personas que les vitoreaban, a pesar de todos los esfuerzos de los arbites locales por controlar el gentío. Desde la parte trasera de los camiones llenos de soldados se distinguía a la multitud como un mar de banderitas ondeantes de color azul y oro, con algún pequeño estandarte imperial en mitad de todo aquello. Tres bandas de instrumentos de viento competían por llamar la atención de los presentes. Las madres de los habitáculos de la zona alzaban en brazos a sus hijos al lado de los camiones para que los guardias imperiales los tocaran y les dieran suerte. Los jerarcas religiosos locales, vestidos de gala, se habían acercado para bendecir a las fuerzas extranjeras llegadas al planeta, y también había llegado el alcalde del distrito, con una delegación de personajes distinguidos. Largas ristras de banderolas azules y doradas colgaban de las farolas de rococemento y ondeaban suavemente bajo la brisa. Los

ayudantes del alcalde acorralaron al primer oficial del regimiento tanith que salió del parque y prácticamente lo arrastraron para presentárselo al alcalde y a los suyos, que le concedieron libertad absoluta para moverse por la ciudad, le colgaron collares de guirnaldas del cuello y casi le arrancaron la mano de tanto estrechársela al suponer que se trataba del oficial al mando. No era así. Era el sargento Varl, a cargo del noveno pelotón, que por casualidad había hecho montar a sus hombres en el primer camión. Varl estuvo disfrutando mucho del equívoco hasta que le pidieron que diera un discurso.

Los soldados de Tanith tardaron más de tres horas en llegar desde la zona de desembarco hasta la estación de tren. El enorme convoy logró librarse por fin de la multitud y comenzó a atravesar el cinturón de complejos industriales que rodeaba Brunsgatte, donde las largas avenidas de bloques de habitáculos de ladrillo idénticos, todos del mismo color rojizo, se iban alternando con salas de gremios, centros de esparcimiento para los trabajadores y viejas factorías grises. Comenzó a llover mientras se encontraban en camino. Al principio sólo lloviznó, pero después empezó a caer con mayor fuerza hasta que el aguacero ocultó las altas torres de la ciudad, que se iban alejando, y el enorme palacio que dominaba todo aquel paisaje.

La estación de tren era una enorme nube de vapor bajo aquella lluvia. Los vagones cargados de tropas, procedentes de trenes de transporte de ganado, estaban alineados en las zonas de espera. Las locomotoras de color granate jadeaban con un calor húmedo y lanzaban siseantes chorros de vapor lleno de hollín. Los tractores que arrastraban grandes contenedores de agua se dedicaban a llenar las calderas de las máquinas, y unas tolvas mecánicas arrojaban relucientes montones de carbón en el interior de la plataforma de carga situada detrás de la locomotora.

El aire apestaba a alquitrán de hulla. Los silbatos aullaban. Los tanith salieron de los camiones y se fueron refugiando bajo las toldillas improvisadas mientras los miembros de la milicia local iban repartiendo entre ellos números de embarque. El equipo pesado y los vehículos fueron cargados en los vagones lisos y descubiertos de transporte. Los tanith intercambiaron saludos y pullas con las tropas krassianas que se estaban reuniendo al otro lado de las vías. Los regimientos habían combatido hombro con hombro en Ouranberg. Las viejas amistades (y algunas antiguas rivalidades) quedaron renovadas de ese modo.

El coronel-comisario Ibram Gaunt dejó a un lado el coche del estado mayor que le había llevado hasta allí y atravesó todo aquel bullicio y humareda. El oficial de enlace que le habían asignado, un tal mayor Nyls Fep Buzzel, apresuró el paso para mantenerse a su lado. Buzzel era un individuo regordete y de baja estatura que mantenía su mano derecha metida siempre en el bolsillo de su sobretodo de color verde. Gaunt supuso que se trataba de un inválido de guerra. Por lo que Gaunt sabía sobre las circunstancias de la guerra en Aexe Cardinal, todos los hombres sanos que

no se encontraban en un puesto de la reserva estaban en el frente. Los frentes, se corrigió a sí mismo. Aquella era una guerra a escala mundial, con escenarios de guerra al norte y al oeste de Aexegaria, a lo largo de los estados soberanos de los océanos sureños y en el este.

Buzzel era un tipo agradable. Llevaba puesta una gorra de oficial con alguna clase de penacho compuesto básicamente por cierta clase de plumaje. La pluma ondeaba al viento. Había comentado algo sobre su servicio en la Bande Sezari, un nombre que había pronunciado con orgullo sugiriendo con ello que se trataba de algo especial, pero Gaunt jamás había oído hablar de aquella unidad.

—¿Cuándo me entregarán las placas de datos? ¿Los despliegues tácticos? ¿Los mapas con las posiciones? —preguntó Gaunt sin dejar de caminar.

—¡Ya habrá tiempo, señor! —contestó Buzzel al mismo tiempo que esquivaba una carretilla llena de munición.

Gaunt se detuvo en seco y se quedó mirando al aexegeriano.

—Mayor, mis tropas se encaminan a la línea del frente. Me gustaría conocer, al menos conocer un poco, la zona antes de que llegáramos.

—Nos detendremos en Rhonforq, señor. Allí está el cuartel general de la Alianza. Los informes de la situación han sido enviados allí.

—¿Son transportes de ganado? —preguntó Gaunt dando una palmada en el vagón más cercano.

—Sí, pero… —comenzó a responder Buzzel antes de darse cuenta de que Gaunt se había puesto en marcha de nuevo.

—¡Sargento Bray! ¡Que aseguren esas tiendas de campaña en su sitio!

—¡Sí, señor!

—¿Obel? ¿Ewler? ¿En qué tren se supone que deben estar? ¡Mirad en la lista, por Feth!

—¡Sí, señor!

—¿Varl? Bonito discurso. Has perdido a unos cuantos de los tuyos. Los vi al pasar al lado de las cabañas de esos truhanes, fumando y jugando a los dados.

—¡Ahora mismo voy, señor!

Buzzel observó al coronel-comisario con curiosidad. Al parecer, era todo un héroe de guerra, según se decía. De estatura elevada, con una figura imponente gracias en parte a su abrigo de combate de cuero negro y a su gorra de comisario, con un rostro… que hacía honor a su nombre (*gaunt* significa «delgado, adusto»). Delgada, cincelada, noble. Buzzel pensó con amargura que no sabía el aspecto que debía de tener un héroe de guerra. Dieciséis años de servicio en plena línea de frente y jamás había conocido a uno.

Le gustaba el modo de comportarse de Gaunt. Autoritario, enérgico, disciplinado y, a pesar de todo, parecía conocer los nombres de todos y cada uno de los soldados

bajo su mando.

—¡Daur!

Un joven y atractivo capitán de los Fantasmas de Tanith que pasaba a la carrera cerca de ellos se detuvo para saludar marcialmente.

—¿Tienes claro lo que pasa aquí?

El capitán Daur asintió y le mostró una placa de datos.

—La he tomado prestada de uno de los oficiales locales —comentó—. Tiene mucho más sentido que todos esos pitidos y gritos.

—Déjame echar un vistazo —dijo, y repasó información de la placa—. ¿Te las apañas? —preguntó mientras la leía.

—Sí, señor. Estoy intentando encontrar al pelotón de Grell. Ya deberían estar a bordo del tren C, pero deben de haberse perdido en todo este lío.

Gaunt se giró sobre sí mismo y le señaló un lugar.

—Los he visto por ahí, ayudando a cargar las cajas de munición desde un tractor averiado.

—Gracias, señor —dijo Daur mientras tomaba de nuevo la placa y se encaminaba a paso ligero hacia aquel lugar.

—Le han preparado un vagón en el tren A —informó Buzzel, pero Gaunt no le estaba prestando atención.

—¿Cirujana Curth? ¿Qué es lo que pasa?

Acababa de llegar una mujer. Era joven y llevaba puesto un chubasquero prestado encima de su mono de médico de color rojo. Una expresión ceñuda le daba un aspecto agresivo a su bello rostro redondeado.

—Gaunt, todos los suministros médicos del regimiento han desaparecido —informó.

Buzzel quedó sorprendido por el uso del apellido del comisario sin respeto alguno por su rango.

—¿Has mirado bien?

—Todos hemos mirado bien. Dorden se está volviendo loco.

Buzzel dio un paso hacia ellos.

—Si me permite, señor… Los suministros médicos deben de encontrarse a bordo del tren E junto con los víveres. Ya están en camino.

—Ahí tienes la respuesta, Ana —indicó Gaunt—. La eficiencia de Aexegaria está un paso por delante de ti.

La joven sonrió y desapareció en la turbamulta de cuerpos que se apresuraban.

Gaunt siguió adelante y se bajó de un salto del andén de rococemento para poder seguir a lo largo uno de los trenes repletos de tropas que se encontraba a la espera sobre el terreno cubierto de gravilla crujiente. Los soldados de Tanith se agolparon en las rendijas de ventilación de los vagones y se quedaron colgando de las puertas

mientras por todos lados resonaban sus palmadas y coreaban a voz en grito su nombre.

—¡Gaunt! ¡Gaunt! ¡Gaunt!

El comisario efectuó una reverencia burlona, se quitó la gorra y los saludó antes de erguirse de nuevo y aplaudirles a su vez. Aquello provocó una oleada de vítores y aclamaciones.

—¡Soric! ¡Mkoll! ¡Haller! ¡Domor! ¡Dadles las gracias de mi parte a vuestros hombres por sus ánimos! ¿Estáis preparados para poneros en marcha?

Se oyó un coro de respuestas afirmativas.

—¡Estamos preparados, señor! —gritó un sargento de aspecto mayor pero fornido y con un solo ojo.

—Bien hecho, Soric. Dile a los tuyos que se pongan lo más cómodos posible. Va a ser un viaje de seis horas.

—¡Sí, señor!

—Señor, el viaje a Rhonforq sólo dura cuatro horas —susurró Buzzel.

—Lo sé, pero si se hacen a la idea de que va a durar seis horas, cuatro no les parecerán nada. Se llama psicología —respondió Gaunt con otro susurro.

Se giró hacia el tren de nuevo.

—¡Sargento Domor!

—¡Señor! —respondió un soldado con unos grandes implantes ópticos en sustitución de sus ojos.

—¿Dónde está Milo?

—¡Aquí estoy, señor!

Apareció un chaval entre el gentío de la tropa apiñada en la puerta. Era el soldado de Tanith más joven que Buzzel había visto hasta aquel momento.

—Milo…, podrías tocar algo para animarnos el viaje —le dijo Gaunt.

El muchacho asintió, y breves momentos después, unas notas quejumbrosas se elevaron por encima del bullicio de actividades frenéticas. Buzzel reconoció la tonada: se trataba del viejo himno imperial «¡Contemplad el Triunfo de Terra!».

Tres vías más allá, Colm Corbec, coronel y segundo oficial al mando del regimiento de Tanith, oyó la música de la gaita justo cuando cerraba la compuerta lateral del vagón y echaba el cerrojo.

Corbec era un individuo robusto y de gran tamaño, de miembros peludos y con una espesa barba. Su espíritu combativo y su buen carácter, agradable y con buen humor, hacía que sus hombres lo adorasen.

—Ah, esa gaita —exclamó con un suspiro—. Una alabanza a la gloria de Terra con un lamento agridulce.

—Ah, Feth. Jefe, a veces hablas como un auténtico viejales —dijo Muril, la

francotiradora de la escuadra de Corbec, y los demás soldados se echaron a reír.

Muril era una verghastita, una del grupo de hombres y mujeres reclutados como voluntarios en la ciudad colmena de Vervun para renovar el potencial de combate original del regimiento de Tanith. Las diferencias culturales y las lealtades divididas de ambos componentes, Verghast y Tanith, habían tardado bastante tiempo en fundirse y desaparecer respectivamente, pero los dos elementos por fin parecían haber convergido hasta formar una sola unidad, y Corbec se sentía agradecido por ello. Habían combatido bien juntos, se habían entremezclado bien, complementado entre sí, pero por lo que a Corbec se refería, el momento crucial se produjo cuando comenzaron a utilizar las expresiones de asombro y descontento propias de cada grupo. En cuanto oyó a los verghastitas exclamar «¡Feth!» y a los de Tanith gritar «¡Gak!», supo que ya no habría problemas.

Muril era una de sus favoritos. Al igual que muchas de las voluntarias verghastitas, tenía una puntería excelente y se había especializado como francotiradora. Tenía su rifle láser largo en la funda a su lado, en el suelo cubierto de paja. La enseña en forma de cordoncillo de seda gris que era la marca personal de los francotiradores resultaba visible entre el tercer botón de su chaqueta de campaña y el corchete de cierre del bolsillo izquierdo pectoral de la misma. Muril era una muchacha alta y delgada. Mantenía su largo cabello negro recogido en un moño alto, y su pequeña nariz recta y afilada sobresalía por debajo de unos ojos que mostraban su experiencia en la vida y por encima de una sonrisa encantadora. Corbec la había visto caer herida durante los combates en Cirenholm. De hecho, casi había logrado que lo mataran mientras la arrastraba para ponerla a salvo. A pesar de que el cirujano había tenido prácticamente que reconstruirle por completo la pelvis, se había recuperado con muchísima mayor rapidez que él.

Corbec todavía se sentía débil, algo tembloroso con cualquier esfuerzo, pero procuraba que la gente no se diera cuenta de ello. Bastantes camaradas habían comentado lo mucho que había adelgazado. El coronel se decía a sí mismo que estaba viejo. Un hombre de su avanzada edad tardaba mucho más tiempo en recuperarse.

Viejo en tantos aspectos, se dijo reflexionando sobre ello. Sehra Muril era tan preciosa como cualquiera de las chicas que había cortejado allá en sus días de campesino del condado de Pryze, pero se daba perfecta cuenta de que la muchacha estaba fuera de su alcance. Sabía que bastantes soldados andaban detrás de ella y rivalizaban por llamar su atención. Lo cierto es que Muril se había fijado en él, pero Corbec se temía que conocía aquella clase de mirada: la mirada que una chica dedicaría a su padre.

Mkoll, el jefe de los exploradores del regimiento, le había dicho a Corbec que Muril se había presentado voluntaria para el entrenamiento en exploración. Si lograba superarlo, Corbec la perdería, pero eso no le preocupaba. Los exploradores de

infiltración eran la principal baza del primer regimiento de Tanith, y hasta aquel momento ningún verghastita había logrado dar la talla en esa actividad. Mkoll se estaba esforzando por lograr que algunos de ellos se pusieran a la par que los nativos de Tanith, y si Sehra Muril era una de las reclutas que podía conseguido, Corbec estaba más que dispuesto a sentirse orgulloso de ella.

El tren dio un salto y luego comenzó a avanzar. Corbec alargó rápidamente una mano para apoyarse en la pared del vagón y recuperar el equilibrio.

Sacó el gastado mazo de cartas de tarot que siempre llevaba en un bolsillo de la camisa y sonrió.

—Y bien, chicos y chicas, ¿a quién le apetece echar una partida de Deja en Bolas a Solon?

El tren E se puso en marcha traqueteando por encima de las vías a medida que iba tomando velocidad.

El mayor Elim Rawne, tercer oficial al mando del regimiento después de Gaunt y de Corbec, se sentó en el primer vagón de tropas y aceptó una varita de lho a su ayudante, Feygor.

Feygor era un individuo fuerte y nervioso, alto y delgado, que estaba con Rawne desde el comienzo del regimiento. Algunos decían que ya se conocían de ciertos asuntos turbios de los días en que todavía vivían en Tanith. No se parecían en nada. Rawne era atractivo, del mismo modo que las armas y las serpientes tienen su atractivo. Delgado pero fornido, el mayor tenía un rostro bello y unos ojos que, en palabras de Corbec, podían hacer saltar los calzones de una monja sororitas. Cuando aquella observación llegó a oídos de Rawne, su único comentario fue: «Ah, pero ¿llevan calzones?».

Rawne odiaba a Gaunt. Era así de sencillo. Lo odiaba por bastantes cosas, pero sobre todo lo odiaba por haber permitido que su mundo natal, Tanith, fuera destruido. Sin embargo, se trataba de un odio antiguo, y se había debilitado por simple descuido. Había acabado por tolerar a Gaunt. Incluso así, la mayoría de los soldados creían que Rawne era el tipo más desagradable de todo el Primero de Tanith.

Se equivocaban.

Murtan Feygor había acabado con la garganta destrozada por un disparo durante la batalla por la colmena Vervun, y todas y cada una de las palabras que decía sonaban monótonas y sin emoción al salir a través de aparato de habla que tenía implantado en la laringe. Desde entonces, sus conversaciones parecían continuamente sarcásticas, aunque bastantes Fantasmas, Corbec y Varl sobre todo, habían comentado que no era una desventaja tan grande, porque de todas maneras siempre había sido así. Feygor, con un carácter feroz como el de una rata acorralada, era astuto y artero, y no confiaba en nadie excepto en Rawne.

Pero tampoco era el tipo más desagradable de todo el Primero de Tanith.

Rawne expelió un largo chorro de humo de color azul mientras pensaba en la pregunta de Feygor.

—Una guerra de fortificaciones, ¿no, Murt? Vieja, acabada. Nos meterán en las trincheras, acuérdate de lo que te digo. Las alambradas y los terraplenes de mierda. Pasaremos el tiempo trabajando con las nueve setenta como peones camineros o poniéndonos a cubierto en la letrina de algún cabrón.

—Ya veo —dijo Feygor con asco—. Las trincheras de mierda. Las jodidas nueve setenta.

El término nueve setenta se refería a una pieza del equipo habitual en la Guardia Imperial, la herramienta para cavar trincheras. Se trataba de una combinación de pico y pala que se podía guardar al separar el mango del cabezal. Su nombre oficial era «Utensilio imperial (Fortificaciones de campo generales) diseño 970». Todos y cada uno de los Fantasmas llevaban esa herramienta metida en una funda de la parte trasera de su mochila.

—Trincheras —murmuró Rawne de modo siniestro—. Va a ser otra vez como en Fortis Binary.

—El maldito Fortis Binary —comentó Feygor como un eco.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Banda a Caffran con un susurro.

Ambos estaban sentados un poco más allá del vagón con las espaldas pegadas a la puerta, pero lo bastante cerca para oír los comentarios del jefe de su pelotón.

—Eso fue antes de que os unierais al regimiento —contestó Caffran.

Jessi Banda era una verghastita, otra francotiradora excelente, como Muril. Fortis Binary había sido un infierno que los de Tanith habían tenido que soportar bastantes años antes de que la batalla por la colmena Vervun les proporcionara nuevos reclutas.

—Era un mundo forja —le explicó Caffran—. Luchamos en las trincheras durante bastante tiempo. Fue… desagradable.

—¿Qué pasó? —le preguntó Banda.

—Sobrevivimos —contestó con un gruñido Rawne, que les había estado escuchando.

Era una respuesta seca y cortante, pero Banda tan sólo alzó las cejas y sonrió, dejando que la impertinencia pasara sin afectarla. El mayor Rawne jamás había sido capaz de ocultar su desprecio por las reclutas. No creía que tuvieran nada que hacer en el Primero de Tanith. Banda se preguntaba a menudo el motivo. Tendría que preguntárselo directamente en algún momento.

—¿Algún consejo? —replicó la chica.

El atrevimiento de una pregunta semejante dejó desconcertado a Rawne por unos instantes, pero así se comportaban aquellas malditas mujeres. Se esforzó por

contestarle con una respuesta ingeniosa.

—Manténte agachada. —Fue lo único que se le ocurrió.

—Está bien —asintió ella, y se recostó de nuevo.

—¿Has oído eso? —le preguntó Feygor de repente.

—¿El qué? —inquirió Rawne a su vez.

—Gente que grita. En el otro vagón.

Rawne frunció el entrecejo.

—Arréglalo, ¿vale?

—No pienso repetírtelo —dijo Tona Criid.

—Pues no lo hagas —replicó Lijah Cuu sin ni siquiera mirarla.

Todos los demás miembros del pelotón de Criid, apiñados en el interior del vagón, estaban observando atentamente y con cautela la discusión.

—Soldado, repasa tu equipo y limpia tu arma. —El tono de voz de Criid era firme.

—Es una pérdida de tiempo —le contestó Cuu.

—¿Es que tienes algo mejor que hacer? —preguntó ella.

Cuu la miró por primera vez y clavó sus fríos ojos verdes en los de Criid.

—Mucho.

Nadie se había atrevido a enfrentarse a Tona Criid antes de su ascenso. Delgada pero fibrosa, con el cabello teñido cortado a cepillo, Criid había sido una pandillera de las zonas bajas de la colmena Vervun, un entorno que había forjado su ingenio, sus reflejos y su capacidad de lucha. Aunque era joven, también era más que capaz de cuidar de sí misma, y se la consideraba una de las reclutas más curtidas. A diferencia de verghastitas como Banda o Muril, no se había especializado. Era una combatiente normal con experiencia de primera línea.

Estaba muy claro que tanto su ascenso a sargento como el mando de escuadra que ello conllevaba no iban a ser una tarea fácil. Gaunt lo había ordenado siguiendo el consejo de Hark. El segundo comisario estaba convencido de que aquello se convertiría en un mensaje claro para todos los soldados del regimiento: Tomaos a los verghastitas en serio. Tomaos a las mujeres en serio.

Lo cierto era que el décimo pelotón necesitaba un mando verghastita al quedar Kolea incapacitado. El veterano sargento se había ganado el respeto casi automático de todo el mundo por su impresionante lista de éxitos como jefe de una compañía de guerrilleros durante la guerra de la colmena. Sin embargo, su escuadra estaba tensa, y todos sabían que no aceptarían a la ligera cualquier sustituto, sin importar lo cualificado que estuviera. Había gente bastante correosa en el décimo pelotón, y nadie lo era tanto como Lijah Cuu.

Cuu era sin duda una manzana podrida. Se trataba de un soldado eficaz, con

capacidades que podían llevarlo probablemente con facilidad a especializarse como francotirador o como explorador, pero con una vena tan siniestra y tan obvia como la cicatriz que le recorría la cara de arriba abajo. En Cirenholm lo habían acusado de una violación seguida de un asesinato brutal contra una civil, y había estado a punto de acabar delante del pelotón de fusilamiento antes de que Gaunt lograra sacarle del aprieto. Quizás era inocente de aquello, pero era culpable de muchas otras cosas. Lo que estaba claro era que le gustaba matar. A veces aparecían soldados como él en la Guardia Imperial.

Gaunt había pensado en la posibilidad de trasladar a Cuu y sacarlo del décimo pelotón, pero eso minaría la autoridad de Criid. Los Fantasmas creerían que estaba intentando ponerle las cosas fáciles a Criid. Le había dicho a la sargento que tendría que solucionarlo ella sola.

Criid le sostuvo la mirada a Cuu sin pestañear.

—Vamos a ver —empezó a decir con voz lenta y clara—. Eres un miembro del décimo pelotón. Yo soy la jefa de escuadra. Acabo de darle al décimo pelotón una orden directa para que aprovechen el tiempo que vamos a pasar de viaje repasando el equipo y las armas, y a todo el mundo le parece bien. ¿Verdad, Lubba?

—Sí, señora —gruñó el antiguo pandillero lleno de tatuajes y encargado del lanzallamas.

—¿Nessa?

La francotiradora del pelotón, que se había quedado sorda por la onda expansiva de un obús en la batalla por la colmena, le contestó afirmativamente con el lenguaje de señas.

—¿Jajjo? ¿Hwlan? ¿Tenéis algo en contra de mi orden?

Jajjo, un mestizo verghastita de piel marrón oscura y ojos más oscuros todavía, se encogió de hombros y sonrió.

El explorador tanith del décimo pelotón asintió con fuerza y gritó.

—¡No, mi sargento!

—Sólo tú pareces tener un problema con lo de obedecer mi orden, Cuu.

—Eso parece. Fijo que sí.

Sonrió. Se trataba de la sonrisa más inquietante de todo el Imperio. Los sirvientes más malignos del Caos habrían matado por poseer una sonrisa tan letal.

Tona Criid no estaba sonriendo. En su interior estaba temblando. Su mayor miedo no era la muerte, ni la tortura, ni una herida dolorosa. Era el fracaso. El fracaso de no ser merecedora y no aprovechar la oportunidad que Gaunt le había ofrecido. Haría suyo aquel pelotón o moriría en el intento. Y lo más probable es que muriera en el intento.

—Hazlo ahora mismo.

Cuu dejó caer de modo deliberado su mochila y su arma en el suelo del vagón y

sacó una varita de lho, que encendió con un mechero.

—¿Sabes lo que más odio? —dijo mientras le echaba el humo a la cara—. Lo que odio es el hecho de que me hablas como si fuera uno de tus niños de mierda.

—¡Oh, mierda! —susurró el soldado Vril a Hwlan—. Ahora sí que se ha liado.

—Fijo que sí —contestó Hwlan con otro susurro en tono sarcástico.

A menos que se fuese a hacer un comentario agradable, jamás se mencionaba a los niños de Criid: Yoncy y Dalin. No eran hijos biológicos suyos, sino unos huérfanos de guerra que había rescatado y adoptado después de la matanza de la colmena Vervun, y los había cuidado desde entonces. Ella y su novio, Caffran, se comportaban como si fueran sus verdaderos padres, y cuando se encontraban en situación de combate, quienes se encargaban de los chavales era la gente de la comitiva de civiles que seguía al regimiento. Era el cuento de final feliz del Primero de Tanith. Criid y Caffran, un amor verdadero, unos niños salvados de una muerte segura… No se podía inventar algo como aquello.

—¿Qué es lo que has dicho, soldado? —le preguntó Criid.

—Allá vamos —murmuró Vril.

—Ah, Feth —susurró Hwlan.

Sacó el mango de su nueve setenta para utilizarlo como porra. Si había que empezar a repartir golpes, se pondría del lado de Criid. Cuu era un gusano rastrero. El explorador se percató de que DaFelbe y Skeen parecían dispuestos a meterse en la pelea, y Nessa también se había puesto de pie.

Pero si comenzaba la pelea, ¿serviría de algo meterse en ella? ¿Se lo agradecería Criid? Probablemente no. Sin duda, ella querría demostrar sin ayuda su superioridad sobre Cuu, para dejarlo bien claro. Hwlan sintió que Vril lo agarraba del brazo y lo obligaba a recostarse de nuevo. Era evidente que Vril pensaba lo mismo que él.

Cuu se quitó de los labios una brizna de lho.

—He dicho que no me gusta que me hables como si fuera uno de tus críos. ¿Por qué? ¿Te ha molestado?

—En absoluto —le contestó Criid con un tono de voz suave—. Pero me he dado cuenta de que no has mostrado ninguna clase de respeto a mi rango desde que comenzamos esta conversación. ¿Tanto te costaría decir «mi sargento» o «señora»?

—Que me cuelguen si me interesa saberlo —comentó Cuu mientras le guiñaba un ojo a los presentes.

—No hables así —dijo una voz procedente de la parte trasera del vagón.

—¿Qué? —soltó Cuu con un bufido despectivo.

—No hables así. No hagas eso.

Era Kolea. Se había levantado lentamente y estaba mirando fijamente a Cuu. Se podía distinguir una leve animadversión en sus ojos, pero el resto de su rostro no mostraba ninguna clase de expresión. La herida en la cabeza que había sufrido en

Ouranberg lo había convertido en alguien de pensamiento lento y directo.

—Siéntate, imbécil retrasado —le respondió con arrogancia—. Vete a buscar tu cerebro. Me han dicho que los loxatl lo tienen en una pequeña urna de cristal como trofeo.

Lubba, que era absolutamente leal a Kolea, se levantó con un gruñido y se abalanzó sobre Cuu, pero Criid lo detuvo y le hizo sentarse de nuevo de una patada en el culo.

—Te honran tus sentimientos —le dijo—, pero no consentiré broncas en mi pelotón.

—Sí, señora.

—¿Por qué eres tan malo? —le preguntó Kolea a Cuu. Avanzó unos pasos arrastrando los pies, con los ojos entrecerrados por la confusión que sentía.

—No pasa nada, Gol. Siéntate —le dijo Criid.

—¿Me siento, sargento?

—Sí, siéntate, yo me encargo de esto.

Kolea dudó.

—¿Estás segura, sargento? Este…, este hombre se estaba portando mal.

Criid sabía que Kolea se había esforzado por recordar el nombre de Cuu pero que no lo había logrado. También sabía que la había llamado «sargento» sólo porque podía ver sus insignias.

—Siéntate, soldado Kolea.

—Vale.

Criid se giró de nuevo hacia Cuu.

—Obedece la orden y limpia tu equipo.

—¿O qué?

Criid alargó con rapidez una mano hacia el rostro de Cuu, pero éste la esquivo con facilidad. No era más que una finta. El verdadero ataque llegó con la pierna izquierda de Criid, que le golpeó a la altura de la rodilla.

Cuu cayó de bruces y con fuerza en el suelo cubierto de restos de paja. Criid se abalanzó sobre su espalda en un instante. Lo agarró por el cabello con una mano y le colocó la rodilla en los riñones.

—O tendré que ejercer mi autoridad —le dijo.

Cuu contestó con una obscenidad relativa a su sexo. Ella le respondió apoyando su peso en la mano que lo tenía agarrado por la cabeza y estrellando su cara contra el suelo. Se oyó un crujido que hizo estremecerse a todos. No había sido la madera.

—¡Puta de mierda!

Cuu empezó a toser cuando ella tiró de nuevo de sus cabellos. De su nariz rota salía un reguero de sangre.

—¿Quieres probar de nuevo, soldado Cuu?

—¡Que te den por el… AAARRGHH!

Otro cabezazo.

—¡Vaya, eso lo va a espabilar! —comentó Vril.

—Puedo seguir hasta que lleguemos a nuestro destino y luego entregarte a Gaunt… —dijo Criid clavándole la rodilla con más fuerza, lo que provocó otro grito de dolor—, o puedes limpiar tu equipo y tu arma y dirigirte a mí por mi rango. ¿Qué me dices, Cuu? ¿Qué coño me dices?

—¡Limpiaré mi equipo, sargento!

—La respuesta es correcta. Levántate.

Ella se apartó y Cuu rodó sobre sí mismo hasta ponerse boca arriba. Tenía toda la cara llena de sangre.

—Arriba, Cuu.

Cuu se puso en pie y se llevó su mochila y su rifle láser a la parte más alejada del vagón. Los demás miembros del pelotón empezaron a aplaudir poco a poco y Criid hizo una pequeña reverencia.

—¿Qué es lo que no tenéis que hacer? —les preguntó.

—¡Meternos en líos contigo! —gritó Lubba.

—Excelente. Seguid con lo vuestro.

—¿Todo va bien por aquí? —preguntó Feygor mientras abría la puerta corredera que dividía los dos compartimientos.

—Estamos estupendamente —le contestó Criid.

—¿Qué le pasa a Cuu? —inquirió Feygor.

—Nada —dijo ella.

—¿Es normal que sangre así?

—Sí.

Feygor se encogió de hombros.

—Rawne dice que os mantengáis tranquilos.

—Lo estamos.

—Vale —dijo Feygor antes de marcharse.

Criid cruzó el bamboleante vagón y se sentó al lado de Gol Kolea.

—Gracias por hacer lo que has hecho —le dijo.

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó él, confundido.

—No importa —contestó ella con un suspiro.

Gaunt iba en el tren A. Su vagón había sido antaño un vehículo para primera clase, pero sus días de lujo hacía tiempo que se habían acabado. Aun así, sabía que el mobiliario tapizado y desgastado de sus compartimientos era mucho mejor que el de los vagones en los que iban sus Fantasmas.

Estaba sentado en uno de aquellos compartimientos con Buzzel, el jefe médico

Dorden, Hark y el capellán del regimiento, el ayatani Zweil. El asistente personal de Gaunt, el cabo Beltayn, se encontraba al lado de la puerta.

Zweil y Hark estaban discutiendo sobre algo, pero Gaunt no les prestaba atención. Miraba por la ventana, observando los valles y los campos, los bosques y los pueblos de Mittel Aexe a medida que pasaban a toda velocidad.

El doctor Dorden se inclinó hacia adelante y palmeó a Gaunt en una rodilla.

—¿Merece la pena verlo?

Gaunt sonrió al médico de cabello gris.

—La verdad es que no mucho si he de ser sincero. Sólo intento concentrarme.

—Una mente vacía es como un orinal que invita al Caos a que se mee —comentó Zweil.

Buzzel pareció escandalizado.

—Sólo bromeaba —dijo el anciano sacerdote entre risas que salieron de su barba larga y rizada. Sacó una pipa de barro y comenzó a llenarla de tabaco.

—Es una zona de no fumadores —dijo Buzzel.

—¡Ya lo sé! —le replicó Zweil con sequedad, aunque era evidente que no era cierto. Se puso en pie—. Me voy a bendecir a esos pobres cabrones —dijo, y salió al pasillo.

—Su capellán es una persona… poco habitual.

—No me diga —le contestó Hark.

Gaunt se giró para seguir mirando el paisaje. Era un paraje lleno de colinas bajas salpicadas por pequeños bosquecillos y lagos. Habría sido un lugar idílico si no hubiese sido por el mal tiempo. La lluvia salpicaba con fuerza las ventanas del tren lanzado a toda velocidad.

—¿Ha dicho que nos dirigimos a Rhonforq? —preguntó Dorden a Buzzel.

—Así es, doctor.

—¿Y es la zona de entrada al valle del Naeme?

Buzzel asintió.

—El Naeme delimita aproximadamente la línea del frente en el sector central.

—¿La zona está fortificada? —preguntó Hark.

—De forma extensiva y exhaustiva —contestó Buzzel—. Lleva así desde hace mucho tiempo.

Hark se rascó una oreja.

—Así pues, el frente permanece tan estancado como nos habían dicho.

—Logramos avances —replicó Buzzel con firmeza.

—Y ellos también —indicó Gaunt—. Según he visto, existe una franja de terreno de treinta kilómetros de ancho y de mil kilómetros de largo que ha permanecido en disputa desde hace cuarenta años. Eso sí que es una tierra de nadie.

Buzzel se encogió de hombros.

—Ha sido una guerra muy dura.

—Eso es un estancamiento —dijo Hark—. Un estancamiento que nosotros vamos a romper. Supongo que utilizarán al máximo la capacidad de los tanith como exploradores de infiltración.

Buzzel pareció confundido.

—Pensé que eran tropas de primera línea. Allá es adonde les envían. A la línea del frente.

Hark miró a Dorden y ambos suspiraron. Gaunt llamó a Beltayn por la ventanilla interior del compartimiento.

—Señor.

—¿Puedes ponerme en contacto con el general Van Voytz?

—Me temo que no, señor. Algo va mal. El comunicador funciona.

—Cuando lleguemos a Rhonforq, busca a Mkoll y dile que avance con un grupo de reconocimiento a la línea del frente. Quiero un informe detallado de la situación antes de que lleguemos.

—¡Sí, señor!

Gaunt se giró hacia Buzzel.

—Mis Fantasmas lucharán hasta el final. Con mayor ferocidad, más valentía y más fuerza que cualquiera de los soldados que haya visto en su vida, pero no permitiré que desperdicien sus vidas en una picadora de carne como es una guerra de Hincheras. Tienen ciertas habilidades y pienso utilizarlas.

Buzzel sonrió de modo amistoso.

—Estoy seguro de que el comandante supremo lo comprenderá, señor.

El tren redujo su marcha. Gaunt vio que el paisaje había comenzado a cambiar. La vegetación tenía un aspecto enfermizo y gris, y hectáreas enteras de tierra de cultivo habían sido machacadas hasta quedar convertidas en un desecho esponjoso de color marrón. Bosques enteros habían sido arrasados hasta dejar tan sólo miles de troncos partidos como si fueran cementerios mal planeados. Pasaron al lado de un equipo de leñadores desforestando una colina con sus grandes máquinas madereras de metal negro lanzando chispas y pulpa de madera al cielo cubierto de nubes. Las carreteras estaban repletas de vehículos de transporte pintados de camuflaje y de carros tirados por bueyes y equinos.

Los pueblos y las aldeas estaban medio abandonadas, con las ventanas cerradas y tapiadas con planchas de madera. Algunas de las poblaciones tenían unas empalizadas y terraplenes alzados en su parte oriental, y en el centro de una de cada cinco se podía ver el mástil de acero de un generador de escudo. Aparte de los mástiles y de los vehículos de transporte, no había ninguna otra señal de herramientas de metal de uso común.

Atravesaron un pueblo donde las sirenas y las alarmas estaban sonando. El viento

del oeste no sólo traía lluvia: también empujaba unas nubes amarillentas. Los habitantes del lugar continuaron sus quehaceres en las calles protegidos por sus máscaras respiratorias y sus recicladores de aire.

También atravesaron traqueteando campamentos de socorro, grandes extensiones de tiendas montadas para hacer frente al flujo de heridos y enfermos de la primera línea de combate. Según los cálculos de Gaunt todavía estaban a más de cien kilómetros del verdadero frente. Aquella guerra era tan antigua, tan crónica, que se había extendido incluso hasta allí.

Podía olería. La guerra tenía su propio olor. No era el fyceleno, ni el promethium, ni el agua, el barro o la sangre. Tampoco el suelo apestoso y las demás inmundicias hediondas, ni siquiera la fuerte pestilencia de la propia muerte. Todos aquellos olores fétidos ya estaban en el aire.

La guerra tenía un regusto metálico. Casi se podía aislar ese efluvio. Un olor mineral bastante diferente a los demás olores secundarios que generaba. Un olor a odio y acero. Puro, repelente, universal.

Gaunt ya lo había olido en Balhaut, en Voltemand, en Calígula, en Fortis Binary, en Bucephalon, en Monthax, en Verghast, en Hagia, en Phantine y en todos los demás sitios donde había combatido. La penetrante pestilencia de la guerra en su estado puro, acechando detrás de las demás emanaciones más obvias que impregnaban los conflictos humanos.

Iba ser duro. Aexe Cardinal les iba a costar mucho. Lo podía sentir en el aire.

La guerra. Esperándoles. Vieja, dura y taimada, como una bestia inmortal y astuta que estuviera lista para saltarles encima.

Lista para matarlos.



DOS
EL RÍO HERIDO

Desde Bassin hasta Seronne, el valle rural es un regalo para el visitante, y durante la sesión cálida hay excelentes paisajes y lugares: las viejas iglesias, las tabernas y las posadas, y los tranquilos senderos y veredas en la ribera del río.

Guía de turismo Fweber
para Mittel Aexe, 720.ª edición

El terreno estaba repleto de viejos cráteres de obuses llenos de agua hasta donde se extendía la vista. Una zona llena de agujeros, como la superficie acribillada por meteoritos de una luna muerta. El suelo húmedo tenía un color gris verdoso y los grandes charcos de agua tenían tonalidades verde esmeralda o directamente negras, aunque algunos estaban cubiertos de una fina capa de espumilla blanca. No parecía haber nada que se alzase más arriba del hombro de un hombre de estatura normal. Unos cuantos postes y vigas sobresalían del suelo embarrado, además de los astillados restos de algún árbol, unas cuantas estacas de hierro y restos de alambradas.

El cielo tenía un color plomizo y estaba cubierto de grandes nubes grises y amarillentas. Una oscura cortina de lluvia convertía el horizonte en una mancha

borrosa.

Mkoll bajó sus prismáticos y escupió al suelo. El aire estaba muy cargado de una sustancia polvorienta parecida a tiza que se le metía en la garganta. Podía sentirla arañándole los dientes. También había un olor a terreno muerto, a tierra removida, molida y lanzada por los aires tantas veces que había dejado escapar su esencia pulverizada en la atmósfera.

—Bueno, esto es encantador, por Feth —murmuró Bonin con sarcasmo.

Mkoll miró a su alrededor y se limitó a asentir. Era un lugar inquietante. Los exploradores de Tanith tenían un sentido de la orientación innato, pero aquella ciénaga sin características fijas que los rodeaba les hacía sentir como si no estuvieran en ningún sitio en absoluto. Todos sus hombres parecían estar intranquilos: Bonin, que solía estar alegre siempre; Caober, procedente del propio pelotón de Gaunt; Hwlan, del décimo; Baen, del grupo de Varl. Incluso Mkvenner, el delgado y taciturno explorador del pelotón de Corbec, el segundo, y que normalmente era un ejemplo perfecto de calma, parecía inquieto.

Caober tenía el pequeño mapa que Gaunt les había entregado. Lo puso en alto y clavó el dedo índice con frustración en el papel.

—El bosque Sitwale —dijo por fin.

—¿El bosque Sitwale? —repitió Hwlan con sarcasmo.

Caober se encogió de hombros.

—Las maravillas de la artillería de campo —comentó—, bajo las cuales todos somos y quedamos igual.

Había una especie de sendero, lleno de surcos y de lodo. Los exploradores siguieron a Mkoll, que comenzó a marchar hacia el nordeste. Un kilómetro más adelante el sendero llegó a un cruce de caminos marcado con una serie de señales improvisadas. En una de ellas se leía: **REG. 55.°/9.°**. Otra señalaba hacia: **916.°/88/AC**. La señal que indicaba el camino por donde ellos habían llegado decía **R’FORQ CGZ Y 42.° REG**. El último señalaba hacia el oeste y en él se leía **A LA VIDA REAL**.

—¡Tenemos compañía! —exclamó Baen en voz alta.

A su espalda, en el mismo camino, se veían unas luces y se oía el sonido de varios motores. Mkoll les indicó por señas a sus hombres que se apartaran del camino.

Un camión traqueteante y cubierto de barro pasó rugiendo a su lado y se dirigió hacia el este. Le siguieron toda una fila de tractores de artillería que tiraban de piezas de artillería de campaña del calibre 0.12. La infantería de la Alianza Aexe, vestida con unos abrigos verdes mugrientos, caminaba lentamente a su lado. Llevaban las cabezas cubiertas con capuchas antigás de tela con unas hendiduras bastante primitivas para los ojos y la boca. La mayoría llevaban palanquetas anchas y placas de metal para ayudar a sacar las ruedas que se atascaran. Los hombres con capucha le

recordaron a Bonin los espantapájaros que se utilizaban en las granjas de fruta del condado de Cuhulic. Nadie prestó la menor atención al grupo de hombres de Tanith.

Primero veinte, luego treinta, hasta treinta y cinco tractores pasaron antes que las doce carretas de costados altos que les seguían cargadas de munición. Los proyectiles estaban metidos en envoltorios de mimbre para protegerlos. En cada carro había un tiro de diez equinos. Los animales estaban delgados y con los ojos un poco desencajados. Hedían a enfermedad y relinchaban y resoplaban por el esfuerzo que les suponía dar cada paso tirando de la carga.

Después de los lentos carros venía la columna principal de infantería. Los soldados avanzaban penosamente bajo el peso de todo el equipo de campaña que llevaban. Tenían las cabezas tapadas con unas bufandas sucias. Mkoll vio que el oficial al mando se salía de la columna y se situaba bajo la señal del cruce de caminos, desde donde comenzó a hacer gestos para indicarle a la tropa la dirección correcta.

El oficial se dio la vuelta después de unos cuantos minutos y se acercó al grupo de los soldados de Tanith. Su abrigo estaba tieso por el barro que lo cubría, y cuando se quitó la bufanda sucia que le tapaba la cara, Mkoll se quedó sorprendido al ver lo joven que era.

—¿Os habéis perdido? —dijo. Un momento después se fijó en las insignias de rango y le hizo un saludo más formal.

—No —le contestó el explorador acercándose a su vez—. Sargento Mkoll, Primero de Tanith.

—¿Pertenece a las fuerzas imperiales?

—Exacto.

—Teniente Fevrierson, trigésimo batallón, infantería de Genswick. —Tenía un acento seco y cerrado. Aexegariano—. Me alegro de verlos. ¿Dónde está la fuerza principal?

—Está colocándose en reserva —le contestó Mkoll—. Nuestro comandante nos ha enviado para efectuar un sondeo de exploración en el frente.

—¿Efectuar un sondeo de…?

—Comprobar las posiciones de la línea de combate —dijo Mkoll para aclararlo.

El joven asintió. Mkoll pensó que la confusión se debía en parte al acento. Su acento le resultaba tan raro como a él el suyo. Eso y el hecho de que todavía estuvieran utilizando terminología militar antigua. Eso le recordó lo antigua que era aquella guerra, lo aislado que había estado aquel mundo durante bastante tiempo.

—Nos trasladamos al sector quincuagésimo quinto —informó Fevrierson—. Pueden acompañarnos si quieren.

Mkoll asintió para darle las gracias e hizo un breve gesto con la mano que el teniente no logró captar. Inmediatamente, los cinco hombres de su patrulla se

colocaron a su lado. Se unieron a la columna todavía en marcha de la infantería de la Alianza.

Fevrierson inició una conversación más o menos intrascendente mientras caminaban. Sentía un poco de cautela respecto a los recién llegados. Su equipo estaba limpio y en buenas condiciones, aparte de unas cuantas salpicaduras por la andadura de todo el día. El tejido de sus uniformes era de una clase que no pudo reconocer. Parecía cómodo y resistente, y probablemente era sintético. Empuñaban unos rifles de aspecto potente que al parecer carecían de cualquier ranura de eyección de casquillos. ¿Serían armas de energía? Fevrierson jamás había visto un rifle láser, y se sintió un poco avergonzado de su pesado rifle automático de cerrojo. Los recién llegados al planeta también disponían de instrumentos como visores telescópicos de energía e incluso comunicadores por receptores en los oídos. ¡Comunicadores individuales para cada soldado! Realmente eran gentes llegadas de otros mundos, como los héroes de los relatos de novela-ficción que su hermano compraba a medio escuto en la tienda de diarios.

—¿Es una rotación? —le preguntó Mkoll.

—Así es. Solíamos estar una semana en el frente y dos en reserva, pero ahora vamos alternando.

—¿Usted y sus hombres llevan una semana en los barracones de retaguardia?

—Así es.

Mkoll se tragó un comentario sobre el estado asqueroso de sus uniformes, pero Fevrierson se había dado cuenta de su mirada.

—No hay instalaciones para la limpieza en Jen-Frow. Los alojamientos están bastante mal equipados. No hay agua para lavar la ropa.

Mkoll asintió.

—No pretendía ofender.

—Por supuesto —respondió el aexegariano con sinceridad.

—Ya te ensuciarás, ya lo verás —murmuró uno de los soldados de la columna. Los demás se rieron en voz baja.

—¡Silencio, Herxer! —ordenó Fevrierson con voz furiosa.

—No importa —dijo Bonin—. Hacemos bien el trabajo sucio. No nos importa ensuciarnos las manos.

—¿Dónde está el oficial al mando de toda esta tropa? —preguntó Mkoll a Fevrierson.

—Yo soy el oficial al mando —contestó el teniente.

Sonó un silbato en la retaguardia, luego otro y por fin otro cerca de ellos.

Fevrierson sacó su propio silbato y sopló.

—¡Fuera de la carretera! ¡Fuera de la carretera! —gritó.

Mkoll se preguntó si se trataría de un ataque, aunque no había visto señales de

alguna clase de amenaza en el helado y húmedo paisaje, que permanecía prácticamente envuelto en un silencio absoluto.

Oyeron unos cascos. Un grupo de caballería avanzaba por el camino al trote, y la infantería se estaba apartando para dejarlo pasar.

Los aexegarianos vitorearon y agitaron sus bufandas y sus gorros mientras los jinetes pasaban al trote. Iban vestidos con chaquetones de color azul y oro, unos fajines verde brillante v chacos blancos. Se mantenían erguidos con actitud desafiante, la mirada fija en el frente y las vainas de los sables repiqueteando contra sus caderas. Sus monturas eran unos gigantescos pájaros que evidentemente no podían volar, con un plumaje gris y un enorme pico ganchudo y se desplazaban sobre unas poderosas patas de carne color azul.

—¡Por Feth! —exclamó Hwlan.

Los jinetes que iban en cabeza enarbolaban en alto unas lanzas rematadas por unos pendones que ondeaban al viento, pero el resto empuñaban rifles cortos de proyectiles sólidos. Ninguno de ellos parecía sostener en las manos rienda ni atadura alguna.

—Húsares. Húsares carabineros —indicó Fevrierson con orgullo evidente—. Una visión magnífica.

—¿Qué son esos pájaros? —le preguntó Caober.

—Estrútidos —contestó Fevrierson. De repente frunció el ceño—. ¿Jamás había visto a un estrútido antes?

—He visto muchas cosas —le replicó Caober—. Y ahora ya lo he visto todo.

—No llevan riendas —comentó Mkoll—. ¿Los controlan con las piernas?

—No, son caballería psíquica —explicó Fevrierson—. Necesitan las dos manos para disparar las carabinas cuando se lanzan a la carga, así que cada hombre dispone de un títere que lo une a su montura.

—¿Un implante? ¿Un potenciador?

—No conozco esas palabras. Un títere es un pequeño artefacto. Lo colocan en el cráneo de los jinetes mediante una operación quirúrgica. Al estrútido le colocan otro y ambos quedan sintonizados. Crea un enlace mental y permite que el hombre dirija al animal.

Más de sesenta húsares pasaron al trote antes de que la infantería pudiera regresar al camino. Mkoll vio que algunos de los soldados aexegarianos recogían las plumas sueltas que habían caído al barro y se las colocaban en el cuello de los abrigos.

—Amuletos de la suerte —le aclaró Fevrierson.

Mkoll se percató tras cuarenta y cinco minutos de marcha que el terreno estaba comenzando a descender aunque el paisaje que le rodeaba continuaba mostrando el mismo aspecto desolado y agujereado. Habían comenzado a entrar en la parte posterior del entramado de trincheras. El horizonte se mostraba completamente

despejado de cualquier edificio porque todo lo indispensable se había construido bajo tierra.

Las excavaciones eran inmensas. Algunos de los corredores de comunicación eran tan anchos como las calles de una ciudad y se hundían hasta diez metros de profundidad. En las zonas donde se extendían por debajo de la capa freática habían colocado planchas de madera y listones, mientras que los equipos de zapadores se encargaban de sacar el agua que se filtraba con bombas de achique manuales. Las paredes estaban repletas de cables eléctricos, y Mkoll pudo distinguir el olor a ozono de los generadores de escudo. Los camiones y los vehículos blindados atravesaban toda aquella zona y, en cuanto aparecían, la infantería tenía que meterse en unos huecos excavados en la pared de la trinchera para dejar que pasaran. Las tropas corrían arriba y abajo, algunos con uniformes verdes, otros con uniformes grises, unos cuantos soldados con vestimenta de color azul y dorada o de color rojizo. Todas eran tropas locales, todas en un estado sucio y lamentable. Se sintieron como si hubiesen entrado en una ciudad parcialmente enterrada. Algunas secciones de las trincheras estaban completamente forradas con planchas de madera unidas entre sí y con bombillas que colgaban de ese techo improvisado.

—Es impresionante —le comentó Baen a Mkoll—. Me esperaba todo un sistema de trincheras, pero no de este calibre.

—Han tenido cuarenta años para construirlo —contestó Mkoll.

Y lo habían construido a base de bien. Vieron inmensas trincheras de reserva, como calles principales y a menudo reforzadas con rococemento, de las que salían refugios y barracones subterráneos hacia el oeste y trincheras de comunicación y apoyo hacia el este, hacia el frente. Esas trincheras de apoyo, que partían de cero o de depósitos de munición enterrados a bastante metros, eran menos profundas y avanzaban en zigzag o estaban bien provistas de barreras de protección para proteger los cruces vulnerables y hacer que fuera más fácil defenderlas de un modo compartimentado. Hacia el este, aproximadamente a un kilómetro de donde se encontraba, calculó Mkoll, se extendían las trincheras de primera línea.

Hacia el oeste, la retaguardia, donde se podían distinguir unas excavaciones todavía más profundas a las que se llegaba mediante unas trincheras de comunicación con el suelo cubierto de estrechos raíles.

—Los pozos de los cañones —le explicó Fevrierson.

Mkoll pensó que incluso la artillería principal estaba enterrada y a cubierto bajo tierra. Los raíles eran para las carretillas de munición. Unos momentos después tuvieron que detenerse para permitir que unas carretillas repletas de enormes proyectiles envueltos en mimbre pasaran de la trinchera de reserva a las trincheras de comunicación que llevaban a los pozos de los cañones. Fevrierson le echó un vistazo a su reloj.

—Se están preparando para el bombardeo de esta noche —informó el teniente.

Los soldados de la infantería de Genswick se detuvieron a descansar mientras Fevrierson se dirigía al fortín de mando del sector para presentarse a los jefes. Le indicó a Mkoll que lo acompañara.

El fortín estaba compuesto por una serie de estancias blindadas construidas y enterradas bajo el suelo a cierta distancia de la trinchera de reserva. Tenía unas puertas correderas y unas cortinas antigás a la entrada.

El interior era cálido, húmedo y bullicioso. Había una sala de mapas y un anexo de comunicaciones donde una hilera de operadores manejaban unos aparatos voluminosos de aspecto anticuado.

Unos grandes manojos de cables de comunicación cruzaban el suelo de la estancia de entrada y salían por unas aspilleras de la pared. Unos cuantos mensajeros sudorosos estaban sentados en un banco de la sala principal a la espera de que les entregaran nuevas órdenes para el frente.

Mkoll se quedó al lado de una puerta reforzada mientras Fevrierson firmaba para dejar constancia de que había llegado. Desde aquel punto privilegiado, el explorador de Tanith pudo ver una pequeña sala de mando repleta de oficiales de alto rango agrupados alrededor de una mesa baja llena de mapas. Todos llevaban los uniformes un poco raídos, pero seguían siendo impresionantes: unos de color azul y oro, otros verdes, algunos amarillos, algunos grises y varios rojo oscuro.

Mkoll todavía no conocía las diferentes insignias y distintivos. Los hombres de uniforme gris solían tener la piel bastante oscura, mientras que los pocos de uniforme rojo solían tener la piel más pálida y el cabello pelirrojo o rubio.

Fevrierson estaba informando de su llegada a un general de rostro enjuto a quien el uniforme verde parecía quedarle suelto y poco ajustado. El rostro del individuo parecía cansado. Mkoll pensó que sin duda aquel hombre había perdido bastante peso desde que le confeccionaron aquel uniforme.

El general estuvo hablando con Fevrierson unos instantes mientras señalaba algunos puntos del mapa antes de firmarle una hoja de órdenes. Luego Fevrierson le dijo algo más y séñalo a Mkoll.

El general asintió y se acercó hacia donde estaba esperando el explorador de Tanith. Mkoll se apresuró a saludar con energía, y el general respondió al saludo.

—No les esperábamos hasta dentro de dos días —dijo el general.

—Todavía no estamos al completo, señor. Mi comandante me ordenó que avanzara por delante de ellos para comprobar las posiciones de la línea de combate.

El general asintió y un momento después sorprendió a Mkoll al efectuar el signo del águila sobre el pecho y ofrecerle la mano.

—De todos modos, me alegro de verle y agradezco al Trono que hayan venido. Soy Hargunten, jefe del estado mayor de la región quincuagésimo primera.

Bienvenido a la Línea Peinforq.

—Señor. Mkoll, del Primero de Tanith.

—¿Qué necesita, sargento?

—Echarle un vistazo al frente y la oportunidad de enviar un informe a Rhonforq —le contestó este. Mkoll le entregó los papeles que le había firmado Gaunt para su misión, con la correspondiente firma también de Buzzel.

El general Hargunten les echó un vistazo.

—Espere aquí —le dijo—. Los de Genswick van a situarse en la posición 143, así que puede acompañarles.

Se alejó para conversar con los demás oficiales. Mkoll se dio cuenta mientras esperaba que uno de los oficiales de uniforme de color rojo lo miraba de arriba abajo. Por sus insignias parecía un coronel. Mkoll no tenía ni idea de lo que querían decir el distintivo de los sables cruzados ni el símbolo heráldico del dragón.

—¿Es imperial? —dijo tras unos momentos. El acento era nuevo para Mkoll. Marcado, sonoro, nasal.

—Sí, señor.

—Han venido para salvarnos.

—Hemos venido para luchar contra el archienemigo, señor.

El coronel soltó un bufido. Tenía la piel muy pálida y cubierta por unas cuantas pecas. Su cabello, casi afeitado en los lados de la cabeza, era de un color rubio rojizo.

—Podemos ganar esta guerra —le dijo a Mkoll.

—No tengo la menor duda.

—Sin su ayuda —continuó.

—No soy quien para decirlo, señor.

El coronel lanzó un gruñido y se dio media vuelta. Fevrierson regresó con el general.

—Los papeles están en orden, sargento —le dijo Hargunten a Mkoll mientras se los devolvía—. Vaya con el teniente. Eche un vistazo. Transmítale mis saludos a su comandante.

Mkoll dobló los documentos y los metió en un bolsillo antes de saludar.

—Vea el frente —le dijo el coronel desde donde se encontraba—. Vea una guerra como nunca ha conocido.

—Ya conozco bien la guerra, señor —le replicó Mkoll un momento antes de darse media vuelta y salir del fortín.

—¡Schleiq! ¡Todavía no me creo lo que ha hecho! —soltó Fevrierson en cuanto cruzaron la entrada con las cortinas antigás y salieron al húmedo aire de la noche.

—¿Qué he hecho?

—¡Replicarle de ese modo!

—¿Quién era?

—¡Redjacq!
—¿Quién?
Fevrierson parpadeó sorprendido, como si Mkoll estuviera loco.
—Redjacq…, Redjacq Ankre. De Kottmark.
—No me suena.
—¿Las Wivernas de Kottstadt?
—De verdad que no lo conozco. Kottmark es el país vecino, ¿verdad?
—Así es… y el otro miembro de importancia de la Alianza. Ya estaríamos derrotados si no hubiese sido porque Kottmark se unió a nuestro bando hace veinte años.
—Y ese tal Redjacq… ¿qué tiene de especial?
—Es el mejor comandante de campo. Está al mando de las Wivernas. Unas furias, eso es lo que son. Tenemos suerte de que estén destinadas a este sector.
—Seguro que sí.
Ya estaba oscureciendo en esos momentos. Fevrierson puso en marcha a sus soldados y atravesaron una serie de trincheras de comunicación zigzagueantes que los llevaron a las posiciones del frente. Allí la situación era más o menos la que Mkoll se había esperado. No había ninguna clase de iluminación ni aparato eléctrico. Tan sólo se veía de vez en cuando un brasero o una lámpara de promethium. Las sucias posiciones de tiro tenían unos tres metros de profundidad y estaban muy reforzadas con vigas transversales y gaviones llenos de tierra. En la base del muro principal había una escalera hecha con piedras planas, entre el parapeto y las troneras. A pesar de las planchas de madera, las trincheras estaban llenas de barro casi líquido y repletas de alimañas.
Unos soldados de uniforme azul y aspecto agotado descendieron de sus posiciones y comenzaron a retirarse con paso lento en largas filas mientras la infantería de Genswick los relevaba y tomaba sus lugares bajo el parapeto.
El cielo se estaba encapotando y la luz parecía escurrirse hasta desaparecer. Varios truenos resonaron en la lejanía. Las trincheras desprendían un olor asqueroso. Mkoll se volvió hacia sus hombres.
—Caober, Baen, Bonin…, id por allí. Mkvenner, Hwlan…, por aquel lado. En veinte minutos os quiero de vuelta. Decidme qué veis.
Empezaron a alejarse, pero Mkoll agarró a Mkvenner por la manga del uniforme y lo retuvo un momento. Aunque de un modo extraoficial, Mkvenner era el segundo de Mkoll entre los exploradores, y estaba totalmente entregado a su tarea, además de ser completamente implacable, de un modo que Mkoll, a pesar de toda su reputación, jamás sería capaz de conseguir. Algunos de los de Tanith decían que Mkvenner había sido entrenado en las antiguas artes marciales del cwlwhl, el arte de combate de los Nalsheen, los legendarios guerreros que habían mantenido la paz durante los

problemáticos tiempos feudales en Tanith. Mkoll siempre se ocupó de acallar aquellos rumores, sobre todo porque eran ciertos y sabía lo tremendamente reservado que era Mkvenner para su vida pasada en Tanith.

—No pierdas de vista a Hwlan —le dijo Mkoll—. El décimo pelotón está un poco descolocado ahora mismo y Criid todavía no se ha hecho con él. Asegúrate de que se mantenga concentrado.

Mkvenner asintió antes de marcharse. Mkoll observó la figura ágil y alta que desaparecía al otro lado de la trinchera repleta de gente.

El sargento se reunió con Fevrierson en el puesto fortificado de mando. Era poco más que un cobertizo construido en una posición avanzada de la trinchera. Vio un periscopio binocular en forma de V montado sobre un trípode, y Mkoll aprovechó para observar el terreno.

Era su primera visión del campo de batalla. Bajo la luz del atardecer era un panorama desolador, aunque tuvo la seguridad de que de día sería todavía más desolador. Tierra removida, restos inidentificables, largos postes con alambradas de púas arremolinadas a su alrededor. A un kilómetro de distancia, el terreno destrozado se hundía un poco formando una amplia llanura inundada repleta de agua ponzoñosa y charcas estancadas entremezcladas con islotes de barro y montículos de tierra levantada por las explosiones.

—Hay mucha agua ahí abajo —comentó Mkoll.

—Es el río.

Mkoll miró de nuevo.

—Eso no es un río…

Fevrierson le sonrió.

—¡Desde luego que sí! ¡Es el bello Naeme, la orgullosa arteria vital de las tierras fronterizas!

—Pero si no es más que un montón de charcas grandes, algunos lagos y una llanura inundada…

La voz de Mkoll se fue apagando. Se dio cuenta de que un río tendría ese aspecto después de ser bombardeado durante cuarenta años. Las riberas, todo el entorno, incluso el lecho del río habrían sido arrancados y vueltos del revés, pero el agua seguía fluyendo. Donde antaño había fluido un gran río caudaloso que serpenteaba a través de praderas y pueblos tranquilos y apacibles en su largo viaje hacia el mar, en esos momentos estaba partido por completo, empapando el paisaje destrozado como sangre procedente de una herida, con todo su recorrido y su ser despedazado por la guerra.

Se oyó un leve estallido y la zona por debajo de ellos quedó inundada de una fría luz blanca. Pocos segundos después aparecieron nuevas estrellas artificiales que relucieron en el cielo oscuro. Todo parecía desteñido y sin vida, con unas sombras de

perfiles duros que temblaban mientras las bengalas bajaban del cielo.

—Luz de los cadáveres —dijo Fevrierson mientras se colocaba el casco de acero —. Agárrate fuerte.

—¿Por qué?

—Ha llegado la hora de la guerra.

A lo lejos se oyó un silbato. El ulular de una sirena de megáfono resonó durante unos breves momentos y su gemido recorrió todo el frente.

Los pozos de artillería de la Línea Peinforq cobraron vida.

El ruido y los estallidos de luz rasgaron la oscuridad y eclipsaron el brillo trémulo de las bengalas. La tierra se estremeció. En los profundos pozos y en los emplazamientos de armas pesadas situados detrás de las trincheras principales de la línea, los obuses y los morteros de gran calibre lanzaron su munición contra la creciente oscuridad. Los feldkannonen y los lanzacohetes se unieron a las andanadas de disparos.

Mkoll miró hacia atrás, a las líneas de la Alianza y vio el tremendo espectáculo luminoso. A unos dos kilómetros al oeste de su posición y a lo largo de veinte kilómetros de norte a sur, las piezas de artillería lanzaban destellos, y los resplandores de las bocas de los cañones parpadeaban de un lado a otro como luces estroboscópicas. Los enormes fogonazos recorrían arriba y abajo la línea de artillería, y algunos provocaban extrañas sombras momentáneas desde el fondo de sus pozos de tiro. Mkoll oyó el aullido atronador de los proyectiles de gran calibre que le pasaban por encima de la cabeza, el zumbido profundo de los morteros pesados y el retumbar de las bombardas. Los cohetes subieron chillando al cielo dejando tras de sí alargados rastros de llamas.

Jamás había visto un bombardeo a semejante escala. Ni siquiera en la colmena Vervun.

Mkoll miró hacia el este por los binoculares. Una hilera desigual de explosiones y surtidores de llamas recorría la tierra destrozada situada al otro lado del río desgarrado. Pudo distinguir en el aire el olor a hierro y a fyceleno, y después el hedor del cieno removido y convertido en vapor. Fevrierson parecía satisfecho. Se recostó y se puso a beber una taza de hojalata llena de cafeína que le había llevado su ayudante.

—¿Quiere una? —preguntó.

—No —contestó Mkoll. El bombardeo le estaba sacudiendo hasta la médula de los huesos.

—Esto seguirá así durante unas cuantas horas, y luego puede que nos ordenen avanzar.

—Feth —exclamó Mkoll.

—Será mejor que se tome una taza —aconsejó Fevrierson—. Puede que nos quedemos aquí durante…

Se oyó un rugido repentino y una inmensa onda expansiva llena de calor azotó la línea del frente procedente del oeste. Fevrierson se puso en pie a trompicones y miró hacia la retaguardia de la línea de la Alianza. Un cono invertido de llamas al rojo blanco se alzaba en mitad de las posiciones artilleras.

—No puede ser un accidente… —comenzó a decir.

Se produjo otro estampido terrorífico precedido de un tremendo resplandor, pero esta vez se vieron arrojados al suelo por la enorme onda expansiva. Los silbatos comenzaron a sonar.

—Esos son disparos de artillería —dijo Mkoll mientras se ponía en pie.

—Pero si no tienen nada tan…

Sonó una tercera explosión, y luego una cuarta hasta llegar a una docena de impactos descomunales que recorrieron la línea hacia el noroeste. Unas llamaradas colosales iluminaron la noche en aquella zona.

—¡Schleiq! —exclamó Fevrierson—. ¿Qué demonios es eso?

—¿Algo nuevo? —le preguntó Mkoll.

Un mensajero casi se cayó de bruces al entrar en la trinchera. Apareció completamente empapado de sudor.

—¡Preparados para rechazar el ataque! —dijo entre jadeos.

—¿Ataque? —preguntó Fevrierson.

Mkoll se acercó de nuevo a los binoculares. Unas sombras fantasmales avanzaban por la tierra de nadie del valle del Naeme en dirección a ellos.

—Que sus hombres se preparen —ordenó al joven teniente—. Nos atacan.

Mkoll entró a la carrera en la trinchera de tiro mientras descolgaba el rifle del hombro. Los hombres gritaban y corrían en todas direcciones, empujándose unos a otros presas del pánico.

—Restablezca el orden o estamos muertos —susurró el sargento de Tanith a Fevrierson, quien comenzó inmediatamente a tocar el silbato. Mkoll oyó el tintineo y el chasquido de los teléfonos de campaña y los gritos pidiendo confirmación de las órdenes.

No había previsto nada semejante. Sólo se había acercado para efectuar una breve exploración del terreno, no para verse envuelto en un ataque frontal. Ajustó el micrófono de su comunicador.

—¡Cuatro! ¡Aquí cuatro! ¡Numeraos!

—¡Treinta y dos!

Ese era Bonin.

—¡Veintiocho, cuatro!

Caober.

—Trece. Voy con sesenta —respondió Mkvenner, contestando por Hwlan también.

—Cuarenta y cinco, señor.

Baen.

—Cuatro, os recibo. Acercaos a mi posición, en el blocao. A paso ligero.

—Treinta y dos, veo objetivos acercándose —informó Bonin.

—Entendido. Acercaos hasta aquí. Permiso para entrar en combate si es necesario.

Una nueva serie de explosiones titánicas hicieron que el suelo se estremeciera, y el cielo hacia el oeste quedó iluminado de amarillo otra vez con las enormes llamaradas. El tremendo contrabombardeo del enemigo había roto la disciplina de tiro de la artillería de la Alianza. Mkoll sintió un leve estremecimiento y a continuación notó el olor a ozono cuando los escudos de energía se encendieron a lo largo de la línea de mando de la Alianza. Pudo distinguir en la penumbra el brillo blanco translúcido de las pantallas protectoras que relucían sobre las reservas principales. Cayeron más disparos de la artillería enemiga que se estrellaron contra los escudos explotando con grandes ondas expansivas de aire. Uno de los escudos siseó y se apagó al quedar sobrecargado por una de las explosiones.

Mkoll no era ningún experto en artillería, pero sabía que la potencia y el alcance de los cañones enemigos debía de estar como mínimo a la par de las piezas de asedio más grandes del Imperio. Era evidente que la línea del frente, aquella «Línea Peinforq», había sido organizada y preparada para poder efectuar disparos de artillería a una distancia de cinco o seis kilómetros. Los proyectiles que les estaban disparando habían recorrido quince o veinte. La propia reacción de sorpresa de Fevrierson era más que suficiente. No había visto nada igual antes. Aquella no era una buena señal.

Mkvenner y Hwlan se reunieron con Mkoll, lo mismo que Bonin un momento después.

—Ya casi están en el parapeto, a menos de treinta metros —comunicó Bonin.

—Por Feth. ¿Por qué estos idiotas no están en sus puestos? —preguntó Hwlan.

Fevrierson ya había logrado hacer subir a unos cuantos hombres a las posiciones del parapeto cuando Mkoll empezó a oír los primeros estampidos sordos de los disparos de mortero y el tableteo de una ametralladora pesada.

Casi inmediatamente, como si fuera la respuesta a los disparos, la parte superior de la pared trasera de la trinchera comenzó a recibir impactos. Las tablas empezaron a saltar hechas astillas y grandes trozos de tierra volaron por doquier. Momentos después, uno de los soldados del parapeto salió despedido hacia atrás y cayó al suelo de la trinchera como si le hubieran golpeado en la cara.

—¡Calad bayonetas! —gritó Fevrierson—. ¡Preparados para repeler el asalto!

Los grupos cada vez más numerosos de infantería de la Alianza montaron unos largos y estrechos cuchillos en la punta de los rifles.

—Tendrán que hacer algo más que repeler el ataque —dijo Mkvenner en voz baja —. Unas cuantas granadas o una carga bien organizada y el enemigo se nos meterá en las trincheras.

Tienen que pararlos antes de que lleguen al parapeto…

Mkoll giró la cabeza y miró a Fevrierson.

—¿Y bien? Mientras todavía haya tiempo.

—La orden es repeler. Aguantar y repeler…

La voz de Fevrierson fue apagándose. Tenía los ojos abiertos de par en par y relucían en la penumbra.

Y entonces ya fue demasiado tarde. Numerosas explosiones azotaron el tramo de trinchera que estaba situado al otro lado del siguiente sector transversal. Granadas. Un segundo después, una granada de empuñadura de madera pasó por encima de sus cabezas al ser lanzada con demasiada fuerza. Cayó sobre la parte superior de la pared posterior de la trinchera y los cubrió de tierra.

La infantería del parapeto comenzó a disparar. La munición de sus rifles, proyectiles sólidos, producía estampidos sordos que se solapaban con el chasquido de los cerrojos cuando eran empujados hacia atrás y adelante para cargar el siguiente proyectil. Los disparos enemigos pasaron a muy poca distancia del borde superior del parapeto. Otros dos hombres salieron despedidos. Uno de ellos giró en redondo sobre sí mismo por el impacto.

—¡Aguantad y repeled! ¡Aguantad y repeled! —gritaba Fevrierson sin cesar.

De repente, un gran trozo del parapeto se hundió hacia dentro arrancando los troncos y las planchas de madera que revestían la parte interna de éste y lanzando a los hombres al suelo. Los primeros soldados de la oleada enemiga aparecieron en la trinchera a través del agujero abierto por las granallas. Iban vestidos con abrigos caquis, pantalones de pana marrones, polainas manchadas de barro y cascos de acero de color verde oscuro sobre una especie de sucias tocas de lana o unas máscaras de cota de malla. La mayoría estaban armados con rifles automáticos de aspecto pesado en los que llevaban caladas unas bayonetas de borde serrado con mala pinta, y los demás empuñaban pistolas y cortadores de alambre de gran tamaño. Mkoll vio que al menos tres de ellos llevaban puestos unos gruesos chalecos de granadero, con los numerosos bolsillos de lona llenos de granadas redondas y de mango.

Los asaltantes entraron en tromba en la trinchera y comenzaron a disparar a ambos lados contra los apretujados soldados de la infantería de Genswick. Otros atacantes se asomaron por encima del borde del parapeto y empezaron a disparar en modo automático contra el mismo corazón de la sección defensiva.

Entre Mkoll y los asaltantes se interponía un nutrido grupo de soldados de la Alianza. La mayoría de ellos estaba intentando huir a la carrera o esconderse para ponerse a cubierto. Pudo oír el silbido y el impacto de las balas enemigas en los

cuerpos forcejeantes. Los proyectiles atravesaban la tela de estambre y la franela, las ropas de lona y el cuero, perforando la carne. Algunos de los hombres que recibían los impactos se estremecían de forma convulsiva, pero se mantenían en pie por la presión de los cuerpos que los rodeaban. Otros gritaban porque los habían herido o por sus intentos desesperados porque no lo hicieran. Un hombre saltó por los aires por la fuerza del balazo que le impactó de lleno en el cuello. Su cuerpo dio una vuelta completa por encima de sus camaradas antes de caer de nuevo. Una granada negra y redonda, con una mecha de papel humeante, rebotó sobre el hombro de otro soldado y después voló en pedazos la parte frontal del puesto de mando en una lluvia de trozos de madera.

Un tremendo rugido se alzó de entre los soldados de Genswick mientras intentaban escapar de la brecha en el parapeto y del fuego cruzado. El grueso de la tropa estaba atrapado por su propia confusión, como animales en el pasillo que lleva al matadero. Fevrierson y algunos de los hombres bajo su mando que estaban en el parapeto lograron responder al fuego enemigo disparando por encima de las cabezas de sus camaradas, y Mkoll vio que al menos dos asaltantes caían muertos al suelo. El sargento se abrió paso en contra de la marcha de los hombres aterrorizados.

—¡Por Feth! ¡Daos la vuelta! ¡Daos la vuelta y luchad! ¡Vamos! —les gritó.

Mkvenner y Hwlan habían conseguido subirse a la plataforma del parapeto y habían comenzado a disparar a lo largo de la trinchera. Las repentinas ráfagas de disparos láser dejaron asombrados a los infantes de Genswick. Hwlan pensó que probablemente era la primera vez que veían armas láser.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritó Mkoll a los soldados de la trinchera, y en cuanto se agacharon y se pusieron a cubierto, Bonin y él dispararon ráfaga tras ráfaga de fuego automático por encima de las cabezas de los de Genswick en apoyo del fuego lateral de Mkvenner y Hwlan.

Los asaltantes retrocedieron ante la lluvia de rayos de energía. Los tres o cuatro que iban en cabeza salieron despedidos hacia atrás y se desplomaron sobre los hombres que les seguían, unos cuantos de los cuales cayeron al suelo. Mkoll atravesó por fin la masa de soldados acurrucados en la base de la trinchera y abrió fuego contra los asaltantes que aparecían por el parapeto destrozado, pillándolos en enfilada. Sintió que un proyectil de rifle se estrellaba contra la armadura de su pecho y que otros le pasaban silbando cerca de la cabeza antes de estrellarse contra la pared de tierra a su espalda, pero siguió disparando.

Fevrierson hizo sonar el silbato de nuevo.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Los imperiales los han pillado!

Los rifles de proyectiles se unieron a las ráfagas disparadas contra los asaltantes. Bonin se llevó el rifle al hombro y apuntó con rapidez antes de abrir fuego y abatir a un granadero enemigo que se encontraba en mitad del grupo atacante. La granada que

llevaba en la mano explotó e hizo estallar a su vez las que llevaba en el chaleco. La explosión resultante, canalizada por las paredes de la trinchera, lanzó llamas, metralla y trozos de tablones de madera en ambas direcciones.

—¡Adelante! —gritó Mkoll, y se lanzó a la carga junto a Bonin.

La sección asaltada había quedado completamente despejada por la explosión. El aire estaba lleno de polvo del suelo, fino como harina, que se iba asentando por todos lados, formando parches semisólidos y pegajosos en los lugares empapados de sangre derramada. Los cuerpos de los atacantes, ennegrecidos y retorcidos, yacían esparcidos sobre los peldaños del parapeto y el suelo de la trinchera. Uno de ellos colgaba sobre la alambrada del extremo superior del parapeto. Mkoll, Bonin y cinco soldados de la infantería de Genswick llegaron a la carrera a los peldaños de la sección de parapeto destruida justo a tiempo para interceptar al siguiente grupo de asalto enemigo cuando comenzaba a entrar en la trinchera.

Se produjo un feroz intercambio de disparos a quemarropa que arrojaron de espaldas y fuera de la trinchera a tres de los atacantes y que abatió a uno de los infantes de Genswick. Inmediatamente después entraron en un combate cuerpo a cuerpo brutal y despiadado. Mkoll utilizó la culata del rifle para desviar una bayoneta dirigida contra su pecho y luego la bajó con fuerza para destrozarle la rodilla al asaltante. Uno de los de Genswick atravesó el estómago de su oponente con la bayoneta y lo alzó por los aires como un campesino que transportara una bala de heno. Bonin, a quien le había dado tiempo de calar en el rifle su cuchillo de guerra tanith de plata pura, mató a un atacante de un solo golpe y luego le rebanó el muslo a otro antes de partirle el cráneo con la culata mientras caía. Una pistola disparó dos veces muy cerca del oído de Mkoll, y el soldado de la Alianza que estaba a su lado se llevó las manos a la cara y lanzó un grito mientras caía al suelo. Mkoll disparó a su vez y le atravesó la garganta al granadero que empuñaba la pistola automática. El atacante cayó desde el parapeto y se deslizó hasta quedar sentado y muerto sobre el peldaño, con la espalda pegada a la pared de la trinchera.

Después de unos cuantos segundos más de golpes de culata y de tajos de bayoneta, los últimos asaltantes retrocedieron, repelidos por fin.

Bonin y otros dos soldados de Genswick subieron al mismo parapeto y empezaron a disparar hacia la oscuridad para expulsar a los atacantes más allá de la tierra de nadie. Fevrierson y el resto de sus hombres se desplegaron a lo largo de la trinchera y también comenzaron a disparar sin tregua. El chasquido de los rifles láser de Mkvenner y Hwlan contrastaba con el estampido de las armas de proyectiles sólidos de la tropa local.

Mkoll se agachó y comenzó a quitarle las bombas del chaleco al granadero muerto. Las redondas tenían unas mechas de fricción que se encendían cuando se tiraba de un cabo de papel retorcido. Las encendió una por una y las fue arrojando por

encima del parapeto. Las granadas de mango tenían unas largas empuñaduras de madera parecidas a mangos de escoba con unos lazos de tela colgando de unos remaches de la base. Mkoll se dio cuenta de que había que pasar la mano por aquellos lazos antes de lanzar la granada. En cuanto la tirabas, el remache que encendía la mecha se quedaba enganchado al lazo que permanecía colgando de la muñeca. Uno de los hombres de Fevrierson, que tenía un brazo herido, se acercó para ayudarlo a lanzar las bombas al otro lado.

El sargento de Tanith se giró inmediatamente en cuanto oyó disparos láser a su izquierda. Caober y Baen, junto a tres soldados de la Alianza, aparecieron en el siguiente tramo transversal de la trinchera disparando hacia atrás.

—¡Ataque por el flanco! —gritó uno de los hombres de la Alianza—. ¡Asaltantes en la trinchera de defensa!

—¡Defended esta zona! —le gritó Mkoll a Bonin, y se bajó de un salto del peldaño del parapeto antes de lanzarse a la carrera para ayudar a Caober y a Baen. Mkvenner se puso a correr a su lado, seguido por un puñado de hombres de Fevrierson.

La sección transversal los protegía de los atacantes del siguiente tramo, pero también les impedía apuntarles. Baen se pegó al extremo de aquella sección y se asomó para disparar tan a menudo como se atrevió. Una granada de mango fue rebotando por las paredes hasta caer delante de ellos. Mkvenner la atrapó en el aire con un gesto tan veloz que apenas se le pudo ver y la lanzó de vuelta. La explosión hizo salir una lengua de humo por la boca de la trinchera transversal.

—¡Estarán retrocediendo! ¡A por ellos! —gritó uno de los de Genswick antes de lanzarse a la carga acompañado de dos camaradas. Los tres acabaron acribillados a balazos y se estamparon contra la pared de contención. Se quedaron allí pegados una fracción de segundo antes de caer directamente de bruces.

Mkoll miró a Mkvenner.

—Por encima, hasta el flanco y abajo —dijo el explorador alto y ceñudo.

Mkoll asintió. Le hizo señales a Caober para que los siguiera y le indicó a Baen que defendiese la esquina de la trinchera transversal.

Los tres Fantasmas sacaron sus capas de camuflaje y se las pusieron sobre los hombros, anudándolas con tal habilidad que formaron una capucha sobre la cabeza con el reborde externo.

A continuación subieron por la pared de la trinchera hasta llegar a la parte de arriba.

La superficie exterior de la trinchera no era más que tierra prensada y charcos de barro. Ya estaba bastante oscuro, pero el tremendo fuego de artillería seguía iluminando de forma intermitente toda la línea con resplandores increíblemente brillantes. En mitad del frenesí del brutal combate en la trinchera, Mkoll casi se había

olvidado del bombardeo. Todavía continuaba: los obuses de largo alcance estaban arrasando todas las trincheras de mando y de suministros de la Línea Peinforq hasta donde alcanzaba la vista. Algunos escudos aún se mantenían en pie, pero tan sólo unos cuantos disparos de artillería esporádicos se dedicaban a responder al atronador fuego enemigo.

Mkoll, Caober y Mkvenner avanzaron a rastras, envueltos en sus capas y pegados al barro. Habían enfundado sus cuchillos y se habían colgado los rifles debajo de las capas para que no tropezaran e hicieran ruido contra cualquier piedra o fragmento metálico que pudieran encontrarse en la superficie. Siguieron arrastrándose a tientas. Cada vez que la luz de una explosión iluminaba el cielo se quedaban completamente inmóviles.

En la trinchera, a su derecha, se distinguía el ruido que hacían Baen y los soldados de Genswick al enfrentarse con disparos aislados a los asaltantes desplegados al otro lado de la trinchera transversal. Mkoll también pudo oír a los enemigos gritarse unos a otros en un lenguaje que no entendió. Sin embargo, no tuvo problemas para entender la siguiente orden.

—¡Grenadze! ¡Grenadze!

Habían llegado a una especie de reborde posterior. Mkvenner sacó un trozo de alambre consistente pero maleable que llevaba en la cintura y lo enderezó. Luego lo empujó lentamente hasta que la punta asomó por el borde posterior de la trinchera de apoyo. El alambre tenía enrollado a su alrededor un cable de fibra óptica, y en la punta había una diminuta célula de visión que a su vez estaba conectada por el extremo más cercano a Mkvenner a la mira telescópica de su rifle. Movió con suavidad el alambre y estudió con detenimiento las imágenes de baja resolución que aparecieron en la lente de la mira.

Alzó la mano justo lo suficiente para que la vieran Mkoll y Caober. Extendió cinco dedos primero, y luego tres. Ocho enemigos. Movió la mano lateralmente para indicar que cuatro se encontraban en la esquina de la trinchera transversal, dos debajo de ellos y dos más a la izquierda.

Mkoll asintió y alargó la mano para sacar una carga de tubo del manto. Los tres se descolgaron los rifles láser y los dejaron sobre el barro. Aquella iba a ser una lucha demasiado cerrada, con muy poco espacio para utilizar los rifles. Desenfundaron sus cuchillos y sus pistolas. Mkoll y Caober empuñaron sus pistolas láser reglamentarias mientras que Mkvenner sacó una pistola automática del calibre 38 con un cargador de doce balas que había adquirido en Nacedon. Caober y Mkoll les quitaron el seguro a las armas y se quedaron boca abajo, con las pistolas en la mano derecha y los cuchillos en la izquierda. Mkoll dejó por un momento la pistola sobre el barro y se metió el cuchillo entre los dientes antes de tirar de la lengüeta detonadora y arrojar la carga de tubo hacia la esquina de la trinchera.

La explosión hizo saltar el cuerpo destrozado de uno de los enemigos hasta el parapeto de la trinchera, donde el cadáver envuelto en llamas rebotó antes de caer en tierra de nadie.

Para entonces, los tres Fantasmas se habían quitado las capas de un tirón y habían saltado al interior de la trinchera.

Mkoll cayó mal, pero con el equilibrio suficiente para colocarse en posición de disparo. Apuntó a su derecha y abatió de unos cuantos disparos láser a los dos asaltantes que salieron tropezando y tambaleándose de la humareda de la explosión.

Mkvenner aterrizó como un felino entre los dos individuos que se encontraban justo debajo de su posición. Le pegó un tiro en la cabeza a uno de ellos a quemarropa, y mientras éste apenas comenzaba a caer entre espasmos, le rompió el cuello al otro con una tremenda patada lateral.

El salto de Caober le llevó a caer directamente sobre sus dos oponentes, y los tres cayeron al suelo de la trinchera convertidos en un ovillo de miembros que se retorcían. Uno de los soldados enemigos le pisó el tobillo a Caober al intentar levantarse, y el de Tanith lanzó un grito de dolor antes de pegarle un tiro en la pelvis. El asaltante cayó de nuevo al suelo, gritando y moviendo los brazos como un juguete roto. El otro oponente logró zafarse y atacó a Caober con la bayoneta. El explorador detuvo el ataque con su cuchillo y le disparó, pero falló. El asaltante siguió su ataque y Caober perdió la pistola en un intento desesperado por esquivarlo.

La pistola láser quedó cerca de él, pero Caober no perdió el tiempo intentando recuperarlo. Agarró el cañón del rifle de su oponente con la mano que le había quedado libre y lo pasó por debajo del sobaco hasta clavar la bayoneta en la pared de tierra de la trinchera a la vez que aceleró el cuello de su oponente hasta hacerlo chocar con la punta de su cuchillo, que se enterró en la garganta. El pecho de Caober quedó cubierto de sangre. Oyó a Mkvenner gritarle por el auricular: «¡Abajo!». Le obedeció inmediatamente, dejándose caer a la par que el cadáver de su enemigo.

Cinco asaltantes más habían entrado en la trinchera y se abalanzaban hacia su posición. Mkvenner hizo caso omiso de los proyectiles de rifle que pasaban silbando a su alrededor y avanzó hacia ellos disparando con la pistola. El primer y el segundo atacante salieron despedidos hacia atrás como si les hubieran golpeado con una alabarda. El tercero cayó de bruces sobre su propia cara. El cuarto estaba intentando desencasquillar su rifle cuando el disparo de Mkvenner lo alcanzó en plena cara y le arrancó toda una mejilla. El quinto logró acertar su disparo e hizo que el explorador cayera de lado mientras dejaba escapar un gran chorro de sangre por la herida en la cabeza.

—¡Ven! —gritó Caober, y se lanzó a por el asaltante, derribándolo al suelo con fuerza.

Caober inmovilizó a su oponente con su antebrazo derecho y dio media vuelta a

su cuchillo en la mano con un movimiento experto, poniendo la punta hacia abajo. En cuanto la tuvo así, Caober hundió la hoja una y otra vez en el pecho del asaltante.

Mkoll había acabado con los atacantes medio muertos que habían sobrevivido a la explosión de la carga de tubo y entonces llegó a la carrera con Baen y los soldados de Genswick pegados a los talones. Otro grupo de asaltantes, incluido un granadero, aparecieron tras la segunda oleada de cinco soldados enemigos.

La pistola de Mkoll mató a uno, y un instante después, Baen comenzó a disparar en fuego automático con su rifle láser. Los soldados de la Alianza que estaban a su lado dispararon sus rifles para apoyarle.

Mkoll avanzó por encima de los cuerpos caídos.

—¡Vosotros dos! ¡Adelantaos y asegurad la trinchera! —ordenó, y un par de soldados de Fevrierson se apresuraron a obedecer la orden—. ¡Los demás, al parapeto!

Los soldados que quedaban se subieron a los peldaños y comenzaron a disparar hacia la oscuridad.

—¡Trinchera asegurada! —gritó uno de los infantes de Genswick. Había entrado en contacto con otros miembros de su propio pelotón que estaban avanzando por el otro extremo de la trinchera transversal.

—¡Pues entonces subios al parapeto! —les apremió Mkoll—. ¡Vamos a hacerles huir!

Caober se puso en pie y echó a correr hacia donde Baen estaba arrodillado al lado de Mkvenner. Vio un gran charco de sangre.

—¡Por Feth! —tartamudeó Caober—. ¡Ven!

—Ah, cállate ya —gruñó Mkvenner lacónicamente. Tenía un pedazo de trapo pegado a la oreja. Cuando lo apartó, saltó un pequeño chorro de sangre—. Sólo me ha arrancado el lóbulo de la oreja.

—¡Feth! —exclamó con una emoción de alivio tan fuerte que tanto Baen como Mkvenner se echaron a reír.

No se produjeron nuevos ataques contra la posición 143 esa noche, aunque los hombres de Fevrierson se mantuvieron en situación de alerta sobre el parapeto. Les llegaron noticias de que el enemigo había entrado en las posiciones 129, 131, 146 y 147, provocando numerosas bajas, aunque a medianoche tan sólo en la 146 se mantenían los combates mientras las tropas de la Alianza se esforzaban por expulsar poco a poco a los asaltantes. Unos informes sin confirmar decían que toda una sección entre las posiciones 287 y 311 había sido tomada, y por el ruido de los combates que le llegaba a través de la línea, Mkoll pensó que era bastante probable.

El bombardeo cesó de repente a medianoche, dejando únicamente una neblina asquerosa de vapor, polvo y humo de fyceleno que se quedó flotando sobre la Línea Peinforq. A las 01.00, los puestos de artillería de la Alianza comenzaron un

contrabombardeo que arrasó sin piedad las posiciones de primera línea de Shadik a lo largo del Naeme hasta el amanecer.

A las 02.15, con el fuego de artillería todavía iluminando con fuerza el cielo a su espalda, Mkoll reunió a su grupo y se despidió de Fevrierson. El joven teniente saludó con presteza y le estrechó la mano a Mkoll, y muchos de los cansados miembros de su compañía aplaudieron y les vitorearon.

—¿Ya van a regresar? —le preguntó Fevrierson.

—Tendríamos que haber regresado hace ya bastante tiempo. Tenemos que informar de nuestro reconocimiento.

—Gracias —dijo Fevrierson—. Gracias. Que el Emperador les bendiga.

—Son buenos hombres —comentó Mkoll señalando con un gesto de la barbilla a los soldados que les rodeaban—. Manténgalos disciplinados y firmes y los mantendrá con vida.

—Espero no verlo de nuevo —le dijo Fevrierson—. Jamás le desearía un sitio de mierda como éste a nadie, y sobre todo no por segunda vez.

Mkoll asintió. Bonin sonrió.

—¿Qué le va a decir a su comandante? —preguntó finalmente Fevrierson.

—La verdad —respondió Mkoll—. Que el frente es exactamente lo que él se temía.



TRES
CUARTEL GENERAL
RHONFORQ

… y respecto a la disposición general de los elementos de apoyo auxiliares, los oficiales de dichos elementos deben responder: (1) al comandante en jefe de esa área/sector, y (2) al oficial de la Alianza en la subdivisión de línea específica.

Libro de ordenanzas generales *de la Alianza Aexegariana*,
772.ªedición, sección 45f, párrafo cuarto,
«Protocolo de mando»

Desde Rhonforq se podían ver las enormes columnas de humo que se alzaban en la Línea Peinforq, a diez kilómetros de distancia en dirección este. Los viejos edificios de piedra del pueblo se habían estremecido al distante compás de las explosiones.

El amanecer llegó a las 04.37, hora imperial. El sol se alzó, apagado y medio tapado, por encima de los bosques cercanos a Ongche, y una neblina cubrió las praderas y viveros de flores que se encontraban al oeste de la población. El

regimiento Primero de Tanith había descansado unas cinco horas en unos alojamientos bastante malos en la zona sur del pueblo, pero la mayoría del personal de mantenimiento de los vehículos y de la armería estuvieron despiertos toda la noche. Habían bajado de los trenes a las 21.00 de la noche anterior junto a dos compañías de krassianos y un batallón motorizado de Seqgewehr que había llegado de Seronne.

Gaunt se levantó a las 05.00, con el cuerpo agarrotado y de pésimo humor. Los mensajeros y los vehículos de transporte de material circulaban traqueteando bajo la ventana de su alojamiento. Le habían asignado una pensión cerca de la plaza mayor del pueblo. Daur y Rawne también fueron hospedados allí, junto a cinco oficiales krassianos y a unos cuantos miembros del estado mayor de la Alianza. Corbec había preferido alojarse con los demás Fantasmas.

La estancia de Gaunt era pequeña y sobria, con un techo bajo e inclinado y una ventana que no se cerraba completamente. Beltayn llamó a la puerta y le trajo un bote lleno de cafeína y una jofaina con agua tibia.

—¿Ha vuelto ya Mkoll? —le preguntó Gaunt mientras intentaba afeitarse con el agua apenas templada y Beltayn colocaba el uniforme de faena de Gaunt sobre la cama.

—Está de camino, señor.

—¿Se ha retrasado?

—Algo fue mal.

—¿El qué?

—Ya oyó el bombardeo, señor. Todo este sitio está patas arriba a causa de ello. Unos nuevos cañones superpesados de asedio. La línea recibió todo un vapuleo anoche.

—Eso pensaba —comentó Gaunt—. Creo que… ¡argh!

Beltayn levantó la vista.

—¿Señor?

—Me he cortado —dijo Gaunt mientras alzaba la barbilla para ver bien en el espejo el corte que se había hecho en la garganta—. Beltayn, esta agua está casi fría.

—Esta agua está todo lo caliente que se puede a no ser que se convierta en cafeína —le respondió Beltayn. Frotó la parte superior de la gorra de Gaunt antes de dejarla en la cama y luego se acercó hasta el comisario y le miró el corte—. Ha tenido cortes peores.

Gaunt sonrió.

—Vaya, muchas gracias.

—Lo que necesita es una aguja —le dijo Beltayn.

—¿Una aguja?

—Es un viejo truco de mi familia. Una aguja. Es excelente cuando te cortas al

afeitarte.

—¿Para qué sirve?

—Cuando uno se corta con la cuchilla, toma la aguja y se pincha en las encías.

—¿Y eso funciona?

Beltayn le guiñó un ojo.

—Por Feth que te hace olvidar el dolor del corte.

Gaunt se tomó la cafeína fuera, vestido y con un pequeño trozo de papel de fumar de Beltayn pegado al corte del afeitado. El día estaba despejado y parecía que no iba a hacer frío, aunque el hedor del fyceleno estaba por doquier. Se detuvo en la terraza de la pensión para conversar con un mayor krassiano y dos de los oficiales de Seqgewehr, y vio a Rawne y a Feygor dando buena cuenta de un desayuno abundante en el pequeño comedor del edificio.

Una columna de tanques pasó traqueteando por la plaza. Gaunt se terminó la cafeína, dejó la taza vacía en una de las mesas de la terraza y comenzó a cruzar la calle hacia la capilla de San Avigns, donde estaba emplazado el cuartel general de la Alianza.

Rhonforq era uno de los Burgos Octarios: las ocho municipalidades con iglesias mayores que respaldaban la autoridad del obispado de Ghrennes en todo Mittel Aexe. La iglesia y su claustro fueron construidos en 502, diez años después de que se estableciera la primera colonia en Samonparliane. Las principales actividades de la zona antes de la guerra habían sido el tejido de lana, la manufactura de botones y la elaboración de quesos. A los visitantes se les animaba a lanzar una moneda en la fuente de Beati Hagia o, si tenían buenas piernas, a que subieran caminando hasta las colinas Sheffurd para ver el lugar de nacimiento del gobernador general Daner Fep Kvelsteen, cuya firma y sello se encontraban entre las de los cuatro garantes de la Declaración de Soberanía de Gran Aexe.

Gaunt sabía todo aquello por una guía de turismo vieja y desgastada que había encontrado bajo su cama la noche anterior.

El cuartel general de la Alianza bullía de actividad. Una fila de mensajeros en motocicleta con los motores en marcha esperaban en el claustro interno. Manojos de cables de telégrafo y de comunicación salían por las ventanas y se arracimaban en las antenas de disco colocadas por los tejados. Un mástil de escudo conectado a un generador portátil dominaba la zona.

La hierba bajo el aparato mostraba un color marrón y muerto por la radiación continuada.

Gaunt subió a paso ligero la escalera principal de la capilla y respondió a los saludos de los oficiales de la Alianza con los que se encontró.

—¿Dónde está Van Voytz? —le preguntó a un oficial auxiliar que estaba sentado en un escritorio de la entrada.

—¿Se refiere al general Van Voytz? —contestó el oficial con tono de voz irritado sin levantar la vista.

—Si va a ser formal, debería decir «señor general Van Voytz, coronel comisario, señor» —replicó Gaunt casi con un gruñido chasqueando los dedos para que el oficial alzara la vista. Cuando lo hizo, tragó saliva, turbado.

—Perdón, señor. El señor general se ha marchado a Meiseq, pero se espera que haya regresado para mañana por la noche.

—Quiero ponerme en contacto con él.

—Las líneas de comunicación han quedado cortadas por el bombardeo de anoche, señor.

«Dicho de otro modo, algo anda mal», pensó Gaunt.

—¿Dónde se encuentra Lyntor-Sewq?

—El comandante supremo ha tenido que salir, señor.

—¡Feth! —blasfemó Gaunt—. Necesito que me pongan al día. ¡Tengo que ver los mapas! Necesito…

—Un momento, señor. Llamaré por teléfono.

El oficial se apresuró a tomar el auricular de su teléfono de campaña y le dio varias vueltas a la manivela.

—El coronel comisario Gaunt espera para ser informado —dijo, y se quedó callado escuchando—. Espere un momento, señor —pidió a Gaunt mientras colgaba el teléfono.

—¡Coronel comisario!

La voz resonó por todo el pasillo. Gaunt se dio la vuelta y vio a un oficial de estatura elevada, cabello pelirrojo y tez pálida vestido con un uniforme de color rojo oscuro que se dirigía hacia él.

Gaunt le saludó con presteza.

—Gaunt, Primero y Único de Tanith.

—Redjacq Ankre, Wivernas de Kottstadt. Soy el oficial al mando de las fuerzas de la Alianza en ausencia de Lyntor-Sewq. Sígame.

Gaunt se puso al paso del individuo alto y se dirigieron hacia la sala principal de operaciones. Había algo en Ankre, algo en su aspecto y en su comportamiento que le puso los pelos de punta a Gaunt, pero hizo caso omiso de aquella sensación. Llevaba en la Guardia Imperial el tiempo suficiente para saber que a menudo no te gustaba la gente que te tocaba como aliado. Dejar a un lado las animosidades personales normalmente ayudaba a llevar a cabo las misiones con éxito.

—Conocí a algunos de sus hombres ayer por la noche —le dijo Ankre sin venir a cuento.

—¿Ah, sí?

—Una patrulla de reconocimiento.

—Es cierto. Los envié de avanzadilla.

—¿No se fía de nuestros informes de inteligencia?

Gaunt se detuvo y lo miró directamente a los ojos.

—Estoy seguro de que son adecuados, pero cierto es que todavía no me han entregado ninguno —respondió con agresividad.

Ankre se detuvo un momento, sin saber cómo hacer frente a aquella crítica. Antes de que pudiera pensar en algo, Gaunt suavizó el comentario.

—Entonces, estuvo en el frente, ¿no?

—Sí. Allí estuve —contestó el coronel con frialdad.

—Al parecer nos sacudieron una buena. He oído hablar de unos nuevos cañones pesados de asedio.

—Creía que no le había llegado ningún informe… —replicó Ankre, disfrutando de la mordacidad de su respuesta.

—Tengo ojos y oídos. Así pues…, el enemigo utiliza nuevas tácticas. Nuevas armas.

—Sí —se limitó a decir Ankre.

Un centinela con el uniforme verde de la Alianza saludó antes de abrirles y sostenerles la puerta.

La nave de la antigua capilla había sido transformada para el uso militar. Las ventanas habían sido tapiadas, aunque Gaunt pudo distinguir las guías de plomo de las viejas vidrieras de colores. Unos deflectores de madera prensada rodeados de sacos de arena se alineaban a lo largo de la estancia. El aire era seco y tibio, y olía a electricidad. Los globos de luz que flotaban bajo las vigas del techo iluminaban principalmente una zona central repleta de técnicos, subalternos y oficiales. Ya se habían sacado de las cajas los codificadores portátiles y los comunicadores de gran potencia y los habían colocado sobre las mesas de campaña. Se oía un murmullo constante de voces, el repiqueteo de las máquinas, el silbido ocasional de los canales de comunicación que se ajustaban y la estática como ruido de fondo. Un par de acólitos encapuchados del Adeptus Mechanicus bendecían a los servidores que se estaban instalando en las nuevas unidades de comunicación imperiales.

La sala principal de operaciones era una zona restringida. Gaunt tuvo que dar su nombre y su código personal a un oficinista, quien le entregó una pequeña insignia verde. El alto mando quería tener un registro completo de cada persona que entraba y salía.

Ankre condujo a Gaunt hasta una mesa de mapas. El comisario la estudió con detenimiento. No era más que un completo desorden de galimatías demasiado cartografiados. Ankre le entregó un mapa borroso y con pocos detalles que mostraba una pequeña sección de una zona. Lo habían impreso en un papel fino y endeble.

—Su regimiento debe trasladarse al sector 55 a lo largo de la línea de

comunicación 2319 aprovechando la oscuridad de esta misma noche, y tomará posiciones en el frente para defender las posiciones entre 287 y 295. Su cadena de mando irá primero al mayor Neillands, en la posición 280, y luego hasta el general Hargunten, del área/sector. Aquí tiene los códigos de seguridad y las frecuencias de comunicación de hoy. —Ankre le entregó una placa de datos—. Memorícelo todo y luego bórrelo.

—¿Mi cadena de mando pasa por un mayor? —preguntó Gaunt.

—¿Le parece mal?

—¿Y ese tal Neillands me transmitirá las órdenes del área/sector?

—Por supuesto, suponiendo que no pueda recibirlas directamente en el caso, digamos, de que su comunicador no funcione.

—¿Qué ocurre si Neillands no puede recibir las órdenes del área/sector, digamos, si su comunicador no funciona? ¿Debo obedecer sus órdenes?

Ankre se encogió de hombros como si no pudiera ver cuál era el problema.

—Sí. Como ya he dicho…

—Ya he oído lo que ha dicho, coronel. Lo que ocurre es que no me lo puedo creer. Me está diciendo que, en ciertas circunstancias, probablemente en la clase de circunstancias en las que realmente tiene importancia, debo seguir las órdenes de un oficial inferior. ¿Se supone que debo poner mi mando… mi regimiento… en sus manos?

Ankre frunció el entrecejo.

—Tráeme el *Libro de ordenanzas generales* —le dijo a su ayudante.

El individuo regresó pocos segundos después llevando en la mano una carpeta gruesa de fundas rojas que llevaba estampado el emblema de la Alianza y las palabras **ALTO SECRETO: DESTRUIR EN CASO DE PELIGRO**. Ankre se puso a hojearlo detenidamente. Gaunt pudo ver que la mayoría de las páginas no eran más que añadidos escritos a máquina que se habían pegado o grapado.

—El comandante supremo hizo que lo dejáramos por escrito —le explicó con tono malhumorado—. Su personal táctico lo confeccionó en cuanto nos enteramos de que venían. Aquí está… la cadena de mando, tal como le dije.

—Déjeme verlo —le dijo Gaunt a su vez.

Ankre pareció remiso a soltar el libro, pero se lo entregó después de un momento de duda. Gaunt leyó la orden del día mal mecanografiada.

—Aquí no dice nada sobre nuestro caso. No hay nada específico. Sólo dice que debemos responder ante el oficial primario del sector correspondiente al que se nos envía…

—El general Hargunten.

—Y en segundo lugar al oficial de la Alianza de mayor rango en nuestra zona del frente.

—Exactamente lo que he dicho. El oficial de la Alianza de mayor rango en su zona del frente es el mayor Neillands, de los Montañeses de Feinster.

Gaunt negó con la cabeza.

—Pues me parece que no. Creo que sería más bien el mayor Neillands quien debería estar bajo mi mando. En el caso de que perdamos el contacto con el área/sector, ése sería el mejor protocolo.

—Vaya, pues es una pena —le contestó Ankre—. La palabra que parece haber olvidado es «Alianza». Debe responder a la cadena de mando de la Alianza. El comandante supremo se limita a obedecer la voluntad del gran sezar. Ha dejado muy claro que las fuerzas de la Alianza Aexegariana deben conservar el control de esta guerra. Si eso significa que tendrá que tragarse su orgullo y obedecer a un mayor, hágase a la idea. Han venido para luchar por la Alianza.

—He venido aquí a combatir por el Emperador —replicó Gaunt con un tono de voz enfurecido—. Nos enfrentamos juntos a Shadik. La Guardia Imperial es parte de la Alianza.

—Técnicamente no —respondió Ankre mientras le quitaba la carpeta de las manos y pasaba a otra página—. Aquí está. Y es bastante específico. La fuerza imperial se considera «apoyo auxiliar».

Cerró la carpeta y sonrió como si quisiera sugerir que había ganado aquel pequeño debate. Gaunt sabía perfectamente que no tenía ningún sentido seguir discutiendo con él. Ya había conocido a individuos como Ankre con anterioridad. Pasaría por encima de él.

Gaunt se giró hacia el mapa y encontró, con cierta dificultad, las posiciones que Ankre le había indicado.

—¿Esta es la línea del frente?

—Sí.

—Mis soldados son infantería ligera, están especializados en operaciones de infiltración. Es un desperdicio desplegarlos ahí.

—No podemos permitirnos el lujo de ser demasiado exigentes. Las posiciones que van desde la 287 hasta las 311 fueron tomadas ayer por la noche por el enemigo en lo que constituye la mayor ruptura de la Línea Peinforq. El enemigo ha sido expulsado, pero los refuerzos son esenciales en esa área. Vitales. Una brigada de krassianos se ocupará de defender las posiciones 296 a 311, al norte de las suyas.

—Insisto en mi objeción.

—¿Teme que sus soldados sean incapaces de defender una trinchera?

Gaunt se quitó la gorra y los guantes y los colocó sobre el borde de la mesa de mapas. Aquello le proporcionó unos cuantos segundos para respirar profundamente y contener la ira.

—Lo único que temo es la estupidez provocada por un sistema de cadena de

mando de miras estrechas —le contestó.

Ankre dio un paso atrás y agachó la cabeza en un gesto agresivo.

—El comandante supremo ha elegido al Primero de Tanith únicamente basándose en la excelente actuación que llevó a cabo su grupo de exploración ayer por la noche. Todo el sector 55 está hablando de ello esta misma mañana. Sólo eran un puñado de hombres, pero cambiaron las tornas en la posición 143. Esa es la clase de experiencia que el comandante quiere en el frente, sobre todo en un sector que es vulnerable y débil.

—¿Aunque no sea más que una unidad de apoyo auxiliar?

Ankre le entregó la carpeta a su ayudante, que seguía esperando.

—Creo que hemos acabado, coronel comisario —le dijo.

—Quiero una copia de los mapas de la zona —replicó Gaunt.

—¿Por qué? —inquirió Ankre. Era evidente que estaba comenzando a perder la paciencia.

Gaunt alzó la mano con el pequeño mapa de papel.

—Porque éste sólo me muestra mi posición concreta.

—¿Y?

—¿Cómo puedo llevar a cabo una tarea de mando eficaz si sólo logro ver los alrededores más inmediatos? ¿Cómo podré valorar la batalla en su conjunto?

—No tiene por qué hacerlo. Se le ha encomendado una tarea específica, eso es lo que tiene que hacer. Eso es lo único en lo que debería estar interesado.

Gaunt metió el mapa y la placa de datos en su abrigo y recogió la gorra y los guantes para ponérselos.

—No puedo creer que hoy en día sigan librando todavía una guerra de este modo —le dijo—. ¿No han leído nada de Macharius? ¿De Solon? ¿De Slaydo?

—Ninguno de esos excelentes soldados se encuentran en Aexe —contestó Ankre.

—Lo que es una pena —replicó con acritud Gaunt. Se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar dio media vuelta y miró fijamente a Ankre—. Voy a poner en marcha a mis tropas, pero no las desplegaré en el frente hasta que haya hablado con un comandante de la Alianza, cualquier comandante de la Alianza que pueda verificar estas órdenes de un modo más satisfactorio del que lo ha hecho usted. Procure que sea así, coronel. Que sea pronto.

La mirada que Ankre le lanzó era asesina.

—Eso es prácticamente una insubordinación. Podría hacer que le…

—Un consejo —lo cortó Gaunt con brusquedad—. Será mejor que no se meta en líos conmigo. Muérdase la lengua, encuéntreme a alguien más útil que usted y no vuelva a amenazarme jamás. ¿Está claro?

Ankre no respondió. Toda la sala de mapas se había sumido en un silencio absoluto. Gaunt se dio media vuelta dándoles la espalda y salió de la estancia.

—Hazme un favor —dijo Dorden con un suspiro—. Estate quieto, por Feth.

El soldado Caober se encogió de hombros.

—Es que está tan sensible como un shoggy escaldado, doctor.

—Ya eres mayorcito. Cierra la boca. ¿Ves a Ven quejarse? No, ¿verdad? Está sangrando como un cerdo empalado, pero ¿le oyes gimotear? En absoluto, así que cállate ya.

Caober suspiró y apretó los dientes. Estaba sentado en una mesa de madera del puesto médico provisional de los Fantasmas. Era un taller abandonado de hilado de lana en la zona sur de Ronforq. El edificio era grande y antiguo, construido con piedra silícea negra y a caballo sobre un arroyo que los trabajadores habían utilizado para eliminar el exceso de lanolina de los vellones. El ambiente estaba cargado de un olor húmedo y grasiento, y todas las superficies estaban cubiertas de manchas pringosas. Los ordenanzas de la Alianza se habían ofrecido a limpiarlo todo con estropajos, pero Dorden suponía que no iban a estar allí demasiado tiempo, por lo que no valdría la pena el esfuerzo. La luz del mediodía, brillante y amarilla, atravesaba los paneles de ventilación abiertos en el alto techo de tejas e iluminaba la estancia con un resplandor enfermizo. La mayor parte de la maquinaria del lugar había sido trasladada a otra parte hacía ya mucho tiempo. Unas finas hebras de lana colgaban de los diminutos salientes de las vigas y de los bordes rugosos de los ladrillos.

El grupo de Mkoll había regresado a Rhonforq a las 11.30 de aquella mañana, y Mkoll, Caober y Mkvenner se habían dirigido inmediatamente a las instalaciones médicas. Dorden estaba atendiendo el tobillo torcido de Caober mientras Lesp le vendaba a Mkvenner la oreja herida. Mkoll les había dicho que sus heridas podían esperar. Los médicos krassianos habían ocupado un molino que estaba al lado y les llegaban los ruidos de muchas voces procedentes de la fila de krassianos que hacían cola para vacunarse.

—Cuéntame cómo te ha pasado esto —le preguntó Dorden a Caober mientras examinaba el pie y el tobillo del explorador. Toda la extremidad estaba hinchada y de color morado.

—Alguien…, ¡ay!…, se puso de pie encima. Hubo un combate.

—Eso dice Mkoll. ¿Fue de los buenos?

—Así, así. Ya sabes.

Dorden alzó la vista y miró a Caober.

—No, no lo sé. Cuéntamelo. Déjame que experimente la guerra de un modo indirecto a través de tus bravatas mientras yo me quedo aquí preparando vendajes.

—Hubo un combate…, ¡ay! Un combate en la trinchera. Varios enemigos entraron, así que luchamos. A mí…, ¡ay!…, me pisaron el tobillo.

La voz de Caober se fue apagando hasta que se quedó callado del todo. Era un

buen explorador, pero su capacidad de narración era bastante limitada y dejaba que desear.

Dorden siguió vendando el tobillo de Caober.

—¿Alguien puede completarlo? ¿Ven?

Mkvenner alzó la vista, con la oreja completamente tapada por la venda.

—¿Cómo?

Dorden se echó a reír, lo mismo que todos los demás: Lesp, que se estaba lavando las manos en un cuenco de metal; Chayker y Foskin, que se encontraban colocando el instrumental quirúrgico en su sitio; hasta Mkoll, que seguía sentado en una silla de la esquina.

—¿Qué os hace gracia? No puedo oír —dijo Mkvenner malhumorado.

Todos dejaron de reír. Nadie quería que Mkvenner pensara que le estaban tomando el pelo. Era uno de esos Fantasmas a los que se respetaba a todas horas del día.

—Cuando el bombardeo de artillería comenzó, enviaron unos cuantos asaltantes a la trinchera —empezó Mkoll mientras se ponía en pie. Dorden se percató de que iba envarado mientras caminaba—. Fue un follón. Las tropas locales no estaban preparadas en absoluto.

Dorden acabó de vendar el tobillo y llamó a Foskin.

—Ponle la bota de nuevo, pero suelta y sin atarla, y búscale una muleta. Quédate descansando unos cuantos días y estarás en forma dentro de nada. —Se limpió las manos y se acercó a Mkoll—. Venga, déjame echarte un vistazo.

Mkoll comenzó a quitarse el chaleco y la chaqueta del uniforme, pero era evidente que le dolía mucho levantar los brazos, así que Dorden lo ayudó a quedarse desnudo de cintura para arriba. El moretón que le cubría la pálida piel del pecho tenía un aspecto bastante feo y oscuro.

—¡Feth! ¿Ya habéis estado jugando con palos otra vez? —le preguntó Dorden.

—Un proyectil de rifle. Me dieron ayer por la noche. No me di cuenta en aquel momento. Supongo que fue la adrenalina, pero ahora me lleva doliendo desde el amanecer.

Dorden chasqueó la lengua en un gesto de desagrado y cubrió la herida con una rociada de antiséptico. Foskin, que estaba a su lado, también soltó un chasquido con la lengua, pero por la sorpresa. Se había puesto a doblar las ropas de Mkoll, y en ese momento sostenía en alto una bala de gran calibre.

—Tu placa protectora del pecho detuvo esto —le dijo—. Estaba un poco incrustada. ¿Quieres que lo tire?

Mkoll lo cogió y se lo guardó en un bolsillo del pantalón. Tenía sus propias supersticiones de combate.

—Veo que la guerra ha comenzado sin mí —dijo una voz a sus espaldas. Gaunt

acababa de entrar en el edificio—. Seguid con lo vuestro —añadió cuando vio que todo el mundo se disponía a saludar. Le echó un vistazo al gran moretón del pecho de Mkoll—. ¿Un bautizo de sangre a cargo de nuestros enemigos?

—Nosotros también repartimos lo nuestro —contestó Mkoll.

—Eso me han dicho. He conocido a un admirador vuestro. Un tal coronel Ankre.

—¿Quién? —murmuró Mkoll—. Ah, ese. El pelirrojo. No creí que le cayéramos tan bien.

—Sois los héroes de la línea, amigo mío —le aclaró Gaunt con sorna—. Los mandos locales están impresionados, tanto que nos han encargado que defendamos toda una sección de trinchera del frente.

—Feth —exclamó Mkoll.

—Les dijiste que… —comenzó a decir Dorden.

—Oh, ya les he dicho de todo, pero no creo que me escucharan —lo cortó Gaunt lanzando un largo suspiro a continuación. Le entregó el pequeño mapa a Mkoll—. Tendremos que hacernos cargo de esto, si al final se salen con la suya.

Mkoll le echó un vistazo al papel.

—Es una mala zona. Sufrió lo peor del ataque de ayer por la noche. Lo peor de lo peor. El río pasa bastante cerca, ¿ve? El parapeto no es demasiado alto y la trinchera está llena de agua. Es ideal para ser asaltada. No estaba seguro de que ni siquiera hubieran logrado despejarla de enemigos.

—Cuéntame lo que viste en el frente —le pidió Gaunt mientras se sentaba para ver cómo Dorden vendaba la fea herida de Mkoll.

—Los soldados de la Alianza que vimos estaban cansados y los habían forzado al máximo. La mayoría también están enfermos. Malos servicios sanitarios, mala higiene. Y lo que es peor: muy poca disciplina. Luchan bien cuando se les ordena y se les controla, pero no muestran ninguna señal de tener iniciativa propia.

—Les entró el pánico cuando se produjo el ataque enemigo —comentó Caober.

—Para ser justos —añadió Mkvenner—, les entró el pánico cuando comenzó el bombardeo. No habían visto nada igual antes, nada parecido. Creo que estaban bien como infantería de primera línea, pero cuando esos megacañones abrieron fuego, empezaron a apretujarse unos contra otros o echaron a correr atemorizados. Los asaltantes atravesaron sus filas sin problemas.

Gaunt asintió.

—¿Y el enemigo?

—Buenos, profesionales, preparados. Armas de munición sólida, algunos con blindajes personales. Los granaderos son su mejor arma. Poseen explosivos simples pero eficaces, y en gran número.

Gaunt se quedó escuchando con atención al jefe de exploradores antes de hablar de nuevo.

—Bueno… ¿Y qué piensa el general Mkoll de todo esto?

Era una broma entre ellos. Gaunt confiaba plenamente en el criterio táctico de Mkoll, y a menudo le hacía aquella pregunta: si Mkoll fuese el comandante en jefe de aquella situación, ¿qué es lo que haría?

—Esta guerra seguirá hasta el final de los tiempos —contestó Mkoll después de pensar unos momentos—. Ya ha durado cuarenta años. Es un punto muerto. Se podría pensar que la llegada de la Guardia Imperial inclinaría la balanza a favor de la Alianza, pero también lo podría hacer la aparición de esos supercañones a favor del enemigo. Lo que quiero decir es que hará falta algo nuevo, algo original, para romper ese punto muerto. No puedo decir el qué con este diminuto mapa de mierda.

—Ya me estoy ocupando de solucionar eso —le aseguró Gaunt para tranquilizarlo.

Mkoll se encogió de hombros y deseó no haberlo hecho mientras fruncía todo el rostro en un gesto de dolor.

—No sé. Algo nuevo. Algo diferente o inesperado. Algo que llegue desde una nueva perspectiva. Será mejor que lo descubramos, y antes de que lo hagan ellos.

—Yo ya sé algo —dijo Mkvenner en voz baja—. Es sobre esos supercañones que han utilizado. Puede que lleven años desarrollándolos, pero ¿no creéis que es curioso que los utilicen por primera vez un día o dos después de que hayamos aterrizado aquí? Deben de haber visto llegar nuestras naves. Seguro que saben que la Guardia Imperial ya está aquí y que la Alianza dispone por fin de refuerzos extraplanetarios. Temen que la Alianza tome ventaja al utilizarnos como punta de lanza.

—Ya les daré yo punta —bromeó Caober mientras probaba el filo de su cuchillo de plata pura.

—No es mala idea —le dijo Gaunt con una sonrisa. Miró a Mkoll—. Quiero que escribas un informe completo. Todo lo que ocurrió y todo lo que se te ocurra.

—Enseguida, señor.

Gaunt estaba a punto de decir algo más cuando al interior del edificio llegaron unos cuantos gritos enfurecidos. Ana Curth entró en tromba un instante después.

—Dorden, ¿dónde demonios se encuentran…? Oh, lo siento, señor.

Gaunt se puso en pie.

—Descanse, cirujana Curth. Creo que estaba a punto de empezar a despotricar.

—Por Feth que sí —replicó ella—. No puedo encontrar nuestros malditos suministros, y los suministros deberían estar ahí afuera y los krassianos nos están echando la culpa y…

—¡Eh, eh! —la cortó Dorden—. Comienza desde el principio y esta vez recuerda respirar.

Ana Curth respiró profundamente. Era una doctora civil muy respetada y muy bien pagada en Verghast antes de que tuviera lugar la Guerra Zoicana, y para asombro

de Dorden y de Gaunt, había elegido alistarse en el regimiento de Tanith al publicarse el Acta de Consolación. Nadie había podido descubrir el motivo por el que había renunciado a un estilo de vida cómodo y agradable en favor de las ingratas miserias que se sufrían en un puesto médico de la Guardia Imperial. Gaunt estaba convencido que se debía a que poseía un sentido del deber tan fuerte que era capaz de dejarlos a todos avergonzados.

Tenían una gran suerte de que estuviera con ellos.

—Nuestros suministros han desaparecido —le dijo—. Todos ellos. Todo lo que descargamos de las naves del Munitorum. Los busqué en la zona de desembarco, pero me dijeron que ya los habían enviado por delante, pero aquí no están.

—Sí, sí que están —la contradijo Chayker—. Los he visto. Están apilados en el cobertizo que se encuentra detrás de este edificio.

—Ah, ya he visto ese maldito montón de cajas —le replicó Curth—. Chayks, todas las cajas están marcadas con los símbolos de Tanith y de Krassia, pero es que resulta que dentro no hay nada excepto algodón sucio y paja. Los médicos krassianos están intentando vacunar a sus hombres, pero no tienen nada de nada para ello, y están diciendo que nos lo hemos apalancado todo…

—Vale, vale… —la cortó Gaunt—. ¿Qué tenemos?

—Unas treinta cajas de jeringuillas monodosis contra las fiebres de pantano y lo mismo de pastillas antitoxinas —dijo Lesp—. Todo lo que trajimos con nosotros, señor.

—Dáselo a los krassianos.

—¡Gaunt! —exclamó Curth.

—Hazlo. No pienso permitir que haya resentimientos con unos aliados tan buenos como los krassianos. Encontraré nuestros suministros y los de los krassianos también. Nos apañaremos hasta entonces sin ellos.

—Siempre tan diplomático, ¿eh, Ibram? —le dijo Dorden con una sonrisa.

—Una vez me invitaron a que me uniera al Oficium Diplomático Imperial —le contestó Gaunt—. Les contesté que se fueran al diablo.

Oyó unas grandes risotadas procedentes de la antigua fábrica de hilado. Su conductor le dijo que aquél era el lugar donde se habían instalado los puestos médicos de la Guardia Imperial. Le pareció extraño oír aquellas risas. Salió del coche y entró directamente en una gran estancia donde se encontraban ocho hombres y una mujer riendo a grandes carcajadas. Al parecer, el oficial presente había soltado un chiste realmente bueno. Cuatro de los hombres y la mujer eran médicos. Los otros, aparte del oficial de aspecto severo, eran soldados de uniforme negro y todos estaban heridos.

Carraspeó y las risas cesaron. Todos se dieron la vuelta.

—Creo que ha preguntado por mí —dijo—. Soy el conde Iaco Bousar Fep Golke.

El conde Golke era un aexegariano de cabello plateado vestido con un uniforme de color verde oscuro que no mostraba ninguna insignia ni emblema aparte de la de Aexegaria en el cuello de la camisa y la medalla del Águila Dorada justo sobre la garganta. Caminaba con una leve cojera, y Gaunt se dio cuenta de que la barba cuidadosamente recortada que lucía se la había dejado crecer en parte para ocultar unas quemaduras de aspecto antiguo que mostraba en una mejilla y en el cuello. Se presentó como jefe de estado mayor y enlace.

Salieron al patio del edificio.

—Ya nos hemos visto —le comentó Gaunt—. Aunque fue de pasada. Yo era uno de los oficiales imperiales que le fueron presentados la otra noche en el palacio del gran sezar.

—Eso me parecía —le contestó Golke—. Reconozco que esa noche estuve un poco frío y distante. Discúlpeme si estuve distraído también. La llegada por sorpresa de las fuerzas imperiales, mi inesperada condecoración…

Dio un par de palmaditas sobre la medalla dorada con la silueta de un águila. Gaunt sabía que Golke no había mencionado el hecho de que también lo habían despojado de su cargo. Aquella noche significó el final del período de cuatro años que Golke había pasado como comandante supremo de las fuerzas de la Alianza. Gaunt se imaginó que aquello debió de ser todo un golpe para su orgullo. Otro fatuo general aristocrático que había logrado su rango gracias a su sangre azul en vez de por méritos de mando y que había sido expulsado de su cargo para hacer sitio a los recién llegados. Gaunt espetaba amargura y resentimiento en el trato, y se sintió sorprendido al no encontrar nada de ello. Golke parecía estar simplemente cansado y desilusionado.

—Mi nueva función —empezó a decir Golke mientras se apoyaba en un poste para darle descanso a su pierna—, al menos tal como yo la entiendo, es facilitar la comunicación entre la Alianza y las fuerzas imperiales. Todo es bastante vago e impreciso, así que debo agradecérselo.

—¿Y eso?

—Porque me proporciona una tarea decente, coronel comisario. Algo distinto a las inútiles recepciones de bienvenida donde se bebe y se estrechan manos. Ha incomodado bastante a Redjacq Ankre.

—¿Puedo hablar con claridad?

Golke le hizo un gesto de aquiescencia con la mano.

—El coronel Ankre demostró una ignorancia completa sobre los métodos modernos para librar una guerra. Tiene una tremenda estrechez de miras y se mantiene apegado a principios y estrategias desacreditados y muy antiguos. De hecho, toda esta guerra… —Gaunt se calló.

—Continúe, coronel comisario.

—No debo, señor. Apenas le conozco y no creo que sea asunto mío criticar el esfuerzo bélico de su nación.

Golke sonrió. Fue una sonrisa simpática y agradable, a pesar de que una de las comisuras de sus labios se negó a curvarse debido al tejido cicatrizado que la rodeaba.

—Coronel comisario Gaunt, tenía veintinueve años cuando esta maldita guerra comenzó. Serví como oficial de infantería en primera línea durante doce años, luego me trasladaron a la Oficina de Estrategia donde pasé quince años, luego me destinaron al este antes de que me reclamaran y me encargaran el mando general del sector 59, para acabar teniendo durante cuatro años el mando supremo. En todo ese tiempo, en ningún momento he estado satisfecho al cien por cien del modo en que Aexegaria ha librado esta guerra. He criticado, he objetado, he utilizado mi rango para efectuar los cambios que consideraba más beneficiosos. Ha sido como empujar agua colina arriba. Así que hagamos un trato: hable con libertad y dígame lo que piensa. Si me siento ofendido, simplemente no estaremos de acuerdo en algo.

Gaunt asintió.

—Muy bien, pues entonces déjeme que le diga que esta guerra podría haber acabado hace treinta años si la Alianza hubiera dejado a un lado por un momento su filosofía marcial. Están librando esta guerra como si fuera un conflicto anterior a la aparición de las armas de fuego, como en los días de la antigüedad. El uso que se da a la infantería y la caballería, la dependencia de los cañones, el desperdicio de hombres. Y, discúlpeme, pero lo de que la cadena de mando se base en títulos nobiliarios…

Golke soltó una pequeña risa de disculpa.

—Existe un concepto en la Guardia Imperial al que somos totalmente fieles: la guerra total. El enfrentamiento con un enemigo no conoce fronteras ni estructura política alguna. La guerra incluye un único e inamovible objetivo: destruir al enemigo. La guerra nunca es estática, busca de un modo constante nuevas oportunidades. Fiel a ese concepto, la Guardia Imperial ha triunfado contra los enemigos del Emperador en todas partes. Avanzamos, tanto física como mentalmente. Ustedes se han estancado intelectualmente de forma tan profunda y firme como su línea del frente.

—No se corta ni un pelo, ¿verdad, Gaunt?

—No, cuando me dan permiso para lanzarme. Verá, señor, sé que Aexegaria posee una larga e ilustre historia de éxitos militares, pero todavía están librando la guerra como lo hicieron sus antepasados. Shadik no es un estado belicoso que debe ser vencido en el campo de batalla y al que luego se invita a la mesa de negociaciones para que pague unas compensaciones de guerra. Es un cáncer, una enfermedad del Caos que jamás jugará siguiendo esas reglas antiguas. Los desgastará, los invadirá y

los devorará.

—Lo sé.

—Pues entonces parece ser el único. Ankre no lo sabe. En absoluto.

—Ankre pertenece a la vieja escuela. Es de Kottmark. Están ansiosos por demostrar su valía a la Alianza. Pero ¿qué estoy diciendo? Todos somos de la vieja escuela. —Golke alzó la vista por encima de los tejados de Rhonforq y entrecerró los ojos como si la luz de la tarde le molestase—. Por favor, ilústreme en el tema.

—En primer lugar, los tanith son expertos en infiltración. Lucharán como cabrones poseídos en la línea del frente, pero eso será desperdiciar sus habilidades. Tienen que ser utilizados, pero no como carne de cañón, sino como las armas afiladas que son.

—Tiene sentido.

—En segundo lugar… la dispersión de la información. Sé que es vital ocultar los datos sobre las posiciones al enemigo, pero lo que ocurre aquí es completamente ridículo.

Gaunt sacó el diminuto mapa que Ankre le había entregado.

—Creo que hablo en nombre de todos los oficiales del Imperio cuando digo que necesitamos una perspectiva más amplia. ¿Cómo puedo aprovechar alguna ventaja si no tengo ni idea de lo que está ocurriendo a mi alrededor?

—Ankre me comentó que usted le había pedido los mapas generales. La idea le horrorizó. Nuestra forma de hacer la guerra se desarrolla alrededor de que los mandos lleven a cabo las misiones que se les han asignado y que dejen la tarea de diseñar la estrategia general al personal del estado mayor.

—Eso es como luchar a ciegas, o al menos como si sólo se pudiera mirar a través de una mirilla estrecha.

Golke metió una mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una placa de datos.

—Copie todo lo que aparece aquí —le dijo—. Son los mapas que ha pedido, pero por favor, sea discreto. Ankre y los generales de la Alianza me harían fusilar si supieran que le he entregado esto.

—Tendré cuidado.

—Déme tiempo y haré que sus ideas sean aceptadas en el estado mayor del cuartel general. Si podemos demostrar todas esas ventajas, será más fácil que las acepten. Su comandante, Van Voytz, también está intentando convencerles. No creo que tampoco esté de acuerdo con la situación en la que se encuentra.

—No esperaba que lo estuviese —comentó Gaunt con una sonrisa.

—Hágame un favor. Despliegue a su regimiento en las posiciones que le han designado. Muestre algo de cooperación. Volveré para hablar con el comandante supremo y le pediré que actúe según los consejos que me acaba de dar. Serán un día o

dos, quizá tres. Puede que luego veamos los resultados.

Gaunt asintió y le estrechó la mano al conde.

—Tienen la oportunidad de ganar esta guerra, señor —le dijo—. No deje que la Alianza la desperdicie.



CUATRO
287-311

¿Sargento Tona Criid? ¿Sargento Tona Criid? Me gusta cómo suena. Aunque creo que no le gustará a ningún maldito imbécil.

Tona Criid, sargento

Era el tercer día que los Fantasmas pasaban en el frente. Ya se habían acostumbrado a las diferentes rutinas: circuitos de patrulla, expediciones para tender cables de comunicación, el bombeo de las aguas estancadas, el transporte a mano de los cubos de las letrinas hasta llevarlos a la trinchera de comunicación, el transporte también a mano de los cubos llenos de comida desde la cocina: «Te juro que estoy seguro que la mayoría de las veces se confunden de cubos», se oía decir a menudo a Rawne. Incluso se habían acostumbrado a lo que Corbec había bautizado como «el paso de trinchera»: inclinado, con la cabeza agachada, para que nada sobresaliera por encima del parapeto.

La tensión continuaba en el aire. No se habían producido nuevos bombardeos desde la noche que Mkoll y los suyos pasaron por primera vez por las trincheras. El segundo día de su estancia, el enemigo había atacado las trincheras veinticinco

kilómetros al norte, en la posición 317, pero aparte de eso, todo el frente permanecía tranquilo.

Un tercio del regimiento se había desplegado en las posiciones asignadas, mientras que los otros dos tercios permanecieron en reserva en Rhonforq. Cambiarían de puestos al final de la primera semana y comenzarían una rotación por la que ningún soldado pasaría más de una semana en el frente y descansaría dos de cada tres semanas en las posiciones de reserva. Gaunt por supuesto confiaba en que el regimiento no permanecería tanto tiempo en las trincheras.

Los Fantasmas que estaban en las trincheras habían quedado cubiertos de barro a las pocas horas de llegar e infestados de piojos al final del primer día. Dormían lo mejor que podían, encogidos debajo del parapeto o en huecos de la trinchera excavados a mano.

Criid estaba tan cubierta de barro que había decidido dejar de esforzarse por estar limpia. Empezó a ponerse barro en la cara y luego a llenarse el pelo también.

—¿Qué demonios estás haciendo, sargento? —le preguntó Sken.

—Camuflarme —le respondió ella.

Quince minutos después, todos los miembros de su pelotón menos dos, habían seguido su ejemplo y se habían cubierto de barro. Kolea no lo hizo porque no entendió qué estaba pasando.

Cuu no lo hizo; bueno, porque era Cuu.

De todas maneras, Criid se felicitó porque parecía tener bajo control a la mayoría del pelotón. Quizá lo lograría después de todo.

El décimo pelotón ocupaba la posición 290, con el undécimo pelotón, el de Obel, al norte y el decimosexto, el de Maroy, al sur.

Cada posición representaba aproximadamente un kilómetro de trinchera, dividido a intervalos de veinte metros por una trinchera transversal. Disponían de un búnker excavado, con un teléfono de campaña y un aparato de comunicación, pero los comunicadores personales de cada Fantasma habían convertido en algo obsoleto todo aquel equipo.

Criid daba una vuelta de inspección tres veces al día, acompañada por Hwlan y DaFelbe. Comprobaba la integridad estructural de la trinchera, que la comida llegaba y que las defensas estaban en condiciones. Pasaba revista de forma personal al equipo de cada soldado, el estado y la cantidad de munición y los pies, en busca de cualquier indicio de infecciones causadas por las condiciones de la trinchera.

El tercer día fue horroroso. Llegó una lluvia procedente del oeste que empujada por el viento caía casi paralela al suelo, por lo que los costados de la trinchera no ofrecían ningún refugio. El agua tenía un cierto regusto, un sabor metálico y ligeramente químico. Alguien dijo que el enemigo había utilizado gas venenoso el día anterior en la Bolsa de Meiseq, al norte, y algunos soldados se pusieron las máscaras

antigás o se taparon la boca con trapos atados a la nuca. El cielo estaba tremendamente encapotado, con nubes muy bajas y prácticamente negras que se movían a gran velocidad. Aquello le arrebató cualquier otro color al día. Los rostros se veían pálidos y los ojos hundidos en sus órbitas.

Algunos de los ocupantes anteriores de la trinchera, la 77.ªBrigada de Rifles de Lunsgatte, se habían quedado allí. Se trataba de un destacamento de treinta hombres que se ocupaban de los morteros de trinchera instalados en varios pozos excavados detrás de la trinchera principal. Su oficial de tiro, un sargento llamado Hartwig, se unió a Criid cuando ella se dedicó a revisar las posiciones de los morteros. Era un individuo alto y sin sentido del humor, envuelto en un chubasquero de color gris lleno de manchas de barro y un quepis verde con una insignia de metal en la que se distinguía una especie de animal parecido a un oso. Sus hombres no se relacionaban mucho con los de Tanith. Parecían satisfechos de vivir y dormitar en los estrechos huecos de los pozos de cada mortero. A Criid le pareció que Hartwig y sus hombres no respetaban mucho a una unidad que incluyera mujeres entre sus filas, y mucho menos a la suya, que estaba bajo el mando de una sargento.

Los morteros eran unos artefactos achatados de metal azulado llamados feldwerfers, y utilizaban gas comprimido para disparar los proyectiles de tres kilos. Las dotaciones mantenían las piezas en un estado impecable y limpio. Estaban puliéndolas y engrasándolas continuamente. En contraste, los individuos de las dotaciones mostraban un aspecto sucio y lamentable, y sus uniformes eran dispares. La mayoría llevaban puestas gorras de tela o simples capuchas además de chaquetas de lana o de cuero sin mangas, y muchos llevaban atadas placas de armadura corporal directamente sobre el pecho. Tenían las manos llenas de suciedad y las caras ennegrecidas por la mugre.

Intercalados entre los morteros vio unas Favell, una especie de catapultas pequeñas pero potentes que a Criid le recordaron los tubos de un órgano. Hacían falta dos hombres para girar el torno y echar hacia atrás el largo brazo lanzador hasta su anclaje de disparo. Cuando se tiraba de la cuerda, el conjunto de enormes muelles del cuerpo principal empujaba el brazo y arrojaba las granadas o las bombas esféricas por encima de la trinchera hasta la tierra de nadie. Hartwig le aseguró a Criid que una Favell podía lanzar las granadas a más de doscientos cincuenta metros. El truco consistía en encender la mecha de las granadas para que no estallaran mientras iban por el aire. Tenían que estallar en el suelo o cerca de él, pero si la mecha de las granadas era demasiado larga, existía el riesgo de que el enemigo las arrojara de nuevo contra ellos. Uno de los miembros de cada dotación tenía siempre a mano una pipa de barro de la que iba fumando: una forma de encendido rápido y dispuesta en cualquier momento, y mucho menos engorrosa que las cerillas o una cuerda de mecha.

El *77°* de Lunsgatte no habían sido los únicos habitantes previos de aquella trinchera. Aquí y allá asomaban miembros y otros pedazos de cuerpo que aparecían a través del suelo desgastado de la trinchera, incluso de la pared cuando la lluvia caía con mucha fuerza. Criid se enteró de que tres años antes, durante un período de tremendos combates ininterrumpidos, las tropas de aquellas posiciones se habían visto obligadas a enterrar a sus muertos en las propias trincheras. La erosión del agua estaba sacándolos poco a poco de nuevo a la luz.

Criid encontró durante la inspección de media mañana del tercer día a Lubba y a Viril intentando apuntalar una parte de la pared de la trinchera que se estaba derrumbando debido a la lluvia. Parte de la zona superior del parapeto se había convertido en un canal de desagüe, y el agua de la lluvia estaba cayendo a chorro. La tarea era todavía más desagradable porque por los huecos abiertos en los trozos donde la madera había cedido asomaban cadáveres muy antiguos, encogidos sobre sí mismos y casi momificados.

—Gak —exclamó Criid al ver la escena.

—Necesitamos más planchas de madera —dijo Lubba—. Incluso si logramos poner éstas de nuevo, se caerán otra vez porque están podridas.

Criid miró a Hartwig.

—¿No hay tablones? ¿O contrachapados?

Él soltó una carcajada burlona.

—Debe de estar de broma.

—Bueno, ¿alguna sugerencia? —replicó. La sargento estaba hartándose con bastante rapidez de la resignación sarcástica de Hartwig.

—A veces hay ramas cortadas y algo de maleza en la posición 282. La llevan por la trinchera de suministro cuando hay algo disponible.

—¿Maleza?

—Cualquier cosa vendrá bien —indicó Vril.

Criid se giró hacia Hwlan.

—Vete hasta la 282 a ver qué puedes traer.

—Sí, sargento.

—¿Y si paramos ese chorro? —sugirió DaFelbe señalando el reguero de barro casi líquido que caía desde el parapeto.

—Tendríamos que subirnos al borde del parapeto. Prefiero estar chorreando que muerto —le respondió Vril.

—Pues entonces, cuando oscurezca —sugirió Criid.

—Muy bien, sargento. En cuanto oscurezca.

Se oyó un gorgoteo pastoso y otra sección de la pared de la trinchera se desplomó en la zona que Lubba estaba intentando recomponer. El barro cayó en oleadas arrastrando un nuevo cuerpo descompuesto. El cadáver se les quedó mirando con la

boca abierta en un grito silencioso, llena de barro, lo mismo que la cuenca de los ojos.

—¡Ah, Gak!… ¡Hwlan! —gritó Criid para llamar al explorador. Este se detuvo y la miró.

—A ver si puedes traer a Zweil también.

Siguió avanzando e inspeccionó a los siguientes soldados apostados a lo largo de la trinchera: Vulli, Jajjo, Kenfeld y Subeno. Las botas de Kenfeld estaban agujereadas y necesitaría polvo para tratar sus pies.

Llegaron hasta Cuu, o al menos hasta la posición de Cuu.

El puesto estaba vacío.

—¡Mkhef! —gritó Criid al siguiente hombre de la línea—. ¿Dónde está Cuu?

—¡En la letrina, sargento! —le respondió el soldado.

Se quedaron esperando hasta que Cuu reapareció. En cuanto vio a Criid, se descolgó el rifle del hombro y se lo entregó para que lo revisara sin abrir la boca. Sus ojos no mostraban expresión alguna, y en su cara todavía se podían ver los moretones que ella le había causado.

—Has abandonado tu posición, Cuu.

—Tuve que hacerlo.

—Te esperas al relevo.

Él negó con la cabeza.

—No podía. Tengo la tripa revuelta. Es la mierda de comida que nos traen. Fue una emergencia. Fijo que sí.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—Un día.

Criid se dio cuenta de que en realidad estaba pálido y no tenía buen aspecto.

—¿Logras quedarte con algo dentro?

—Entra por un sitio y sale por otro —le respondió él con una satisfacción innecesaria.

—Que venga otro a cubrir el puesto —le dijo la sargento a DaFelbe antes de mirar de nuevo a Cuu—. Vete a ver a Dorden. Que te cure con algunas sales o con una inyección. Luego regresas inmediatamente. ¿Entendido? Quiero que estés aquí antes de las 13.00, sin ninguna excusa.

—Vale —dijo Cuu antes de recoger su equipo—. Regreso a la una, fijo que sí.

Criid se quedó mirando cómo Cuu se alejaba hasta que dobló la esquina de la siguiente trinchera transversal.

—Ese tío es un problema —comentó DaFelbe.

—Fijo que sí —le contestó ella.

Criid encontró a Pozetine, a Mosark y a Nessa Borah acurrucados, pegados al goteante parapeto en el siguiente reducto de la trinchera. Estaban jugando a los dados, pero se dio cuenta de que no estaban muy animados. Efectuó una rápida inspección,

aunque los tres eran combatientes avezados que no necesitaban mucha revisión ni órdenes, y les preguntó si tenían algún problema.

—Sólo la espera —contestó Pozetine.

Era un nativo de la colmena Vervun, de baja estatura pero de complexión fuerte, con una nariz aplastada propia de un boxeador. Era un tirador excelente, material de primera para el curso de especialización de francotiradores si no fuera por su tremenda impaciencia. Se intranquilizaba, se movía inquieto. No era un francotirador.

—La espera siempre es lo peor —le dijo Criid.

Pozetine asintió.

—Por eso odio atrincherarme, sargento —respondió.

Sus dedos movían adelante y atrás los dados haciéndolos pasar por entre los nudillos. Era una costumbre maniática que practicaba con frecuencia.

—Ya llegará el momento —le dijo Criid.

—Eso es lo que le digo todo el rato —indicó Nessa con el lenguaje de signos. Era todo un ejemplo de calma.

Era fácil decirlo. A ningún soldado le gustaban las horas de espera. Solían aumentar los temores y destrozar los nervios, pero al que peor le sentaban era a Pozetine.

—Ponte a hacer algo —le sugirió Criid—. Puedo encontrarte alguna tarea. Las letrinas…

—Y una mierda… —gruñó Pozetine, y Mosark se echó a reír.

—Pues vete un rato al puesto de observación.

—Ya me he ofrecido, pero él está feliz y contento allí.

Pozetine se refería a Kolea, que estaba al otro lado del reducto. Este permanecía casi inmóvil y se dedicaba a mirar por un estereoscopio preparado para otear por encima del parapeto.

Criid cruzó el reducto hasta llegar a su lado.

—¿Kolea?

No se movió. Le puso una mano con suavidad en el hombro y él levantó la vista. Criid se dio cuenta de que a Kolea le costó un momento reconocerla y saber quién era.

—¿Estás bien? Llevas mucho rato mirando.

—No me importa. Puedo vigilar.

Sí que podía. Si Pozetine era el individuo más impaciente de todo el pelotón (¡Gak!, de todo el regimiento), Kolea se había convertido en el más tranquilo y concentrado. Criid sabía con seguridad que había estado en el puesto de vigilancia por lo menos durante dos horas, girando el estereoscopio de un lado a otro en un arco de ciento ochenta grados. No se aburría, no se cansaba. La sargento habría relevado a cualquier otra persona de aquella tarea mucho tiempo atrás por temor a que el

cansancio la volviera descuidada. A Kolea no.

Criid no sabía exactamente lo que la munición de los loxatl le había hecho al cerebro de Kolea. La cirujana Curth intentó explicárselo, pero los términos técnicos que había empleado estaban más allá de la comprensión de la sargento. Tenía algo que ver con la memoria y la personalidad. Todo ello, destrozado. Gol Kolea, el héroe de la guerrilla, sabio, inteligente, fuerte… Todo perdido. No quedaba más que la cáscara física. Su formalidad y su fiabilidad habían logrado sobrevivir, y quedaban expresadas en una capacidad extraordinaria de concentración.

O al menos, se dijo Criid, la capacidad de no aburrirse con las tareas más triviales y rutinarias. Kolea podía vigilar todo aquel sector del frente durante horas sin aburrirse. Si se retomaba una conversación con él cinco minutos después de interrumpirla, no tenía ni idea de qué se le estaba hablando.

Criid no lo había admitido ante nadie, pero Kolea era el problema principal con que se enfrentó al ponerse al mando. Gaunt supuso que sería Cuu, pero ella sabía que podía encargarse de aquel maldito imbécil. No; era Kolea. Para empezar, el décimo pelotón era el de Kolea. El en persona había forjado la unidad. Era suya todavía. Si hubiese muerto, habría sido muy diferente, pero aún estaba allí, un recordatorio constante de su ausencia mental, del vacío que había donde antes se encontraba su liderazgo inspirador.

Lo que era todavía peor: él había acabado así para salvarla a ella. La habían herido durante los combates en Ouranberg, y Kolea la había puesto a salvo y había recibido aquella herida como consecuencia de su acción. Criid nunca supo el verdadero motivo de ello. Varl le había dicho que simplemente era el modo de actuar de Kolea. Jamás dejaba abandonado a uno de los suyos. Quizás era verdad, pero ella sentía que había algo más. Como si Kolea tuviera que salvarla por algún motivo, por algo más que simple lealtad.

Caffran pensaba que se debía a los niños. Kolea se había referido alguna que otra vez a los huérfanos que Criid había rescatado en la colmena Vervun como «una pequeña muestra de bondad», y Caffran creía que Kolea se había tomado un interés casi patriarcal en cuidar de Criid y Caffran, los padres adoptivos de los chicos.

No importaba. Nunca lo sabría. Jamás podría preguntárselo a Kolea, porque Kolea ni siquiera recordaba haber estado en Ouranberg, así que menos todavía los motivos que lo habían impulsado a actuar de ese modo.

—Si empiezas a estar cansado, da un pitido —le dijo.

—No se preocupe, sargento.

—Silba también si ves algo.

Los grandes dedos de Kolea se metieron debajo del cuello de su abrigo y sacó un silbato de metal.

—Tengo mi silbato —dijo sonriendo.

—Bien —respondió ella—. Sigue vigilando, soldado.

Criid se puso en pie, pero lo que dijo Kolea a continuación hizo que se detuviera en seco.

—Los chicos.

¿Qué?

—¿Qué? —repitió él.

—¿Qué es lo que acabas de decir, Gol? Ahora mismo.

—Mmm… —Pensó durante un momento—. Los chicos. ¿No les va a pasar nada? ¿Están bien?

—Están bien —contestó. El corazón parecía estar a punto de saltarle del pecho. Le dio la impresión de que sentía muy cerca al viejo Gol Kolea.

—Son jóvenes —dijo él a continuación.

—Sí, sí que lo son.

—Pero supongo que se las apañarán. Si dices que están bien.

—No les pasará nada.

—Son tan jóvenes. Supongo que la guerra es lo único que han conocido. Pero es que son tan jóvenes la mayoría de ellos. Críos. Ni siquiera se afeitan todavía. Intentan comportarse como soldados.

Los combatientes de la Alianza Aexegariana. De eso estaba hablando. Todos los del regimiento se habían quedado pasmados al ver lo tremendamente jóvenes que eran los soldados locales. «Unos críos», había comentado Lubba.

Loado Dios-Emperador. No hablaba de sus chicos. A ella le había parecido ver una chispa de esperanza, tan sólo por un momento, pero había resultado ser falsa.

—Sigue —le dijo.

—Sargento, ¿está bien? —le preguntó DaFelbe.

—Sí. Se me ha metido algo en los ojos —le contestó Tona.

La carretilla de la comida había pasado a lo largo de la trinchera principal al norte de la posición 290 unos quince minutos antes y les había entregado a los soldados del undécimo pelotón trozos de pan de centeno secos y un caldo aguado hecho con algo de pescado y raíces vegetales duras. El soldado Gutes se estaba encargando en ese momento, bajo la lluvia, de recoger las tazas de comida de los demás soldados y de meterlas en un cubo que luego llevaría a la trinchera de suministros donde lo limpiaría todo bajo el grifo de la tubería que se encontraba en la parte posterior de la posición.

Era una tarea por turnos, y a Gutes le había tocado aquel día. No protestaba, pero se trataba de un trabajo asqueroso. Para cuando hubiese recogido todas las tazas, el cubo estaría lleno de líquido. Piet Gutes era uno de los soldados más viejos del regimiento de Tanith, y estaba cansado y hastiado. Lo que sufría ya no era la clásica fatiga física, era el desgaste agotador de la vida en la Guardia Imperial. La lucha

desesperanzada por sobrevivir cada día, a sabiendas de que no habría final feliz para ninguno de ellos. Ningún mundo natal. Ninguna familia a la que abrazar cuando regresaran.

El día que Tanith había desaparecido, la hija de Gutes, Finra, tenía veintiún años, y su nieta Foona tan sólo cuatro meses de edad. Había sido muy duro despedirse de ellas, pero el Emperador lo había llamado, y el Emperador era el Emperador.

Piet Gutes se despertaba algunas noches sentado en la cama, con el último resplandor del estallido de Tanith apagándose en su retina. Aquel final era una estremecedora explosión de llamas y luces que indicaba la desaparición del planeta donde había nacido y se había criado. No fue más que algo casi inapreciable, un diminuto estallido en mitad de la noche. Lo presenció desde las portillas de observación de la nave de transporte de tropas. Tan sólo un pequeño y breve resplandor silencioso.

A menudo se preguntaba cómo había sido la muerte de Tanith. El manto superior de la corteza resquebrajándose, los océanos evaporándose, los continentes deslizándose unos contra otros hasta que chocaban y se desintegraban. Los grandes bosques de nal convertidos de repente en nubes de ceniza por una oleada de fuego al rojo blanco. El núcleo, libre de ataduras, desparramándose en erupción y ebullición hacia el espacio. Piet Gutes suponía que cualquier cosa, incluso el hecho más importante y profundo de su vida, o de la vida de cualquiera, no parecería más que un diminuto resplandor silencioso si se veía desde la lejanía suficiente.

A veces se lo imaginaba mientras limpiaba la grasa aceitosa de las tazas de comida, mientras clasificaba los cargadores de energía o cosía botones en su camisa. La galaxia era muy grande y todo lo demás muy pequeño, y él también era muy pequeño. ¡El Emperador ha muerto! ¿Ah, sí? Ha debido ser ese pequeño resplandor. ¿Lo viste? ¡El Imperio ha caído! Feth, ¿estás seguro? No… sólo ha sido ese pequeño resplandor. Debes de haberlo visto.

Muy lejos. Allí es donde le gustaría estar. «Muy lejos en las montañas», como decía la vieja canción. Es lo único que quería en aquellos momentos: estar tan lejos que todo pareciera pequeño e insignificante.

—¡Tazas! ¡Tazas! —gritó mientras caminaba por la trinchera agarrando el gran cubo de metal con las dos manos. Garon dejó caer la suya en el interior, justo antes que Fénix y Tokar.

—Os lo agradezco profundamente —les dijo con una voz tan llena de sarcasmo que todos se echaron a reír.

Siguió avanzando hasta llegar al nido de ametralladora donde Caill y Melyr estaban agachados al lado de su arma de apoyo. El primero tiró dentro su taza, a medio acabar, pero Melyr continuó mojando el pan que le había sobrado a Caill en el escaso caldo que quedaba.

—Feth, ¿te gusta esa porquería?

—Es buena para comer si tienes hambre —le contestó Melyr.

A Gutes le caía bien Melyr. Era un individuo fornido y recio, un hacha con un arma de grueso calibre o con un lanzacohetes, pero odiaba verlo allí. Bragg había sido el encargado de las armas pesadas en el undécimo pelotón. Hark había trasladado a Melyr desde el vigésimo séptimo cuando mataron a Bragg. Le parecía algo casi indecoroso. Caill, el mejor cargador de munición de todo el regimiento en opinión de Gutes, que era prácticamente uña y carne con Bragg, había acabado llevando cajas y cintas de munición para otro.

Los tiempos cambian. La necesidad obliga. De todas maneras, sólo había que situarse lo bastante lejos y nada de eso importaría.

Melyr acabó con el contenido de su taza y se lamió los labios en un gesto apreciativo antes de arrojarla al cubo de Gutes.

—Mis felicitaciones al chef —dijo.

—Melyr, tío, estás loco, por Feth —le increpó Gutes.

—Y no sabes ni la mitad —añadió Caill—. Soy yo el que tiene que sentarse al lado de este pirado.

—Pues siéntate un poco más lejos y tampoco parecerá que importe mucho —le sugirió Gutes.

—¿Qué?

Gutes meneó la cabeza en un gesto negativo. Se alegraba de que Caill se estuviera acostumbrando bien a su nuevo compañero. Eso era lo que realmente importaba. Sabía que Caill todavía se culpaba de lo sucedido. Había dejado sólo a Bragg para ir a por más munición, y cuando regresó, su camarada ya estaba muerto. Tres proyectiles de los lanzadardos de los loxatl le habían impactado a corta distancia, o eso le habían contado a Gutes. Fue como si se tragara una carga de demolición. Había sido todo un destrozo, y habían tenido difícil reunir los suficientes restos para enterrarlo en condiciones, y eso que Bragg había sido un tipo bastante grande.

«Mierda de vida», pensó Gutes.

Siguió avanzando a trompicones y pasó bajo un arco reforzado hasta el siguiente reducto de la posición. Deseó tener una mano libre para espantar las moscas mordedoras que revoloteaban justo delante de su cara. Logias le había contado que un soldado del frente que había dejado que aquellos bichos se le posaran encima se despertó con el cerebro comido por sus larvas.

A Piet Gutes no le atraía nada aquella idea. Sin embargo, se preguntó cómo era posible que alguien a quien le habían comido el cerebro las larvas hubiese logrado despertarse. Aquello era una incongruencia. Quizá Logias había intentado tomarle el pelo.

—¿Va todo bien, Piet? —le preguntó el sargento Obel, que apareció procedente

del otro lado de la trinchera junto a su mensajero.

—Sí, señor.

—¿Ya tienes la mía? —le preguntó Obel.

—Ya la recogí —contestó Gutes.

Cada taza de los Fantasmas tenía grabado su nombre, su apellido y su código de identificación. Lo divertido de aquella tarea era devolverle después la taza a cada propietario.

Lo divertido. Sí, claro. No había nada divertido en todo el proceso de recoger, limpiar y devolver las tazas.

—Continúa, Gutes —le dijo Obel.

Gutes se detuvo al final del reducto y dejó el cubo en el suelo. Un poco de líquido grasiento saltó por encima del borde.

—Eh, Larks.

Loco Larkin se giró lentamente desde la tronera donde tenía apoyado su rifle láser largo. Sonrió levemente cuando vio que era Gutes. Habían sido buenos amigos desde los Campos Fundadores. Era agradable verlo sonreír de nuevo. Larkin parecía más nervioso incluso de lo que era normal en él aquellos días. Bragg y él habían sido amigos íntimos.

—¿Tienes lista tu taza? —le preguntó Gutes.

Larkin miró a su alrededor y finalmente encontró su taza de metal en una repisa clavada al revestimiento de la trinchera. Estaba llena de algo parecido a gachas: el trozo de pan se había deshecho en el caldo.

—Eh, Larks, tienes que comer algo.

—No tengo hambre, Piet.

—Pero tienes que comer.

Larkin se encogió de hombros. Gutes recogió la taza.

—¿Seguro que no quieres comértelo?

—Seguro. No tengo apetito.

—Vale.

Gutes dejó su cubo rebosante en el puesto de Larkin y cruzó la trinchera de nuevo en dirección a Melyr, quien aceptó encantado la taza con más comida.

—Tendrás que lavarla y devolvérsela luego a Larkin —le dijo Gutes.

Regresó donde tenía su cubo de recogida.

—¿Qué estás haciendo, Larks? —le preguntó.

Larkin había estado toqueteando con un pequeño destornillador los ajustes de la mira telescópica del rifle.

—Calibrando —le respondió.

Todos los francotiradores calibraban sus armas. Era algo que se daba por sentado. Un leve ajuste del anillo milimetrado de la parte posterior de la mira, un momento

para que el escáner de visión leyera la retina y colocara las guías del visor, pero Larkin lo afinaba todavía más: retiraba la cubierta de inspección y desconectaba el lector principal para calibrar su arma hasta que tuviera en cuenta la velocidad del viento y el movimiento del cañón al disparar; parámetros demasiados sutiles para que la mira telescópica se ajustara de modo automático. Gutes le había oído decir algunas veces que veía la verdad por su visor de puntería. Lo que veía a través de ese visor era la realidad en la que Larkin verdaderamente confiaba.

—Será mejor que tengas cuidado, no vaya a ser que algún tecnosacerdote te pille haciendo eso —le advirtió Gutes—. Te quemarían en una hoguera.

—Pues no se lo digas —le replicó Larkin.

—No pienso hacerlo —le contestó Gutes a su vez.

Larkin era el mejor tirador del regimiento y Gutes no pensaba decirle cómo debía hacer su trabajo, aunque trastear con la tecnología militar estuviese estrictamente prohibido. Aquel era el dominio de los tecnosacerdotes, quienes ocultaban sus secretos con gran celo. Si Larkin tenía que convertirse en un hereje para disparar mejor, a Gutes no le importaba lo más mínimo.

Gutes cargó de nuevo con el cubo rebosante y siguió con su tarea, recogiendo las últimas tazas de metal y dirigiéndose después a la trinchera de aprovisionamiento.

—Eh, Larks.

Larkin apartó la mirada del visor de puntería pensando que Piet Gutes había vuelto a por algo.

No era Piet Gutes.

—¿Cómo estás? —le preguntó Lijah Cuu.

—Pero ¿qué coj…? —exclamó Larkin mientras retrocedía liada una esquina del puesto de francotirador a la vez que buscaba a tientas el mango de su cuchillo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Oh, vaya, eso no es muy amable por tu parte —le dijo Cuu agachándose sobre el reborde de la trinchera y colocando los codos encima de las rodillas—. Sólo pasaba por aquí para decirle hola a un amigo, pero no estás actuando de un modo muy amistoso.

—No —murmuró Larkin.

—Sí, es lo que estás haciendo, fijo que sí.

—¿Qué es lo que quieres?

Cuu estiró sus delgadas y fibrosas piernas y se recostó contra el parapeto.

—Como ya te he dicho, sólo quería saludarte.

—No deberías estar aquí —le indicó Larkin.

—¿Quién va a saberlo?, dime. Se supone que he ido a visitar al doctor. ¿Quién me va a echar en falta? ¿Quién se va a preocupar por dos amigos que están charlando?

—No soy tu amigo —le contestó Larkin en tono desafiante. Su mano ya estaba empuñando el cuchillo. Lo mantuvo a su espalda.

Cuu pareció pensar en ello.

—Puede que no. Puede que no.

Se inclinó hacia adelante y acercó su cara partida por la cicatriz a la de Larkin.

—Amigos no es la palabra adecuada. ¿Verdad, tanith? Lo que tenemos tú y yo es una cuenta pendiente. Tú te chivaste, te chivaste a los comisarios, allá en Fantine. Tú y ese gran tontorrón.

—¡No lo llames así!

—¿Gran tontorrón? ¿Por qué demonios no iba a llamar gran tontorrón a un gran tontorrón? Era un gran tontorrón, fijo que sí.

—¡Cállate!

—Eh, que sólo pretendía ser amable y pasarme a saludar. —La voz de Cuu se apagó hasta convertirse en un simple susurro desagradable—. Tenemos una cuenta pendiente, tanith. Yo lo sé, tú lo sabes. La vamos a saldar. Gracias a ti tengo cicatrices de latigazos en la espalda. Pienso en ti la mayoría de las noches. En ti y en ese santurrón y gran tontorrón. Me las vas a pagar, tarde o temprano.

Larkin retrocedió todavía más. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de sacar a tiempo su rifle largo de la tronera. Quería gritar, pero sabía que no había nadie cerca para oírle.

—¿A qué te refieres con eso de que te las voy a pagar?

—Tarde o temprano, fijo que sí. La guerra es bastante confusa, tanith. Muy confusa y toda esa mierda. En mitad del combate vuelan cosas por el aire. ¿Quién iba a notar que lograba mi pequeña venganza? No serías más que otro cadáver en la lista de bajas.

—¡No te atreverás!

—Ah, ¿que no me atreveré? Ajustaré cuentas contigo lo mismo que hice con el gran tontorrón.

Hlaine Larkin se quedó helado. Había estado cubriéndose las espaldas desde Fantine esperando aquel momento. Y el cabrón de Lijah Cuu acababa de echársele casi encima cuando menos se lo esperaba, pero aquellas palabras habían anulado por completo su terror.

—¿Qué quieres decir con eso de que le ajustaste las cuentas? ¿Qué cojones quieres decir con eso?

—Es una pena que el gran tontorrón la palmase de ese modo.

—No… No querías decir eso… ¡No! Joder, joder…, cabrón. ¡Lo mataste tú!

—¿Y qué? —dijo Cuu una sonrisa.

—¡Cabrón! ¡Se lo diré a Gaunt…!

Cuu lanzó el brazo con rapidez y cerró la mano con fuerza sobre la garganta de

Larkin. La vista se le oscureció, como si una nube estuviese tapando el sol.

—Ah, no, no lo harás, pequeño cabrón. ¿Quién te iba a creer? ¿Dónde están las pruebas? Esto es sólo entre tú y yo. Nuestro pequeño ajuste de cuentas. Y haré que las pagues. Fijo que sí. Ya sabes por qué, yo sé por qué, y a todos los demás les pueden dar por el culo. Me vas a pagar por las cicatrices de látigo que llevo. Pagarás con unas cuantas cicatrices en tu cuerpo.

Larkin desenfundó su cuchillo. Plata pura. Treinta centímetros. La hoja de combate del Primero y Unico de Tanith. Intentó acuchillar a Cuu por pura desesperación.

Cuu estaba esperando aquella maniobra. Bloqueó la muñeca de Larkin con la mano izquierda y desvió el cuchillo a la vez que le apretaba con más fuerza en la garganta. Larkin se retorció para escaparse, pero estaba acorralado y atrapado, como un animal, como una presa.

Cuu le dio un puñetazo en la sien y aprovechó su aturdimiento para lanzarlo al suelo. Larkin aterrizó de espaldas sobre los maderos del suelo, que crujieron con un chasquido húmedo.

Buscó con la mano su cuchillo.

Estaba en la mano de Lijah Cuu.

Este se colocó de pie sobre la figura postrada de Larkin, se llevó el cuchillo a la boca y lamió lentamente la hoja. Una diminuta gota de sangre cayó sobre la frente de Larkin.

—¡Estás completamente loco! —exclamó el francotirador entre jadeos.

—Fijo que sí —le contestó Cuu—. Ya que hemos llegado hasta aquí, acabemos con esto.

Se abalanzó sobre Larkin con el cuchillo por delante. El nativo de Tanith recordó las técnicas de combate cuerpo a cuerpo que Corbec le había enseñado y rodó sobre sí mismo a la vez que le pateaba las piernas a Cuu. Este cayó al suelo, pero atacó de lado con el cuchillo e hizo un corte en los pantalones de su oponente. Larkin dejó escapar un grito y le lanzó otra patada, pero Cuu se retorció sobre sí mismo como una serpiente y logró esquivar las convulsas extremidades inferiores de Larkin.

La hoja del cuchillo se pegó al cuello del francotirador. Larkin sintió cómo el filo le cortaba la piel.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Logias bajaba por la trinchera de comunicación que daba a la posición de Larkin con los puños cerrados.

—¿Cuu? ¿Qué demonios estás haciendo?

Larkin logró gritar a pesar de la presión que sentía en el cuello. Su grito sonó raro, como un silbido.

Un silbido. Otros dos. Otro más.

Logias se detuvo y alzó la mirada. El obús se estrelló contra la pared trasera de la trinchera y estalló lanzando barro, cieno y trozos de madera a cincuenta metros de altura. Fue un proyectil de diez kilos, del calibre 105 como mínimo.

Larkin lo vio, vio realmente el obús. La carcasa gris pizarra, las aletas de dirección, todo; como si fuera una grabación a cámara lenta. Vio el enorme destello. Vio una de las aletas, un trozo de metal desgarrado de veinte por diez centímetros, salir disparada del punto de impacto y girar en el aire como un juguete arrojado por un niño.

Logias estaba retrocediendo por la onda expansiva de la explosión cuando el gran trozo de metralla le alcanzó en pleno rostro. Larkin también vio a cámara lenta cómo Logias fruncía el ceño, hacía una mueca y por último retorcía los rasgos de su cara de un modo y con una expresión que ningún rostro humano podría lograr mientras estuviera vivo.

La cara de Logias comenzó a hundirse empezando por la nariz, y después la frente se separó del cuero cabelludo como si fuera una cortina de la que alguien tirara. Su cabeza se inclinó hacia atrás como un latigazo y su cuello se partió con un crujido cuando se dobló más de lo que podía. Su rostro desapareció, hundiéndose en el agujero que se había abierto en la parte delantera de su cabeza mientras el trozo de aleta surgió por la parte posterior envuelto en una lluvia de fragmentos de hueso y trozos de carne viscosos y sangrientos.

—¡Nooooo! —aulló Larkin antes de quedarse sordo cuando el rugido de la explosión le alcanzó.

Colm Corbec salió de su refugio fortificado en la posición 295 aproximadamente unos sesenta segundos antes de que llegara el primer proyectil de artillería. Se detuvo sobre el parapeto con el entrecejo fruncido y tapándose los ojos con las manos a modo de visera para protegerse de la lluvia.

—¿Jefe? —le inquirió Rerval, su oficial de comunicaciones—. ¿Pasa algo?

Corbec había olido el aroma del amonil flotando en el aire.

Las baterías artilleras se estaban cargando para disparar. Rerval observó con fascinación horrorizada cómo Corbec se llevaba el silbato a la boca y soplaba.

Rerval agarró el micrófono del comunicador y comenzó a gritar.

—¡Fuego de artillería!

Repitió aquel grito tres veces antes de que un ominoso chasquido le indicara que el impulso electromagnético de los cañones enemigos había cortado las comunicaciones.

Las bombas comenzaron a caer en ese preciso instante.

Cayeron con la lluvia. Cayeron como la lluvia. Abarcando todo a lo largo de la trinchera de vanguardia del sector 55 de la Línea Peinforq, desde la posición 251

hasta la 315 e incluso hasta la posición 349 del sector 56.

Diez proyectiles por segundo, desde los obuses de las tremendas baterías de supercañones de asedio hasta los howitzers ya instalados en el frente de Shadik. Después de un período de dos minutos, el aire estaba saturado de barro en polvo y de los restos vaporizados de los escombros pulverizados segundos antes a todo lo largo de un tramo de quince kilómetros. El suelo se estremecía de forma terrible.

Rawne y Domor lograron poner a su gente a cubierto en las posiciones 293 y 294. Entre los del tercer pelotón, Wheln y Leclan quedaron heridos por la metralla. Torez perdió un brazo y Famoss acabó decapitado. Cinco metros de trinchera principal y una transversal desaparecieron convertidas en un torbellino de polvo y tierra molida.

El sargento Agun Soric continuó durmiendo durante los primeros treinta segundos del tremendo bombardeo. El rugido y las vibraciones no lo despertaron. Lo hizo el soldado Viwo después de sacudirle y gritarle en plena cara durante unos momentos.

Soric parpadeó hasta abrir del todo su único ojo y miró el pálido rostro de Viwo bajo la escasa luz del fortín de la posición 292.

—¿Qué? —preguntó de forma lacónica, sin embargo distinguió el clamor de fondo del tronar de las explosiones y de los gritos, además de que la mesa de la estancia se estremecía con fuerza.

—¡Gak! —exclamó Soric, y se levantó apresuradamente. ¿Cómo podía haber seguido durmiendo con aquel follón?

Oyó el repiqueteo de los restos que se estrellaban contra las paredes del reducto fortificado por encima del aullido constante de las bombas y las explosiones. Alguien chillaba pidiendo a gritos un médico.

De baja estatura y complexión fornida, poseedor de una risa atronadora y de un temperamento tan corrosivo como el ácido, Soric había trabajado en una fundición de Verghast. Cuando estalló la guerra que azotó la colmena Vervun, se convirtió en un jefe militar improvisado y en un guerrillero de la resistencia. Sus éxitos de combate lo habían dejado con una tremenda cicatriz en el lugar de uno de sus ojos, una leve cojera y el eterno respeto de los supervivientes de la colmena. Ibram Gaunt no se lo pensó dos veces y nombró a Soric jefe de pelotón.

Su capacidad para dormir era una herencia de su vida anterior, cuando era capaz de echar una cabezada a pesar del escándalo y el alboroto de la fundición. Aquello parecía haberse convertido en un problema.

Empujó a Viwo hasta la salida y mantuvo una mano sobre el hombro del joven soldado para que avanzara agachado. El aire estaba cargado de una neblina opaca que se arremolinaba a su alrededor, haciéndoles toser y jadear con fuerza. No podían ver

nada más que el vapor que los rodeaba y el brillante y difuso resplandor de las explosiones. El parapeto de la posición 292 estaba especialmente bajo y afectado por el agua. En su reborde exterior se había formado un gran lago. Las bombas habían provocado la aparición de aquella neblina y el denso vapor.

—¡Gak! ¡Chico, entra de nuevo! —gritó Soric entre toses mientras empujaba a Viwo para que se metiera otra vez en el reducto.

Se quedó solo, aunque no estaba seguro de cuán solo. Soric pensó que podía haber camaradas suyos a pocos metros de distancia sin que lograra verlos. Intentó llamar a gritos a su gente, pero tenía la boca llena de trozos de barro y comenzó a toser de nuevo. Además, el estampido de las explosiones ahogaba cualquier otro sonido.

Soric entró de nuevo trastabillando en el reducto. Viwo estaba boca abajo apoyado sobre los codos y las rodillas con las manos protegiéndose la cabeza mientras vomitaba un líquido cenagoso.

—¡Jefe, vamos a morir! —dijo entre arcadas.

—¿Morimos en Verghast?

—Nn…, no.

—Pues estoy seguro de que no voy a morir en el agujero de culo que es este mundo.

Soric se sentó en el taburete de la estancia y notó algo que le presionaba la cadera. Lo sacó de uno de los bolsillos y descubrió que se trataba de un tubo portamensajes. No recordaba haberlo metido allí.

Desenroscó la tapa de bronce e hizo caer la pequeña hoja de papel fino de color azul en la palma de la mano. Era una hoja del taco oficial de papel para mensajes de la Guardia Imperial. Cada sargento tenía uno, aunque apenas se utilizaba debido a los comunicadores. Se usaban sólo en las emergencias, y Soric estaba seguro de no haber utilizado aquel taco de papeles desde que habían llegado al planeta. Sin embargo, al mirar a su alrededor, lo vio sobre una de las repisas de la estancia, con el sello arrancado y sin la primera hoja.

Soric desdobló el papel. El escueto mensaje estaba escrito a mano: «Bombardeo durante dieciséis minutos, luego asalto de infantería desde el nordeste, bajo la cobertura del desagüe para la lluvia».

Lo leyó de nuevo. La mano le temblaba un poco. No tenía ninguna duda.

Era su escritura.

Un proyectil aullante se estrelló contra la tercera trinchera transversal de la posición 289 y lanzó terrones de tierra y trozos de madera y ladrillo por toda la trinchera principal. Gaunt se tiró al suelo y arrastró a Beltayn consigo. Los demás soldados salieron despedidos en todas direcciones por la onda expansiva.

Gaunt se levantó mientras los restos y la lluvia golpeaban contra el suelo. Había perdido su gorra. Un hombre gimoteaba de forma lastimera cerca de allí.

—¿Beltayn?

Su ayudante se puso en pie con lentitud.

—¿Estás bien?

—Feth —gruñó Beltayn mientras se protegía la mano izquierda. Se había dislocado el pulgar—. Algo malo pasa…

La voz de Beltayn se apagó cuando vio el cadáver del soldado Sheric tirado en el suelo, a sus pies. La explosión le había arrancado la mitad de la cara y le había incrustado un tablón de madera arrancado del suelo en mitad del torso. Beltayn sintió de repente que su pulgar dislocado no era tan importante.

Cerca de allí, dos hombres del quinceavo pelotón intentaban tapar con vendas el abdomen desgarrado de Kell. Era éste el que lanzaba aquel gemido quejumbroso y animal. Unos trozos amarillentos de intestino sobresalían entre las rasgaduras enrojecidas de su camisa negra.

El sargento Theiss, jefe del quinceavo pelotón, un individuo habitualmente alegre, llegó a la carrera con uno de los enfermeros de la unidad. Le dijo algo a Gaunt, pero fue completamente inaudible bajo la lluvia de proyectiles y explosiones. Gaunt le hizo un gesto negativo y le señaló a Kell.

Gaunt se encontraba en la posición 289 supervisando el despliegue de las tropas cuando comenzó el bombardeo. Maldijo su sentido de la oportunidad. Su propio pelotón, el primero, se hallaba en la posición 291 con Caober al mando. No había forma de que pudiera reunirse con su unidad en aquella situación.

Se subió al parapeto y observó con atención la línea de trinchera con los prismáticos que le pasó Beltayn.

—Trono de Terra… —murmuró.

El valle era un infierno hasta donde le llegaba la vista. Grandes bancos de humo, enormes y densos como nubes de tormenta, se cernían sobre las trincheras oscureciendo la vista. Las explosiones de los obuses punteaban a través de la humareda de un modo catastrófico y letal. Un fuego inmenso ardía cerca de la posición 256. En la 260 parecía que toda la sección se la hubiese tragado la tierra. La barrera de artillería iba retrocediendo hacia las trincheras de comunicación y de avituallamiento. Los escudos de energía se habían encendido en la retaguardia y en las secciones de mando, pero no eran los objetivos de aquel bombardeo. Aquel día, los callones de Shadik apuntaban a las trincheras de infantería, y eso sólo podía significar una cosa.

Era el preludio de una ofensiva.

Sonó un silbato. Era Kolea desde su puesto de observación.

—¡Ya vienen! —gritó.

Criid salió a trompicones del rincón donde se había refugiado. El humo y los vapores del fyceleno inundaban la trinchera. La posición 290 había sufrido algunos impactos directos, pero nada comparable a lo que había visto caer sobre la posición de Maroy.

Ella sopló su propio silbato.

—¡Calad los cuchillos! ¡Preparados para el ataque!

Le hubiera gustado poder echarle un vistazo a la unidad de Maroy, pero no había tiempo para ello. A su alrededor, los soldados del décimo pelotón se colocaron en sus puestos del parapeto con los cuchillos en los anclajes de los cañones de los rifles.

Las bombas seguían cayendo. Le parecía imposible que sus enemigos avanzasen bajo aquella cortina de fuego.

Sin embargo, confiaba en Gol Kolea. Jamás había mentido antes y no lo haría en aquellos momentos.

Se quedó agazapada sobre las planchas resbaladizas por la lluvia del último escalón del parapeto y echó un vistazo por una aspillera. Vio unas siluetas que avanzaban con rapidez pero con un paso titubeante mientras balanceaban las armas, preparados para disparar. Mkoll había informado a los jefes de pelotón. No debían permitir que se acercaran lo bastante para arrojar granadas. Las bombas de mano eran su modo de entrar en las trincheras.

Sin embargo, un mortero o una catapulta pequeña podían lanzar mucho más lejos que un hombre.

—¡Hartwig! ¡Dispara contra el repecho ahora mismo!

—¡Sí, señora!

Comparado con el bombardeo enemigo, su diminuto fuego artillero pareció ridículo nada más empezar. Las catapultas lanzaron un chasquido y los morteros un estampido sordo. Se produjo una satisfactoria oleada de explosiones al otro lado del parapeto.

—¡Seguid así! —gritó Criid.

Se arriesgó a echar otro vistazo y logró discernir la línea de asaltantes de Shadik, simples siluetas borrosas en la niebla. Muchos trastabillaban y caían o salían despedidos por el aire cuando las bombas de mano y las granadas de mortero estallaban entre ellos.

Miró a su propia línea de soldados. Todos los del décimo pelotón estaban agazapados, preparados. Vio que Vril escupía y sacudía la cabeza mientras Jajjo secaba la empuñadura de su rifle láser con la capa de camuflaje. Observó que Nessa permanecía apuntando inmóvil como una estatua. Su cabello seguía corto como el de un chaval a causa del rapado que todos habían sufrido en Fantine, y si se la miraba

desde según qué lugar, parecía uno de los soldados más jóvenes. Otro soldado, que a Criid le pareció que se trataba de Subeno, estaba vomitando por los nervios, pero permanecía en su puesto.

—¡Plata pura! —aulló—. ¡Apuntad y disparad! ¡Fuego a discreción!

Era su primera orden de combate a las tropas bajo su mando.

El décimo pelotón se alzó como un solo hombre y todos apoyaron los rifles láser en el parapeto. Comenzaron a disparar contra los atacantes más cercanos, abatiendo a unos mientras las explosiones de las armas de apoyo de Hartwig seguían lanzando por los aires a los demás.

Criid intentó encontrar un objetivo contra el que apuntar, pero era tal la densidad de la humareda que procedía de la tierra de nadie que era como mirar a través de agua fangosa. Un atacante ataviado con un casco que llevaba una máscara de rejilla metálica apareció de repente con el brazo echado hacia atrás listo para lanzar una granada. Criid apretó el gatillo. DaFelbe, que estaba a su lado, también lo había visto y los dos lo mataron de forma simultánea. La granada de mango cayó al suelo, donde rebotó y acabó explotando.

Aparecieron más atacantes lanzados a la carrera hacia la trinchera. Algunos llegaban en grupo llevando consigo una especie de escudos de asalto fabricados con varias planchas de madera superpuestas. Criid le metió cinco tiros a uno de aquellos artefactos pero no lo detuvo. Estaba tan sólo a seis metros del parapeto cuando un chorro de fuego líquido saltó de repente de la trinchera y lo transformó en una hoguera rodeada de antorchas humanas danzantes.

Lubba disparó de nuevo y cubrió toda la zona cercana con su lanzallamas. Criid pudo oír con claridad los chasquidos metálicos de los depósitos y los gorgoteos del líquido por encima incluso del tronar de las explosiones. Los proyectiles trazadores comenzaron a surcar el aire cuando las armas de apoyo del pelotón abrieron fuego. Las siluetas saltaron espasmódicamente de un lado a otro en la tierra de nadie. Algunas quedaron colgadas del alambre de espino.

Unas cuantas granadas de mano empezaron a llegar rebotando hasta ellos. Criid tuvo que agacharse rápidamente cuando una de ellas estalló justo debajo del parapeto. DaFelbe se cayó de su puesto agarrándose la mejilla derecha, donde un trozo de metralla se le había clavado en la mandíbula.

—¡Médico! —gritó Criid antes de comenzar a disparar de nuevo.

Estaban muy cerca y, a pesar de todo, seguían siendo muchos.

Brin Milo, el Fantasma más joven de todos, estaba justo al lado del sargento de su pelotón cuando los atacantes llegaron y saltaron el parapeto. Uno pasó justo por encima de la cabeza de Milo y se desplomó al caer en mala postura sobre el suelo de planchas de madera. El sargento Domor se dio media vuelta y lo mató de un tiro a

quemarropa sin darle tiempo a cambiar de postura.

Fueron superados por la multitud de atacantes que se habían lanzado contra las posiciones 293 y 294 y lograron llegar hasta el parapeto. El duodécimo y el decimotercer pelotón se enfrentaban a lo peor de la guerra de trincheras: combates cuerpo a cuerpo en un estrecho corredor de tierra.

Los asaltantes vestían uniformes verdes y marrones, y la mayoría llevaban puestas las máscaras antigás y unos cascos de aspecto pesado. Iban armados con rifles automáticos de diseño antiguo, pistolas y unas dagas recurvadas.

El mundo se hizo de repente muy, muy reducido, tan sólo un pequeño y estrecho espacio entre las paredes de tierra, ensordecedor por el estruendo de las explosiones y repleto de cuerpos que se empujaban. Milo daba cortes y puñaladas por doquier con su cuchillo, y tuvo que retroceder un paso cuando le cayó un chorro de sangre justo delante antes de disparar a quemarropa contra una figura vestida de verde que se abalanzó contra él.

Durante un cierto tiempo, y para ser sinceros, uno más largo de lo que a muchos Fantasmas les habría hecho sentir cómodos, Milo había sido el único civil que había escapado de la destrucción de Tanith. Gaunt lo había rescatado, aunque a veces a Milo le gustaba explicar que más bien había sido al contrario. Debido a ello, todo el mundo lo había considerado en parte la mascota del regimiento, su talismán de la suerte…, y su habilidad con la gaita de Tanith les había venido bien.

Milo se convirtió en soldado en cuanto tuvo la edad necesaria. Según decían Corbec, Varl, Larkin y Bragg (que el Dios-Emperador acoja en su seno), Milo había adquirido más experiencia de combate para cuando cosió la insignia del regimiento en su ropa que muchos guardias imperiales en cinco años.

Eso era lo que ocurría cuando te convertías en uno de los elegidos de Gaunt. Milo había acabado en el pelotón de Domor a petición propia. Sabía que podía haber pedido el primer pelotón, el del mismo Gaunt, y que era bastante probable que se lo hubieran concedido, pero quería alejarse un poco de su «salvador», y de la idea de que era la mascota de la suerte del comisario.

Brin Milo no era la mascota de nadie. Ya tenía veintiún años estándar, era alto y fuerte, y ya no aceptaba tonterías de nadie. A pesar de su edad, los Fantasmas, sobre todo los originarios de Tanith, le tomaban bastante en serio, y aunque Milo sólo lo sospechaba, tanto Gaunt como Corbec lo consideraban material de primera para convertirse en jefe de escuadra.

Brin Milo tenía algo que demostrar. Su destino sería tener algo que demostrar hasta el día que muriese.

El pelotón de Rawne, a apenas veinte metros de donde se encontraba Milo, también estaba rechazando un ataque. La trinchera ya se encontraba repleta de cuerpos

sudorosos y malolíentes que luchaban entre sí. Rawne no podía ver más que a unos pocos metros en cualquier dirección. Siguió disparando la pistola láser y dando tajos con el cuchillo.

Feygor, empapado en sangre, apareció a su lado y juntos se abrieron camino entre los cuerpos vestidos de verde que abarrotaban la trinchera. Caminaban por encima de los muertos y de los heridos de ambos bandos. Melwid llegó hasta ellos, y Caffran y Leyr se unieron al grupo durante unos breves momentos.

—¡Aplastadlos contra la trinchera transversal! —gritó Rawne—. ¿Dónde está Neskon? ¿Dónde demonios se encuentra Neskon?

El encargado del lanzallamas del pelotón no aparecía por ningún lado. Nadie aparecía por ningún lado, excepto las siluetas de los enemigos que disparaban y acuchillaban.

Un instante después oyó el estampido de una pistola amortiguado por los ruidos de los combatientes enfrentados en tan poco espacio. Rawne vio caer a Melwid con las manos agarrándose el estómago. El mismo sintió un fuerte dolor en la zona del diafragma. Feygor gritó algo y empaló con su cuchillo al que había disparado.

Rawne cayó al suelo. No quería, pero las piernas se le habían quedado dormidas. Se derrumbó de lado y se golpeó la cabeza con el revestimiento de la trinchera. Los ruidos se apagaron bastante y sonaron muy lejanos.

«Qué forma tan estúpida de librar una guerra», pensó Rawne.

—¿Qué estúpida qué? —le preguntó una voz a su espalda.

Se esforzó por darse la vuelta y levantó la vista. Deseó con todas sus fuerzas recuperar el control de las piernas. Jessi Banda, la francotiradora del pelotón, estaba acurrucada en un hueco de la pared de la trinchera, justo a su espalda.

—¿Qué estúpida qué, dijiste? —le preguntó de nuevo con voz ronca.

—Qué forma tan estúpida de librar una guerra —contestó—. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Más bien lo gritaste —le dijo ella.

Alguien le pisó las piernas y Rawne soltó un aullido de dolor. Banda alargó los brazos y lo arrastró hasta su pequeño refugio, donde lo abrazó con fuerza para que no resbalara de nuevo hacia la base de la trinchera.

—Te pondrás bien —le dijo Banda.

—¡Por supuesto que sí! —le replicó Rawne, malhumorado. Se calló un momento —. ¿Por qué lo dices?

Ella no le contestó. El mayor bajó la vista y se dio cuenta de la gran mancha de sangre que se extendía por la parte inferior de la camisa y la superior de los pantalones. Se dio cuenta de lo inútiles y flácidas que parecían sus piernas.

—¡Oh, Feth! —exclamó. Aquello no pintaba bien. Nada bien.

Giró la cabeza, furioso, y miró a Banda.

—¿Por qué demonios no estás luchando, mujer? ¡Creía que vosotras erais muy duras!

—Ah, no, si me encantaría.

Un proyectil estalló justo por encima de ellos y Rawne se encogió sobre sí mismo apretándose contra Banda. Al hacerlo, le provocó una serie de toses. La francotiradora escupió un chorro de sangre sobre la barbilla.

—Pero me parece que hoy no va a poder ser —indicó.

—¡Feth! ¿Dónde te han dado?

—Preocúpate por ti, no por mí —contestó ella.

—¡Banda! ¡Soldado Banda! ¿Dónde te han dado?

Ella no le contestó. Se había desmayado. Rawne descubrió el trozo de bayoneta de Shadik rota que todavía sobresalía de sus costillas.

El cuerpo de Banda se quedó tan flácido que casi cayó en la trinchera principal. Rawne clavó las manos en el suelo y la mantuvo en su sitio a pesar de estar herido, en un intento por evitar que los dos acabaran bajo aquella multitud de cuerpos trabados en un feroz combate cuerpo a cuerpo que abarrotaba la trinchera.

—¡Médico! ¡Médico! —gritó. Nadie le oyó.

La cabeza de Banda se inclinó a un lado, inerte. Rawne intentó mantenerla erguida.

—Te pondrás bien —le dijo—. Te ordeno que te pongas bien…

Colm Corbec, con la cabeza agachada, recorrió la zigzagueante trinchera de defensa que unía el reducto del puesto de mando con la trinchera principal de la posición 295. El fragor de la artillería de largo alcance de Shadik todavía seguía machacando la zona, pero su tramo de frente parecía extrañamente tranquilo. Nadie atacaba su parte de trinchera.

Llegó al parapeto y pasó dándole palmadas en el hombro a Surch, a Orrin, a Irvinn y a Cown, para tranquilizarlos un poco. Cada uno de ellos estaba agazapado en el parapeto con su arma colocada en una tronera o en un soporte.

Corbec se dejó caer al lado de Muril. La francotiradora desplazaba el rifle de un lado a otro de la tierra de nadie sin atreverse a despegar el ojo del reborde de goma ocular de la mira telescópica.

—¿Te importaría adivinar dónde está hoy el enemigo? —le preguntó.

Ella lanzó una breve carcajada. La risa maliciosa que tanto le gustaba a él.

—Parece que no están interesados en nosotros, jefe.

—¿Ves algo?

Muril negó con la cabeza.

—Hace un rato me pareció ver un grupo de cortadores de alambre ahí, a unos cincuenta metros, hace unos minutos, pero no eran más que unos cuantos cuerpos

tirados sobre la alambrada que se movían con las explosiones.

—¿Me dejas? —le pidió.

Muril sacó el rifle de la aspillera y se lo pasó. Corbec lo apoyó en el hombro y se puso en pie lentamente hasta colocarse sobre el parapeto.

—¡Jefe! —le avisó Muril con un siseo.

Corbec sabía que se estaba arriesgando, pero la falta de acción lo estaba volviendo loco. Acercó el ojo a la mira telescópica, ajustó el anillo milimetrado y esperó un segundo a que el escáner óptico estudiara su retina y recalibrara la mira de forma automática para adaptarla a su vista.

En el frente no se veía más que barro, alambres retorcidos, piquetas dobladas, cráteres y jirones de humo gris y blanco arrastrados casi horizontalmente por el viento lateral.

Miró a su derecha. A unos quinientos metros hacia el sur, en las posiciones 294 y 293, pudo ver el feroz combate en las trincheras ocupadas por los pelotones de Domor y de Rawne. Auténticas multitudes de soldados de uniforme verde surgían de la llanura enfangada y asaltaban la línea principal de defensa. A su izquierda, y también a menos de medio kilómetro de su posición, la trinchera defendida por los krassianos estaba inundada de asaltantes. Corbec pudo distinguir el frenético tableteo de las armas cortas así como el estampido de las granadas.

Se agachó de nuevo.

—Es… curioso —comentó mientras le devolvía el rifle de francotirador a Muril acompañado de un gesto de agradecimiento—. ¿Por qué demonios no nos atacan a nosotros?

—Saben que el gran coronel Corbec se encuentra defendiendo esta posición y no se atreven a arriesgarse —le sugirió Muril.

—Eres una chica encantadora, y es evidente que estás en lo cierto, pero tiene que ser algo más que eso.

Muril volvió a recalibrar con rapidez y destreza la mira telescópica a su conveniencia y se sentó en el reborde del parapeto para alargar y flexionar la pierna derecha. Estaba claro que mantener la posición de disparo le causaba molestias debido a la operación que había sufrido en la pelvis.

—¿Y si te pones en su lugar? —le comentó.

—¿Cómo?

—Si te ordenaran tomar esta línea de defensa, ¿cómo lo harías?

—Atacaría bajo el fuego de cobertura de la artillería —dijo simplemente.

—Y buscaría el punto más débil —añadió Cown desde su puesto, justo detrás de Muril.

—Bueno, Feth… ¡Sí! —exclamó Corbec de repente.

Se bajó de un salto del reborde y le plantó un beso a Muril en mitad de su sucio

entrecejo.

—¡Gracias por la sugerencia! —le dijo. Ella se quedó sorprendida. Luego Corbec también besó a Cown en mitad de la frente—. ¡Y gracias por el comentario!

—¿Qué pasa, jefe?

—¡Imagínatelo! Atacas una línea de defensa. Un asalto frontal, pero antes de que llegues a tu objetivo, las unidades que tienes a cada lado logran penetrar sus defensas enemigas asignadas. ¿Para qué perder hombres asaltando una sección que todavía está intacta? Cualquier comandante de campo merecedor de verdad de ese nombre desviaría sus tropas hacia una de las rupturas en el frente. Podéis apostar que los cabrones que tenían que atacarnos se encuentran apoyando el asalto a la posición 294 o a la 296. Es de libro de texto. Aseguran y consolidan lo ganado para luego atacarnos por los flancos a lo Largo de la trinchera. ¡Comunicaciones!

Rerval se acercó a la carrera.

—¿Señor?

—¿Seguimos sin comunicación?

—Sí, señor.

—Vale… Vamos a hacer lo siguiente. Que uno de cada dos hombres se baje del parapeto. Los que se queden en sus puestos, que se mantengan atentos y repelan cualquier ataque. Irvinn, tú te encargarás del control de fuego. A la primera señal de problemas, dispón los disparos de respuesta y sopla el maldito silbato.

—Sí, jefe.

—El resto se dividirá en dos grupos. ¿Dónde está Bewl?

—Jefe.

—Llévate a la mitad. Dirígete al sur. Apoya a la unidad de Domor. Defiende la trinchera a lo largo.

Bewl asintió y se alejó para transmitir las órdenes a las tropas situadas a lo largo de la sección sur de la posición.

—El resto, que venga conmigo —dijo Corbec.

El resto eran Rerval, Cown, Mkvenner, Sillo, Veddekin y Ponore. Detowine, el nuevo encargado del lanzallamas del segundo pelotón, también se dispuso a marcharse, pero Corbec le ordenó que regresara al parapeto. Si más adelante se producía un ataque, haría falta que el lanzallamas se quedase en la posición, junto al arma de apoyo de calibre 30 de Surch y de Loell.

Corbec hizo avanzar a paso ligero a los seis hombres a lo largo de la trinchera en dirección norte. Todos los Fantasmas que se quedaron en el parapeto les desearon que la bendición del Dios-Emperador fuese con ellos.

El ataque había comenzado hacía ya diecisiete minutos según el aparato horario de Corbec. El humo y el vapor provocados por la tremenda barrera de artillería se habían asentado tanto que alguien, probablemente en las líneas de suministro, había

comenzado a disparar bengalas para iluminar el campo de batalla. Los destellos no servían para mucho, aparte de envolverlo todo en un resplandor blanquecino.

El grupo de Corbec siguió avanzando, deteniéndose y agachándose cada vez que un proyectil les pasaba por encima y explotaba haciendo que el suelo se estremeciera y lanzando sobre ellos grandes oleadas de tierra suelta. Para cuando llegaron a la pared transversal blindada que señalaba el comienzo de la siguiente sección, Corbec se dio cuenta de que le faltaba el aliento.

—Jefe, ¿estás bien? —le peguntó Mkvenner en voz baja para que los demás no pudieran oírles.

—Ya estoy muy viejo para esto, hijo, y mi cuerpo ha visto demasiada guerra.

Corbec se detuvo un momento y rompió a toser. Siempre había ejercido el mando desde el mismo frente, y eso le había costado caro. Había perdido el meñique de la mano izquierda en Voltis. Aquello había sido sólo el comienzo. El comienzo de la cuenta. En Menazoid lo habían herido de gravedad. En Hagia fue todavía peor. En Fantine tuvo suerte de salir con vida. Sufrió heridas de gravedad desde las piernas hasta el torso durante el asalto a Cirenholm, a lo que había seguido un envenenamiento de la sangre que necesitó hospitalización.

Era increíble que siguiera sin tener implantada alguna prótesis auxiliar.

Era increíble que la suerte le hubiera durado tanto tiempo.

Un soldado verghastita llamado Androby ocupaba el último puesto antes de llegar al muro transversal.

—Ha habido mucho ruido en estos últimos minutos —le informó—. No hay mucho que ver.

Estaba utilizando unos baqueteados binoculares elevados de artillería que había tomado prestado de las dotaciones de morteros para vigilar el lado ciego del muro transversal.

—Quédate aquí y estate preparado para dar la voz de alarma al resto de la línea —le ordenó Corbec.

Entraron en la trinchera transversal. Mkvenner avanzaba por segunda vez en una semana hacia una sección de la defensa que ya podía ser perfectamente una trinchera defendida por el enemigo. Corbec lo sabía. Había oído el informe de Mkoll sobre el combate en la posición 143.

Mkvenner no parecía estar nervioso en absoluto. Se mantenía callado, sin mostrar expresión alguna en su rostro, con su capa de camuflaje envolviéndole el cuerpo. Iba en cabeza con el rifle láser echado al hombro, de modo que a donde quiera que mirara, allá apuntaba su arma. Era tan silencioso que Corbec habría sido incapaz de decir que estaba allí si no fuera porque lo veía.

Corbec era el siguiente de la fila, armado con una pistola láser en una mano y una granada en la otra. Le había quitado la anilla y mantenía la clavija de disparo en su

sitio con su gran puño peludo.

Detrás de Corbec iban Sillo y Cown. Los dos llevaban los cuchillos montados en los anclajes de los cañones de los rifles. Sillo había sido cortador de tejido en Verghast, y era veloz y fiable. Cown, el viejo Cown, era uno de los veteranos de Tanith, que había estado en casi todos los frentes desde el aciago día que habían salido de su planeta. Todavía se estaba acostumbrando al bíceps y la clavícula protésicos que se había «ganado» en Cirenholm.

En retaguardia marchaban Ponore y Veddekin, ambos verghastitas. Ponore era un tipo bastante joven, algo desgarbado y de calvicie prematura que se quejaba de forma incesante. A Corbec no le caía muy bien. Veddekin era más alto, con grandes dientes y todavía más joven. Ambos sabían empuñar un rifle láser, y los dos habían entrado en combate, sobre todo en Fantine. Corbec se preguntó si alguno de los dos había matado ya. No lo sabía, y era demasiado tarde para preguntarlo.

Rerval era el que guardaba la retaguardia. Había dejado su aparato de comunicaciones en el puesto de Androby y llevaba una bolsa adicional con vendas. Corbec sabía que Rerval era buen combatiente. Resultaba fácil olvidarse de las habilidades de combate de los operadores de comunicaciones. El coronel esperaba que Raglon hiciera cambiar esa idea en la gente después de que lo hubieran ascendido de operador de comunicaciones a jefe de pelotón. Además de su rifle, Rerval llevaba una pistola de bengalas de la clase Pharos para enviar una señal si la situación se ponía peliaguda.

La trinchera parecía vacía. La luz era muy mala y el aire estaba cargado con el humo procedente de las explosiones. Corbec pudo oler a tierra húmeda, a promethium, al hedor de la madera que se había utilizado para cubrir el suelo.

Aquella sección de la trinchera tenía una longitud de unos diez metros con una ligera curva hacia el noroeste, y acababa en otra sólida pared transversal. Había una abertura de unos cuatro metros en la pared trasera que daba a un nido de arma pesada. Mkvenner comprobó el lugar e informó que estaba vacío. Sólo había un mortero neumático y unos cuantos proyectiles, pero ni rastro de los artilleros.

—Por Gak que esto es… —empezó a decir Ponore.

Mkvenner se llevó un dedo a los labios y el verghastita se calló inmediatamente.

Siguieron avanzando de forma escalonada, con los soldados pegándose alternadamente a las paredes de la trinchera.

A un lado vieron un rifle láser tirado en el suelo. Al otro, el mango roto de una herramienta para cavar trincheras. En los huecos de las paredes se podían ver piezas de equipo personal. Bolsas de lona, imágenes de seres queridos, encendedores y cigarrillos, máscaras antigás, envases cerrados al vacío de raciones de comida, sacos de dormir, camisetas de algodón hechas una bola y tiradas de cualquier manera.

Corbec pensó que parecía que se habían marchado a toda prisa.

Llegaron a la segunda trinchera transversal. Mkvenner alzó una mano. Señaló a la pared trasera de la trinchera, cubierta de planchas de madera. Había una gran mancha de sangre allí, con varios mechones de cabellos pegados a ella.

Mkvenner hizo otra señal: colocó una mano sobre la otra antes de tumbarse en el suelo. Corbec se echó a un lado y dejó que Cown pasara delante. Cown y Mkvenner se asomaron por la esquina del resistente muro, con el explorador por delante y Cown agachado detrás de él para que los dos rifles láser se encargaran de quienquiera que estuviese al otro lado.

—Adelante —susurró Cown.

Corbec encabezó al resto del grupo y dio la vuelta a la esquina.

La siguiente sección estaba vacía, al menos de personas con vida.

Una tremenda cantidad de cadáveres cubría prácticamente todo el suelo de la trinchera. Soldados krassianos, y asaltantes de Shadik, todos retorcidos en posturas inverosímiles y tapándose unos a otros en una celebración orgiástica de la muerte frenética. Unos hilillos de humo salían todavía de los agujeros que habían abierto los disparos láser en los puntos donde la tela había comenzado a arder. Grandes salpicaduras de sangre manchaban las paredes y el reborde del parapeto en algunos puntos. En otros, las granadas habían desgarrado los cuerpos hasta convertirlos en trozos de matadero y habían ennegrecido las paredes con la deflagración de los explosivos. Por dondequiera que pasaban, los tablones de madera del suelo cedían y pequeños chorros de sangre brillante surgían entre las hendiduras.

El olor era realmente nauseabundo. Sangre, cordita, restos humanos, sudor, fyceleno, heces.

Todos los Fantasmas habían estado ya en la guerra antes, en mayor o menor grado, pero aquel espectáculo los dejó anonadados. Tantos cuerpos, metidos en un lugar tan pequeño y estrecho.

—Gak… —exclamó Ponore.

—Cállate —le ordenó Corbec.

Intentó avanzar, pero no podía hacerlo a menos que caminara por encima de los cuerpos. Los cadáveres exhalaban gemidos y suspiros, eructaban y dejaban escapar pedos a medida que iba poniendo su peso sobre ellos y presionaba los pulmones y las tripas. Intentaba llegar hasta la entrada de la trinchera de comunicación que daba a la parte intermedia de la trinchera principal.

Era difícil mantener el equilibrio sobre los muertos. Corbec alargó los brazos para apoyarse en las paredes de la trinchera. Dejó escapar una exclamación airada de disgusto cuando su peso provocó un surtidor de sangre que salió de la herida en el pecho de un krassiano.

Veddekin se dio de repente la vuelta y el movimiento sobresaltó a Corbec. El rifle láser de Veddekin disparó una descarga de energía que cruzó la trinchera a lo ancho y

atravesó la cara de un asaltante de Shadik que acababa de asomar la cabeza por encima del parapeto.

El cuerpo del atacante dio un salto en el aire y después cayó de cabeza al fondo de la trinchera. Corbec se había llevado un sobresalto tan grande que había perdido pie y se había caído en medio de los cadáveres.

—Buena vista —gruñó Mkvenner a modo de aprobación hacia Veddekin. El explorador se subió de un salto al reborde del parapeto y apuntó con rapidez su arma, matando instantáneamente a dos soldados de Shadik que comenzaban a pasar por encima del parapeto.

Los Fantasmas subieron al reborde a la carrera, se reunieron con Mkvenner y comenzaron a disparar contra la zona de terreno más cercana a la tierra de nadie, cubierta de humo, desde donde el grupo de ataque enemigo intentaba avanzar y tomar al asalto las trincheras.

—¡Gak! ¡Son demasiados! —gritó Ponore.

—Apunta. Dispara. Repite —le exhortó Mkvenner.

Corbec alzó la vista hacia la espalda de sus muchachos, encaramados en el reborde de la trinchera, y se esforzó por levantarse de aquel montón de cadáveres aun tibios. Se agarró con la mano izquierda a una pilastra de madera y…

Se quedó completamente inmóvil. El seguro de la granada se le había deslizado entre los dedos.

Había dejado caer la maldita bomba.

Bajó la vista, la dirigió a los miembros retorcidos y a los rostros que lo miraban fijamente, a los charcos de tripas todavía humeantes. Estaba en algún sitio en mitad de aquello.

Sabía que si lanzaba un grito de aviso, su escuadra se dispersaría, pero los asaltantes se abalanzarían sobre ellos en un instante. Si no lo hacía, lo más probable era que muriesen dos o tres muchachos de su grupo.

—¡Feth sagrado! —aulló Corbec mientras hundía la mano en aquella masa pegajosa de visceras reventadas, huesos al descubierto y tejidos quemados. Tanteó por todos lados en busca de la granada. De todas las formas estúpidas de morir… ¿Cuánto tiempo tardaría la bomba de mano en estallar? ¿Diez segundos? ¿Quince?

¿Cuánto tiempo llevaba buscándola?

Sus dedos encontraron por fin la granada. La sintió al rojo vivo, como algo venenoso, y hubiera preferido dejarla allí.

Pero no se atrevió. La sacó de un tirón y la lanzó. La lanzó con toda la energía que su fuerte y viejo brazo cansado pudo reunir. La lanzó con fuerza y a lo lejos, esperando que cruzara todo el espacio que lo separaba de la República de Shadik y que nunca regresara. La lanzó con la misma desesperación con la que había lanzado las pelotas de cuero cosido que le habían llegado a las manos en el campo de juego

del condado de Pryze cuando tan sólo tenía once años y odiaba que lo hubieran obligado participar en el torneo escolar.

Odiaba aquel juego. Jamás había sido capaz de atrapar la pelota. Jamás había sido capaz de pasarla en condiciones. Siempre acababa siendo el último chaval elegido para formar parte de los equipos.

—¡Feth! —gritó de nuevo. La había lanzado con fuerza. El mejor lanzamiento de su vida.

La granada estalló en el aire, a unos tres metros de altura, mientras giraba sobre la tierra de nadie. La metralla de la explosión aérea hirió a cinco de los miembros justo en el centro del grupo atacante.

Se desmoralizaron y comenzaron a retroceder. Los disparos de Mkvenner, Cown, Veddekin y Rerval les causaron más bajas. Veddekin le acertó en la espalda a uno de los fugitivos e hizo estallar la bolsa donde llevaba la munición. La silueta quedó envuelta en llamas y siguió corriendo, ardiendo, saltando de forma errática por encima de los cráteres y de los montones de barro.

—¿No queda nadie? —preguntó Corbec mientras se ponía en pie de nuevo.

Tenía la voz ronca por la tensión que había pasado. Rezó a todos los dioses bienhechores que conocía dando las gracias porque nadie se había dado cuenta de lo cerca que había estado de joderla. Sobre todo Mkvenner. Se suponía que Corbec era el que tenía que mantenerse a la cabeza, ser el mejor. Mkvenner jamás la hubiera jodido de aquel modo, jamás, jamás, y Mkvenner seguro que habría sido uno de los que hubieran elegido a Corbec en el último lugar para su equipo de juego. Viejo, cansado y lento, Colm Corbec, viejo, cansado y lento.

—No queda nadie —contestó Cown.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó Rerval.

—No volverán en bastante tiempo si creen que esta parte de la trinchera está defendida —comentó Mkvenner con seguridad.

Corbec les indicó que lo siguieran y avanzaron hacia la entrada de la trinchera de comunicación. Él iba en cabeza, con la pistola de oficial enfundada y el rifle láser en las manos. Había calado la bayoneta: el cuchillo de Tanith.

Encontraron más cadáveres en la trinchera de comunicación. La mayoría eran krassianos, fácilmente distinguibles por sus abrigos de color cobrizo y sus cascos grises. Rerval reconoció uno o dos rostros de su encuentro en Ouranberg. Pobres cabrones. Habían combatido por cada miserable centímetro de aquel agujero al azar en el campo de batalla. El modo en que algunos habían muerto era indescriptible. El sufrimiento, la indignidad de aquellas muertes…

Habían recorrido cuatro tramos de trinchera cuando Corbec les hizo detenerse. En el siguiente trecho se oía el zumbido y el tableteo de los disparos de armas ligeras.

—Por lo que a mí me parece —dijo Corbec en voz baja—, el enemigo ha logrado

penetrar en las defensas y se ha apoderado de esta sección de la trinchera, matando a todos los krassianos o haciéndolos retroceder hacia la retaguardia por las trincheras de comunicación. Probablemente han perdido muchos efectivos en la operación, así que vamos a atacarlos por detrás. Hagamos que sirva para algo.

Los Fantasmas asintieron y comprobaron sus armas.

—De tres en fondo —les indicó Corbec—. Ven, Veddey y yo. Sólo hay sitio para eso. Sillo, Cown, preparad algunas cargas de demolición de tubo y lanzadlas mientras avanzamos. Lanzadlas bien lejos, ¿entendido?

Lo entendieron.

—Y vosotros poneos detrás de nosotros —les dijo a Ponore y a Rerval—. Si caemos, sustituidnos. Cown, Sillo, vosotros también, detrás de ellos. Vamos a enseñarles cómo se hace.

A la señal de Corbec, doblaron la esquina de la trinchera y se abalanzaron contra un grupo de soldados de Shadik que estaban de espaldas a ellos y apiñados en la siguiente esquina.

—¡Primero y Unico de Tanith! —aulló Corbec disparando el arma en fuego automático y acribillando las espaldas de color verde caqui.

Veddekin retrocedió al encasquillársele el rifle.

Rerval pasó rápidamente a su lado y ocupó su puesto, manteniendo así la línea de ataque. Las cargas de demolición de tubo pasaron por encima de sus cabezas lanzadas por Sillo y Cown desde el otro lado de la trinchera. Las explosiones sacudieron el estrecho pasillo que formaba la trinchera.

—¡Plata pura! —gritó Corbec, y sin ningún otro aviso se lanzó a la carga. Cargó porque se había dado cuenta de que el recodo en que se encontraban no era seguro, nada seguro. Una trinchera secundaria, probablemente de municionamiento, se cruzaba con el tramo donde se encontraban en un ángulo cerrado. Si había más soldados de Shadik allí…

Los había.

Corbec le metió el cuchillo entre las costillas al primer enemigo con que se topó y luego le dio una patada para liberar el rifie y poder disparar contra el soldado que estaba detrás de este. De algún modo, el primer asaltante logró arrancar al caer el cuchillo de Corbec del cañón del rifle. Apareció un tercer enemigo blandiendo una maza improvisada con un cabezal de hierro, y Corbec lo atacó de frente con el rifle. A pesar de todo lo que se quejaba sobre lo mayor que estaba y que cada vez era más débil, Corbec seguía siendo uno de los hombres de mayor tamaño y con más fuerza de todo el regimiento. Con cuchillo o sin cuchillo, no se podía contener una carga si Colm Corbec empujaba con todo su peso y te clavaba el cañón de su rifle láser en el esternón.

Corbec ya veía con claridad la trinchera secundaria. Era estrecha y estaba bien

revestida con tablas de madera. Se alejaba colina abajo con una leve inclinación. Se puso de rodillas y abrió fuego. Sus disparos abatieron a dos enemigos que estaban juntos a unos quince metros y después a un tercero. El cuarto oponente respondió al fuego disparando con un rifle automático compacto, un arma de proyectiles sólidos y de cañón corto con un cargador curvado, obviamente diseñada para los combates dentro de las trincheras.

La ráfaga de proyectiles de pequeño calibre se estrelló contra las estacas que formaban el gavión de trinchera que estaba a la espalda de Corbec y provocó una lluvia de astillas que le cayeron encima. El coronel ni se inmutó. Disparó dos veces y derribó al asaltante, haciéndolo saltar hacia atrás y a un lado contra la pared de la trinchera. El hombre se deslizó hasta el suelo y rodó sobre sí mismo.

Distinguió otras siluetas al fondo de la trinchera, aunque estaban medio ocultas por las sombras y el humo. Corbec disparó contra ellas un par de veces antes de ponerse a cubierto cuando una bomba de mano redonda aterrizó cerca de la entrada de la trinchera secundaria y arrojó por los aires barro y trozos de tablones.

Corbec repasó la situación. Él, Mkvenner y Rerval estaban a un lado de la entrada secundaria y el resto se encontraban todavía al comienzo del otro tramo de trinchera. Cown intentó cruzar a la carrera aquel trecho, pero retrocedió inmediatamente cuando varios disparos de rifle láser y lo que le pareció era una descarga de escopeta pasaron zumbando a lo largo de la trinchera de municionamiento.

Corbec alzó la vista. Su escuadra había rechazado a los asaltantes por lo menos hasta la siguiente esquina, a unos diez metros de distancia.

—Echa un vistazo —le dijo a Mkvenner—. Me parece que lo que hay detrás de la siguiente esquina son krassianos. Que no te peguen un tiro.

Mkvenner asintió con una sonrisa. Se acercó a la esquina y asomó brevemente la cabeza. Una intensa andanada de disparos láser le hizo retroceder inmediatamente.

—¡Guardias! ¡Somos guardias! —gritó a pleno pulmón.

Más disparos láser. Aquellos krassianos, que eran una nueva leva con relativamente poca experiencia de combate, habían recibido un tremendo castigo en los cuarenta y cinco minutos anteriores. Estaban atemorizados y furiosos, y dispararían contra cualquier cosa que se moviera.

Rerval se reunió con Mkvenner.

—No están dispuestos a arriesgarse por si acaso somos de Shadik.

—Será mejor que atraigamos su atención —le contestó Rerval. Sacó su pistola de señales, la abrió para cargarla y comenzó a rebuscar en la bolsa de las bengalas de humo y de colores—. ¿Cuál es el color de hoy? —preguntó.

—Azul —respondió Mkvenner.

El explorador estaba seguro de que Rerval lo sabía perfectamente. Rerval era el operador de comunicaciones, y junto a Beltayn y Rafflan era uno de los mejores

especialistas de señales del regimiento. La pregunta no había sido más que un modo de Rerval de liberar tensiones. Una estrategia para sobrellevar el momento. Una manera de descubrir lo que Mkvenner opinaba de aquella idea sin preguntárselo directamente.

—Azul. Bien —asintió Rerval. Metió un cartucho de color en la recámara de la pistola de señales, la cerró y la armó—. Aparta la vista.

Ambos desviaron la mirada. Rerval disparó la bengala asomando la mano por la esquina para que recorriera la trinchera a lo largo e impactara contra la pared embarrada del final. Allí comenzó a arder con una luz blanca fosforescente que se tiñó casi inmediatamente de azul por el humo que empezó a soltar.

El resplandor era fuerte e intenso. Provocaba unas sombras alargadas y coloreadas que le dieron a todo un aspecto frío.

Los disparos de rifle láser cesaron.

—¡Guardias! ¡Somos guardias! —gritó otra vez Mkvenner intentándolo de nuevo —. ¿Sois krassianos?

Un silencio. Un grito de respuesta.

—¿Krassianos? —gritó Mkvenner una vez más.

—¡Sí! ¿Cuál es la contraseña del día?

—¡Alfa azul pentacos! —gritó Rerval.

—¡Azul once salutant! —les llegó la respuesta correcta.

—¡Vamos a salir! —dijo Mkvenner—. ¡No disparéis!

Echaron a andar por la trinchera todavía iluminada por el Inerte resplandor de la bengala de señales. El humo azul les rodeó. Fue una entrada bastante teatral, y Rerval se sintió bastante orgulloso de ella.

Los soldados krassianos avanzaron a su vez por la trinchera para encontrarse con ellos. Seguían empuñando las armas en alto, y parecían nerviosos y atemorizados. Muchos de ellos eran bastante jóvenes. El blanco de los rostros resaltaba contra el tejido cobrizo de sus abrigos.

—¿De dónde demonios salen? —les preguntó el oficial al mando.

—De los bosques de nal al oeste de Attica —contestó Mkvenner con su típica forma de hablar inescrutable.

—Somos del Primero y Unico de Tanith —le informó Rerval—. Hemos atacado desde el sur.

—¿Tanith? —inquirió extrañado el oficial.

Dos o tres de los soldados más jóvenes tenían los ojos llenos de lágrimas. Mkvenner supuso que se trataba de lágrimas de alivio.

—Nos atacaron con ferocidad, con mucha ferocidad —murmuró el oficial—. ¿Están muertos? ¿Habéis acabado con ellos?

—Todavía no —le contestó Mkvenner.

A unos quince metros por detrás de esa misma trinchera, Corbec estaba intentando despejar de enemigos la trinchera secundaria. Había estado intercambiando disparos con ellos junto a Cown, Veddekin y Ponore con cierta regularidad, pero la respuesta seguía siendo firme. Lo peor era que uno de sus oponentes tenía una escopeta, probablemente recortada: un arma ideal para el combate en trincheras. Agacharse y procurar esquivar una bala era una cosa, y Murten Feygor probablemente hubiera apostado por ellos, pero una escopeta saturaba toda la trinchera.

Sillo lo había descubierto por las malas. Ponore había conseguido sacarlo a rastras del cruce y le había vendado la herida, pero Corbec sabía que un impacto como aquél no significaba más que una gangrena latente, incluso si el enemigo no había bañado las postas con bacterias como él sabía que era la práctica habitual entre algunas de las tropas del archienemigo.

Sillo había recibido el impacto en el muslo derecho con tanta fuerza que le había arrancado la tela de los pantalones, le había partido el cinturón y le había lacerado la carne tan profundamente que Corbec pudo ver el blanco del hueso y la grasa amarillenta. Sillo se había puesto a gritar, luego se había desmayado y después se había despertado de nuevo para seguir gritando hasta que se calló cuando Ponore le clavó en el trasero una inyección monodosis desechable llena de morfosia.

—Puede que haya otro modo de pasar o de llegar hasta ellos —sugirió Veddekin con la espalda pegada a la pared del cruce.

—Puede que sí. ¿Quién sabe? —gruñó Corbec malhumorado—. Si tuviéramos un maldito mapa…

Tenían un maldito mapa. Todos los jefes de regimiento habían recibido uno cuando llegaron al cuartel general del sector 55 de camino al frente. El mapa era muy deficiente en tres aspectos. En primer lugar, sólo mostraba lo más cercano a cada posición, lo que significaba que el de Corbec acababa en la posición 295. En segundo lugar, no mostraba detalles secundarios como las trincheras de suministro, las líneas de comunicación, las rutas de abastecimiento o los centros de operaciones, ya que el mando supremo de la Alianza Aexegariana temía que un mapa con tantos detalles fuera algo demasiado valioso y que se corriera el riesgo de que cayera en manos enemigas. De modo que, aunque Corbec hubiera tenido un mapa de la posición 296 y hacia el norte, aquel tramo de trinchera tampoco habría aparecido.

En tercer lugar, y quizá lo más importante, el mapa tenía todo el aspecto de haber sido dibujado por una cucaracha drogada con las patas mojadas en tinta a la que hubieran dejado correr por encima de un papel de letrina.

—Podríamos ir por arriba —comentó Cown pensando en voz alta—. Eso es lo que los exploradores hicieron la otra noche en la posición 143.

A Corbec le hubiera gustado decir que eran exploradores, lo mejor de lo mejor del

regimiento, medio siglo más jóvenes que él y lo bastante duros como para partir nueces de nal con los sobacos, pero se contuvo. Cown sólo intentaba ayudar.

—Apostaría que ya están esperando eso —dijo Corbec.

Recogió un casco shadik del suelo, lo puso sobre el cañón de su rifle láser y lo alzó por encima del borde de la trinchera.

Sólo tuvo que moverlo durante un segundo antes de que un proyectil de rifle lo atravesara y lo enviara volando por los aires.

Cown le sonrió a Corbec con gesto de disculpa y se encogió de hombros.

Ponore estaba mirando a su alrededor.

—¡Gak! —exclamó—. ¡Hemos tenido suerte de no acabar saltando por los aires cuando empezamos a disparar por aquí!

Más quejas. Corbec ya no estaba interesado en lo que Ponore pudiera decir. Hubiera cruzado el espacio que los separaba y lo habría abofeteado para que se callase si no hubiera sido porque tendría que ponerse a tiro de sus enemigos para hacerlo.

Ponore no se callaba. Se acercó a la pared opuesta de la trinchera y levantó una cortina de hule. Como ocurría en muchas trincheras de suministro, los soldados habían abierto agujeros en las paredes para guardar el material y luego los cubrían con una especie de cortinas de tela gruesa o de hule. Ponore había dejado al descubierto bolsas de vendas, latas de sopa vegetal, paquetes de muselina con velas atadas en su interior y tres o cuatro bidones de aceite para lámparas.

—Si a esto le llega a dar un disparo —dijo Ponore con voz quejumbrosa—, ¡baaammmm! Estaríamos muertos.

Corbec sonrió de repente.

—¿Ponore?

—¿Sí, señor? ¿Jefe?

—Te daría un beso.

—A veces lo hace —le advirtió Cown con total seriedad.

—Saca esos bidones. Pero con cuidado.

Veddekin y Ponore arrastraron el primero hasta el cruce.

Corbec echó otro vistazo por la esquina. Vio lo mismo que la primera vez que había mirado aquella parte de trinchera, pero en aquellos momentos estaba demasiado ocupado matando a los de Shadik para prestarle atención.

La trinchera secundaria descendía en una suave pendiente desde donde ellos estaban. No demasiada, de hecho, pero la suficiente. Por eso la madera estaba en mejor estado en aquella sección. El agua bajaba hasta el siguiente tramo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Veddekin.

—Necesitamos un tubo o algo parecido —improvisó Corbec—. Tiene que haber alguna especie de sifón o embudo por ahí.

Cown se puso a rebuscar en el agujero que hacía las veces de almacén lanzando una maldición cada vez que se le escapaba la cortina y lo dejaba a oscuras allí dentro. Ponore se acercó y le sostuvo la cortina. Cown reapareció al cabo de un momento con una jarra de latón en la mano.

—¿Qué tal esto?

—Pásamelo.

Cown le tiró la jarra desde el otro lado del cruce y Corbec logró atraparla por el asa. Cuatro o cinco disparos recorrieron zumbando la trinchera secundaria al ver el movimiento.

Corbec recuperó su cuchillo de guerra de entre las costillas del enemigo que había logrado arrebatárselo al caer. Murmuró una disculpa dirigida al cuchillo por lo que iba a hacer.

Tardó un minuto más o menos en cortar la base y luego seguir por el costado de la jarra. Luego la apoyó en un poste de la trinchera y arrancó una de las mitades con un fuerte tirón del brazo.

Ya tenía un pequeño canalón de desagüe. No era el mejor canalón de desagüe del mundo, pero era un canalón de desagüe con un pitorro y todo en el extremo. Su padre, mecánico, hubiera estado orgulloso.

Se lo lanzó de nuevo a Cown. Nuevos disparos resonaron en la trinchera.

—Mételo en la tierra, justo ahí —le ordenó—. No, al otro lado, para que el canalón asome por la esquina. Buen chico. Cava un poco si es necesario. Que se mantenga estable.

Cown cavó un poco con su nueve setenta y dejó bien estable el canalón.

—Buen trabajo —le dijo Corbec con un tono de aprobación—. Ahora, comenzad a verter el aceite por él.

Ponore destapó el primer bidón y lo inclinó con la ayuda de Veddekin. El aceite de color claro y olor agradable comenzó a salir y a correr conducido por el canalón de desagüe improvisado, gorgoteando al pasar por debajo de los tablones de madera.

—Echad el resto —los apremió Corbec, y mientras Cown y Ponore desechaban el primer bidón, ya vacío, Veddekin comenzó a inclinar el segundo.

Corbec se dio cuenta de que estaba balanceándose de un pie a otro. Deseaba intensamente estar al otro lado del cruce de trincheras, echando una mano con el trabajo, pero sólo podía quedarse allí dando órdenes.

De repente, le asaltó un pensamiento. Una epifanía. Así se llamaba. Había oído hablar al capitán Daur de las epifanías. Daur era un tipo con estudios. Entendía todos aquellos conceptos sutiles y complejos.

Un momento de claridad inesperada. Corbec pensaba que eso quería decir. Un repentino momento de comprensión reveladora.

Jamás debía haber sido nombrado oficial. Jamás. Ni siquiera sargento, y mucho

menos segundo oficial del regimiento de Tanith. Claro, sin duda tenía presencia y carisma, se lo habían dicho. Era toda una personalidad; los hombres se unían a su alrededor y confiaban en él. Eso es lo que Gaunt había visto la primera vez que se encontraron. Eso debió ser, y Corbec estaba encantado de ser útil.

Pero era eso. Gaunt le nombró coronel por su propia voluntad. Corbec no se lo había pedido. Ni siquiera lo deseaba. No era un oficial ansioso por una carrera militar como Daur ni como, que el Emperador los protegiera, Rawne. No tenía esa clase de ambiciones.

¿Qué era lo que decían de él? ¿Aquel cumplido? Que guiaba desde la vanguardia. Eso mismo. En ningún momento era tan feliz como cuando estaba en pleno taller de combate, enfrentado al aspecto práctico de la lucha.

Era el hijo grande y fortachón de un mecánico del condado de Pryze. Debería haber sido un simple soldado, un simple peón de brega, siempre echando una mano en la faena. De hecho, debería estar echando una mano en la faena que estaban llevando a cabo los demás, no al otro lado del cruce de trincheras dando órdenes a gritos.

Corbec pensó en todo aquello durante un momento mientras observaba cómo el aceite bajaba por la trinchera secundaria.

—¡Ya estamos echando el tercer bidón! —le dijo Cown con un siseo—. ¿Esto va a salir bien?

—Vamos a verlo —le contestó Corbec con una sonrisa.

Miró trinchera arriba, hacia el recodo donde Mkvenner y Rerval estaban hablando con un puñado de krassianos de aspecto atemorizado.

—¡Rerval! ¡Ven aquí, chaval!

El soldado de comunicaciones se apresuró a acercarse a Corbec.

—Dame tu pistola de señales. ¿Cuál es la que arde mejor?

—¿Señor? —le preguntó Rerval mientras le entregaba el arma de cañón chato. Corbec la abrió para cargarla.

—Tus bengalas, Rerval. ¿Cuál es la que arde mejor?

Rerval rebuscó en el macuto.

—Supongo que la roja, jefe. Es la que tiene mayor carga. Pero se supone que sólo tiene que utilizarse en momentos de mucho apuro. Es una señal de emergencia.

—Dame una. Si esto funciona, estoy seguro que nuestros amigos de Shadik van a considerar esto un gran apuro, eso puedes tenerlo muy claro.

Rerval se encogió de hombros y le entregó a Corbec un cartucho con una marca roja a lo largo. El coronel la metió en la recámara de la pistola y cerró el mecanismo activado por muelle.

—¿Ya está? —le preguntó a Cown.

Los Fantasmas al otro lado del cruce habían alejado el último bidón, ya vacío.

Cown asintió.

—Agachaos y poneos a cubierto —les dijo Corbec—. ¡Explosión!

Apuntó con la pistola de señales hacia el fondo de la trinchera secundaria y apretó el gatillo.

No ocurrió nada.

—¿Qué coño le pasa a esto? —gruñó enfurecido mientras observaba el arma.

—Tiene un seguro —dijo Rerval mientras cogía la pistola e intentaba ayudar—. Justo aquí. No, la palanquita que está al lado del pulgar. Eso es.

—Bueno, ya lo sabía —barbotó Corbec, y disparó la bengala por la trinchera de municionamiento.

El proyectil, incandescente y brillando como un torpedo láser, rebotó en la pared que tenía a la derecha, giró hacia la izquierda, dio en un poste de madera y finalmente llegó dando vueltas hasta los soldados de Shadik, que estaban a cubierto, echando grandes chorros de humo de color rojo brillante.

Corbec tiró de Rerval para ponerlo al otro lado de la pared de la trinchera.

Se oyó un grito lejano. El estallido de una ignición. Un instante después, cuarenta metros de trinchera secundaria se incendiaron como la bocacha de un lanzallamas. Las llamas subieron hacia el cielo y arrasaron la parte superior de las paredes. Un olor intenso, penetrante pero dulzón, inundó toda la trinchera, un olor parecido al que desprendían las lámparas de mecha que les habían entregado.

Pero también había otro olor. Un olor terrible. El de la carne y la grasa quemadas.

—Buen trabajo —les dijo a los suyos mientras entrecerraba los ojos por el intenso resplandor—. Buen trabajo, por Feth.

El asalto de infantería contra la posición 292 se produjo exactamente dieciséis minutos después de que comenzara el bombardeo. Se produjo en la zona nordeste, y los soldados de Shadik utilizaron la gran tubería oxidada del desagüe para la lluvia como cobertura para avanzar.

Justo como ponía en la nota.

Ni uno solo de los atacantes llegó a menos de quince metros del parapeto. Agun Soric reunió a los suyos alrededor de la gran tubería y acribillaron a los soldados de caqui que los atacaban.

El soldado Kazel comentó que calculaba que habían matado como mínimo a cincuenta enemigos, quizás incluso sesenta. Era difícil saberlo con certeza. Lo que estaba claro era que el quinto pelotón había machacado al enemigo y lo había rechazado hasta hacerlo volver a sus líneas.

Soric echaba de menos a Doyl. Había sido el explorador del pelotón, y murió en la misión especial llevada a cabo en Ouranberg. Doyl habría llevado la cuenta de los muertos. Doyl lo hubiera sabido.

Soric se quedó de pie en el reborde del parapeto y cerró su único ojo. Siempre se había negado a llevar un parche o un implante en el hueco del ojo que había perdido en la colmena Vervun. Dejaba al aire aquella cicatriz rojiza en un gesto de desafío. Parecía que estaba guiñando constantemente el ojo.

Cerró su ojo y esperó. Vio que habían matado al menos setenta y seis asaltantes, una fuerza compuesta por más de un pelotón. Kazel había subestimado el número de bajas enemigas.

Soric veía a veces mejor con su ojo bueno cerrado. Era una de esas cosas raras que pasaban. No pensaba mucho en ello. Su ojo estaba muerto, así que suponía que veía cosas que sólo los muertos podían ver. Tenía una ventaja que su ojo sano no poseía.

Le ocurría sobre todo desde Cirenholm. Allí lo habían herido de gravedad. Mientras se recuperaba, había tenido unos sueños muy raros.

Soric sabía que no tenía que haber dicho nada sobre todo aquello, pero el secretismo no formaba parte de su carácter. Había hablado sobre sus sueños, y Gaunt y Dorden, además de aquella hermosa chica, Ana Curth, lo miraban con un poco de desconfianza. Nunca debería haberles hablado de su bisabuela.

La bisabuela poseía la visión. Algunos la habían llamado bruja. ¿Y qué? ¡Ño es que tuviera poderes psíquicos, por Gak! La abuelita tan sólo era capaz de…, bueno, de ver cosas que otros no podían. Agun podía porque era el séptimo hijo de un séptimo hijo, como la abuelita siempre le había dicho.

No siempre había sido así. Al menos, no hasta Cirenholm. Pasar tan cerca de la negra sombra de la muerte y lograr salir siempre dejaba marcada a una persona. Eso le había despertado. Eso le había abierto todos sus sentidos.

Le había abierto los ojos.

Sin embargo, lo de la nota escrita ya era otra cosa. Soric sintió que el corazón se le paraba un instante al recordarlo.

¿Cómo lo había sabido? ¿Cómo lo había escrito para sí mismo?

—Descansad —ordenó al pelotón, y la orden pasó de boca en boca. No habría nuevos ataques contra la posición 292 aquella noche.

Soric descubrió que lo sabía con una certeza absoluta. ¿Cómo era posible?

De repente se sintió atemorizado, muy atemorizado. Regresó cojeando al puesto de mando sin hacer caso de las preguntas y las llamadas de los soldados.

—¿Viwo?

—¿Jefe?

—Que se acomoden —le dijo antes de dejar caer la cortina antigás a su espalda.

Se sentó a la mesa de madera sin desbastar, bajo la tenue luz de la lámpara. El tubo portamensajes de bronce seguía allí, en un extremo, arrojando una pequeña sombra. No se veía rastro alguno de la pequeña nota de papel azul.

Soric respiró lentamente y se agarró al borde de la mesa con las dos manos crispadas. Un trago. Eso lo ayudaría.

Se puso en pie y se acercó con la pierna casi rígida a la estantería. Binoculares. Cargadores de munición, velas…, «cantimplora de agua de reserva».

Gaunt les había dicho que fusilaría a cualquiera al que pillara bebiendo de servicio, excepto en casos especiales.

Aquel era un caso especial.

Soric desenroscó el tapón con unas manos que temblaban más de lo que a él le hubiera gustado. Tomó un trago de sacra. El bueno de Bragg le había ido pasando las botellas de aquella bebida y Soric acabó cogiéndole el gusto al fuerte licor. ¿Quién le pasaría sacra ahora que Bragg había muerto?

La libreta de hojas de papel azul para mensajes se encontraba en la estantería al lado de la cantimplora. Soric pensó echarle un vistazo, pero en vez de eso tomó otro trago de sacra. El alcohol destilado de grano le ardió en el estómago. Se sintió mejor. Le echó otro vistazo a la libreta.

Faltaban las dos primeras hojas.

Soric miró a la mesa. El portamensajes de bronce seguía allí, como una presencia ominosa.

—¡Largo! —gritó.

—Esto… He llamado —dijo el portamensajes.

Pero no era el portamensajes. Era el comisario Hark.

El comisario se quedó mirando a Soric mientras seguía sosteniendo en alto la cortina antigás.

—¿Sargento?

—¡Ah! ¡Oh! Pase, comisario.

El comisario entró.

Soric se sintió muy vulnerable, de repente. Se esforzó por mantener la boca cerrada para que el comisario no le oliera el aliento y notara que había bebido. Puede que Gaunt lo hubiera perdonado. Hark era un asunto muy diferente. Hark era un comisario al cien por cien, sin restricciones.

—¿Va todo bien? —le preguntó Hark. Parecía sospechar algo.

—Sí, sí —dijo Soric, procurando respirar sólo por la nariz.

Hark lo miró fijamente.

—Puede relajarse, sargento.

Soric sonrió sin abrir la boca y se encogió de hombros.

Hark se sentó en el taburete y se quitó la gorra.

—Buen trabajo el de hoy, sargento. De hecho, ha sido excelente. ¿Cómo adivinó por dónde atacarían los de Shadik?

Soric se volvió a encoger de hombros.

—Afortunado, ¿no? —dijo Hark asintiendo—. Yo creo que más bien es astuto. Eres muy astuto, Agun. ¿Puedo llamarte Agun? ¿No te ofende que no te llame por el rango?

—En absoluto, señor —murmuró Soric, esforzándose por no echar el aliento mientras hablaba.

—El bombardeo ha cesado —comentó Hark.

Soric se dio cuenta que no había reparado en ello.

—Los hemos repelido en la mayor parte de la línea —añadió Hark—. Los combates han sido bastante duros en las posiciones 293 y 294, y también en la de Criid, la de Obel y la de Theiss. Maroy ha muerto.

—¡Mierda! ¡No! —soltó Soric a su pesar.

—Sí, mal asunto. Era un buen soldado, pero su sección ha sufrido un setenta por ciento de bajas. Las bombas los pillaron de lleno. Lasko, Fetwin, Bisroya, Mkdil. Todos muertos. Pero de los tuyos ni uno solo, ¿verdad?

—Así es, señor.

Hark hizo un gesto amplio con la mano.

—Todavía no dispongo de todos los informes, pero estoy bastante seguro de que tu pelotón ha sido la mejor unidad hoy. Un comportamiento fabuloso. Buen trabajo. Has sido muy listo al adivinar su ruta de ataque. Estoy impresionado.

—Gracias, señor.

—Voy a elogiar a tu unidad ante Gaunt. ¿Quieres que mencione a alguno de los tuyos en especial?

—Ehh… A Viwo y a Kazel.

Hark asintió.

—Voy a decirte lo que deberías hacer.

—¿Señor?

—No sé tú, Agun, pero a mí me tiemblan las piernas. Un hombre como tú debe tener algo fuerte para el cuerpo.

—Ah —exclamó Soric. Rebuscó en la estantería—. Perdone mi falta de hospitalidad, comisario.

Llenó de sacra los dos vasos de licor menos desportillados que abarrotaban la estantería y le entregó uno a Hark.

—Excelente. Sabía que podía contar con un habitante de la colmena Vervun tan fiable como tú.

Hark se bebió de un trago su licor. Soric tomó un sorbo del suyo. Volvió a llenar el vaso de Hark y respiró con mayor naturalidad.

Hark acabó con su segunda copa.

—Cuesta un poco acostumbrarse, pero ese brebaje de Tanith es bueno, ¿verdad?

—Se está convirtiendo en una de mis bebidas favoritas, señor —le comentó Soric.

—Tendrás que contarme en otro momento cómo lo has hecho —le dijo Hark.

—¿Hacer qué, señor?

—Adivinar lo que habían planeado los de Shadik. Pero ha sido un buen trabajo. Excelente. El regimiento se siente orgulloso de ti y de los tuyos.

Hark se puso en pie.

—Tengo que regresar a la línea principal. Rawne está herido. Su sección está hecha un desastre.

—¿Está grave?

—Voy a enterarme. Una vez más, Agun, buen trabajo. Felicita a tus muchachos.

Hark apartó la cortina antigás para salir.

—Gracias por el trago —añadió antes de desaparecer.

Soric se sentó dejándose caer en el taburete en cuanto el comisario se hubo marchado. Jugueteó unos momentos con el vaso antes de beberse el licor que quedaba.

Viwo metió la cabeza por la cortina.

—¿Jefe? ¿Ha visto…?

—Largo —le dijo Soric.

—Sí, jefe.

Una vez a solas de nuevo, Soric tomó el portamensajes y desenroscó la tapa. Tuvo que golpear dos veces la base del tubo para que cayera el papelito azul. El mensaje estaba escrito con su propia caligrafía, lo mismo que la vez anterior. Decía: «No bebas. Viene el comisario Hark».



CINCO
PLATA, ROJO Y NEGRO

La espera es una mierda. Es una mierda para alguien con hambre en la cola de la cantina, es una mierda para un novio en su noche de bodas y es una doble, triple, cuádruple gilipollez para un joven soldado como tú.

Colm Corbec, coronel

Había sido un mal día en el frente. Las fuerzas de reserva del Primero de Tanith situadas en Rhonforq podían adivinarlo sólo por el falso crepúsculo causado por el muro de humo negro que se levantaba a cierta distancia. Esperaban recibir noticias, deseando que fueran las mejores, pero preparados para las peores.

Gaunt había dejado al capitán Ban Daur al mando de la sección de reserva del Primero, las dos terceras partes de la fuerza del regimiento, y Daur arrastró de forma frenética su preocupación toda la tarde. Cada diez o veinte minutos salía fuera y observaba las luces parpadeantes y la humeante neblina. Al principio, los obuses sonaban como los truenos de una tormenta distante; amortiguados, lejanos, siempre detrás de los fogonazos. Luego el ruido se había vuelto más continuo, sin interrupciones ni pausas. Era un fragor constante, como si la tierra se estuviera

fracturando y rasgando de forma lenta.

A veces el terreno vibraba, incluso a aquella distancia.

De vez en cuando resonaba una explosión con una fuerza tal que sobresalía en el fragor. Daur no podía distinguir si los ruidos procedían de obuses que habían caído más cerca de su posición o de otros obuses más potentes que habían caído con los demás. Les habían dicho que el enemigo utilizaba unas armas de gran calibre y alcance. Todos los hombres hablaban de aquellos cañones de «súper asedio».

Daur intentó distraerse, pero el fragor era demasiado constante y presente. Se fue a comer a una de las pensiones sobre las 14.00 horas, y recibió una curiosa mirada de la dueña cuando pidió huevos revueltos. Sólo cuando llegaron se acordó de que ya había comido: huevos revueltos, y justo una hora antes.

Pensó en visitar a Zweil. El capellán de la unidad era una compañía revitalizadora en ocasiones, y servía para distraer la mente de una persona con su provocadora conversación. Pero le dijeron que Zweil se había ido esa misma mañana al frente con Gaunt, como si hubiera sabido que iba a ser necesario aquel día.

En vez de eso, Daur se dio una vuelta por los acuartelamientos de los soldados. Los Fantasmas habían ocupado los establos y graneros de un par de granjas del sur de la ciudad, y los demás se desparramaban en un mar de tiendas de campaña sobre los prados traseros. Los campos se extendían junto a una vieja curtiduría ocupada por una compañía de krassianos y a un pequeño grupo de comercios abandonados y construcciones accesorias situados en la encrucijada de las dos carreteras del sur, que constituían el acuartelamiento de una brigada local, el Duodécimo de Ostlund, los «Defensores».

Daur deambulaba por el patio de los establos. Burone, Bray y Ewler habían tomado para su pelotón el granero largo situado a la izquierda. La mayoría de los hombres merodeaban por los alrededores, con el ánimo por los suelos bajo la fina lluvia, como prisioneros de guerra en una cárcel fortificada. Daur podía ver las ascuas de las varitas de Iho entre las sombras de las pequeñas aberturas del piso superior. Bajo la vertiente del tejado a una sola agua, Pollo, del séptimo pelotón, estaba intentando enseñar trucos de cartas a un grupo de curiosos. Pollo había sido guardaespaldas de una casa nobiliaria allá en Verghast, y sus nervios estaban potenciados por estimuladores neuronales de un precio exagerado, por lo que sus dedos barajaban y repartían las cartas más rápidamente de lo que el ojo humano podía seguir. Tenía una especie de magia observarlo, y los hombres que estaban a su alrededor estaban fascinados. Daur estuvo mirando un rato, hasta que Pollo agotó su repertorio de trucos e hizo aparecer tres tazas y una vaina de proyectil. La audiencia se quejó.

—¿Quién quiere intentarlo? —preguntó Pollo, mientras sus manos describían un círculo alrededor de las tazas. Captó la atención de Daur y le guiñó un ojo—. ¿Usted,

señor?

Daur sonrió.

—¿Ves mis insignias, soldado Pollo? Las he conseguido por ser listo. No, gracias.

Pollo le devolvió la sonrisa.

—Usted se lo pierde.

—No lo creo —dijo Daur, y continuó su camino. Al final del patio, los hombres de Haller daban patadas a un balón con algunos de los krassianos. El juego era vibrante sobre un suelo embarrado. Noa Vadim corría en círculos alrededor de los krassianos y sus compañeros de equipo lo animaban. Daur estaba seguro de que en realidad gritaban y chillaban para tapar el distante bramido de la batalla.

Daur pudo oír el sonido apagado de armas de fuego procedente de uno de los corrales de los establos y fue a investigar. Encontró al soldado Merrt practicando su puntería contra viejas botellas colocadas sobre las vigas de la pared del fondo.

Merrt alzó la vista cuando apareció Daur.

—Perdone, señor —dijo—. Sólo estaba gn…, gn…, practicando. Lo he puesto en gn…, gn…, baja potencia.

Parecía un poco avergonzado, aunque era difícil saberlo. La mandíbula de Merrt estaba formada por toscos implantes metálicos en un lado de la cara, mal disimulados por una máscara de color carne. Daur sabía por qué estaba practicando. Merrt practicaba siempre que podía. Procedente de Tanith, había sido uno de los francotiradores originales del regimiento. Posteriormente, en Monthax, sufrió una terrible herida en la cabeza y su puntería se había ido al infierno. Gaunt lo había conservado como francotirador durante un tiempo. Un tiempo demasiado generoso, según Hark, pero la falta de éxito de Merrt en Phantine había obligado finalmente a Gaunt, a su pesar, a volver a destinarlo como soldado regular.

Daur sabía que Merrt odiaba haber perdido su estatus, incluso más de lo que odiaba la pérdida en su cara. Merrt practicaba y practicaba, esforzándose por recuperar su destreza y volver a conseguir su posición de tirador.

—¿Qué tal te va? —preguntó Daur.

Merrt se encogió de hombros.

—Me gustaría estar practicando con un gn…, gn…, rifle láser largo, pero me lo quitaron y gn…, gn…, se lo dieron a alguna chica —dijo, apenado, señalando el rifle láser de modelo estándar que sostenía.

Su voz sonaba distorsionada por las partes reconstruidas de su cabeza. Merrt parecía roer las palabras. Tartamudeaba mucho a causa de la fea mandíbula nueva.

—Algunas de esas chicas son buenas tiradoras —dijo Daur suavemente.

Sabía demasiado bien que muchos de los de Tanith estaban resentidos por los voluntarios verghastitas, en particular por las mujeres, y especialmente por las mujeres como Banda, Muril y Nessa, que destacaban disparando.

Daur no quería que hablaran mal de ellas. Eran la mejor posibilidad de los verghastitas por destacar en el regimiento.

Merrt tartamudeaba mucho, dándose cuenta de que había hablado demasiado delante del oficial verghastita.

—No quería decir nada gn…, gn…, con eso, señor.

—Lo sé —dijo Daur.

No existía un resentimiento real antiverghastita o misógino por parte de Merrt. Sencillamente, era un hombre maltrecho luchando contra su propio fracaso.

—Gn…, gn…, lo siento.

Daur asintió con la cabeza.

—Continúa —dijo.

Daur se sintió apenado mientras se alejaba del establo. Había muchas marcas de quemaduras en la pared el fondo, pero pocas botellas rotas.

Daur atravesó el final del prado trasero, entreteniéndose un momento con unos cuantos soldados. Luego continuó por un camino embarrado hasta un terraplén que llegaba hasta lo que había sido una huerta antes de que los hombres allí acuartelados la hubieran destrozado para obtener madera. Arcuda y Raglon se resguardaban de la lluvia detrás de un muro bajo, protegidos por sus capas.

Daur sabía que ambos eran nerviosos. Habían sido ascendidos junto con Criid al mando de un pelotón justo antes de Aexe. Ambos esperaban con ilusión su primera oportunidad de mando en el campo de batalla.

Pero los dos tenían razones para estar orgullosos, a juicio de Daur. Arcuda, un verghastita de triste cara larga y fina, había demostrado su valía entre las tropas y se había ganado las insignias. Raglon había progresado al mando de la escuadra mediante un servicio distinguido en el regimiento de comunicaciones de la compañía. Era raro no ver a Raglon con su equipo de comunicaciones. Daur estaba encantado de verlos juntos: uno de Verghast y uno de Tanith en condiciones de igualdad, ambos confiando en el compañero.

Lo saludaron y él se puso en cuclillas a su lado.

—Hay movimiento en el frente —dijo Daur.

—Lo hemos notado —contestó Raglon.

—Lo más probable es que avancemos a primera hora —añadió Daur.

Arcuda asintió con la cabeza.

—Quiero estar allí, señor —dijo—. Tan sólo quiero empezar. Algo así como… resolverlo de una vez. ¿Se sintió usted así en su primer día de mando?

Daur sonrió.

—Mi primer día de mando fue en un destacamento de vigilancia en Hass Oeste, en la colmena Vervun. Todo muy normal —dijo—. Tenía diecinueve años. No entré en acción durante cuatro años. No, hasta… la Guerra.

Alguien se reía con disimulo. Daur alzó la vista y vio al sargento Meryn apoyado en el muro y escuchando en silencio.

—¿Algo gracioso, Meryn?

Meryn negó con la cabeza.

—No, capitán. Siempre encuentro divertida la forma en que los verghast se refieren a lo de la colmena Vervun como «la Guerra», con énfasis de importancia y todo. Fue algo importante, cierto, y dura y desagradable como una maldita cabronada para todos los participantes. Pero no fue «la Guerra». La Guerra es la que estamos librando ahora. Estábamos participando antes que los de Verghast y estaremos luchando todavía durante años.

Daur se incorporó y se volvió hacia Meryn. El hombre era joven, uno de los oficiales más jóvenes nacidos en Tanith, varios años más joven que Daur. Era esbelto, compacto, guapo, y últimamente se había dejado un bigote que le hacía parecer siniestro a juicio de Daur. Meryn tenía atractivo, un buen historial y su promoción honoraria a sargento como parte de la Operación Larisel en Fantine se había convertido en un asunto recurrente. Sus insignias eran tan recientes como las de Arcuda y Raglon.

—Sé que hay guerra, sargento —dijo Daur—. Tendrá que perdonar a un verghast por tener sus recuerdos. —Daur había utilizado deliberadamente la palabra que también había usado Meryn. «Verghast», no «verghastita». Todos los de Tanith hacían eso. Para ellos, era una contracción. Para los verghastitas, era una jerga insultante—. Sabemos que estamos librando la guerra ahora. Pero perdónenos si tendemos a centrarnos en la lucha que provocó que saquearan nuestro hogar.

Meryn se encogió de hombros.

—Y Tanith murió. Todos tenemos recuerdos. Todos tenemos nuestras guerras.

Daur frunció el ceño y apartó la vista mientras la llovizna le salpicaba la cara. Meryn no le gustaba mucho. Había sido una elección evidente para estar al mando de un pelotón. Algunos consideraban que era una elección esperada hacía tiempo, pero se había vuelto desagradablemente arrogante e intransigente. A veces le recordaba a Caffran. Los dos tanith tenían una edad similar e incluso una parecida complexión. Pero si Caffran era joven, entusiasta y de buena disposición, Meryn era joven, despiadado y arrogante.

Colm Corbec tenía una teoría propia sobre esto. La teoría se llamaba mayor Rawne. Según Corbec, Meryn había sido un «chico bueno y honesto» durante un tiempo hasta que fue hecho cabo y, gracias a los caprichos de la estructura del regimiento, Rawne lo acogió bajo su tutela. Rawne se convirtió en su mentor y Meryn aprendió con rapidez. Su carácter abierto desapareció y fue reemplazado por un aire hostil y agrio. La mancha de la influencia corrosiva de Rawne, creía Daur. Rawne estaba preparando a Meryn. Extraoficialmente, existía el rumor de que Meryn

había ordenado o ejecutado algunas acciones excesivamente brutales durante la Operación Larisel. Larkin y Mkvenner no decían palabra alguna sobre él. Meryn puso un gran celo para conseguir los objetivos de la misión de Larisel y demostrar su valía para la promoción.

Demasiado celo, tal vez.

—Entonces, qué, ¿alguna noticia? —preguntó Meryn.

Daur deseaba que Meryn se largara para poder animar un poco a Arcuda y a Raglon sin audiencia.

—No —dijo Daur—. Todavía no.

—Si hay bajas, es de imaginar que avanzaremos antes de que llegue la noche —dijo Meryn.

—Si hay bajas… —admitió Daur.

Meryn hizo un gesto sarcástico hacia el humo que surgía del frente.

—Habrá bajas —dijo.

—Le encantaría, ¿verdad? —contestó con brusquedad Daur.

—De ninguna manera —dijo Meryn, mientras sus rasgos se endurecían—. Pero soy realista. Hay algo maldito ahí. «La Guerra», ¿sabe? Alguien va a resultar herido.

Daur quiso decirle a Meryn que se fuera, pero Raglon y Arcuda se habían puesto en pie y se estaban sacudiendo el agua de las capas.

—Vamos a revisar nuestras unidades, señor —dijo Raglon.

—Mantenerles preparados en todo caso y en todo momento —añadió Arcuda.

—Buena idea —dijo Daur.

Los dos sargentos novatos bajaron el terraplén hacia el pueblo en dirección a la torre de la capilla de San Avigns. Cuando ya no podían oírles, Daur se volvió hacia Meryn.

—¿Entiende el concepto de moral, Meryn?

Meryn se encogió de hombros.

—Esos dos están a punto de cumplir su primer día de mando en el campo de batalla. Están asustados. Necesitan crecerse, no desmoronarse.

—¿Es un crimen ser realista ahora, capitán? —preguntó Meryn con insolencia—. Esta es también mi primera acción como sargento, recuerde.

—Ya ha estado al mando, Meryn. En Ouranberg. Ya lo hizo bien allí. Demasiado bien, tal vez.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que usted prefiera —dijo Daur, alejándose.

Pronunció una oración silenciosa de agradecimiento, ya que en una semana más o menos Meryn volvería a quedar bajo la responsabilidad de Rawne.

Se podía oír mucho ruido procedente de los últimos cobertizos de la curtiduría. Daur se abrió camino dentro de un granero que apestaba a sudor y a cuerpos. El sitio

estaba repleto de Fantasmas, krassianos y de un buen número de ostlundeses con sus túnicas rojas.

Los de Ostlund procedían de Kottmark, el país limítrofe con Aexegaria por el este. Era gente fuerte y de piel clara, y en general mucho más altos que los del Imperio.

Daur examinó la multitud, intentando averiguar la fuente de la conmoción.

—Varl —suspiró para sí mismo—, ¿de qué me sorprendo?

El sargento Varl, el responsable del noveno pelotón, había encontrado un nuevo juego de apuestas. Varl, un agradable y agraciado pillo, había ascendido en el escalafón ganándose las insignias de sargento con sudor y sangre. La suya propia, para empezar. En Fortis Binary recibió una herida en la parte superior del torso que obligó a los cirujanos a realizar un importante trabajo de reconstrucción en el hombro, la clavícula y la parte superior del brazo. No mucho después de eso, Gaunt lo nombró sargento. Lo hizo para probar que no había jerarquía alguna en Tanith. Varl era uno de los chicos, tan vulgar como la mugre de un grox, pero tenía carácter y carisma a manos llenas, y eso lo convertía en un líder ideal para los hombres.

Era difícil que no cayera bien. A todos los hombres les gustaba. Era un guasón, un bromista y un buscaproblemas. También demostraba que un soldado corriente podía tener el temple para dirigir.

Gaunt tuvo la esperanza de que proporcionara un toque de normalidad a la escala de mando del Primero. Varl lo había aportado a carretadas.

Daur sabía que Varl había llegado a sargento mucho antes que el recto y cuidado Meryn. Tal vez fuera ésa la razón por la que Meryn era tal insufriblemente estúpido.

Ceglan Varl estaba actuando de maestro de ceremonias. Sus hombres habían hecho un círculo con balas de paja y parecían estar organizando peleas de gallos.

Daur se dirigió hacia la parte delantera de la gente. No, no eran pollos…

¡Estrútidos! ¡Unos adorables pequeños estrútidos, listos para la lucha y duros como piedras! Varl estaba lanzando un discurso desde una plataforma de madera que quedaba por encima del improvisado círculo. Alzó una de las aves agarrándola por el pescuezo y evitando con destreza la cuchilla de su pico y garras de sus patas. Destreza, ésa era la palabra. Daur reía para sí. Sólo llevaban cinco minutos en aquel mundo y Varl era de repente un experto manipulador de la fauna local.

—¡Mirad a este colega! ¡Miradlo! —bromeaba Varl—. ¡Lo llamamos *el Mayor* porque es malo como un diablo!

Los Fantasmas del público respondieron con una carcajada.

—¡Mirad las garras de las patas! ¡Mirad aquí! —Varl agarró una de las patas que se movían como pistones y separó las sanguinarias garras para que la gente las pudiera admirar—. ¡Tres centímetros largos y afilados como la plata pura! ¿Qué más queréis?

Un krassiano gritó algo.

—¿Pico? ¿Pico? —replicó Varl, examinando y dando la vuelta al estrútido que no cesaba de retorcerse—. ¡Yo os daré pico! Señor Brostin, si me hace el favor.

Brostin, el fornido encargado de manejar el lanzallamas del pelotón de Varl entró dando grandes zancadas en el anillo salpicado de paja y sostuvo en alto un casquillo de latón de un 30 mm. El ave se abalanzó y rajó la carcasa en dos con su cortante pico. Los hombres se amontonaron peleándose por los trozos.

—¡Por supuesto que es duro! ¡Sí, señor! ¡*El Mayor* es un pajarraco duro! Todos hemos visto lo que le acaba de hacer a *el Capitán*, ¿no?

Más gritos.

—¿*El Capitán*? —dijo Daur.

Varl vio a Daur y dio un respingo.

—¡Ah…, hola, señor! ¿Qué tal está? Por el capitán me refería a…, que su alma descanse en paz…, le pusimos el nombre por otro capitán que no pretendía en forma alguna parecerse a usted…, uh…

—Estoy seguro. ¿Cómo va *el Mayor*?

Varl recuperó la sonrisa.

—¿Tal vez quiera hacer su apuesta con uno de mis agradables ayudantes, señor? —Daur vio a Baen, Mkfeyd, Ifvan y Rafflan moviéndose entre la gente, recogiendo dinero y cantando las apuestas.

—¿Contra quién va a luchar *el Mayor*? —gritó Daur.

—Tres asaltos, nada de agarrones, el primero que sangre es el que paga…, contra *el Poderoso Ibram* —contestó Varl.

Se oyó un ronco bramido de aprobación. El soldado Etron apareció por el otro lado del escenario sujetando con fuerza un joven estrútido de plumas blancas y pico plateado. Tenía problemas para aguantarlo. Había fibras de pluma volando en el aire cálido.

—No, gracias —sonreía Daur—. Mi dinero está siempre con *el Poderoso Ibram*.

—¡Esto está amañado! ¡Lo habéis amañado! —gritaban algunos de los de Kottmark.

—Cálmense, amigos —dijo Varl.

—¡Tenemos nuestro propio contrincante! —gritó el más alto de los Defensores de Ostlund.

Varl se dirigió a la multitud.

—Aquí tenemos un nuevo adversario, señores y señores, entrenado por nuestros valiosos aliados de Kottland… ¿Cómo se llama el pájaro?

El grupo de Kottmark había traído hacia la parte delantera una cría de estrútido llena de cicatrices que no paraba de lanzar picotazos al aire.

—*Redjacq* —gritó su líder.

—¡*Redjacq*, ya lo creo! ¡Un buen ejemplar con ese pico, no hay duda! —anunció Varl—. ¡Hagan sus apuestas, amigos… la próxima pelea es entre *el Mayor*, criado en Tanith y duro como una piedra, contra *Redjacq*, entrenado y criado por nuestros agradables aliados de Kottmark! ¡Hagan sus apuestas! ¿Quién apuesta por *el Mayor*?

—¡Diez! —gritó un verghastita.

—¡Veinte por *Redjacq*! —vociferó un krassiano.

—Mi cuchillo de guerra dice que *el Mayor lo* destripará.

Daur buscó entre la multitud la fuente de la voz. Era Mkoll. El jefe de los exploradores estaba de pie, con los brazos cruzados, en medio de aquella locura.

—Nosotros escupimos en tu cuchillo —chilló uno de Kottmark.

—Yo…, eh…, no haría eso si fuera tú —dijo Daur, pero los de Kottmark no lo estaban escuchando.

—¡Caballeros! ¡Todas las apuestas están listas! —dijo Varl, una vez que Baen asintió con la cabeza—. ¡Primer asalto! ¡Suelten a los contrincantes!

Los jóvenes estrútidos se enfrentaron en el redondel entre una cacofonía de insultos y abucheos. Las plumas revoloteaban a su alrededor. *Redjacq* le hizo un corte y un tajo a *el Mayor* y más plumaje salió volando. Entonces, *el Mayor* se abalanzó sobre él y le rompió el cuello con un golpe limpio de su temible pico.

Las tejas del techo de la curtiduría temblaron con el clamor posterior. Los de Tanith y algunos krassianos gritaban y bailaban. Se procedió al pago de las apuestas, en un sentido y otro: moneda local, moneda imperial, trofeos, medallas, mementos, recuerdos…

Arriba en la plataforma, Varl comenzó a andar como un gallo presuntuoso, hacia adelante y hacia atrás, moviendo la cabeza a uno y otro lado y moviendo los codos como si estuviera batiendo alas.

Atrapado en medio de todo ello, Daur sólo podía reír. Durante un momento casi consiguió olvidar lo mal que estaban las cosas.

Una firme mano le agarró del brazo. Era Mkoll.

—Atento, señor —le dijo suavemente el jefe de exploradores. Señaló con la cabeza hacia la puerta—. Allí delante.

Daur echó un vistazo. Ifvan, el ayudante de Varl, estaba intentando hacer que un grupo de Kottmark pagara. Daur no podía oír el intercambio de palabras, pero sí podía ver el lenguaje corporal. Más gente de Kottmark se estaba acercando introduciéndose entre los hombres de Tanith, que estaban bailando ajenos a todo.

—Cúbreme —dijo Daur.

—Lo haré —contestó Mkoll.

Daur pasó a través de los bailarines. Nueve o diez soldados de Kottmark se estaban reuniendo alrededor de Ifvan, y otros no parecían estar dotados de mucho espíritu deportivo.

Uno de los soldados de Ostlund comenzó a dar empujones a Ifvan en el pecho. Eran todos mucho más altos que él. Eran todos mucho más altos que Daur.

Daur se aclaró la garganta y se preparó para intervenir. En ese momento, el soldado de Kottmark situado detrás de Ifvan sacó de repente una maza de trinchera. Era un grueso cilindro de dura madera con un remate metálico del tamaño de una granada de mano.

Daur se echó hacia adelante. La maza bajó…

… y se detuvo. Se pudo oír un sonido sordo y contundente que dejó la sala inmediatamente en silencio.

El soldado de Kottmark había dejado caer la maza. Tenía la manga clavada a la jamba de la puerta por un cuchillo de guerra tanith. Se podía oír un silencio terrible, elocuente.

Daur volvió a mirar a Mkoll, pero el jefe de exploradores sencillamente se encogió de hombros, desconcertado.

—Odio a un mal perdedor —dijo Varl, desde el escenario que estaba a diez metros. Estaba mirando a los de Kottmark que rodeaban a Ifvan—. Esto es una forma de entretenernos. Deporte. No es la guerra. Venimos aquí con un espíritu de amistosa competición y dejamos las muertes en la puerta. Estáis enfadados. Bien, mala suerte. Con el espíritu de este sitio, yo os digo que os llevéis vuestro dinero. Nosotros no lo queremos. Vuestras apuestas están perdonadas. Llevaos vuestro dinero y largaos.

Algunos de los de Kottmark dieron un paso hacia el escenario.

—O —continuó Varl bruscamente— comienzo a lanzar unos cuantos cuchillos de guerra más. Que alguien me dé un poco de plata pura.

Daur parpadeó. Ocurrió una cosa extraordinaria. Se produjo una cascada de sonidos sordos y apareció un semicírculo de cuchillos tanith alrededor de los pies de Varl, con las puntas clavadas en la madera, lanzados sin titubeos y con una total precisión.

Varl se arrodilló y arrancó una de las armas que todavía estaban vibrando.

Lo lanzó al aire sin siquiera mirarlo y lo agarró otra vez por el mango.

—¿Y bien?

Los de Kottmark se fueron. También lo hicieron los krassianos. El dueño de la maza dejó parte de la manga clavada en la jamba de la puerta.

Los hombres del Primero comenzaron a dar vivas y a aplaudir. Varl hizo una pequeña reverencia y luego se colocó el cuchillo en equilibrio sobre la nariz, con la punta hacia abajo.

—¡Ya basta! —Daur elevó la voz—. ¡Limpiemos todo esto y preparémonos para la inspección del equipo!

Los Fantasmas salieron ordenadamente, charlando y riendo. Uno por uno, retiraron los cuchillos de las tablas del escenario. Brostin recuperó el cuchillo de Varl

de la jamba de la puerta y se lo lanzó al sargento. Varl le devolvió el suyo a Brostin. Los cuchillos se cruzaron en el aire. Ninguno de ellos miraba cuando hábilmente agarraron sus armas.

El cobertizo estaba casi vacío. Mkoll se retrasaba. Daur se subió a la plataforma junto a Varl.

—Estoy impresionado —dijo Daur—. Mantuviste el control.

—No se empieza algo como esto si no puedes mantener el orden —dijo Varl—. Primera norma del espectáculo.

—Aun así, fue muy generoso por tu parte dejarles irse sin pagar.

Varl le sonrió.

—Todo es parte del espectáculo. Además, Ifvan y Baen hurgaron en sus bolsillos a la salida.

—¿Capitán?

Daur miró hacia abajo al resto del cobertizo. Mkoll estaba allí, en pie junto a la entrada.

—Ha llegado un mensaje —dijo Mkoll—. Están evacuando a los heridos del frente.

Los primeros heridos habían comenzado a regresar poco a poco durante la última parte de la tarde y, para cuando cesaron los bombardeos y amainó el ataque, llegaban en tropel a los puestos de campaña. Algunos venían andando, otros eran conducidos por camilleros o ayudados por sus compañeros y otros eran transportados en parihuelas o en carretas de munición.

Dorden, el jefe médico del Primero, había desplazado su equipo justo después de comer a un puesto de clasificación de heridos. El puesto, denominado 4077, estaba sólo a cuatro kilómetros del frente. Soportaron las últimas fases de los bombardeos mientras preparaban la zona. La tierra temblaba. Las tiendas de lona se sacudían. Las herramientas quirúrgicas entrechocaban en las bandejas.

—No hay agua corriente —informó Mtane, uno de los tres médicos titulares del regimiento.

—¿Nada de nada? —preguntó Curth, colocando bisturís limpios sobre una bandeja recubierta de tela.

Mtane meneó la cabeza.

—Hay una bomba. Medio llena. Los ordenanzas de la Alianza no pueden prometer que esté limpia.

—¡Lesp! —gritó Dorden. El delgado ordenanza corrió hasta él—. Encienda unos cuantos fuegos en las cocinas y empiece a hervir agua. ¡Espere! —Lesp se detuvo cuando estaba preparado para salir corriendo otra vez. Dorden le entregó un pequeño paquete de papel—. Tabletas esterilizadoras. Haga lo que pueda.

Curth abrió una caja de gel antibacterias que venía envasado en gruesos tubos

metálicos y los repartió.

—Utilícenlos con cuidado —advirtió—. Es la única caja que tenemos.

El puesto de clasificación de heridos era una colección de sucias y grandes tiendas situadas al oeste de un bosque calcinado. Las rampas de acceso a los primeros refugios subterráneos del sector 55 estaban a cincuenta metros al este. Estaban muy expuestos: eran la primera instalación que se levantaba por encima de la línea del terreno a este lado de la Línea Peinforq. El bosque, el bosque de Hambley, por lo visto era una prueba de su vulnerabilidad. Era un mar de blando barro y viejos cráteres, salpicado con los tocones quemados de miles de árboles. Toda la zona olía a podredumbre húmeda y a mantillo.

El equipo médico del Primero compartía el puesto con un destacamento krassiano y con un grupo de ayudantes médicos de la Alianza. Cuando Curth salió de la tienda de los Fantasmas para fumar una última varita de lho antes de que comenzara el trabajo de verdad, se sorprendió y disgustó por el estado tan sucio de las instalaciones. Sus subordinados estaban sucios y, lo que era peor, sus manos también estaban sucias. Muchos estaban enfermos y algunos estaban borrachos, probablemente de alcohol sanitario.

Foskin, el ordenanza más joven, se unió a ella para fumar un cigarrillo.

—¿A cuántos van a matar transmitiendo una infección? —preguntó.

—Sólo asegurémonos de que todos los Fantasmas vienen a nosotros —dijo él.

No era tan sencillo. Los cuerpos y los heridos que llegaban a pie hasta el puesto de clasificación estaban tan empapados de barro que era imposible distinguir su graduación, regimiento o, incluso, sexo.

Curth estuvo cinco minutos cosiendo una herida en el muslo antes de darse cuenta de que estaba curando al lanzallamas Lubba.

Uno de la vieja banda de Kolea, del noveno pelotón.

Le lavó la cara y sonrió cuando descubrió los tatuajes.

—¿Qué tal está Gol? —preguntó.

—Está bien, señora. Al menos estaba bien la última vez que lo vi.

—¿Y qué tal va Tona?

—¿La sargento? Le iba bien.

Curth estaba encantada. Ya llamaban «la sargento» a Tona Criid. Ana Curth era la única persona del Primero que conocía el secreto. Kolea lo sabía, pero había desaparecido junto con su identidad. Una mujer llamada Aleksa también estaba al corriente, pero Curth no la había visto desde Fantine. Los dos chicos que Criid y Caffran habían «adoptado», dos niños que esperaban ahora con los civiles seguidores de campaña en Rhonforq, eran, en realidad, hijos de Kolea. Él pensó que habían desaparecido. Cuando descubrió que seguían vivos, fue demasiado tarde. Huérfanos, ya habían establecido lazos afectivos con Criid. Era demasiado tarde para destruir su

mundo otra vez.

Eso es lo que Kolea pensaba antes de que las heridas los dejaran sin su alma.

Curth sentía que era su responsabilidad cuidar de todos ellos.

Los heridos anónimos fueron llegando lentamente durante la última parte de la tarde. Dorden encontró casos con heridas producidas por granadas de metralla, daños por conmoción y varios ejemplos habituales de daños causados por gas corrosivo y lacrimógeno. Sacó una esquirla de cinco centímetros procedente de una bomba de mano de la mandíbula de DaFelbe, veintidós clavos del pie y de la pierna del soldado Charel y el fragmento de una bayoneta rota de las costillas de Jessi Banda.

Ella recuperó el conocimiento encima de la mesa cuando le estaba limpiando la herida antes de proceder a extraer el cuerpo extraño.

—¡Rawne! —jadeó—. ¡Rawne!

—Tranquila —la regañó. Miró a Lesp—. ¿Un poco de morfosia?

Lesp negó con la cabeza.

—¿Cómo está el mayor Rawne? —gritó Banda, agitándose entre convulsiones.

—Tranquila —dijo Dorden—. Te pondrás bien.

—Rawne… —murmuró.

—¿Lo hirieron? —preguntó Dorden.

Banda se desmayó.

—No hay sonido de respiración en el izquierdo —advirtió Lesp—. Estamos perdiéndola.

—El pulmón ha sufrido un colapso —dijo Dorden con total naturalidad y se dispuso a trabajar.

Algunos de los peores heridos procedían del decimosexto pelotón, aunque no eran muchos. Uno de los krassianos le dijo a Curth que el decimosexto había sido prácticamente borrado del mapa por el fuego de la artillería.

El soldado Kuren, que resultó ileso de los horrores de la Operación Larisel en Fantine, había perdido parte de la pierna.

—Están todos muertos —le dijo a Curth—. Maroy está muerto.

Ella se estremeció.

—¿Muerto?

—Casi todos lo están. La maldita artillería. Asesinos…

Curth echó un vistazo por el puesto. Mtane estaba intentando recomponer el pecho abierto de un krassiano. Foskin y Chayker estaban sujetando a un hombre que sufría un ataque y vomitaba sangre. Dorden luchaba por salvar la vida de Banda.

—El sargento Maroy está muerto —dijo Curth.

Dorden asintió con la cabeza tristemente.

—Puede que Rawne también —respondió.

Alrededor de las 17.00 horas, las oleadas de heridos comenzaron a disminuir.

Sólo el puesto de clasificación de heridos de Dorden se había ocupado de casi quinientos soldados.

La luz era mala, oscurecida por el humo de la artillería. Caía una fina llovizna. El terreno dentro y fuera de las tiendas estaba cubierto de sangre, y los restos desechados de uniformes y de equipo estaban desparramados por todas partes.

Los heridos leves habían sido enviados a Rhonforq y a los otros puestos de clasificación de heridos. Los realmente graves estaban siendo transportados mediante carretas y camillas a los principales hospitales de campaña. Dorden se aseguró de que todos los Fantasmas heridos graves fueran identificados para ser enviados a su enfermería en Rhonforq.

Curth y Dorden salieron de su tienda de clasificación durante un momento de calma quejándose de la lamentable falta de suministros. Curth se fumó otra varita de lho, que Dorden compartió un momento a pesar de que lo hacía toser. Temía estar enseñándole malos hábitos.

—Oye —dijo, dándole un codazo—. Mira allí. —Al otro lado del pisoteado barro del puesto, unos ordenanzas de la Alianza transportaban suministros médicos en carretillas a sus tiendas.

Curth corrió a su encuentro, lanzando la colilla de lho al suelo.

—¡Eh! —gritó, dirigiéndose a los ordenanzas.

Dorden intentó detenerla.

—¡No, Ana! ¡No!

Era demasiado tarde. Curth había alcanzado ya las carretillas. Agarró una caja de las más cercanas y rasgó la tapa ante las airadas protestas de los ordenanzas de la Alianza.

—¡Suministros del Imperio! ¡Esto tiene el sello para su exclusiva utilización por el Primero! ¡Cabrones! ¡Lo habéis robado!

—¡Aparta! —gruñó un aexegariano.

—¡De eso nada! ¡Nuestros suministros desaparecieron y hemos estado luchando para sobrevivir sin ellos! Habéis hecho que los desviaran, ¿no? ¡Vosotros, malditos cabrones, robasteis nuestros suministros médicos!

—¡Ana! ¡Por favor! ¡No merece la pena! —le gritó Dorden nada más llegar junto a ella.

Había visto demasiadas veces este tipo de corrupción inducida por la desesperación. La Alianza sufría una dramática escasez de suministros básicos. Un gran cargamento de artículos médicos nuevos debió de parecerles un tesoro demasiado valioso para pasarlo por alto. Él conseguiría más, haría que mandaran nuevos suministros de las naves del Munitorum. No merecía la pena enfrentarse con estos miserables y desesperados desgraciados.

—¡Ni hablar! —exclamó Curth, e intentó recuperar alguna de las cajas.

Un soldado de la Alianza con pinta de matón y un sucio vendaje alrededor de su cabeza le dio un golpe y la tumbó sobre el barro. Las cajas salieron volando.

—¡No! ¡Oh, no…, no, no! —gritó Dorden, y saltó hacia los ordenanzas de la Alianza apartándolos de la caída Curth, que se había encorvado en posición fetal para protegerse de sus punteras.

Se dieron la vuelta hacia él. Uno lo golpeó en la boca y otro le propinó una patada en la cadera. Dorden dio un grito y luego lanzó un rápido golpe que tumbó a uno de los aexegarianos. Entonces fue cuando realmente comenzaron a aporrearle. Curth se levantó y se volvió a meter en la pelea, arañando y lanzando puñetazos y patadas.

Una ráfaga de bólter sonó con fuerza a muy corta distancia.

Los participantes en el altercado se separaron de Curth y Dorden nada más oír el sonido. Ibram Gaunt atravesó el fango, mientras de su pistola bólter salía un humo blanco las ranuras de la bocacha apagallamas. Estaba cubierto de barro y sangre desde la cabeza a los pies, y tenía en sus mejillas marcas de quemaduras de pólvora.

—Soy el comisario imperial Gaunt —dijo—. Soy conocido como un hombre justo, hasta que se me pone en una situación difícil. Y vosotros acabáis de hacerlo.

Gaunt bajó el arma y mató de sendos disparos a dos aexegarianos que no pudieron moverse de donde estaban. Los demás huyeron. Para asegurarse, Gaunt apuntó y mató a uno de los que escapaban. Todos los guardias, médicos y personal aexegarianos que estaban alrededor del puesto de campaña permanecieron en pie y boquiabiertos.

Gaunt ayudó a Dorden y a Curth a ponerse en pie.

—Nadie le hace eso a mi equipo médico —dijo.

Curth lo miró con sincero temor. Nunca lo había visto así.

—Soy un comisario —le dijo a ella—. No creo que te des cuenta de lo que supone ser un comisario, Ana. Acostúmbrate.

Gaunt apartó la vista.

—¡Eh, vosotros! —gritó a un grupo de atónitos espectadores—. Recoged estos suministros y distribuidlos por igual entre los equipos médicos de los guardias imperiales y de la Alianza del puesto. La cirujana Curth lo supervisará.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Dorden? —Gaunt se volvió hacia el viejo médico. Tenía un ojo hinchado y un labio cortado—. ¿Estás bien?

—Sobreviviré —dijo Dorden.

Gaunt podía ver que estaba más enfadado que herido. Enfadado porque la pelea había tenido lugar, enfadado por haber sido tan estúpido como para involucrarse y, más que nada, enfadado por la manera como Gaunt acababa de dejar constancia del lado sombrío de la disciplina de la Guardia Imperial. Dorden había prometido que nunca mataría. Ya había roto esa promesa una vez, en Epsilon Menazoide, para salvar

la vida de Gaunt. Ahora había visto al comisario arrebatar unas vidas sin justificación, en nombre de la disciplina de hierro.

—¿Doctor? —dijo Gaunt.

—¿Señor?

—Ocúpese de Rawne, por favor.

La llegada de Gaunt había marcado una nueva afluencia de víctimas, la mayoría de ellos de Krassia y de la Alianza, pero también un buen número de heridos de al menos siete pelotones de Fantasmas, incluidos los de Rawne, Domor, Theiss y Obel. Los heridos de las unidades de Theiss y Obel los causaron principalmente los obuses de la artillería. Algunas de aquellas heridas, como las del soldado Kell, eran devastadoras. Otras eran engañosas.

El soldado Tokar iba a ser el primer hombre de Tanith que tendría que aprender por necesidad el lenguaje de signos utilizado por los verghastitas que se habían quedado sordos por culpa de una explosión.

En el pelotón de Domor y en el de Rawne, las heridas procedían de luchas cuerpo a cuerpo. Milo, ileso aparte de unas pocas contusiones, traía al soldado Nehn, a quien le habían abierto el cráneo con una maza de trinchera. El soldado Osket había perdido un ojo y luego tuvo la mala suerte de agarrar una bayoneta que le habían lanzado. La hoja se incrustó entre los dedos corazón y anular, rajando la palma hasta la base del pulgar. La cabo Chiria, una de las chicas verghastitas del equipo de Domor, tenía unos tremendos desgarros que dejarían para siempre cicatrices en su tersa y alegre cara.

Rawne estaba inconsciente. Feygor y Leclan lo transportaban en una improvisada camilla hecha con tablones.

—¿Qué sabes de la herida? —preguntó Dorden enérgicamente según empezaba a cortar la túnica y la camiseta del mayor.

—Una buena ráfaga en las tripas —dijo Leclan, ayudante médico del tercer pelotón—. De cerca.

—¿Cuánto hace?

—Dos horas, tal vez dos y media. Ha sido un caos en las trincheras. Un caos de sangre. Lo encontré en un agujero. Banda lo aguantaba, pero se había desmayado mucho antes.

—A Banda ya la han traído —dijo Dorden, limpiando la suciedad del estómago de Rawne.

—Yo la envié —dijo Leclan—. En la primera oleada. No quise mover a Rawne. Pedí un cirujano para que fuera a asistirle al frente, pero las comunicaciones no funcionaban y los mensajeros que envié no volvieron nunca.

—¡Mierda! —dijo Dorden, examinando la herida—. Ha perdido mucha sangre. Un montón. —Se inclinó, tomó las placas de identificación y leyó en alto el tipo de

sangre impreso en ellas a un ordenanza que estaba esperando.

—¿Banda está bien? —preguntó Leclan.

Dorden detuvo su incesante trabajo y miró a Leclan. El hombre estaba asustado y preocupado. Cabos como Leclan eran soldados regulares entrenados para administrar sólo los primeros auxilios más básicos. No eran médicos. Sólo estaban allí para hacer lo fundamental hasta que llegaran los médicos.

—Jessi Banda va a vivir. Ha sido a vida o muerte, pero se pondrá bien.

Leclan suspiró visiblemente, con alivio.

—Lo has hecho muy bien —dijo Dorden, volviendo a su trabajo.

—No va a morir, ¿no? —preguntó Feygor. El involuntario sarcasmo que producía la garganta reconstruida hizo que Dorden resoplara.

—Ya veremos.

—¿Cómo está el pulgar?

Beltayn alzó la vista y vio a Gaunt. Se puso en pie sobre el depósito de municiones en el que se había sentado y mostró al coronel-comisario su mano vendada.

—Dolió un poco cuando lo volvieron a colocar, pero ahora está bien. El doctor Mtane dice que no debo levantar peso y que de ninguna manera debo hacer ningún trabajo complicado de comunicaciones. De hecho, me recomienda unas vacaciones en algún sitio donde no haya combates.

—Buen intento —dijo Gaunt.

Estaban solos en los límites del puesto de clasificación, a los lados del camino donde la hierba alta crecía entre los postes rotos de las vallas. El sol había empezado a salir y su luz se veía tiznada por los vapores de la guerra.

Un tren de camilleros pasó delante de ellos en dirección oeste.

Gaunt se sentó en el margen de hierba y Beltayn volvió a sentarse en el viejo depósito.

—¿Tienes la lista de bajas? —preguntó Gaunt.

Beltayn sacó una placa de datos.

Rawne había dicho una vez en broma, que los de Tanith le ahorraban a Gaunt esa desagradable responsabilidad de los oficiales al mando en todos los sitios: la carta a casa. En realidad, pocos oficiales al mando en la Guardia Imperial se molestaban en informar a los parientes, aunque un puñado de regimientos eran conocidos por la forma escrupulosa de llevarlo a cabo. Gaunt no tenía a nadie a quien escribir aunque se sintiese inclinado a hacerlo. Tanith ya no existía, y la mayoría de los verghastitas que se habían unido a los Fantasmas lo habían hecho porque no dejaban a nadie en casa.

Gaunt recordaba los viejos tiempos, cuando Oktar le encargaba la redacción de

las notificaciones de bajas en combate para las familias de los muertos del regimiento de Hyrkan. Después de Balhaut, había tardado toda una semana en redactarla.

Gaunt estudió la placa de datos.

—El decimosexto pelotón prácticamente ya no existe —dijo Beltayn—. Supongo que incorporaremos a los supervivientes a las escuadras que necesiten completarse.

Gaunt asintió con la cabeza. A juzgar por la lista, se dio cuenta de que la fuerza de los Fantasmas se había reducido a un centenar de pelotones por primera vez desde Verghast. Sentía cómo la rabia lo invadía. La guerra consumía los recursos humanos. Esa era una de las primeras cosas que te hacen aprender a base de repetírtelo cuando llegas a comisario.

Pero aquella guerra…, aquella guerra consumía recursos humanos como un glotón. Se alimentaba de muertes aunque estuviera hinchada y llena.

—¿Puedes ponerme con Van Voytz? —preguntó Gaunt.

—Puedo intentarlo —dijo Beltayn.

Cuando su asistente comenzó a preparar el equipo de comunicaciones, Gaunt se puso en pie y dio unos pasos siguiendo el camino. Varias columnas de soldados a pie de la Alianza Aexegariana se estaban acercando a él desde las reservas, rendidos y sucios. Más cuerpos para la máquina de la guerra.

Gaunt vio una figura solitaria caminando con dificultad y adelantando a las tropas de infantería que se movían penosamente.

—¿Capitán Daur?

—Señor. —Daur saludó. Estaba sin aliento. Había venido a trote todo el camino desde Rhonforq.

—¿Los reservas están en manos seguras, espero?

—Mkoll, señor —dijo Daur jadeando.

—¿Y usted está aquí?

—Tenía mala pinta. Las comunicaciones no funcionaban. Quería… saber.

—Pues ha sido malo. Unas cien bajas. Treinta y seis muertos que conozco personalmente, incluyendo a Maroy. Rawne puede que tampoco sobreviva.

Daur apartó la vista, contemplando los campos abandonados y los bosques agostados.

—Nos va a engullir a todos, ¿no?, señor —dijo.

—No, si puedo evitarlo —contestó Gaunt—. Está avisado, Ban… Con Rawne fuera de circulación, es el tercero al mando a partir de ahora.

Daur asintió con la cabeza.

—¿Quiere que vaya al frente ahora?

—Creo que Colm se ha encontrado hoy con mucha acción también. Quiero que lo reemplace.

—¿Él está bien?

—Que yo sepa. Pero quiero ponerle las cosas más fáciles. Ha pasado una mala racha estos últimos dieciocho meses. Todavía no es…, no es el que era.

—De acuerdo, señor —dijo Daur.

—Colm se quedará de reserva y usted y yo pasaremos al frente.

—Sí, señor. —Daur mostró cierto orgullo. Por primera vez, Gaunt y un verghastita estarían al mando al frente de la acción. Lo sentía como una mayoría de edad, pero sus sentimientos se entremezclaban. Rawne herido, Corbec retirado…, ¿seguirían los Fantasmas siendo los Fantasmas sin ellos?

Cuando se enroló, en el Acta de Consolación, Daur se imaginaba que algún día llegaría a ser el segundo oficial al mando. Lo último que deseaba para Rawne y Corbec era la muerte para que él pudiera hacer que la fuerza de Verghast ocupara un lugar destacado.

Ahora iba a ocurrir, y sólo se sentía muy perdido.

—¿Señor? —gritó Beltayn. Gaunt se acercó a grandes zancadas a su ayudante, que estaba escuchando atentamente por los auriculares de su equipo de comunicaciones.

—No ha habido suerte con el general, señor —explicó Beltayn—, pero he hablado con su asistente. Está invitado a cenar con la plana mayor en Meiseq mañana por la noche. A las dieciséis horas. Uniforme de gala.

Larkin deambulaba por la trinchera principal entre los puestos 290 y 291 con su rifle láser largo colgando de una mano y su cuchillo tanith de la otra. Los soldados se apartaban de su camino. El loco Larkin estaba loco de nuevo.

—¿Larks? —gritó Corbec, acercándose a él—. ¿Cómo andas?

Corbec estaba mandando a Shillo al puesto de clasificación de heridos cuando le dijeron que Larkin estaba por allí.

—¡Parece que se ha vuelto completamente loco! —le había dicho el soldado Bewl manifiestamente nervioso.

Larkin parpadeó y poco a poco reconoció a Corbec. Echó un vistazo a las armas con las que cargaba como si acabara de darse cuenta de que las tenía y las posó con cuidado en el reborde del parapeto. Luego se sentó junto a ellos.

Corbec echó a los embobados soldados que estaban a su alrededor y se colocó al lado de Larkin.

—¿Mal día, Larks?

—Terrible.

—Ha sido duro para todos. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

—Sí. —Larkin hizo una pausa.

Abrió la boca para decir el nombre «Lijah Cuu», pero se detuvo. Las ganas que tenía de decirle a Corbec lo de Cuu. Cuu el maníaco. Cuu el psicópata. Cuu, que lo

habría matado si no hubiese sido por el repentino bombardeo de la artillería.

Cuu, que había matado a Bragg.

Pero ahora ya no parecía tener sentido. Logias, el único testigo, estaba muerto. Si Larkin lo acusaba, sería la palabra de Cuu contra la suya. Y Cuu había demostrado estar a prueba de balas hasta aquel momento.

Larkin sabía que Colm lo tomaría en serio. Pero también sabía que Colm estaba encorsetado por las normas.

Tan pronto empezaron a caer los obuses, Cuu escapó, dejando a Larkin solo. Larkin había sentido tanto miedo que se quedó con los brazos encima de la cabeza y los ojos cerrados, y tardó un momento en darse cuenta de que Cuu se había ido y de que tan sólo estaba presente allí su miedo hacia Cuu.

No, no tenía mucho sentido, decidió Larkin. La única manera de liberarse de ese miedo era afrontarlo. Corbec no podía ayudarlo. Gaunt no podía. El sistema no podía.

Lijah Cuu tenía que morir. Era así de sencillo. Cuu quería ajustar cuentas, ¿no? Así acabaría con todo. De una maldita vez para siempre, de una forma u otra.

—¿Larks? —lo instó Corbec—. ¿Qué querías contarme? Pareces muy disgustado.

—Lo estoy —dijo Hlaine Larkin—. Logias ha muerto —confesó.

Eso era verdad, pero también era una mentira. No era la razón que tenía Larkin para estar tan alterado.

Pero era todo lo que Corbec necesitaba saber.



SEIS
UNA MANO TE LO DA, OTRA TE LO QUITA

Lo que digo es que si quieren escurrir el bulto, dejémosles. Será interesante ver a grandes «escurridores de bulto» en acción.

Coronel Ankre

Aquella noche, y durante toda la mañana siguiente, el sector 55 estuvo felizmente tranquilo. Era como si la marea de la guerra se hubiera retirado de aquella parte del frente.

En todo el resto había marea alta. Más al sur del valle de Naeme, los sectores 47 y 46 fueron masacrados por doce horas seguidas de fuertes bombardeos. Una porción considerable de la denominada Línea Seronne, que corría hacia el este desde el final de los sectores de Peinforq atravesando todo el país hasta el macizo de Kottmark, soportó fuego de artillería y, después, un ataque de blindados. Los peores enfrentamientos se produjeron justo al sur del delta del Vostl.

En el norte se sucedían rápidos ataques intermitentes e incursiones durante toda la

noche en Loncort y en el Saliente de Loncort. Informes no confirmados aseguraban que los sectores al norte de Gibsgatte habían soportado la mayor ofensiva del año y que la lucha todavía continuaba.

La mañana era húmeda y envuelta en niebla. Con Beltayn como única compañía, Gaunt viajó en dirección norte hacia Meiseq. Beltayn no hablaba mucho. Podía ver que Gaunt estaba de mal humor y no quería provocar nada desagradable.

Un coche de personal los llevó hasta Ongche, donde montaron en un tren en dirección al norte. El tren estaba medio vacío y su traqueteo atravesaba tierras de granjas entre nieblas y matorrales barridos por la lluvia.

Antes de la salida, justo después del atardecer, Gaunt había hecho una última inspección de las posiciones del Primero. Las escuadras de relevo de Daur estaban ya en el frente, aunque Corbec iba a permanecer como segundo oficial al mando hasta el regreso de Gaunt.

Al final de su recorrido, Gaunt había parado en el hospital de Rhonforq, pasando algún tiempo con los heridos y viendo a los casos más graves. Rawne había sobrevivido a la noche, aunque necesitó cirugía suplementaria durante la madrugada para contener una hemorragia interna.

Dorden estaba ya tan fatigado que parecía casi estar durmiendo de pie, y los golpes que había recibido en la paliza estaban empezando a molestarle. Gaunt había pensado en pedirle al jefe médico que lo acompañara a Meiseq, pero un vistazo a Dorden bastó para descartar la idea. Dorden era necesario en Rhonforq, aunque sólo fuera para que descansase.

Gaunt sabía que Dorden estaba todavía enfadado con él por las muertes disciplinarias. Tenía derecho a estarlo, a juicio de Gaunt. Este había tenido una tarde de ofuscada ira el día anterior, harto de las pérdidas sin sentido en el puesto 289. Sencillamente: no pudo más.

Como comisario imperial, Gaunt era atípico, independientemente del hecho de que tuviera el rango de comandante de regimiento. Los comisarios eran temidos por todo el mundo. Constituían los instrumentos de disciplina y control de la Guardia Imperial, el látigo que mantenía a los soldados a raya y los hacía seguir hacia adelante. Estaban allí para repetir las consignas de la doctrina imperial en las mentes de los hombres alistados y para proporcionarles severos y constantes recordatorios de esa doctrina. Las ejecuciones sumarias, incluso por pequeñas ofensas, eran una práctica aceptable para un comisario. El gran Yarrick había dicho una vez que era trabajo del comisario ser una figura que produjera mayor miedo y constituyera mayor amenaza para un Guardia Imperial que cualquier enemigo.

Esa no era la manera de ser de Gaunt. La experiencia le había enseñado que se hacía un mejor servicio a la moral alentando y dando confianza que mostrando un carácter impredecible y una pistola. Él había tenido un buen ejemplo en su mentor, el

difunto Delane Oktar. La filosofía de la moral de Oktar había estado basada en la confianza y también en la tolerancia. Hubo ocasiones en las que se había recurrido a la mano dura y algunas más en que la acción había resultado mejor que las palabras.

Pero Gaunt se enorgullecía de su equidad y sabía que podía contar con hombres como Dorden como amigos debido a ello. En el hospital de campaña había actuado sencillamente como un típico comisario. Dorden no dijo nada, pero Gaunt vio la desilusión en sus ojos.

Según traqueteaba el tren hacia el norte, él iba dando vueltas al incidente en su cabeza. No tenía sentido culpar a la fatiga. La fatiga implicaba debilidad y un comisario no podía nunca ser débil. Se daba cuenta de que era más una cuestión de ineficacia. Había entrado en la Guerra Aexegariana con ciertas reservas y cada paso del camino hacia el frente le había confirmado sus temores. La guerra no era un sinsentido en sí misma. Frente a la inmortal obscenidad del Caos, la humanidad tenía una verdadera razón para unirse y luchar. Existía un bien mayor, un propósito, incluso allí en Aexe.

Era la forma de aquella guerra lo que no tenía sentido. El desprecio brutal con el que la Alianza trataba a sus hombres y su material lanzándolo directamente contra el enemigo. La antigua manera de pensar que creía que la fuerza bruta era el principal factor determinante detrás de la victoria. Ver aquello hacía que Gaunt se enfadase; pero aún le enfadaba más tener al Primero atrapado en ello. La tarde anterior lo había sofocado la ineficacia y había ejercido su influencia sobre él.

Fuera, el mundo continuaba. Un mundo, sólo uno de miles, de cientos de miles que se combinaban para formar el mayor logro de la historia humana. El Imperio de la Humanidad.

Muchos creían que el Imperio era tan vasto, de un alcance tan grande, que las acciones de un solo hombre no podían afectarlo. Eso no era verdad. Si todos pensaran así, el Imperio sencillamente se derrumbaría en una noche. Todas y cada una de las almas determinaban su parte de la cultura imperial. Eso era lo único que el Emperador pedía a sus hombres. Ser sincero con uno mismo y toda esa gran cantidad de minúsculas contribuciones se combinarían para construir una cultura que podría resistir hasta que se apagaran las estrellas.

Beltayn estaba dormido y su cabeza se balanceaba sobre el pecho, mientras que su mano vendada se mecía apoyada en la otra mano. Más allá del cristal de la ventanilla aparecían intermitentemente zonas de bosque y claros, interrumpidos por laderas oscurecidas por la lluvia. Un arroyo brillaba como una espada desenvainada. Los prados se extendían invisibles bajo mantos de blanca neblina. Las tierras altas atravesaban la niebla como puntas de grises arrecifes. Un solitario árbol herido por el rayo vigilaba una colina desnuda. Un pueblo dormitaba, abandonado y en ruinas. Nubes tan gruesas como tafetán fruncido se perseguían a través del cielo.

Gaunt despertó de un sueño que tenía de forma recurrente sobre Balthaut y se dio cuenta de que el tren estaba parado. La lluvia golpeaba contra las paredes y unos sombríos bosques rodeaban las ventanillas del vagón. Comprobó su reloj: la una de la tarde. Ya debían de estar en Chossene.

Se levantó y se dirigió a la puerta atravesando el vagón. Al abrirla, pudo oler la humedad de la maleza y la tierra del bosque y oír los reclamos de los pájaros y el ruido de la lluvia sobre las hojas. Otros pasajeros se estaban asomando. En la locomotora, los ingenieros se habían bajado. Gaunt abrió la puerta y saltó al borde de la vía cubierto de vegetación.

La locomotora se había estropeado, le dijo uno de los ingenieros. La reparación no estaba a su alcance. Tenían que esperar hasta que pudiera llegar un tren de relevo de Chossene.

—¿Cuánto tardará eso? —preguntó Gaunt.

—Tres o cuatro horas, señor.

Gaunt sacudió a Beltayn para que se despertara.

—Vamos —dijo—. Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Beltayn, adormilado.

Gaunt sonrió.

—Pasa algo raro.

La neblina estaba empezando a disiparse a medida que avanzaban con dificultad a través del bosque en dirección al oeste por un camino poco utilizado. La pálida luz del sol atravesaba las ramas de los árboles. La lluvia había parado, pero todavía caían gotas de las copas de los árboles. El aire olía a humedad y al aroma de alguna flor silvestre.

El ingeniero les había indicado la dirección hacia un pueblo, Veniq, que estaba a una hora andando hacia el oeste. Alguien podría proporcionar allí transporte al oficial del Imperio, suponía el ingeniero. A su juicio, era mejor quedarse con el tren. La ayuda estaba en camino. Llegaría.

Beltayn también quería esperar.

—Puede que andemos horas. O que nos perdamos. O…

—Si esperamos al tren de relevo no llegaremos a mi cita. Meiseq está todavía a una buena distancia. Andaremos.

El camino estaba embarrado y la marcha era lenta. Beltayn insistió en transportar la bolsa de Gaunt, pero como ya cargaba con su propia bolsa y tenía una mano dañada, iba sobrecargado y paraba una y otra vez para dejar algo en el suelo y redistribuir el peso.

El aire fresco era tonificante. Gaunt se dio cuenta de que estaba sudando, así que se quitó el abrigo de combate y se lo echó sobre el hombro izquierdo. Detrás de ellos, más allá de los árboles, oyeron el pitido de un tren. Si ése era el tren de relevo, sí que

habrían tomado una mala decisión y desaprovechado tanto esfuerzo.

—¿Quiere volver, señor? —preguntó Beltayn cuando oyó el sonido de la señal.

Gaunt negó con la cabeza. Aquel rápido paseo por la vacía tranquilidad del bosque era como un bálsamo. Sus pulmones estaban llenos de aire fresco y libre de humo, y sus orificios nasales repletos de aromas de flores. El olor era increíblemente fuerte ahora. No sabía de qué se trataba. Unas pequeñas flores de un color azul intenso con pétalos de formas extrañas cubrían el terreno entre los árboles, destacando sobre el húmedo musgo y la hiedra. Se preguntaba si serían ellas las causantes.

Se volvió hacia Beltayn y recuperó su bolsa. Entonces cogió también la bolsa de Beltayn.

—Eso no es necesario —dijo Beltayn.

—Bah, déjame llevarlas un rato —dijo Gaunt.

El camino serpenteaba a través del bosque, pero no había señal alguna de granja o del pueblo. Cruzaron un riachuelo torrencial por un antiguo puente de piedra ennegrecida por el moho. Los reclamos de los pájaros y los zumbidos de los insectos flotaban de forma misteriosa entre los árboles. En un espeso matorral, el espino estaba recubierto de telarañas que centelleaban como el cuarzo con las gotas de agua de lluvia.

—¿Qué decía el ingeniero sobre los bandidos? —preguntó Beltayn, haciendo un alto para sacar una piedra de la bota.

—Creo que hablaba de desertores —dijo Gaunt—. Durante años, bandas de ellos han corrido a establecerse en esta zona boscosa. Viven de hurtos en granjas, de la caza furtiva…

—¿Del bandidaje? —añadió Beltayn—. Siendo como son, bandidos.

Gaunt se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez ésa haya sido una mala idea… —comenzó a decir Beltayn, pero Gaunt lo hizo callar levantando la mano.

Al otro lado del cercano claro, una zona de abedules blancos de centelleante corteza, había emergido un ciervo de la masa de niebla. El animal se detuvo un momento, mirándolos con la cabeza ladeada. Luego se dio la vuelta y se marchó rápidamente.

Un segundo después vieron unos cuantos más, en la distancia, uno detrás de otros, en silencio.

Como fantasmas.

Una hora después de que hubieran comenzado su camino, aparecieron en el linde del bosque en un punto donde la tierra se convertía en campos cultivados. Las espigas oscilantes de un trigo joven y verde cubrían las laderas que se extendían a lo largo de la base de una colina y hacia una línea de bosque en el valle.

Era un punto de observación bastante bueno, pero no se veía signo alguno de ningún pueblo.

—Tengo hambre —dijo Beltayn.

Gaunt lo miró.

—Era un decir —se disculpó.

Gaunt puso las bolsas en el suelo y se secó el sudor de la frente. La caminata lo había revitalizado, pero estaba empezando a estar de acuerdo con Beltayn. Aquello había sido una mala idea.

Comprobó la posición del sol y echó un vistazo a su reloj. Le gustaría haber traído la brújula, el localizador o incluso el áuspex, pero aquella mañana no parecía haber ninguna necesidad de llevarlos. No tenía en la bolsa nada más que los útiles para afeitarse, el uniforme de gala y un ejemplar de *Las esferas del anhelo*.

Quería preguntarle a Beltayn cuál le parecía el mejor camino, pero eso sería como admitir que estaba perdido. Decidió que seguirían el camino hasta el límite del campo donde describía una curva en el fondo del valle. Tal vez habría allí una carretera. Habían andado unos cien pasos, cuando se detuvo de nuevo.

—¿Ves eso? —preguntó.

Beltayn entrecerró los ojos. Allí, en medio del valle, escondido en el bosque, había un edificio. Era de piedra gris con el tejado de pizarra. Algún tipo de torre asomaba por encima de las copas de los árboles.

—Tiene buena vista —dijo Beltayn—. Yo no lo habría visto ni en mil años.

—Vamos —dijo Gaunt.

Era una capilla vieja y ruinosa enterrada en el verde crepúsculo del bosque. Hiedra y persicarias colgaban de sus paredes. Líquenes de color verde claro se agarraban a la piedra. Rodearon la pared medio derruida, entraron por la vieja puerta del patio y recorrieron el camino hasta la puerta de entrada. El aroma estaba allí otra vez, el aroma a flores. Era tan fuerte que a Gaunt le dieron ganas de estornudar. No se veía ninguna flor.

Gaunt empujó la puerta y entró en la fría penumbra de la capilla. El interior era sencillo pero bien cuidado. Al final de las filas de bancos de madera ardía un cirio en el altar imperial. Ambos hombres hicieron la señal del águila y Gaunt recorrió el pasillo para acercarse a la imagen grabada del Emperador. En la vidriera de la ventana ojival vio la imagen de Santa Sabbat entre las veneradas.

—Bien —murmuró una voz desde la oscuridad—. Aquí estáis por fin.

Ella era muy anciana y ciega. Llevaba una tira de seda negra enrollada alrededor de la cabeza por encima de los ojos. Su cabello plateado había sido trenzado apretadamente en la parte trasera de la cabeza. La edad la había encorvado, pero habría sido más alta que Gaunt si hubiese podido erguirse.

Sus ropas rojas y negras eran inconfundibles.

—Hermana —dijo Gaunt haciendo una reverencia.

—Bienvenidos. No son necesarias las reverencias.

Gaunt alzó la vista. ¿Cómo supo que se había agachado? Durante un instante se preguntó si sería algún tipo de vidente superdotada, pero se contuvo. Estúpido. Sus sentidos eran precisos y adaptados a su ceguera. Sencillamente, habría notado la dirección de su voz.

—Soy el coronel-comisario Ibram Gaunt —dijo.

Ella asintió con la cabeza, como si no le importara especialmente. O, pensó Gaunt, como si ya lo supiera.

—Bienvenido a la capilla de la Sagrada Luz Abundante, en Veniq.

—¿Estamos cerca del pueblo, entonces?

—Bueno, el nombre es un poco engañoso. Veniq está a unos cuatro kilómetros al sur de aquí.

Beltayn emitió un suave quejido.

—Parece que a vuestro chico no le ha gustado mucho oír eso —dijo ella.

—¿Mi chico? ¿Mi ayudante?

—Oigo a dos personas. ¿Me equivoco?

—No. Estamos intentando llegar a Veniq para encontrar transporte. Nuestro tren…, bueno, da igual. Necesito estar en Meiseq esta noche.

Ella se sentó en uno de los bancos, palpando el camino con una mano y apoyándose en su bastón con la otra.

—Eso está muy lejos —dijo.

—Ya lo sé —dijo Gaunt—. ¿Tal vez podría indicarnos cuál es el camino correcto?

—Ya estáis en el camino correcto, Ibram, pero no llegaréis a vuestro destino hasta dentro de un tiempo.

—¿Meiseq?

—Oh, estaréis allí esta noche. Me refería a…

—¿Qué?

Se apoyó sobre el duro respaldo del banco.

—Mi nombre es Elinor Zaker y pertenecí al Adepta Sororitas, de la orden de Nuestra Señora Mártir. Ahora soy la guardiana y cuidadora de esta capilla.

—Es un gran honor conoceros, hermana. ¿Qué…, qué queríais decir sobre mi destino?

Ella giró la cabeza hacia él. Fue como el fluido giro de cuello de una persona que está habituada a los sensores de objetivo de un casco-pantalla. Durante un instante, Gaunt sintió que le estaba apuntando.

—Debería hablar menos. Hay cosas que no deben decirse, todavía no. Tendréis que excusarme. Tengo tan pocos visitantes que siento la necesidad de hablar durante horas.

—¿Qué cosas no deben decirse? —comenzó Gaunt, pero Beltayn lo interrumpió.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, señora? —preguntó.

—Años y años —respondió—. Muchos. Atiendo el sitio lo mejor que puedo. ¿Está en buen estado y limpio?

—Sí —dijo Gaunt, echando un vistazo alrededor.

Ella sonrió levemente.

—No puedo saberlo. Hago lo que puedo. Algunas cosas las veo claras, pero no lo que me rodea. Él no suena muy joven.

Gaunt se dio cuenta de que este último comentario se refería a Beltayn.

—¿Mi ayudante? Tiene…, ¿qué?, ¿treinta y dos?

—Cumplí treinta y uno en mi último cumpleaños, señor —dijo Beltayn desde el otro extremo del pasillo.

—Bueno, no es un chico entonces.

—No —confirmó Gaunt.

—Yo había entendido que sería un chico. Sin querer faltar al respeto, Ibram. Vos también sois importante. Pero el chico, él es la clave.

—Parece estar hablando mediante acertijos, hermana.

—Lo sé. Debe de ser bastante inquietante. Hay tantas cosas que no puedo decir. Lo estropearía todo si lo hiciera. Y en verdad es demasiado importante, así que eso no debe ocurrir. ¿Ha habido un chico? ¿Muy joven? ¿El más joven de todos?

—Mi anterior ayudante era un chico —dijo Gaunt, un tanto confundido ahora—. Su nombre era Milo. Actualmente es un soldado.

—Ah —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. En ocasiones se equivoca.

—¿Quién se equivoca? —insistió Gaunt.

—El tarot.

—¿Cómo es posible que pueda leer las cartas si no puede ver? —preguntó Beltayn cautelosamente.

Ella giró la cabeza en dirección a la voz. Había vuelto a apuntar cuidadosamente. Beltayn dio un ligero paso hacia atrás, como si se hubiera convertido en su objetivo.

—No lo hago —dijo—. Me lo lee.

Con la cabeza girada, Gaunt podía ver la larga línea rosa de la cicatriz que atravesaba la parte superior del cráneo, dibujando una costura en el blanco pelo como el surco del arado en un campo de maíz, hasta el lateral izquierdo de la base del cuello. Suspiró para sí. Casi se había dejado engañar por su conversación. Estuvo a punto de creer que habían tropezado o que habían sido fatalmente empujados hacia un ser profètico. Pero en ese momento, todo, incluso su peculiarmente atinada referencia a Milo, tomaba un nuevo significado.

Estaba loca. Había sufrido daños cerebrales en alguna acción lejana en el tiempo. Divagando, hablando con las sombras, privada del contacto por su solitaria vigilia.

Gaunt necesitaba continuar su camino.

—Mire, hermana…, nos dirigimos a Meiseq. Creo que hay vidas que dependen de que lleguemos allí. ¿Puede ayudarnos de alguna forma?

—No exactamente. No dentro del gran orden de las cosas. Van a tener que valerse por sí mismos. Usted y el chico, quiero decir. Por lo que se refiere a Meiseq…, yo no querría ir allí. Horrible lugar. Una afrenta a la vista. Pero pueden tomar prestado mi coche, si lo desean.

—¿Su coche?

—Ya no me sirve para nada. Está guardado en uno de los graneros al otro lado del callejón. Puede que tengan que quitar maleza de las puertas, pero el coche funciona. Lo pongo en marcha todos los días. Las llaves están en un gancho en la jamba de la puerta.

Gaunt hizo una señal con la cabeza a Beltayn y el ayudante salió corriendo de la capilla.

—¿Se ha ido? —preguntó ella.

—Se ha ido a buscar el coche —contestó Gaunt.

—Sentaos conmigo —dijo en voz baja.

Gaunt se sentó junto a ella en el banco. Aunque no hilara bien, la hermana Zaker le estaba haciendo un favor, así que podía al menos seguirle la corriente un minuto o dos.

Sintió el aroma de flores de nuevo. ¿Dónde había olido aquello antes?

—Será difícil —le dijo ella en confianza.

—¿Qué será difícil?

—Herodor —contestó.

—¿Herodor? —El único Herodor que Gaunt conocía era un mundo colonia de nula importancia táctica a cierta distancia en dirección al núcleo. Se encogió de hombros.

—Estoy autorizada para transmitir unas pocas cosas —dijo—. Hay dolor por todas partes. Pero el mayor dolor, en última instancia, está dentro. Dentro de vuestro cuerpo.

—¿Mi cuerpo? —repitió Gaunt. No quería realmente seguir con aquello, pero ella se merecía su cortesía.

—Figuradamente, Ibram. El cuerpo, como DeMarchese describe el cuerpo. ¿Habéis leído a DeMarchese?

—No. —Gaunt no estaba seguro de quién era DeMarchese.

—Bueno, hacedlo. El daño está dividido en dos partes. Dos peligros: uno realmente diabólico y uno incomprendido. Este último es la clave. Es importante que recordéis esto, porque los comisarios en seguida le dan al gatillo. Creo que eso es todo. Ah, hay algo más. Dejad que vuestro mejor ojo os muestre la verdad. Eso es

todo. Vuestro mejor ojo. Bueno, con eso ya está todo. Espero haberme explicado bien.

—Yo… —comenzó Gaunt.

—Tengo que barrer el suelo ahora —dijo ella.

Hizo una pausa y volvió la cabeza hacia él.

—En realidad no debería decir esto. Me estoy saliendo bastante de mi papel…, pero cuando la veáis, presentadle a ella mis respetos. Por favor. La echo de menos.

Fuera, el carraspeo y el gruñido de un motor entrando en acción rompió la quietud.

—Por supuesto —dijo Gaunt. Suavemente tomó su mano y la besó.

—El Emperador os protege, hermana.

—Tendrá las manos ocupadas protegiéndoos, Ibram —contestó ella—. A vos y a ese chico.

Gaunt se retiró por el pasillo.

—Le devolveremos el coche.

—Ah, quedaos con él —dijo con un gesto desdeñoso con la mano.

Fuera, en el camino lleno de humedad, Beltayn estaba sentado detrás del volante de una inmensa vieja limusina. Su carrocería azul estaba picoteada por el óxido y los hongos se apelmazaban en los estribos. Las malas hierbas habían enraizado en la parrilla y el guardabarros. Beltayn había encendido las luces, que brillaban como los ojos de un depredador nocturno.

Gaunt se acercó al coche y deslizó la mano por el cuero gris del techo plegable.

—¿Esto baja? —gritó.

Beltayn se enredó en los mandos del salpicadero. La capota se plegó entre crujidos de aros de hierro aplastándose como un acordeón y dejando el techo abierto.

Gaunt se subió al asiento trasero. Beltayn miró hacia atrás y alzó la mano vendada con un gesto bastante lastimoso.

—Yo…, eh…, no creo que pueda manejar la transmisión, señor —dijo.

Gaunt meneó la cabeza, sonriente.

—Cambia de sitio —dijo.

Salieron haciendo mucho ruido hacia el camino del bosque, dejando atrás la capilla. La luz del sol moteaba y parpadeaba a su alrededor.

—Esto… —gritó Beltayn desde la parte trasera por encima del estruendo del motor de ocho cilindros—, qué extraño ha sido eso, ¿no?

—¡Olvídalo! —gritó Gaunt hacia atrás, cambiando de velocidad para que el inmenso y viejo automóvil tomara una curva pronunciada—. Sólo tenía ganas de compañía.

—Pero sabía algo sobre Brin…

—No, no sabía nada. Sólo unos cuantos comentarios enigmáticos. Eso es todo.

Los predicadores de mercado de colmena utilizan siempre ese tipo de cantinela. Funciona con los crédulos.

—De acuerdo. ¿Así que estaba intentando engañarnos?

—Nada tan calculado. Sólo estaba… no estaba completamente bien.

Una cañada los condujo hasta Veniq y luego los llevó a través de campos de cultivo hasta Shonsamarl, donde se incorporaron a la autopista del Norte. En dirección sur, la autopista estaba repleta de convoyes de munición y de transportes de tropas. En dirección norte, alcanzaron el final de un convoy de Thunderers de la Guardia Imperial y de blindados ligeros que iban a Gibsgatte. Fueron adelantando uno a uno la fila de tanques pesados tan rápidamente como lo permitía el tráfico, hasta que el convoy se desvió en Chossene, y luego condujeron a toda velocidad por el viaducto de Naeme y por las llanuras de campos de maíz del condado de Loncort.

Una fina lluvia intermitente y un sol irregular los acompañó durante la tarde por carreteras metalizadas que se extendían como cintas sobre los verdes campos salpicados de blanco. Vieron las lentas formaciones de triplanos de la Alianza zumbando hacia el este en dirección al frente y, una o dos veces, los destellos del apoyo aéreo imperial volando ruidosa y supersónicamente, incorporando un nuevo sistema de combate a aquel prolongado y anticuado escenario de guerra.

Poco antes de las 18.00 horas, Gaunt vio el perfil de los edificios de Meiseq elevándose sobre los campos.

Meiseq era una ciudad nueva construida sobre viejas raíces. Había sido arrasada casi por completo en los primeros años de la Guerra Aexegariana, cuando el avance inicial de Shadik había penetrado sin piedad alguna hasta el Alto Naeme. Cinco años de ataques y contraataques, centrados especialmente en la batalla de Diem, habían expulsado por fin al enemigo de una parte del territorio situada en la zona noroeste, cerca de la ciudad de Gibsgatte, y al sudeste, cerca de Loncort. Aquello, la denominada «Bolsa de Meiseq», era tal vez la más fuerte de las líneas de defensa de la Alianza en aquel momento, y formaba la zona central del frente del Norte. Hacia el sur, desde Loncort, se extendía la Línea Peinforq, que protegía el valle de Naeme. Hacia el norte estaban los sectores que vivían una encarnizada lucha más allá de Gibsgatte. La Alianza consideraba la Bolsa tan segura que había convertido en un cementerio para los caídos la zona alrededor de Diem. Una llama ardía en todo momento en el emplazamiento de la catedral de Diem, y el mar de hierba que lo rodeaba estaba surcado por filas y filas de blancas lápidas en forma de corazón invertido.

Meiseq había sido reconstruida. Sus edificios estaban hechos de pulpa de madera tratada a presión y recubierta de una emulsión de cemento piedra. Estaba encaramada sobre un acantilado que dominaba un ángulo del valle de Naeme y rodeada de una empalizada de madera y tableros protectores. En su centro se elevaba la catedral de

madera de San Jeval.

Se estaba haciendo de noche cuando llegaron a la puerta fortificada del lienzo sur de las murallas y entraron en la ciudad. Las campanas de la catedral estaban sonando y los faroleros encendían las antorchas químicas cerradas que flanqueaban las calles.

Meiseq le recordaba a Gaunt una ciudad fronteriza. Sus edificios prefabricados olían a nuevo y su contraste era total con los centros de población antiguos y construidos en piedra que él había conocido hasta entonces en Aexe. Tenía importancia estratégica y quería que los visitantes lo supieran, pero parecía poco más que un campamento, que unos trabajos de preparación del terreno. El aire olía a tela asfáltica y a madera húmeda. Le recordaba la entrada en la ciudad de Rakerville para ocuparla, años atrás, con los hyrkanios. Aquel día olía igual. Un puesto avanzado. Una breve declaración de actividad imperial. Un gesto hecho sin confianza en una frontera.

Aparcaron cerca de la catedral en una plaza rodeada de árboles. Estos eran viejos y estaban marchitos, pero los aexegarianos que habían reconstruido Meiseq también habían rehecho los árboles, injertando ramas nuevas en los viejos troncos destrozados por la guerra. Las flores tardías y las ramas que habían crecido formaban un techo sobre los grises y nudosos troncos.

Gaunt y Beltayn dieron un paseo por las calles vecinas rodeados de un gentío moderado, y encontraron la residencia militar, un austero edificio de dos torres provisto de un recinto cerrado propio.

Eran casi las 20.00 horas.

Una vez aseados y cambiados, Gaunt dejó a Beltayn en la suite reservada para él y bajó a cenar. Sus guías eran dos subordinados de la Bande Sezari, majestuosos con sus tocados de plumas y sedas verdes. La noche había caído y los estrechos pasillos de la residencia militar eran cuevas de luces apresuradas y revoloteantes.

La cena acababa de empezar en una habitación con terraza que dominaba el río hacia el oeste. Los últimos restos del día manchaban el cielo y las hogueras parpadeaban a lo largo de la curva del río.

Había diecinueve oficiales presentes, y todos permanecieron en pie brevemente mientras Gaunt tomaba asiento en el vacío decimonoveno sitio. Se sentó y el murmullo de conversaciones volvió a comenzar. La larga mesa estaba cubierta por un mantel blanco e iluminada por cuatro grandes candelabros. El sitio de Gaunt centelleaba con nueve piezas diferentes de cubertería. Un camarero le trajo un cuenco blanco y ovalado lleno de sopa helada y roja como el rubor.

—¿Imperial? —preguntó el hombre a su derecha, un aexegariano de cara corta y delgada que era evidente que ya había bebido demasiado.

—Sí, señor —dijo Gaunt, poniendo cuidado en reconocer el rango del hombre. Un general.

El hombre le ofreció la mano.

—Siquem Fep Ortern, comandante en jefe. Sector 60.

—Gaunt, Primero de Tanith.

—Ah —dijo el borracho—. Usted es de quien han estado hablando.

Gaunt miró hacia el resto de la mesa. Vio a Golke cerca y al general Van Voytz presidiendo la mesa. No reconoció ninguna otra cara excepto la del jefe táctico de Van Voytz, Biota. Como Ortern, todos los demás eran altos oficiales de la Alianza, de Aexe o de Kottmark. Gaunt comenzó a sentirse como si hubiera entrado en el cubil de un león. Había asumido que Van Voytz lo había convocado para asistir a una cena privada donde él podría expresar su inquietud sobre las tácticas de la Alianza en compañía de jefes de personal elegidos. No se esperaba esto, una cena de gala completa. Aunque Van Voytz, imponente en su uniforme de gala verde oscuro, dominaba el extremo principal de la mesa, la influencia presidencial parecía provenir del hombre a la izquierda de Van Voytz, un general de Kottmark de perturbadora, blanda y pálida cara, anteojos de escribano de media luna y pelo rubio blanquecino.

Gaunt habló poco y comió en silencio, atendiendo a los jirones de conversación que se sucedían a un lado y a otro de la mesa. Se emitieron muchos comentarios velados e irrespetuosos sobre la tropa imperial, que Gaunt sintió estaban destinados exclusivamente para él. Los oficiales de la Alianza estaban acosándolo, comprobando cuánto podía soportar, comprobando qué le haría formular un comentario.

Comieron tres platos, incluyendo el plato principal de caza en su jugo, seguidos de un pudín dulce y muy azucarado llamado sonso que los oficiales de la Alianza recibieron con gran aprobación. Era una especialidad local. Ortern, y algunos de los demás que estaban cerca, ensalzaron sus virtudes. Para Gaunt, estaba azucarado de forma casi insoportable y dejó buena parte de él.

Los camareros limpiaron las mesas, cepillaron el mantel y sirvieron cafeína dulce y amasec en grandes copas de cristal verde. Los locales, que habían cenado todos con sus planchadas servilletas blancas prendidas en los botones de sus trajes a modo de baberos, echaron ahora los extremos sueltos por encima del hombro izquierdo, una costumbre que por lo visto mostraba que habían terminado. Gaunt dobló la suya y la dejó sobre la mesa.

Un servidor mecánico dio la vuelta a la mesa, recortando y encendiendo cigarros. Uno de los de Kottmark empujó su silla hacia atrás y empezó a fumar una pipa-flauta de cuerpo largo y provista de un cuenco de agua. Ortern ofreció a Gaunt un grueso cigarro enrollado de forma suelta, que éste rechazó.

Ortern se rio entre dientes.

—Sus costumbres, señor, son bastante extrañas. En Aexe Cardinal, un caballero nunca deja sin acabar su sonso. Y nunca rechaza la oferta de otra persona de un cigarro, ya que, ¿cuándo puede estar seguro de que probará otra vez delicias como

estas?

—No deseo ofenderlo —dijo Gaunt—. ¿Es protocolario aceptar un cigarro y guardarlo para un momento posterior?

—Por supuesto.

Gaunt asintió con la cabeza y tomó uno de los cigarros ofrecidos. Sabía que Corbec lo apreciaría.

La conversación se tornó ahora más abierta de un lado a otro de la mesa.

—Ibram —lo saludó Van Voytz desde la presidencia de la mesa con un brindis de amasec—, te has unido tarde a nosotros.

—Mis excusas, señor. Me encontré con problemas de tránsito en el camino desde Rhonforq.

—Tenía miedo de que no llegara —dijo el general con gafas de Kottmark—. Estaba deseando conocerle.

—Señor —agradeció Gaunt.

—Ibram, éste es el general de brigada Carn Martane, comandante en jefe de las fuerzas del oeste de Kottmark y subcomandante supremo de la Alianza.

«La mano derecha de Lyntor-Sewq, entonces», pensó Gaunt.

Martane sonrió de forma insulsa a Gaunt y dio un sorbo a su amasec con afectación.

—Me han intrigado ciertos informes —comenzó a decir.

—¡Vamos, Martane! —lo interrumpió Van Voytz con su mejor sonrisa y talante —. Estamos en una reunión de amigos. Podemos dejar la conversación de sala de mando para mañana.

—Por supuesto, general —dijo Martane con habilidad, recostándose en su asiento —. La guerra consume todo nuestro tiempo de una manera tal que olvido que debe extrañar a nuestros visitantes.

La cara de Van Voytz se oscureció. Acababa de escuchar un tremendo pero sutil desaire. Martane estaba cediendo ante Van Voytz, pero lo hacía de tal manera que sugería que los del Imperio se tomaban la guerra en Aexe mucho menos en serio que los locales.

—En realidad, señor —dijo Gaunt, sonriente—, estaría muy interesado en oír los comentarios del general de brigada.

La conversación se acalló. Era un duelo, ni más ni menos. Oral, pero aun así malintencionado. El Imperio contra la Alianza. La observación de Martane había sido hiriente y deliberada, y permitía a Van Voytz dos opciones: hacer caso omiso de ella y aceptar el desaire o desencadenar un enfrentamiento más evidente resaltándola.

De una manera u otra, el honor de Van Voytz se habría resentido. Sin embargo, Gaunt intervino y desvió la injuria tan hábilmente como Martane la había lanzado.

Martane escogió sus palabras con mucho cuidado.

—El coronel Ankre, ese valeroso hijo de Kottmark, me ha sugerido en varios despachos que usted no estaba… muy impresionado por nuestra organización militar.

—El coronel Ankre y yo disfrutamos de un saludable intercambio de pareceres, señor —dijo Gaunt—. Me imagino que es a eso a lo que se refiere. Admito que estoy sorprendido de que se lo tomara tan en serio como para que necesitara molestaros con ello.

Gaunt vio cómo Van Voytz disimulaba una sonrisa. Había una palabra que normalmente seguía a una observación como la última de Gaunt: *touché*.

—No me sentí molesto, coronel-comisario. Me alegro de que Redjacq tuviera tiempo para contármelo. Odiaría pensar que nuestros nuevos aliados imperiales están luchando contra nosotros. Administrativamente, claro.

Martane era un político experimentado. Ese era otro comentario que parecía intrascendente y amistoso, pero que llevaba un afilado acero.

—¿Por qué tendría que pensar algo así? —preguntó Gaunt, esquivando el golpe.

—Ankre dijo que usted discrepaba con el funcionamiento de la cadena de mando y con las normas de comportamiento en campaña. Que le reprochó una falta de inteligencia. —Martane estaba siendo más directo ahora. Sentía que había pillado a Gaunt a contrapié y que lo iba a forzar a condenarse a sí mismo.

Gaunt vio a Golke al otro lado de la mesa. El hombre permanecía impasible. Gaunt recordaba claramente lo directo y brutal que había sido con Golke en Rhonforq; Ankre también. Podía notar que Golke estaba deseando que esta vez no fuera tan franco.

«Como si fuera tan estúpido», pensó Gaunt.

—Sí, señor —dijo.

—¿Lo admite? —Martane dirigió una mirada taimada a sus compañeros oficiales. Gaunt vio cómo Van Voytz movía muy ligeramente la cabeza.

—La expedición imperial ha venido aquí para ser su camarada de armas, general de brigada. Para ser parte de su ambiciosa Alianza contra la República de Shadik. Seguramente es lo adecuado que nos involucremos como es debido con las fuerzas de la Alianza. Hay elementos de las normas de comportamiento en campaña y de inteligencia que son específicos de esta guerra, y yo necesitaba una aclaración. He participado en muchas batallas, señor, pero no puedo fingir que entienda los matices de ésta todavía. Mi pregunta vino, general de brigada, simplemente por el deseo de servir mejor al gran sezar y a la gente libre de Aexe.

Las pálidas mejillas de Martane alcanzaron por un instante el rojo de la sopa del primer plato. Tras su defensa de la honestidad, Gaunt acababa de ir más allá que él. Martane titubeó.

—Ankre también sugirió que usted creía que sus hombres eran demasiado buenos para el combate en primera línea —comenzó a decir, pero ése era el burdo

movimiento que Gaunt y Van Voytz estaban esperando.

Incapaz de obligar a Gaunt a condenarse a sí mismo con sus propias palabras, Martane había dado un paso en falso y pronunciado todo un insulto.

—¡Qué vergüenza!, general de brigada —bramó Van Voytz.

—He sido ofendido, señor —dijo Gaunt.

—Vamos, Martane —intervino Golke, hablando por primera vez—. Esa no es la cortesía que nosotros los de Aexe empleamos con nuestros aliados.

Se oyó un murmullo de voces alrededor de la mesa. Muchos de los oficiales estaban avergonzados por el comentario de su comandante.

Gaunt sonrió para sí. Tanto para la guerra como para las buenas maneras, Aexe era muy anticuado. Él recordaba algunas de las cenas de oficiales en las que los comandantes del Imperio se habían lanzado insultos entre sí de un lado a otro de la mesa y luego se habían sentado a tomar una copa. No había nada de esa franqueza aquí. Sólo había una cultura de formalidad marcial que ahogaba cualquier esperanza de victoria.

—Mis disculpas, coronel-comisario —dijo Martane. Se excusó y abandonó la mesa.

—Bien hecho, Ibram —dijo Van Voytz—. Ya veo que no te han abandonado las viejas habilidades políticas del comisario.

Gaunt se había retirado con Van Voytz, Golke y Biota a una pequeña sala biblioteca. Los criados ajustaron las lámparas, les sirvieron nuevas bebidas y los dejaron solos.

—¿Me invitó a venir para que Martane hiciera el ridículo? —dijo Golke.

—Puede —sonrió Van Voytz, como si acariciara la idea.

—El general de brigada Martane no necesita a nadie para hacer el ridículo —repuso Golke.

—Yo esperaba salir con algo más que esa única satisfacción —dijo Gaunt.

—Exactamente —asintió Van Voytz—. He estudiado vuestros despachos y he escuchado los comentarios que nuestro amigo el conde Golke me ha transmitido… extraoficialmente, por supuesto. Podías haber causado problemas con Ankre, Ibram. Se expresa tal como piensa las cosas y habla muy mal de ti.

—Bastante obvio. Pero no voy a mantenerme al margen viendo cómo machacan a las unidades de la Guardia Imperial sin necesidad.

Van Voytz se sentó en un gran sillón acolchado cerca de la chimenea y tomó un libro al azar del estante más cercano.

—Esta es una situación difícil, Ibram, y requiere mucho tacto. Si tuviéramos el mando, me encantaría coger la Alianza por el pescuezo hasta que funcionara como es debido, hasta que funcionara como un ejército moderno. Dios-Emperador, un ejército

completo de guardias imperiales empleado con determinación podría hacer retroceder a los de Shadik en un mes. —Miró a Gaunt—. Pero no tenemos esa posibilidad. Aunque sea nominalmente, los líderes de la Alianza, Lyntor-Sewq, a quien te confieso que no puedo soportar, y el propio gran sezar, tienen el mando de la campaña. Mi propio Señor de la Guerra, lord Macaroth, me dejó bien claro que estamos aquí para apoyar a la Alianza, no para quitarles el mando. Tenemos las manos atadas.

—Entonces los hombres morirán, señor —dijo Gaunt.

—Lo harán. Estamos obligados a participar en esta guerra al ritmo que marque la Alianza, con las normas de la Alianza y siguiendo las tradiciones de la Alianza. Los aexegarianos y sus aliados están desesperados por retener el control de la lucha. No se ofenda, conde.

Golke se encogió de hombros.

—Estoy con usted en esto, general. He intentado cambiar las cosas durante años. He intentado modernizar las tácticas y la estrategia. El hecho es que Aexegaria tiene una larga e ilustre historia marcial. Ellos nunca admitirán que pueden perder una guerra. Aexegaria nunca ha perdido una, ¿saben? Y especialmente contra un viejo enemigo como los de Shadik.

—La Alianza no admitirá que están combatiendo contra un enemigo moderno —dijo Biota en voz baja—. No aceptarán que la República de Shadik ha cambiado, que ha sido corrompida y que ya no es la potencia vecina que Aexegaria ha vencido en cinco guerras.

—¿Y los miembros de la Alianza tampoco lo ven? —preguntó Gaunt.

—No —respondió Golke—. Especialmente Kottmark. Ellos ven su entrada en la guerra como una oportunidad para probar su valía en el escenario mundial.

—Orgullo —afirmó Gaunt—. Contra eso estamos combatiendo. No contra Shadik. No contra el archienemigo. Estamos peleando contra el orgullo de la Alianza.

—Así es —dijo Van Voytz.

—No hay duda —dijo Biota.

—Entonces, siento vergüenza de mi país —asumió Golke tristemente—. Cuando el gran sezar me dijo que la Guardia Imperial estaba de camino para ayudarnos, mi corazón dio un salto. Hasta que vi la mirada en sus ojos.

—¿Qué mirada? —preguntó Van Voytz.

—La mirada que me dijo que él os veía a vosotros, los del Imperio, como nuevos juguetes…, juguetes que utilizaría de la misma forma que los antiguos. Yo esperaba que la Alianza aprendiera cosas de la Guardia Imperial…, nuevas formas de combate…, cosas como órdenes fluidas en campaña y toma de decisiones unificadas…

—Ha estado leyendo a Slaydo —dijo Gaunt con una sonrisa.

Golke asintió con la cabeza.

—Sí. Creo que soy la única persona en Aexe Cardinal que lo ha hecho. En vano. La Alianza está viviendo todavía en los días de gloria de los grandes sezars. Ellos no cambiarán.

—Un padre consciente de sus deberes —relató Biota suavemente— se angustia porque encuentra a su hijo llorando la muerte de su mascota: un gato. El niño se queja de que lo cuidó, lo arregló, le dio de comer y, sin embargo, murió a pesar de sus cuidados. Deseando complacerlo, el padre compra una nueva mascota para su hijo: un perro de caza. Se queda horrorizado cuando encuentra a su hijo tirando al perro por el balcón de la casa familiar y el perro muere. El hijo se angustia otra vez. «Esta mascota tampoco volaba», le dice a su padre.

Biota los miró.

—Nosotros somos el perro de caza —dijo.

La niebla del atardecer procedente del Alto Naeme cubría Meiseq al día siguiente cuando Gaunt se levantó. Se había asegurado de que Beltayn lo despertara pronto para su viaje de regreso a Rhonforq. Mientras se afeitaba a la fría luz de la mañana, llegó un mensajero que le pidió que fuera a ver al general Van Voytz.

Van Voytz estaba desayunando en sus estancias con Biota y un pequeño grupo de auxiliares. A una indicación de Van Voytz, un camarero trajo cafeína, pescado frito y puré de patata para que Gaunt pudiera desayunar con ellos.

—¿Vas a emprender viaje de vuelta a Rhonforq hoy, Ibram? —dijo Van Voytz, comiendo con buen apetito. Tenía puesta una capa bordada y un traje de campaña de lino rojo oscuro.

—Ya llevo demasiado tiempo fuera, señor. ¿Y usted?

—Voy al norte. Lyntor-Sewq me espera en Gibsgatte para pronunciar un discurso ante los generales de aquel sector. Hay un lío tremendo ahí arriba. Mañana vamos a desplegar allí nuestras unidades urdeshitas. Tengo noticias para ti.

—¿Señor?

Van Voytz se limpió la boca con la servilleta y tragó. Luego tomó un sorbo de zumo de frutas.

—Bien, eran buenas noticias hasta la cinco y media de esta mañana. Luego sencillamente se convirtieron en interesantes.

—Continúe.

—Nuestro amigo el conde Golke ha estado ejerciendo su influencia entre los planificadores del Alto Estado Mayor de la Alianza durante los últimos días y, tras la cena de anoche, ha dado su fruto. El Primero va a recibir un nuevo destino en consonancia con sus dotes para la exploración. Una zona al oeste llamada…, ¿cómo se llama, Biota?

—El bosque de Montorq, señor.

—Eso es. Se os enviarán las órdenes. Pero te has salido con la tuya. El regimiento de Tanith será utilizado al fin en todo su potencial. No me defraudes.

—No lo haré, señor.

—A mí o a Golke. Ha requerido un esfuerzo endemoniado convencerlos.

—¿Cuál es la parte interesante, señor? —preguntó Gaunt.

Van Voytz hizo una pausa, masticando y engullendo el bocado. Luego levantó el vaso.

—Ven conmigo, Ibram.

Van Voytz condujo a Gaunt a una galería que dominaba el río. El paisaje que tenían delante estaba cubierto por una niebla blanquecina.

—Hay una condición —dijo Van Voytz—. Golke habló tan bien de tu gente, enfatizando lo buenos que eran como exploradores de avanzadilla, que el Alto Estado Mayor estuvo de acuerdo en buscarles otro destino. Se han tomado la idea demasiado en serio. De repente, les gusta la idea de los exploradores. Ahora les ven sus propios usos.

—Bien, ¿y eso qué significa?

—Es un toma y daca, Ibram. El cincuenta por ciento de tus fuerzas va a explorar el bosque de Montorq. A cambio de eso, se despliega la otra mitad en la Bolsa.

—¿La Bolsa?

—La Bolsa de Seiberq. Línea del frente. Su trabajo será penetrar en las defensas de los Shadik y localizar… y puede que inutilizar… esos nuevos supercañones de asedio. Creen que si sois tan buenos en recono…

—¡Maldición! —lo interrumpió Gaunt—. Existe una palabra para un trato como ese.

—Lo sé. «Irónico», creo que es. Estoy bastante seguro de que Martane y Ankre tienen algo que ver con ello. Toma y daca. Tenéis la oportunidad de demostrar vuestra fortaleza en el oeste… siempre que mostréis las mismas aptitudes en el lado difícil. Lo lamento, Ibram.

—¿Lamentarlo? Tengo dos opciones, señor. Todos mis hombres en el frente, o la mitad de ellos.

—Buen chico. Una mano da, una mano quita, como solía decir Solon.

Con la bolsa de viaje en la mano y la mente llena de problemas, Gaunt salió de la residencia militar a la luz del día de Meiseq. Eran las 08.30. El personal del Imperio se abría paso entre los centinelas mientras cargaban los transportes de Van Voytz.

Gaunt miró alrededor buscando a Beltayn y al coche. Sólo encontró a Beltayn.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el coche?

—Es realmente raro, señor. Pasa algo raro. Creo que nos han robado el coche.

—¿Robado?

—No está donde lo aparcamos.

Gaunt dejó su bolsa en el suelo.

—Dame las llaves, entonces. Yo lo encontraré.

Beltayn hizo una mueca.

—Esa es la otra parte rara, señor. Tampoco puedo encontrar las llaves.

—¡Maldición! ¿Qué le voy a decir?

—¿A la anciana?

—Sí, a la ancia… —Gaunt suspiró—. No te molestes, no desperdiciemos el tiempo. Agénciate algún tipo de transporte… o al menos consigue unos billetes para el siguiente tren hacia el sur.

Beltayn asintió con la cabeza y se fue corriendo.

—¿Algún problema, coronel-comisario?

Gaunt se dio la vuelta y se encontró con Biota a su espalda.

—No gran cosa, nada que no pueda solucionar.

Biota se abrochó el cuello del mono de combate rojo de su división táctica y asintió con la cabeza.

—Esa historia de anoche sobre el gato y el perro de caza. Muy apropiada. Muy aguda —dijo Gaunt.

—No puedo presumir de la autoría —respondió Biota sin pensarlo—. Una de las fábulas de DeMarchese.

Biota echó a andar hacia uno de los vehículos que le estaban esperando.

—¡Táctico Biota! ¡Un momento!

—¿Gaunt?

—¿DeMarchese? Ha dicho DeMarchese. ¿Quién es ese?

Biota hizo una pausa.

—Un filósofo menor. Muy menor. ¿Conoce el nombre?

—Lo he oído antes.

—DeMarchese actuó de asesor de Kiodrus, quien a su vez fue la mano derecha de la Beata durante la Primera Cruzada. Su contribución está bastante eclipsada por Faltornus, que fue el verdadero arquitecto de la estrategia de Santa Sabbat, pero aun así, sus fábulas caseras tienen cierto mérito. ¿Gaunt? ¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Gaunt—. Nada. —Miró al pálido sol y luego dijo—: Elinor Zaker. ¿Conoce ese nombre?

—¿Elinor Zaker?

—De las Adeptas Sororitas, de la orden militante de Nuestra Señora Mártir.

Biota negó con la cabeza.

—De acuerdo. No importa. Buena suerte en Gibsgatte. Que el Emperador lo proteja.

Gaunt se fue a buscar a Beltayn. Muy pocas veces se había sentido tan intranquilo. Ya había identificado el penetrante aroma a flores del día anterior.

Islumbine. La flor sagrada de Hagia.



SIETE
CAZA FURTIVA

Y esto, amigos míos, es lo que se dice una maravilla.

Murían Feygor

El bosque les llamaba.

Podían olerlo. Desde Ins Arbor, al salir de los transportes, ya podían verlo, extendiéndose como un manto de piel verde sobre las tierras altas al este de donde estaban ellos. Grande. Silencioso. Inescrutable.

No es que los hombres de Tanith no hubieran estado en otros bosques desde que partieran de los Campos Fundadores. Habían estado en muchos. Los densos bosques tropicales al norte de Bhavnager, las junglas tropicales de Monthax, el pantano boscoso de Voltemand. Pero había algo diferente en aquel bosque, algo tranquilo, antiguo y fresco, que a todos les recordaba dolorosamente los bosques de nal perdidos.

Ins Arbor era un villorrio que apenas disponía de suministro y que apestaba bajo el calor veraniego. No había alojamientos en condiciones, prácticamente no había agua y tuvieron las peores raciones de comida que jamás les habían dado.

Sin embargo, la moral mejoró de la noche a la mañana.

El bosque les llamaba.

Corbec pudo ver el ánimo renovado en los rostros de los soldados del campamento. Se recostó contra la barandilla de un semioruga de transporte y realizó los últimos ajustes a las listas de las escuadras que estaba organizando. Cada destacamento de diez hombres necesitaría una buena combinación de exploradores y de potencia de fuego, y Hark le había pedido a Corbec que repartiera por igual todos los aspirantes a exploradores.

Corbec aspiró con fuerza el gran puro humeante que Gaunt le había regalado. Había pensado guardarlo para una ocasión especial, pero el humo impediría que oliera el tremendo hedor de las letrinas de Ins Arbor.

El verdadero regalo de Gaunt había sido aquella misión. Habían sacado a la mitad del regimiento de la picadora de carne humana que era la zona del Naeme y les habían encargado una misión realmente útil. Eso era lo que les había levantado la moral, a pesar de las espantosas instalaciones del pueblo de partida. Cualquier cosa era mejor que las trincheras, y la perspectiva de avanzar por el bosque era lo mejor de todo. Los nativos de Tanith no dejaban de sonreír, y los verghastitas también lo hacían, en parte por el ambiente general y en parte por haberse librado del destino en la Línea Peinforq.

Llamó a Varl y le ordenó que reuniera a la tropa para las primeras instrucciones.

El bosque les llamaba.

Brostin seguía con aquello. Grande, con un aspecto brutal, con bastantes tatuajes, era el que tenía el aspecto más bárbaro y salvaje de todos los tanith, y era incapaz de callarse de lo maravillado que se sentía.

—¡Oled eso! —dijo. Se detuvo un momento e inclinó la cabeza a un lado con expresión de nostalgia—. Pero no las hojas. El olor a tierra húmeda bajo los árboles. Mmmmmm.

—Lo único que puedo oler es el pestazo de los depósitos de promethium que llevas —le replicó Cuu.

—Cuu, no tienes sentimientos. Ninguno en absoluto.

—Eso me han dicho, fijo que sí.

—Oye, tengo una idea —dijo Feygor con una voz que no era más que un siseo procedente del implante en su garganta—. ¿Por qué no os calláis los dos de una vez?

Brostin se encogió de hombros y sonrió antes de recoger los depósitos de combustible para el lanzallamas y echárselos a la espalda. Cuu desapareció entre la maleza.

Feygor alzó la mano derecha y la movió dos veces como si remara en el aire. Los miembros del destacamento diecinueve se desplegaron y penetraron en la maleza.

La tarde ya estaba bastante avanzada y el sol no era más que una mancha amarilla

detrás de la densa cubierta de hojas. Los claros del bosque eran grandes espacios despejados llenos de una leve neblina y cubiertos por un dosel verde sostenido por gruesos troncos negros. Los pájaros lanzaban unos gritos que recorrían el espacio entre los árboles, y el aire olía a corteza húmeda, a amapola silvestre y a bayas de espino.

El destacamento diecinueve llevaba tres horas en camino. Había salido del puesto de mando de la compañía en Ins Arbor junto a los demás destacamentos después de recibir las órdenes directamente de Corbec. Los destacamentos se habían comenzado a separar mientras todavía estaban en el interior del pueblo, uno por uno, cada cual dirigiéndose a su zona de patrulla asignada. El diecinueve había recibido instrucciones de que peinara toda la zona del valle de Bascuol hasta llegar a la carretera que llevaba a Frergarten. Serían dos o tres días entre la ida y la vuelta. Avanzarían a buen paso por aquel terreno. Un tranquilo paseo por el bosque.

—Creía que Brostin había nacido y se había criado en los barrios bajos de Tanith Magna —susurró Caffran.

Gutes se encogió de hombros.

—Yo también. Supongo que incluso los chicos de ciudad se ponen sentimentales de vez en cuando.

Caffran asintió. No le molestaba el entusiasmo de Brostin. Era un bosque de pinos negros; lo más parecido a Tanith que había visto desde la desaparición de su mundo. La leve sensación de reconocimiento que había notado en la zona de aterrizaje se veía aumentada en aquel lugar. Un bosque. Árboles. Aexe Cardinal se parecía lo suficiente a su antiguo hogar para sentirse a gusto.

Los verghastitas del grupo estaban menos tranquilos. Muril y Jajjo, criados en la ciudad colmena, pegaban un salto ante el menor susurro y apuntaban a todos lados con sus armas para cubrir cada crujido y cada chasquido que sonaba en el misterioso bosque.

—Tranquilizaos —le susurró Caffran a Muril cuando la aspirante a exploradora se giró en redondo y apuntó con su rifle láser.

—Para ti es fácil decirlo, hombre de los bosques —le replicó ella—. Esto es inquietante.

Feygor alzó una mano para ordenar un alto y se dirigió a su destacamento de exploración.

—¡Feth! —exclamó—. ¡He estado en tabernas mucho más silenciosas! ¿Podríamos ser más profesionales? ¿Os importa?

Asintieron.

—Y si no, decidme… —añadió Feygor—. ¿No se está aquí mejor que en el frente?

—Sí —reconocieron todos.

—Bien. Excelente. Sigamos.

Feygor se dio media vuelta y entonces se topó de frente con Mkvenner.

—¡Feth! ¡Ven! ¡Maldita sea!

Mkvenner se quedó mirando a Feygor con el entrecejo fruncido. No sentía ninguna clase de aprecio por el segundo de Rawne. Un montón de imprecaciones eran su respuesta si se insistía en pedirle una opinión, y pocos se atrevían a hacerlo.

—El camino está despejado —le dijo—. Más allá de ese roble grande y hacia esa hondonada. ¿Quieres que avance un poco más?

—Sí, eso, ¿por qué no lo haces? —le contestó Feygor mientras recuperaba la compostura—. Llévate a uno de los aspirantes. Para eso hemos venido, ¿no?

—Eso me han dicho —respondió Mkvenner a su vez. Miró a los miembros del destacamento—. ¡Soldado Jajjo! ¡Sígueme!

Jajjo avanzó a trompicones para reunirse con el delgado y atemorizador explorador tanith. El joven era uno de los pocos verghastitas que mostraba cualidades para convertirse en explorador.

—Adelante y agachado, dirección sur. Las señales son las de siempre —le explicó Mkvenner al ansioso Jajjo—. ¡Vamos!

Mkvenner y Jajjo se adelantaron al resto del destacamento. Feygor los estuvo observando. Dos minutos después, todavía podía ver la figura agachada y furtiva de Jajjo. Mkvenner había desaparecido casi inmediatamente.

Rerval hizo una comprobación de comunicaciones para estar seguro de que seguían dentro del alcance. Levantó la mirada y vio a Muril con una expresión de disgusto en la cara.

—¿Qué pasa, verghast?

—Nada, nada… —contestó ella.

Rerval se encogió de hombros. Sabía exactamente lo que la estaba reconcomiendo. Tanto Muril como Jajjo se habían apuntado al entrenamiento para exploradores, y aquel recorrido por el bosque debía servirles en parte como terreno de prueba. Sin embargo, hasta aquel momento, el único que se había beneficiado de la experiencia y de las enseñanzas de Mkvenner había sido Jajjo.

Tenía que ver con lo de ser mujer, pensó Rerval. Lo mismo que le pasaba a Rawne, sólo que jamás hubiera esperado un prejuicio semejante por parte de Mkvenner.

—¡Espabilad! —exclamó Feygor—. ¡En marcha!

Avanzaron y se desplegaron a través del bosque: Feygor, Gutes, Brostin, Muril, Caffran y Cuu.

Cuu se detuvo un momento para mirar atrás, al décimo y último miembro del destacamento.

—¿Vienes?

—Sí —le contestó Hlaine Larkin—. Fijo que sí.

Feygor estaba bastante satisfecho de sí mismo. Había logrado meterse en la parte a la que habían acabado llamando «la mitad afortunada» del regimiento, y ya estaba al mando de una patrulla. Un esfuerzo mínimo, una pequeña misión simplemente de caminar y observar y sin fecha de regreso determinada. Y si encontraban un lugar agradable, algo así como una granja abandonada o similares, entonces la patrulla de dos días podía convertirse en tres o cuatro días de descanso y relajo.

Hubiera preferido escoger a su propio grupo. El destacamento diecinueve era bastante homogéneo. Brostin, Rerval y Gutes eran más que aceptables; Cuu tenía sus momentos y Caff era bueno, a su estilo. Larks estaba pirado, pero eso no era nuevo. Podía disparar. Quizá les conseguiría algo para cenar. Feygor reconocía para su coleto que no tenía ni idea de la clase de animales que podían vivir por allí, pero estaba bastante seguro de que sería algo con una boca en un extremo, un culo al otro y algo de comer en medio de aquello.

Por lo que a él se refería, los verghastitas estaban de sobra. Jajjo era un tipo estirado, y la opinión de Feygor era que ninguno de los verghastitas iba a lograr ser explorador. Eso se llevaba en los genes. La chica era mejor. Decorativa. Quizás hasta tendría suerte y conseguiría otro tipo de pieza en mitad de aquel bosque.

El verdadero problema era Ven. Estaba claro que Feygor respetaba al explorador, lo mismo que todo el mundo. Pero también era cierto que todo el mundo temía a Mkvenner. Era absolutamente íntegro. Feygor sabía que tendría que planearlo todo con mucho cuidado si quería que todos disfrutaran de un pequeño descanso sin que Ven se entrometiera.

Por supuesto, también había que llevar a cabo una misión. El bosque de Montorq cubría más de tres mil kilómetros cuadrados y bajaba junto al Toyre tapizando todas las laderas occidentales del macizo de Kottmark, una enorme pared de montañas que separaba las provincias orientales de Aexegaria de Kottmark. La mayor parte del terreno en Montorq eran laderas repletas de bosques cerrados, bastante infranqueables a no ser que se fuera a pie o se tuviera el tiempo suficiente para descubrir una senda en condiciones.

La República de Shadik se encontraba al norte. La frontera teórica se encontraba a unos ochenta kilómetros de allí, más allá de las fuentes del Toyre. A lo largo de todos aquellos largos años de guerra, Shadik había atacado a Aexegaria y a Kottmark a lo largo de todas las rutas posibles, estableciendo gradualmente el recorrido de la línea del frente. Si se miraba en un mapa táctico, aquellas tierras boscosas eran la única ruptura de la línea. Al oeste de ellas se encontraba la Línea Seronne, los sectores de Naeme y Meiseq, tan cerrados como una portilla estanca. Al norte y al este se encontraba la llamada Línea de Defensa Ostlund, que frenaba los ataques de Shadik contra Kottmark. Los ejércitos de Shadik jamás habían llegado a Montorq,

que se había librado de la guerra gracias a la geografía. Unas pocas horas de caminata por el borde del bosque mostraban lo difícil que sería cualquier avance. Sólo un idiota intentaría hacer pasar un ejército por aquel bosque. Feygor había oído decir muchas cosas de los generales de Shadik, pero idiota no era una de ellas.

Sin embargo, la situación podía cambiar. La Alianza había comenzado a preocuparse de que Shadik estuviese a punto de cambiar de tácticas en un intento por romper aquella situación de bloqueo. Puede que en vez de atacar directamente Frergarten, que era el gran bastión de la Alianza en la zona oriental, intentaran infiltrar infantería de élite con apoyo ligero por el área de Montorq y de este modo rodear Frergarten para lograr mediante el sigilo lo que no habían conseguido con los tres ataques anteriores. Podían tomar Frergarten, Ins Arbor, penetrar en la Línea Seronne y llegar a las Provincias Orientales en menos de seis semanas.

Era improbable, pero no imposible. Las órdenes recibidas por los Fantasmas incluían evaluar las posiciones del enemigo y las rutas de comunicación de la zona de Montorq. Si era necesario, debían dar la alerta. Además, Corbec les había sugerido en la reunión de información que estudiasen la posibilidad de emplear aquella táctica a la inversa para que la empleara la Alianza. Quizá para el otoño una fuerza de la Alianza ya pudiera estar atravesando el bosque en dirección norte…

A Feygor no le importaba lo más mínimo todo aquello. Lo cierto es que le importaba un carajo quién ganaba o quién perdía. Le daba exactamente igual que el presidente de Shadik llegara y se cagara en la oreja del gran sezar siempre que a él lo dejaran tranquilo. Estaba cansado. Había sido un camino muy largo el que habían recorrido desde Tanith, y ya habían pasado por mucho.

Rawne siempre decía que Gaunt los dirigía como si tuviera algo que demostrar. Bueno, ya habían demostrado más que de sobra. Le tocaba el turno a algún otro cabrón. Quizá cuando hubiesen acabado en aquel agujero de mierda, el regimiento sería trasladado a la reserva del ejército durante unos cuantos meses. A lo mejor seis. Puede que incluso un año. Feygor sabía que había ocurrido con otros regimientos. A los cabrones de los vitrianos, por ejemplo. Habían pasado a la reserva de la cruzada hacía por lo menos dieciocho meses y, por lo que Feygor sabía, todavía estaban sentados con sus botas de cristal apoyados en la mesa mientras se fumaban el lho de otros y jugaban a estar de guarnición. Los sangreazul también. Aquellos cabrones habían acabado en retaguardia después de lo ocurrido en la colmena Vervun.

Si es que no había justicia, por Feth.

Feygor llegó hasta la cima de la siguiente cresta después de subir una cuesta empinada llena de rocas sueltas y de helechos que daba a una hondonada profunda donde un pequeño arroyo se abría paso con un gorgoteo sonoro bajo los árboles oscuros. Los troncos y las ramas de esos mismos árboles, fresnos de montaña, alisos y alguna especie de abeto, crujían y movían suavemente sus copas. Un leve aumento

de la brisa que venía del oeste traía olor a lluvia.

En una de las rocas había una hoja fresca y doblada sobre sí misma con el pequeño tallo atravesando la propia hoja. Feygor la recogió. Era una de las señales de Ven. Todos los exploradores dejaban señales como aquélla para indicarle a la escuadra que les seguía por donde habían pasado y que el camino estaba despejado. Nadie se fijaría en ellas a menos que supiese dónde mirar. Ven y Jajjo debían de estar a medio kilómetro por delante de ellos en ese momento.

Mientras el destacamento seguía subiendo por la ladera, Feygor siguió avanzando y pasando por encima de las rocas de la cresta hasta llegar a un claro entre los árboles donde podría sentir la luz del sol directamente. El cielo estaba levemente teñido de amarillo, al menos, la parte que podía ver. Las nubes se perseguían unas a otras hasta agruparse. Sin duda, había lluvia. Puede que incluso fuese una tormenta de verano.

Feygor conocía todas aquellas señales. Al igual que Brostin y que su mentor, Rawne, Feygor era un tipo de ciudad. Sin embargo, aunque te hubieses criado en un lugar como Tanith Attica, nunca se estaba lejos del bosque. Feygor había aprendido a moverse por el campo y a leer el cielo desde joven, cuando salía muy temprano por la mañana del distrito mercantil de la ciudad y se internaba en los bosques de Attica. Aquellas habilidades eran necesarias en su negocio. Habilidades para encontrar un claro determinado a una hora determinada, habilidades para llegar a casa por el camino más largo sin perderte. Habilidades para esquivar a los arbites y a los recaudadores de impuestos. La gente que controlaba el mercado negro de Attica no aceptaba excusas o explicaciones como «Es que me perdí» o «Empezó a llover de repente y llegué tarde».

Feygor se sentó y esperó a que los demás miembros del destacamento llegaran a la cresta. Primero fue Cuu y luego llegó Caff, seguidos de Gutes y Rerval. Brostin iba en medio del grupo para que la pestilencia delatora del combustible de los depósitos de su lanzallamas no los descubriera. Muril fue la siguiente, silenciosa como una felina. Feygor la observó al pasar, y paseó la mirada por su cuerpo cuando ella se alejaba, echando un admirativo vistazo a su parte trasera.

Larkin iba justo en último lugar. Según le había dicho Brostin, Larkin había pedido ir específicamente en aquel destacamento, y eso a Feygor le pareció muy extraño. Todo el mundo sabía que Larkin y Cuu no eran precisamente buenos amigos. Larks solía hacer todo lo posible por encontrar tareas lo más lejos posible de Lijah Cuu. De hecho, Cuu se había quedado sorprendido por la inclusión de Larkin en el destacamento. Sorprendido. Casi enfadado.

Pero Larkin parecía estar extrañamente relajado. Eso era bueno según la experiencia que Murtan Feygor tenía. Lo último que necesitaba era que Larkin entrara en uno de sus ataques maníacos. Mantendría vigilado al francotirador. Le había pedido a Gutes que hiciera lo mismo.

Feygor se puso en pie y bajó la ladera para ponerse a la par con Larkin mientras éste seguía subiendo.

—Dentro de nada vamos a ponernos a buscar refugio —le dijo Feygor—. El viento empieza a apretar. No nos vendría mal algo para comer. ¿Qué te parece poner a prueba tu puntería?

Larkin se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—No te vayas muy lejos. —Feygor alzó la vista y recorrió la fila con la mirada—. ¡Muril! —llamó.

La verghastita se dio media vuelta y bajó para reunirse con ellos.

—Larks sale en busca de comida. Ve con él. Y no os perdáis.

—Vale —contestó ella.

Era evidente que la orden le agradaba. Media hora de caza con Larkin no era lo mismo que la instrucción de explorador con Ven, pero era mejor que nada. Feygor sabía que la muchacha estaba deseando tener una oportunidad de demostrar sus habilidades. Cualquier cosa le parecería bien con tal de ponerla de buen humor.

—He visto un rastro un poco más abajo, por donde hemos venido —comentó Larkin—. Probemos por allí.

Los dos comenzaron a descender por el mismo camino que habían recorrido.

Feygor volvió a dirigirse hacia la cresta y se reunió con los demás. Brostin se había detenido para echar un trago de su cantimplora. Justo en vanguardia, ya casi bajando por el otro lado, bajo la sombra de los árboles, Cuu también se había parado. Estaba mirando atrás, hacia la figura de Larkin que se iba alejando.

Larkin se agachó y comprobó el estado del rastro. Era fresco. Era un animal pequeño, probablemente un rumiante de pasto bajo. Se sentó un momento en una roca y cambió el cargador de munición de combate reforzada por uno de energía de baja intensidad.

—¿Qué es eso? —le preguntó Muril.

—¿Has cazado alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—Un disparo de munición de combate reforzada machacaría cualquier animal de un tamaño inferior al de un ciervo. Queremos comer, no llenar el paisaje de trozos de carne.

Muril sonrió. Se sentó también y dejó su rifle láser en el suelo al lado de la piedra. Larkin se había acostumbrado a verla con su rifle de francotiradora y se le hacía raro verla con el rifle láser estándar Mark III.

—¿Lo echas de menos?

—Un poco —admitió ella—. Pero quiero ser exploradora. Quiero llegar a serlo de verdad, y eso significa tener que cambiar mi querido rifle largo por un Mark III

estándar. Pero bueno, me dan el gorro para compensarlo.

Se refería a la gorra de suave lana negra que llevaba puesta. Las ordenanzas indicaban que durante el servicio en el frente de combate debía utilizarse el casco de ceramita estándar, y que en los demás casos se podía utilizar la boina negra o la gorra de paseo. A menos que fueras un explorador, o un aspirante a explorador. Entonces podías llevar puesta la gorra de lana en cualquier ocasión. No dificultaba los movimientos o la visión como un casco, y no había peligro de que tintineara al entrechocar con el arma mientras uno se arrastraba. Aquellas gorras eran la señal distintiva de la élite del regimiento Tanith, una de esas diferencias de uniforme sutiles pero cruciales que otorgaban prestigio. Si lograba convertirse en exploradora podría lucir la enseña de especialista de color negro mate en el borde. Ningún nativo de Verghast lo había conseguido. Tampoco ninguna mujer.

Larkin sonrió. Fuese lo que fuese lo que decían las ordenanzas sobre el tema de la indumentaria, la disciplina sobre ello en el Primero de Tanith era extraordinariamente permisiva. Muchos combatían con la cabeza al descubierto. Las boinas eran muy habituales en mitad de los combates. Una vez oyó a Corbec decirle a Hark que los Fantasmas habían utilizado más veces los cascos como cubos que para protegerse en combate. Allí tenía una chica deseosa de ganarse el derecho a llevar una gorra que probablemente no se pondría casi nunca.

Por supuesto, excepto en un desfile. Allí sí que tendría importancia. Allí es donde Sehra Muril con una gorra de exploradora sería todo un espectáculo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella.

—De nada.

Se puso en pie y practicó la puntería entre los árboles.

—¿Crees que lo conseguiré?

Larkin se encogió de hombros.

—Conseguiste ser francotiradora, ¿no? Mira, yo sólo sé esto: si alguno de los reclutas de la colmena logra ser explorador, será una de las chicas.

—A Mkvenner no parece gustarle la idea —murmuró la aspirante—. Cuando el coronel me dijo que me incluía en este destacamento para que aprendiera de Ven, me emocioné. Me refiero a que Ven es el mejor en su trabajo. Él o Mkoll. Lo mejor de lo mejor. Pensé que había llegado mi momento. El gran paso adelante. Pero sólo parece preocuparse de Jajjo.

—Jajjo es un buen tipo.

—Claro que sí, pero sólo se ocupa de él. ¿A quién acaba de llamar Ven? ¿A mí? Ya ves que no. ¿He hecho algo malo? ¿Me estoy engañando a mí misma? ¿O es que a Ven le pasa algo?

—¿Algo?

—Con las chicas.

Larkin bajó su arma y la miró de reojo.

—A todos nos pasa algo con las chicas.

Muril se echó a reír.

—No, de verdad…

Larkin alzó su arma de nuevo. A lo lejos, entre los árboles, pudo ver a los miembros del destacamento diecinueve subiendo la siguiente ladera bajo un grupo de alisos.

—¿Se te ha ocurrido pensar —le dijo él en voz baja— que quizá Ven le está dedicando más tiempo a Jajjo porque es él quien necesita mayor perfeccionamiento?

—¡Gak! —exclamó ella. Una gran sonrisa le recorrió la cara—. Es una forma de verlo que a mí no se me había ocurrido.

—Tienes que ver las situaciones desde todos los ángulos… —comentó Larkin.

Su voz se había convertido en un susurro. Dejó que el rifle casi flotara en sus manos, permitiendo así una puntería fluida. Balanceó el cañón de un lado a otro. No pestañeó. Vio las figuras distantes a través de la mira telescópica saliendo y entrando de la cobertura de las hojas y de los troncos. Esperó a que la mira se centrara. Los datos iluminaron su ojo. Fijado el objetivo. Cuatrocientos setenta y dos metros. La nuca de Feygor. Balanceo. Fijado el objetivo. Cuatrocientos setenta y nueve metros y medio. Los depósitos de promethium en la espalda de Brostin.

Cuatrocientos ochenta y uno. Fijado el objetivo. Lijah Cuu. Un lado del cráneo. Ajuste por viento cruzado. Seguimiento.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Muril.

Larkin dejó de respirar. El rifle largo dejó de pesar en sus manos. La runa indicadora de fijación de objetivo estaba parpadeando. Curvó suavemente el dedo índice de la mano derecha sobre el gatillo. Lijah Cuu se detuvo para decirle algo a Gutes. La guía horizontal del punto de mira tapó los ojos de Cuu. La vertical casi seguía a la perfección la cicatriz que le cruzaba el rostro. Allí, en ese preciso instante, el disparo letal y definitivo.

Larkin bajó el arma, dejó escapar el aliento y puso el seguro.

—Tan sólo estoy habituando la vista —le contestó.

Heqta Jajjo no podía lograr que la maldita hoja se doblara. Cada vez que lo intentaba, acababa saltando de nuevo a su posición original. Cuando finalmente logró que el tallo atravesara la hoja, ésta se partió.

—¿Algún problema? —dijo una voz cercana.

Jajjo alzó la vista. Mkvenner estaba de pie a su lado.

—Gak, me has sobresaltado.

—Eso es bueno para mí porque soy un explorador, y es malo para ti porque es lo que tú quieres ser.

—Lo siento.

—No lo sientas, mejora. ¿Qué pasa?

—Me dijiste que dejara una hoja aquí, pero no puedo hacer que tome la forma adecuada.

Ven se agachó y arrancó una nueva hoja de un arbusto cercano.

—Lo intentas con demasiada fuerza. Sólo es un giro. Tiene que parecer natural.

Mkvenner dobló a la perfección la hoja y la dejó sobre la roca blanca que sobresalía del suelo.

Jajjo lanzó un suspiro.

—Lo conseguirás —le dijo Mkvenner con un tono casi alentador.

—Crees que estamos perdiendo el tiempo, ¿verdad? —le respondió Jajjo.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de nosotros está preparado para ser un explorador.

Jajjo no tuvo que molestarse en aclarar a quiénes se refería con aquel «nosotros». Ambos sabían que estaba hablando de los verghastitas.

—Si de verdad piensas eso, lo único que se está perdiendo son mis esfuerzos. Encabeza la marcha.

—Si tan sólo…

—Encabeza la marcha, Jajjo. Demuéstrame que sabes aprovechar el terreno.

Jajjo recogió el Mark III del suelo y comenzó a avanzar con la cabeza agachada. Habían llegado a un extenso valle ocupado por un bosque de pinos. La empinada ladera estaba cubierta por una densa capa de las agujas caídas el año anterior. El viento había ido tomando fuerza y los árboles se balanceaban y susurraban sobre su cabeza.

El aire se había vuelto frío, y la luz del sol casi desapareció sumiendo al bosque en la penumbra. Jajjo se esforzó por hacer el menor ruido posible. Uno de sus pies partió un trozo de corteza muerta y miró hacia atrás, hacia donde se encontraba Mkvenner, con expresión culpable.

Sólo que el explorador no estaba allí. ¿Cómo demonios lo hacía?

Jajjo aprovechó toda la cobertura posible hasta que llegó a un denso bosquecillo de alisos. A mitad de camino, golpeó un tronco con la culata del rifle. Después se dio cuenta de que no se había cubierto adecuadamente con su capa de camuflaje. Mierda y otra vez mierda. ¿Es que había algo más que pudiera hacer mal?

El sonido del viento entre los árboles era hipnótico. Jajjo pensó que sonaba igual que el mar. Su familia era originaria de la colmena Imja, situada en un archipiélago, y conocida por ser una de las ciudades tropicales de Verghast. Conocía muy bien el sonido del mar. Lo había echado de menos cuando su familia se mudó a la colmena Vervun cuando él tenía seis años.

Jajjo salió del bosquecillo y cruzó una amplia extensión de helechos que se

balanceaban y siseaban. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia y se estrellaron con fuerza contra las hojas del suelo. Jajjo intentó mantenerse pegado a las zonas de mayor penumbra. Le pareció ver algo entre un grupo de pinos que había más adelante, pero no estaba seguro de qué se trataba. Cambió de posición echando breves carreras entre los árboles, tal como le habían enseñado en el curso de preparación para exploradores. Los sonidos de su avance quedaban enmascarados por el ruido de la lluvia y el viento. Mantuvo el rifle metido debajo del sobaco derecho con el cañón apuntando hacia abajo para que no tropezara con nada.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Las gotas golpeaban las hojas de los árboles como un tambor imparable. La temperatura aumentó inmediatamente unos cuantos grados, lo que provocó la aparición de unas leves volutas de niebla que se alzaron del suelo y le llenaron las fosas nasales de un pestazo húmedo a hojas podridas.

Jajjo llegó hasta el grupo de pinos y se deslizó entre los árboles. ¿Qué demonios había allí? Desde luego, era evidente que se trataba de alguna especie de claro. Un espacio entre los árboles. Podía adivinarlo tan sólo con ver la diferencia de la luz que allí había.

Se zambulló por debajo de los helechos y se arrastró por el suelo, empujando el rifle por delante de él, los últimos veinte metros que lo separaban del lindero del claro. Alzó la cabeza y vio a través de la cortina de lluvia lo que había al otro lado.

—¡Gak! —exclamó con un tartamudeo. Se giró para regresar e informar a Mkvenner, pero el explorador ya estaba justo a su lado.

—Bien hecho —le dijo éste en voz baja—. Mira lo que has encontrado…

No aparecía en los mapas, sobre todo porque aquello era bastante antiguo y los mapas eran nuevos. Ven y Jajjo retrocedieron para reunirse con los demás y los guiaron hasta aquel lugar.

Era una casa. Una casa grande. Un lugar de retiro y descanso. Rerval la describió como «una casa parroquial», y el nombre cuajó. Abandonada y casi invadida por las plantas, ocupaba una zona despejada dentro de la ladera de una colina situada en mitad del bosque y estaba orientada hacia el oeste. La habían construido con piedra caliza gris y placas de pizarra. Tenía dos pisos y quizás hasta un ático. Las ventanas cerradas de la parte frontal daban a un jardín completamente descuidado. Se podía distinguir un sendero cubierto de hierbajos que llevaba al porche frontal y los indicios de que debajo de los setos demasiado crecidos había un murete bajo y una puerta. Gutes y Caffran rodearon el edificio y echaron un vistazo a la zona posterior de la casa, donde descubrieron un ala con un solo piso que se extendía desde allí y un puñado de construcciones adicionales apiñadas contra la pared trasera del jardín, alrededor de un patio pavimentado. Más allá se extendía un jardín de plantas salvajes y un prado que subía hasta encontrarse con el lindero del bosque de pinos. En el

extremo del prado se alzaba un viejo muro en el que se apoyaban unas cuantas construcciones más, también en ruinas.

La lluvia ya caía de forma torrencial.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Feygor.

Se dividieron en dos grupos. Feygor, Gutes, Cuu y Brostin se dirigieron a la puerta delantera; Caffran, Rerval, Jajjo y Mkvenner se dispusieron a entrar por la trasera.

—Preparados —dijo Feygor en cuanto llegaron a la escalera de la parte delantera.

Los empapados Fantasmas que iban con él asintieron. Gutes y Cuu se colocaron uno a cada lado de la puerta de madera de grandes hojas. La pintura se estaba cayendo de los paneles. Feygor echó un vistazo a través de las ventanas del piso inferior, pero no vio nada más que polvo y sombras.

—Vamos a entrar —dijo por su microcomunicador.

—Recibido —le contestó Caffran desde el otro lado de la casa.

Feygor asintió. Brostin se acercó y estampó el hombro contra la puerta. Hicieron falta un par de arremetidas, pero la madera terminó astillándose y las puertas se abrieron de par en par.

Gutes y Cuu, con los rifles por delante, entraron inmediatamente detrás de él.

El recibidor estaba a oscuras y el aire olía a rancio y a cerrado. Moho. Alfombras viejas. Humedad. Penetraron un poco más en la penumbra y distinguieron una escalera y unas cuantas puertas que daban al recibidor. De las escaleras y del techo caían varios regueros de agua. Feygor entró empuñando el rifle, inclinado como si fuera un cazador.

Chasqueó los dedos y tanto Gutes como Cuu encendieron las linternas. Las colocaron sobre los montantes para la bayoneta de sus respectivos rifles e iluminaron todo el recibidor. Los grandes cercos de luz pusieron al descubierto un aparador de paneles lacados con soportes para velas de los que colgaban largas telarañas y un enorme espejo de marco dorado que les devolvió los inquisitivos rayos de luz. Un perchero, del que colgaba un solitario chubasquero. Una alfombra bordada. Flores secas en un jarrón. Una consola con una escribanía de bronce.

Cuu pulsó un interruptor de la pared. La gran lámpara de araña se quedó igual.

—No hay corriente —comentó.

—Vale —le contestó Feygor—, pero al menos tenemos un techo.

La lluvia siguió cayendo con fuerza. Retumbó un trueno. Feygor se dirigió hacia la puerta del recibidor que se abría a la izquierda.

Brostin ya había llenado el pequeño depósito de la llama piloto del lanzallamas y pulsó el botón de encendido. Se oyó primero una especie de carraspeo húmedo y después un siseo cuando la llama apareció por fin. Había dejado la abertura al mínimo, por lo que sólo apareció un pequeño cono de llama de color azul alrededor

de la bocacha del arma. El siseo del quemador inundó la estancia. Todos pudieron oler el promethium.

Brostin se acercó hasta donde estaba Feygor utilizando el lanzallamas como iluminación.

—Después de ti —le dijo.

Feygor abrió de par en par la puerta que daba al interior de la casa pero mantuvo la espalda pegada al quicio. Brostin entró, abriendo un poco más la válvula de salida del combustible y haciendo salir unas cuantas llamaradas cortas y de color amarillo vivo.

—Un comedor —dijo.

Feygor entró sin abandonar cierta cautela e iluminó las paredes con la linterna. Cuadros viejos de caras ceñudas. Jarrones y demás porcelana. Una mesa larga de madera barnizada de color oscuro y veinte sillas colocadas alrededor de ella. Una única bandeja con un par de piezas de fruta de piedra como decoración y un pequeño cuchillo de cocina.

Feygor regresó al recibidor. Gutes y Cuu habían abierto la puerta que daba a la habitación del otro lado. No se trataba más que de una sala de estar, con butacones y sofás cubiertos de sábanas. Una gran chimenea con una cesta llena de leños. Más telarañas.

Feygor cruzó hasta otra puerta al final de la estancia. La abrió de un empujón y apuntó la lámpara y el arma por el hueco. Una habitación pequeña, con las paredes repletas de estanterías vacías. Polvo. ¿Una biblioteca? ¿Un estudio? Dio un paso hacia el interior, cubierto por Gutes. Vio una especie de silla de capitán montada sobre ruedecitas de bronce. Colgadores y ganchos en las paredes donde antaño habían colgado objetos. Giró el rayo de su linterna hacia la derecha.

Encuadrado por la luz, el monstruo surgió de la oscuridad con los labios tensos y retraídos sobre unos dientes enormes y con las zarpas llenas de garras prestas a atacar.

—¡Feth! —gritó Feygor, y disparó contra el animal.

Le dio de lleno en la barriga y se produjo un estallido de piel y polvo. Gutes, sobresaltado por el disparo, pasó rodando por el hueco de la puerta y disparó a su vez.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Feygor por encima del ruido del disparo de Gutes. El monstruo siguió gruñéndoles. El canal de comunicaciones se llenó de ruido.

—¿Quién está disparando? —preguntó Caffran.

—¡Confirmad contacto! ¡Confirmad contacto! —Ese era Jajjo.

—¿Feygor? Responde —insistió con urgencia Ven.

Feygor se estaba riendo. Sus carcajadas sonaban monótonas y sin vida debido al aparato vocalizador de su garganta.

—Tranquilos. No hay contacto.

Gutes también se estaba riendo por el alivio que sentía.

—¿Qué demonios ha pasado? —les preguntó Brostin mientras entraba de lado en la estancia y alzaba su lanzallamas.

Abrió un poco la salida de combustible e iluminó toda la habitación. La enorme bestia de la esquina quedó por completo al descubierto subida sobre un pedestal con las garras preparadas para golpear. De su tripa perforada seguía cayendo todavía un poco de serrín mientras sus ojos de cristal reflejaban la luz de las llamas.

—¡Feth! —exclamó Brostin—. ¿Es que estáis deseando disparar, o qué?

—¡Creí que era de verdad! —protestó Feygor—. Me cogió completamente por sorpresa.

—Bueno —comentó Brostin—, lo que está claro es que lo habéis matado.

Feygor se acercó al trofeo disecado. Era toda una bestia. Alzada sobre sus patas traseras llegaba a los tres metros, con el cuerpo cubierto de un denso pelaje negro. Cada diente tenía el tamaño de un dedo de Feygor.

—¿Qué clase de bicho es ese? —preguntó Piet Gutes.

—Es alguna especie de úrsido —respondió Feygor mientras le daba un golpe en el pecho. Sonó a hueco.

—Es un behj —dijo Cuu desde el umbral—. Es un animal respetado, aquí en Aexe. El animal simbólico del país, el mayor depredador. He oído decir que el sezar lleva una piel de estas, y los nativos dicen que las garras son un amuleto de buena suerte.

—¿Cómo demonios sabes todo eso, Lijah? —le preguntó Brostin.

Cuu sonrió.

—He ganado unos pocos créditos en el mercadeo de las trincheras. Siempre viene bien conocer el terreno. Una pluma de estrútido te da suerte, pero una garra de behj…

—Siempre esperando tu oportunidad, ¿eh, Cuu? —le dijo Feygor en un tono de voz que intentaba mostrar admiración.

—Fijo que sí —le respondió Cuu.

Caffran había entrado con su equipo en la cocina trasera.

—Es extraño —comentó Mkvenner.

—¿El qué?

—Todo está limpio y ordenado…, excepto ese plato y esa taza al lado del fregadero.

—Alguien los olvidó allí con las prisas —dijo Rerval—. Se supone que toda esta región tuvo que ser evacuada.

—¿Y entonces por qué huele a ajo? —inquirió Ven.

Caffran iluminó con su linterna todas las sombras y pasó a través de un anexo a la cocina y de un lavadero que olía a humedad. Jajjo lo siguió.

Fue éste quien encontró una puerta en la cocina que se abrió con una simple patada. Daba a una pequeña despensa con las estanterías repletas de botes de fruta y

de jarras de verduras en conserva. Cuatro trozos grandes de carne en salazón colgaban de los ganchos del techo.

—Gak, la boca se me está haciendo agua —exclamó Jajjo. Habían estado comiendo las típicas raciones de campaña desde que aterrizaron en el planeta.

El comunicador sonó.

—Chicos, venid a ver lo que he encontrado —dijo la voz de Feygor.

El grupo de Caffran encontró a Feygor en la bodega de la casa. Un pequeño tramo de escaleras bajaba desde una puerta del recibidor y llevaba a su interior. Las hileras de botellas de vino, ordenadas por cosechas, estaban dispuestas en cinco filas de estantes.

Feygor tomó una botella, le rompió el cuello contra la pared de la bodega y echó un largo trago.

—Gutes, Cuu —dijo, después de eructar y lamerse los labios—. Subid y encended la chimenea. Pero meted muchos leños. Hemos encontrado alojamiento.

—Deberíamos asegurar el perímetro —dijo Mkvenner.

—Vale, pues ve y asegúralo —le replicó Feygor en tono cortante. Todos podían oír la lluvia y el viento que azotaban el exterior—. Haz lo que te dé la gana.

Mkvenner se quedó mirando a Feygor un momento antes de girarse hacia Jajjo.

—Vamos.

Los dos salieron de la bodega.

Feygor echó otro trago de la botella y miró a Caffran.

—No es sacra —le dijo—, pero creo que me va a gustar quedarme aquí.



OCHO
LA BOLSA

El peor día de mi vida. La peor parte de la línea. No se lo deseo a nadie. Ni siquiera quiero volver por allí.

Conde Golke, sobre la Bolsa de Seiberq

Esperaron en silencio hasta que los cañones dejaron de tronar, y salieron inmediatamente después. Saltaron por encima del parapeto con la ayuda de unas escaleras, hacia la oscuridad y el barro, dentro de los pequeños mundos individuales y asfixiantes que eran las máscaras antigás.

Eran exactamente las 3.30, y el día parecía estar a siglos de distancia.

—Manteneos juntos —gruñó Criid por el comunicador.

El sonido de su propia respiración resonaba en el interior de la máscara antigás de tela. El pelotón estaba disperso y rezagado. En algún punto a su izquierda se encontraba el vigésimo pelotón, el de Soric, y en algún lugar de su derecha estaba el decimoséptimo, el de Raglon. Su propio pelotón tenía que estar a su alrededor, aunque no podía verlo. Las malditas máscaras eran vendas para los ojos, mordazas y orejeras, todo a la vez.

Había una especie de luz. Centelleaba a través de las lentes de plástico imperfectas de la máscara. Una luz ambarina, apagada. La suficiente para distinguir el paisaje y las características de la tierra de nadie. Unos vapores neblinosos surgían de los cráteres de bombas y ocultaban las alambradas. Los charcos de agua contaminada de los boquetes abiertos en el terreno relucían con un resplandor enfermizo.

Aquello era un juego, y no precisamente divertido. Y nadie lo había querido. No desde que los habían transferido al sector 58.

Criid echaba de menos a DaFelbe a su lado. Le habían llegado noticias de que se estaba recuperando de la herida en el rostro. Había tenido que ascender a Mkhef al puesto de segundo del pelotón, pero no se llevaba tan bien con el desgarbado y larguirucho nativo de Tanith.

El terreno estaba húmedo y era pegajoso. Era como caminar sobre caramelo. Lo único que podía oír era el sonido ahogado de su propia respiración en el interior de la máscara antigás.

—¡Alambradas! —avisó una voz apagada.

Giró la cabeza. Era Mkhef, que estaba esperando mientras Kenfeld y Vulli se acercaban con las tenazas cortaalambres.

Criid se agachó. A su alrededor, de forma anónima, los Fantasmas iban llegando. Simples sombras bajo una luz débil, Todos iban envueltos en sus capas de camuflaje.

—¡Cortada! —informó Kenfeld con una voz que parecía salir de una caja. Se puso en pie y apartó los extremos rotos de alambre con sus manos enguantadas.

—Avanzad conmigo —susurró Criid.

Soric guiaba a su pelotón apenas a cincuenta metros a la izquierda de Criid. A pesar de la proximidad, no podía ver a ninguno de los del grupo de la sargento, ni a los de Obel, que en teoría estaban a cincuenta metros de su propio flanco izquierdo.

Agun Soric estaba sudando a chorros dentro de su máscara antigás. Odiaba combatir con la máscara puesta. Estaba cegado y constreñido, y su ya de por sí reducida capacidad de visión quedaba convertida en algo patético.

El barro era algo infernal. Húmedo, blando y profundo. Succionaba las botas y tiraba de los pies a cada paso, como si la tierra estuviese hambrienta. Soric tuvo que detenerse a cubrir al soldado Hefron, quien no se había atado bien las botas y había perdido una por la absorción del terreno.

—¡Ponte la maldita bota de una vez! —le ordenó malhumorado Soric mientras jadeaba en la oscuridad húmeda de su máscara.

—Lo siento, sargento, lo siento… —repetía Hefron.

—¡Cállate y átatela de una vez!

Soric echó el cuerpo hacia atrás intentando llenar de aire sus pulmones. Lo único que sintió fue una bocanada caliente y húmeda. El sudor comenzó a correrle por

encima del ojo bueno. No pudo limpiárselo.

—¡Gak!

Hefron se puso en pie de nuevo y Soric le indicó que se pusiera en marcha con un golpecito en la nuca. El sargento dio uno o dos pasos antes de tropezar con algo duro enterrado en el barro y caerse de bruces.

El barro líquido anegó los visores de la máscara. Ya no pudo ver más. Sintió el regusto del agua inmunda que empezaba a impregnar el filtro de gasa.

Unas manos lo agarraron por la espalda y lo levantaron.

—¿Sargento? ¿Está bien?

Era Viwo, con la voz distorsionada por el comunicador.

—Sí.

—¿Le han dado?

—No, me he caído.

—Joder, pensé que le habían dado.

—Límpiame los malditos lentes, por todos los… —le pidió Soric.

Oyó un chirrido húmedo y comenzó a recuperar la visión. Viwo estaba quitándole el barro de las lentes con los dedos.

—¿Está herido?

—No. Bueno, sí, me he dado un golpe en la pierna. Me he caído encima de algo.

Le costaba hasta respirar. Soric jamás se había sentido tan sofocado. Aquella máscara de los demonios…

—Déjame un momento, Viwo. Sigue adelante. Mantén reunido al pelotón antes de que se alejen demasiado.

Soric comenzó a andar mientras se tanteaba la pierna en busca del moretón causado por el golpe. Se había golpeado con fuerza contra algo al caer.

Tenía un objeto metido en el bolsillo. Lo sacó a ciegas y lo sostuvo delante de la máscara. Era el portamensajes de bronce.

El corazón de Soric comenzó a palpitar a mayor velocidad todavía. Estaba seguro de que había dejado aquel cacharro en la mesa del reducto.

Lo manipuló con torpeza debido a los guantes que llevaba puestos y al barro que los cubría y desenroscó la tapa. Allí estaba el trozo de papel azul doblado que temía encontrar.

Era difícil leer a través de la lente manchada de la máscara.

Decía: «El aire está limpio. No hacen falta las máscaras. Avisa al décimo acerca del molino».

Ponía algo más debajo, pero no lograba verlo con claridad.

Soric se desabrochó de un tirón los cierres de la máscara y casi se la arrancó al quitársela. Aspiró grandes bocanadas del frío aire exterior, un aire cargado del olor a combustible, a barro y a agua estancada.

Pero no a gas.

Se quitó los guantes también y se enjugó el ojo derecho, limpiándoselo de sudor.

—¡Comunicaciones! ¡Comunicaciones! —gritó.

Mohr, su operador de comunicaciones, cruzó a trompicones el terreno embarrado que los separaba y se sobresaltó visiblemente cuando lo vio sin la máscara antigás.

—¡Sargento, por Feth! ¡Nos ordenaron llevar las máscaras!

—El aire está limpio —le respondió Soric—. Comunícalo. El aire está limpio, te lo prometo.

Mohr se arrodilló dentro de un cráter de bomba y ajustó su aparato mientras se quitaba la máscara. Su joven rostro estaba enrojecido y lleno de gotas de sudor.

—Dame el micrófono —le ordenó Soric—. Aquí veinte, veinte para todos. El aire está limpio, repito, el aire está limpio. Quitaos las máscaras.

Soric se sentó con el micrófono todavía pegado a la boca. Giró el trozo de papel bajo la débil luz hasta que pudo leerlo.

—Noventa y uno, aquí veinte.

—Veinte, aquí noventa y uno. ¿Estás seguro de lo de las máscaras?

—Seguro. Confía en mí, Tona.

—Recibido, veinte.

—Novena y uno, aquí veinte. Creo que estáis cerca de una especie de molino. Es un edificio.

—Veinte, aquí noventa y uno. No aparece en los mapas.

—No hay nada de eso en los mapas, Tona. Tú ve con cuidado, ¿vale? Si ves un edificio, sé precavida.

—¿Tienes información reservada, Soric?

—Tú ten cuidado.

—Veinte, aquí noventa y uno. Tendré cuidado. Confirmado.

Soric apagó el micrófono y se recostó por un momento con la vista perdida en el cielo. Estaba oscuro, con el aire repleto de una neblina amarillenta. No se veían las estrellas. Deseó que se pudieran ver las estrellas.

—¿Ha acabado, señor? —le preguntó Mohr. Estaba empezando a ponerse nervioso. El pelotón los estaba dejando atrás.

—Todavía no —contestó Soric, y le echó otro vistazo al papel que tenía en el interior del puño apretado. Aquella línea debajo de la primera. Sus dedos húmedos habían hecho que la tinta se corriera. Tan sólo era una mancha. La miró atentamente. ¿Qué demonios decía? Debería saberlo. Había sido él quien lo había escrito.

Bueno, o algo con la misma caligrafía que él.

Algo, y eso lo sabía Soric aunque le atemorizase enormemente, en lo que debía confiar.

Algo, algo, no dejes que algo… ¿Qué ponía? Parecía que era «Raglon». ¿Era eso?

Mierda, ¿qué era lo que ponía? La primera parte había sido una advertencia para Tona. ¿Raglon también se iba a meter en problemas? Dios-Emperador, ¿qué ponía?

—¡La próxima vez escríbelo con un lápiz, por favor! —exclamó.

—¿Sargento? —le preguntó Mohr con voz nerviosa.

«Lo he dicho en voz alta», pensó Soric. Pulsó de nuevo el botón del micrófono.

—Dos cero tres, aquí veinte.

—Veinte, aquí dos cero tres.

La respuesta de Raglon le llegó de forma casi inmediata, como correspondía a un antiguo operador de comunicaciones.

—Dos cero tres, aquí veinte… Esto… Ten cuidado. ¿Vale?

—Soric, ¿puedes repetir?

—He dicho que tengas cuidado. No sé por qué, no sé de qué. Tú sólo… ten mucho cuidado. ¿Vale?

—Entendido. Dos cero tres, corto.

Soric le arrojó el micrófono a Mohr.

—Vámonos —le dijo mientras ponía en pie su gran corpachón. El barro y la oscuridad los rodeaban por todos lados. No se veía señal alguna de Viwo o del resto del pelotón.

Soric agarró a Mohr del brazo y lo obligó a caminar hacia adelante.

No había paisaje que se pudiera utilizar como orientación, tan sólo tierra reventada y restos variados. Por lo que Criid sabía, bien podían estar dirigiéndose de vuelta hacia sus propias líneas, pero de algún modo, Hwlan parecía ver el camino.

El explorador de Tanith marchaba en cabeza, haciendo avanzar con ligereza la línea extendida del pelotón por la tierra de nadie. Al menos habían tenido el alivio de quitarse las máscaras antigás. ¿Cómo había sabido Soric que el aire estaba limpio? Criid supuso que le habría llegado un mensaje de los rastreadores de atmósfera de la línea principal.

La oscuridad parecía sólida y los envolvía cada vez más. El hedor de la muerte y del agua podrida era casi asfixiante. Criid se puso a cubierto dentro de un cráter de bomba con Nessa y Vril, pero descubrieron que el fondo estaba lleno de agua y que tenían que compartirlo con varios cadáveres hinchados que flotaban en la superficie. Mkhef entró salpicando un momento después y retrocedió de un salto por el asco.

—¡Feth!

—¡Cállate, joder! —le susurró Criid—. Ya debemos de estar cerca de las líneas de Shadik.

Nessa trepó a rastras hasta el borde del cráter y echó un vistazo con la mira de su rifle de francotiradora.

—Alambradas a unos veinte metros. No se distingue movimiento.

—Feth —murmuró Mkhef de nuevo mientras intentaba alejar un cadáver hinchado por los gases de la putrefacción que no hacía más que flotar hacia él.

El comunicador sonó. Criid oyó la voz de Hwlan.

—Sargento, me parece divisar una especie de estructura. Nueve puntos al oeste. Parece… No sé…

—No te muevas —le ordenó Criid.

Indicó por señas a Nessa, Mkhef y Vril que la siguieran.

Los cuatro salieron del resbaladizo interior del cráter y echaron a correr hacia el oeste por el barro lleno de agujeros, agazapados detrás de una vieja alambrada ya oxidada. Llegaron hasta la parte trasera de un murete irregular de madera donde Hwlan se había escondido.

El edificio que se encontraba al otro lado estaba iluminado desde atrás por la neblina amarillenta que surgía de las líneas enemigas. No era más que una ruina, un cascarón vacío al que le había desaparecido una pared y con los restos de la chimenea elevándose hacia el cielo como una lápida. La estructura se alzaba en una hondonada por la que corría un pequeño arroyo y estaba rodeada de alambradas de espino. Parecía ser algún tipo de… molino. Algo parecido a un molino de agua.

Criid tenía una sensación de intranquilidad bastante desagradable que le había quedado después de recibir el mensaje de Soric.

Miró de nuevo a las ruinas, una mancha negra recortada contra el fondo de oscuridad amarillenta. Caffran tenía una excelente reputación en el tema de organizar asaltos. ¿Qué es lo que haría él?

Aquella idea la hizo detenerse. Caff. Criid sintió una gran opresión en el pecho. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo en ese preciso instante? ¿Estaría vivo todavía?

Qué estúpido era todo aquello: atravesar la oscuridad medio hundida en el barro con un arma en las manos, cuando lo que realmente importaba no estaba allí.

Caff…

—Sargento, ¿está bien? —le preguntó Mkhef con un susurro.

—Sí. ¿Por qué?

—Tenía una pinta un poco rara…

—Estoy bien —le cortó ella.

Lo estaba. Estaba bien. Era la sargento Tona Criid, del jodido Primero y Unico de Tanith, la única mujer que había logrado aquel rango. No iba a mandarlo todo a tomar por el culo. No importaba lo que sintiera por Caff, por Yoncy o por Dalin.

Había elegido ser soldado y se había esforzado por conseguir los galones. Lo del amor era un lastre que no necesitaba.

No en ese momento.

—¿Kenfeld? —dijo en voz baja por su microcomunicador.

—Sargento —respondió el receptor.

—Informe.

—Estoy al este de usted, al otro lado, con Mosark, Pozetine y Lubba.

—¿Veis algo?

—Sólo una casa en ruinas.

—Vale. Dile a Lubba y a Pozetine que avancen. Acercaos, pero esperad a mi señal. Vamos a asaltar en silencio ese sitio y desde este lado.

—Recibido, sargento.

—Asalto en silencio —repitió Criid por el comunicador a todos los del pelotón. Sacó el cuchillo de la montura para bayoneta del rifle y se colgó éste al hombro. Los demás hicieron lo mismo.

—¿A qué viene tanto cuidado, sargento? —le preguntó Vril.

—Tengo un presentimiento —contestó ella—. Esto puede ponerse difícil, pero quiero que se haga en silencio.

Los cuatro avanzaron sobre el barro negro hacia el edificio en ruinas. Era una construcción mayor de lo que Criid había pensado a primera vista. De gran altura, con paredes gruesas y sólidas, al menos las que quedaban en pie. Criid se agazapó detrás de una sección caída de techo y le indicó por señas a Hwlan que entrara. Vril le siguió. Criid entró a continuación con Mkhef pegado a sus talones. Nessa se quedó atrás con el rifle de francotirador preparado.

El interior del molino era como una cueva. El agua caía goteando por el techo abierto y por el suelo agujereado de la segunda planta. El suelo estaba repleto de trozos de rococemento triturado y de vigas rotas.

Criid avanzó a casi a ciegas entre aquella acumulación de restos. Pasó por encima de una enorme viga partida, cambiando el cuchillo a la mano izquierda para agarrarse mejor con la derecha. Hwlan, hacia el oeste, se arrastró por debajo de otra viga medio caída y a continuación atravesó el agujero de algún cañonazo en lo que quedaba de una de las paredes interiores.

Criid esperó hasta que oyó dos rápidos chasquidos en el microrreceptor. Era una señal no verbal común en el regimiento. Se lograba apretando suave y brevemente el botón del micrófono del comunicador. Dos chasquidos… despejado.

Comenzó a avanzar de nuevo e intentó pasar a través de un estrecho hueco entre dos bloques de rococemento, pero su capa no hacía más que enredarse con las barras metálicas de refuerzo que sobresalían de los bloques. Tuvo que retroceder y rodearlos.

Un chasquido. Había alguien. Se quedó completamente inmóvil.

Dos chasquidos. Siguió avanzando a rastras y atravesó una charca de agua estancada sobre los codos y las rodillas antes de subir un montículo de restos que sobresalía del agua intentando no hacer rodar ninguno de los cascotes sueltos.

Hwlan estaba esperándola en la parte superior, bajo lo que quedaba de la antigua

entrada a una estancia. Había un bulto oscuro e informe en las sombras, cerca de él. Criid se dio cuenta de que era el cadáver de un centinela de Shadik.

Esperaron hasta que Mkhef y Vril llegaron hasta donde ellos estaban, y luego atravesaron el umbral en ruinas hacia la siguiente parte del molino. Allí también reinaba la oscuridad, pero al otro extremo se veía una débil luz parpadeante, como las sombras producidas por una hoguera. Un momento después, vieron algo de movimiento: sombras de mayor tamaño que se recortaban contra la escasa luz.

Había un puesto de observación de Shadik en el otro lado del molino. Tres, quizá cuatro hombres, con capuchas y abrigos largos se afanaban en la estancia más alejada. Habían encendido una fogata dentro de un barril de combustible para darse calor evitando que la luz se viera desde el exterior. Hwlan tomó del brazo a Criid y le llamó la atención sobre un punto situado por encima de ellos. Vieron a otro soldado de Shadik a través de los tablones rotos del techo en el segundo piso. Estaba sentado detrás de un aparato de observación montado en un trípode y vigilaba la tierra de nadie en dirección al oeste.

No podrían llegar hasta él sin que se diera cuenta.

Criid les indicó por señas a los demás que siguieran adelante y que se encargaran de los soldados enemigos de la planta baja con sus cuchillos. Se descolgó el rifle del hombro y apuntó con mucho cuidado contra la tenue silueta que se veía allí arriba. Tendría que arriesgarse a disparar, pero tendría que ser un disparo muy bueno.

Esperó a que Hwlan le diera la señal. Tenía un buen ángulo. Merecía la pena efectuar un disparo.

A medio kilómetro en dirección sur desde el molino, el pelotón del sargento Raglon había llegado a los restos llenos de agua de una antigua trinchera. No era posible estar seguro de cuál de los dos bandos la había construido, y desde luego, no había forma de saber por qué la habían excavado de este a oeste. Quizás en otra época tuvo alguna clase de sentido táctico.

Raglon sudaba profusamente y estaba más nervioso de lo que se atrevía a admitir. Ya había participado en muchos combates al mando de una unidad en Fantine, aunque de modo provisional, pero aquélla era la primera vez que dirigía de manera formal una unidad en una operación de combate.

Raglon era un individuo serio y reflexivo, decidido, al igual que Criid y Arcuda, los otros dos sargentos noveles, a demostrarle tanto a Gaunt como a Hark que habían elegido bien en el tema de los ascensos. Le envidiaba a Criid el hecho de que ésta ya hubiera tenido una oportunidad de efectuar el bautismo de sangre de su unidad en la línea del frente. Lo cierto es que también envidiaba a Arcuda, que todavía esperaba en reserva en las trincheras secundarias. Gaunt no les había ocultado los grandes peligros que implicaban las incursiones en la tierra de nadie. Además, Raglon se había enterado por los soldados de la Alianza que había llegado a conocer, que la

Bolsa de Seiberq tenía muy mala reputación: la de ser una de las regiones más disputadas de toda la Línea Peinforq.

Les indicó por señas a sus hombres que entraran en la trinchera abandonada. Al menos, le ofrecía a su pelotón la oportunidad de avanzar hacia el este sin que los vieran.

La trinchera estaba repleta de cadáveres. Cadáveres antiguos. Los restos inidentificables de hombres que habían muerto quizás años antes y cuyos cuerpos jamás se habían recuperado. Los huesos de color marrón sobresalían del barro como ramas rotas.

El decimoséptimo pelotón avanzó en fila india, con las cabezas agachadas, aunque a veces tuvieron que seguir a rastras para pasar por aquellas secciones de la trinchera en las que las paredes se habían derrumbado desplomándose hacia dentro.

Raglon le había ordenado a Lukas, su encargado de comunicaciones, que conectara el aparato para que sonara sólo por los auriculares y de este modo impedir que cualquier mensaje sonara de repente en mitad de la tierra de nadie. Era un truco inteligente, una cuestión que a otro jefe de pelotón novato se le hubiera pasado por alto. Sin embargo, Raglon era un antiguo operador de comunicaciones y conocía aquel tipo de situaciones.

Donde Raglon carecía de experiencia era a la hora de juzgar el carácter de los demás. Desde que tomó el mando del decimoséptimo, concentró sus principales esfuerzos en establecer su autoridad. Aquel había sido el pelotón de Lhurn Adare, y Raglon tenía muy claro que no poseía el carisma del desaparecido sargento. Jamás sería popular, no del modo que Adare lo había sido.

De manera que decidió que la mejor forma de dirigir el decimoséptimo sería dejar que funcionase tal como lo había hecho bajo el mando de Adare. No quería interferir en los hábitos y las rutinas ya establecidas. Si el decimoséptimo había desarrollado una mecánica de combate con la que estaban satisfechos, como por ejemplo, a quién le gustaba formar grupo de tiro con quién, él no veía motivo alguno para cambiar todo aquello. Opinaba que los cambios arbitrarios harían que los miembros del pelotón se resintieran contra él, y era verdad, hasta cierto punto. Sin embargo, algunos hábitos procedían de la dejadez.

Cuando llegaron a la trinchera abandonada, los miembros del pelotón formaron una fila de modo automático, tal como a ellos les parecía, y Raglon no objetó nada. Suth, el explorador, marchaba en cabeza, con Costin pegado a su lado, y Raglon se colocó cuatro hombres por detrás del frente del pelotón.

Fue su primer error de mando.

Suth era un buen explorador. Costin, su amigo, era un borracho.

Adare sabía que Costin bebía demasiado. Había tratado de mantener oculta esa circunstancia. Costin era un buen tipo a pesar de su afición a la bebida, y un soldado

eficaz si se lograba mantenerlo alejado de la sacra. En una situación como aquella, era inevitable que Costin quisiera estar cerca de su amigo Suth. Adare se lo habría impedido y le habría mandado al final de la fila para tener mayor seguridad.

Cuando Costin se colocó con entusiasmo al lado de Suth, Raglon no creyó que fuera necesario impedirlo. Todo el mundo sabía que Costin le daba a la bebida. Raglon desconocía lo mucho que Costin había estado bebiendo desde la muerte de Adare.

La trinchera abandonada había sido excavada por la Alianza durante las primeras fases de la guerra, antes de que las construcciones principales de la Línea Peinforq fueran construidas. El ejército de Shadik nunca la había rellenado porque estaba más cerca de sus líneas que de las de la Alianza y constituía un excelente punto de partida y una magnífica cobertura para sus patrullas de incursión y de cortado de alambradas. De hecho, habían prolongado su flanco oriental hasta hacerlo llegar a sus propias trincheras.

Mientras el pelotón de Raglon avanzaba por ella, una escuadra de asaltantes se encaminaba en dirección contraria.

Suth se paró e hizo señales a la fila para que se detuvieran.

Le había parecido oír algo y quería comprobarlo.

—Voy contigo —dijo Costin con un siseo.

Suth se negó con una sacudida de la cabeza. Podía oler la peste a licor en el aliento de su amigo. *Quédate aquí*, le dijo articulando los labios. Costin estaba haciendo demasiado ruido.

—¡Vale! —replicó Costin. Se sentó y miró a Azayda, el siguiente hombre de la fila, con un encogimiento de hombros que quería decir «¿Qué se le va a hacer?».

Suth, furioso, agarró a Costin por la mandíbula y le dio una bofetada en la mejilla. *¡Cállate!*, articuló sin dejar escapar ningún sonido.

Costin lo fulminó con la mirada, frunció el entrecejo y se recostó contra la pared de la trinchera. Suth se dio media vuelta y comenzó a avanzar por el fondo anegado de la trinchera para después abandonarla, echar cuerpo a tierra y empezar a arrastrarse.

Costin, con su orgullo herido, se quedó mirando cómo Suth se alejaba. Se pasó la mano por la boca y luego escupió la porquería que se le había pegado allí sin darse cuenta. Aquello tenía mal sabor.

Se asomó un poco para ver hasta dónde se había alejado el explorador, pero Suth ya no estaba a la vista.

Costin se sorbió la nariz y sacó un pequeño frasco de cristal del bolsillo del pantalón de combate. Intentó tomar un trago, pero la petaca estaba prácticamente vacía y sólo notó los vapores del licor, de modo que la inclinó hacia arriba, volcándola del todo para que cayeran las últimas gotas.

El envase de vidrio lanzó un destello cuando la luz del lugar se reflejó en él.

Costin lanzó un aullido de dolor cuando una bala de rifle destrozó la botella y la mano que la sostenía. Un segundo después, otro proyectil le perforó la camisa a la altura del hombro derecho.

Costin comenzó a gimotear mientras caía al fondo de la trinchera.

Azayda dio un salto adelante en un intento desesperado por hacer callar a su camarada, y una tercera bala reventó la cabeza del verghastita como si fuera una fruta demasiado madura.

Raglon oyó los gritos y los disparos y soltó unos cuantos tacos en voz alta. Intentó llegar hasta allí, pero sus hombres se veían obligados a retroceder por la gran cantidad de disparos de rifle y las ráfagas de fuego semiautomático. Zemel se desplomó en el suelo, muerto en el acto. Tiñe recibió un tiro en la rodilla y otro le atravesó el brazo. Lukas se tambaleó cuando su aparato comunicador también fue alcanzado.

Suth estaba cuerpo a tierra, solo, en mitad de la tierra de nadie. Podía ver los destellos de los disparos que estaban acribillando a su pelotón. Distinguió las siluetas de los atacantes mientras se apresuraban a tomar posiciones de disparo.

Sintió la peor emoción que podía padecer un explorador de Tanith: había conducido a sus camaradas directamente hacia el peligro.

No lo dudó ni un instante. Se puso en pie y recorrió la trinchera por un costado disparando su rifle láser en fuego automático y acribillando a los atacantes por el flanco.

Logró matar a muchos antes de que la tremenda potencia de fuego enemiga acabara con él.

El pelotón de Soric, que se encontraba más al norte, se quedó completamente inmóvil y se dejó caer al suelo de forma inmediata en cuanto se oyeron los disparos. Agun Soric oyó primero los disparos de proyectiles sólidos y luego el fuego de respuesta de los rifles láser.

—Gak —exclamó—. Algún pobre cabrón ha entrado en combate.

Aunque odiaba admitirlo, sabía con toda seguridad quién era aquel pobre cabrón.

Raglon.

El repentino tiroteo a tan sólo medio kilómetro al sur sorprendió a Criid y le hizo bajar el rifle por un instante. Estaba a punto de apretar el gatillo justo en ese momento.

Vio que el centinela de la segunda planta del molino se ponía en pie y se dirigía apresuradamente al otro lado del ediflcio saltando y esquivando con habilidad los

agujeros en los tablones de madera. Oyó unas cuantas voces en la habitación trasera, del puesto de observación.

«¿Me espero o me lanzo?», se preguntó a sí misma.

Apuntó de nuevo.

—Hagan sus apuestas —dijo por el comunicador, y apretó el gatillo.

El disparo atravesó una plancha de madera y le arrancó la espinilla al centinela. El enemigo lanzó un grito, cayó, y acabó atravesando el suelo de madera podrida. Rebotó en una de las vigas antes de seguir cayendo hacia la planta baja.

Vril, Mkhef y Hwlan entraron en tromba y mataron a los demás con rápidas ráfagas inmisericordes.

Criid corrió a reunirse con ellos y ordenó al resto del pelotón que mantuvieran las posiciones. El sonido de un tremendo tiroteo les llegaba desde el sur. Vril y Hwlan se quedaron como cobertura mientras Criid y Mkhef registraban la zona del puesto de observación. Cazos de cocina, cajas de munición para la ametralladora pesada de calibre 45 que estaba colocada al lado de una ventana, latas de carne precocinada y un teléfono de campaña. También encontraron una estatuilla horrible hecha de arcilla pintada que Criid estampó contra una pared en cuanto la vio.

—¡Comprobad el perímetro! —ordenó.

—¡Eh, venid aquí! —gritó Mkhef.

Al final de la estancia, unas cuantas láminas de metal corrugado formaban el techado de la entrada a un túnel. Echaron un vistazo a su interior. Estaba oscuro, pero se veía bien reforzado con planchas de madera.

Lo más probable era que llegara directamente a las líneas de Shadik.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Vril.

Criid no le hizo caso. Estaba mirando el teléfono de campaña. La luz de la parte superior estaba parpadeando.

Feth.

—No podemos quedarnos aquí. O cerrarán el túnel en cuanto no les contesten o comenzarán a salir por él en tropel.

A lo lejos, al otro lado de la tierra de nadie, oyeron los cañones y los morteros de Shadik abrir fuego.

Miró de nuevo a la boca del túnel. Una oportunidad tan buena de llegar hasta las líneas enemigas… Pero no sería aquella noche.

—¡Retirada! —ordenó por el canal del pelotón de su microcomunicador.

Fue la última en salir del molino. Se detuvo un momento y lanzó una carga de demolición de tubo hacia la boca del túnel de comunicación y la cerró bajo una lluvia de tierra y barro. Si ellos no podían utilizarlo, tampoco lo harían los de Shadik.

La luz del amanecer llegó temprano a la Línea Peinforq, sucia y débil. Había

comenzado a llover de nuevo, mientras un bombardeo matutino resonaba hacia el norte.

Gaunt esperaba en su reducto de mando jugueteando con una taza de cafeína casi vacía.

Alguien echó a un lado la cortina antigás y entró: era el capitán Daur.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Gaunt con brusquedad.

—El quinto, el décimo y el undécimo han regresado. El décimo ha llegado hace escasos minutos.

—¿Pérdidas?

Daur negó con la cabeza.

—No entraron demasiado en contacto, simplemente retrocedieron cuando el frente se animó demasiado.

—¿Han encontrado algo útil?

—Criid lo ha hecho muy bien. Su grupo efectuó un reconocimiento en un antiguo molino que no aparece en los mapas. Era un puesto de observación. Eliminaron a las tropas que lo ocupaban. También había un pasadizo reforzado que llevaba hasta las líneas enemigas. Criid lo ha cerrado.

—¿Cómo?

—Con una carga de demolición. Está cabreada. Creo que habría entrado con su pelotón si la situación no se hubiera complicado.

—Hizo lo que debía.

Daur asintió.

—¿Y el decimoséptimo? —le preguntó Gaunt.

—Nada todavía. Ninguna señal. Sin comunicación con ellos. Soric y Criid confirman que los combates comenzaron en la zona de Raglon.

Gaunt dejó con cuidado la taza de porcelana en la mesa porque se dio cuenta de que había estado a punto de arrojarla contra la pared. Había enviado cuatro pelotones a la tierra de nadie la primera noche de la nueva estrategia de la Alianza y sólo habían regresado tres. Raglon. Había sido el encargado de comunicaciones de Gaunt durante bastantes años. Se sintió muy orgulloso al recibir los galones y el mando del pelotón.

—¿Qué hacemos, señor? —le preguntó Daur.

—Lo haremos siguiendo el libro —contestó Gaunt—. Que todo el mundo descanse. Mañana por la noche, otros cuatro pelotones y cuatro zonas nuevas. Haller, Bray, Domor y Arcuda. Que se preparen. Diles que…

—¿Qué, señor?

—Que mañana por la noche iré con ellos.

Daur se quedó callado un momento.

—Como su segundo al mando, señor, debo recomendarle que no lo haga.

—Tomo nota.

—Sólo para el informe, señor. Usted ya me entiende.

—Lo entiendo. Gracias por cumplir con tu deber, Ban.

—A mí también me gustaría ir, señor.

Gaunt logró sonreír un poco.

—Sabes que no puedo permitirlo. No podemos ir los dos a la vez.

—Entonces, déjeme ir en su lugar.

—Esta vez no, Ban. Logré una operación en condiciones para la mitad de los Fantasmas. Pienso quedarme al lado de los que han salido perdiendo con el trato. Quizá puedas ir pasado mañana por la noche. ¿Trato hecho?

—Trato hecho, señor.

Daur se había marchado pocos minutos antes, cuando la cortina antigás fue echada a un lado de nuevo y alguien entró. Se trataba de Zweil.

—He oído por ahí que nos falta gente —dijo el viejo clérigo de Hagia mientras se sentaba sin pedir permiso.

—El pelotón de Raglon.

—Quiero salir esta noche. Si existe alguna posibilidad de que los encontremos, quiero estar ahí.

—Padre, ni siquiera vamos a patrullar esa zona de nuevo. No tiene sentido.

Zweil frunció el entrecejo.

—¿Ni siquiera van a echar un vistazo?

—Estamos obligados a probar en otras zonas, no en las zonas donde los de Shadik nos están esperando. Es la táctica habitual de campaña.

—¿La de quién?

—La mía.

—Mmmmm —dijo Zweil. Se sentó enfrente de Gaunt—. Tienes un trabajo duro.

—Siempre es un trabajo duro.

—Sí, pero enviar a los pelotones a esa… tierra baldía… con la esperanza de encontrar un hueco en las líneas enemigas. ¿Por qué hacerlo otra vez?

—Lo sabes muy bien, Zweil. No finjas que Daur no te lo ha contado.

Zweil sonrió. A Gaunt siempre le había gustado aquella sonrisa, desde el primer momento que había conocido al viejo sacerdote en Hagia. Era una sonrisa confiada, sabia.

—Muy bien, Ibram. Finge que soy Daur. Confíame tus planes.

—Me parece que no puede ser. No posees la autorización necesaria.

—Podría tenerla si me la concedieses.

—No, Zweil.

El anciano alargó la mano con la palma hacia abajo y los nudillos apretados.

—Te la juego. A los nudillos.

—Oh, vamos. Por el amor del Emperador…

—A menos que tengas miedo de que un pobre sacerdote viejo te gane.

Gaunt se dio la vuelta con rapidez y pegó sus nudillos a los de Zweil.

—Nunca piques a un oficial de la Guardia Imperial —le dijo.

Zweil asintió. Un instante después había golpeado los nudillos de Gaunt con los suyos desde el lado derecho.

—¡Ay! —exclamó Gaunt—. ¡No sabía que habíamos empezado!

—Ahora ya lo sabes. ¿Al mejor de tres?

Gaunt se detuvo un momento antes de intentar golpear la mano de Zweil, que éste apartó rápidamente.

En respuesta, Zweil hizo una finta con la mano y golpeó los nudillos de Gaunt de nuevo por la derecha.

—¿Al mejor de cinco? —le preguntó Zweil con una sonrisa.

—No. Ya es suficiente.

—Entonces, ¿me concederás la autorización?

—No.

Zweil suspiró y se reclinó contra el asiento.

—Te he pillado dos veces.

—Sí, sí, ya…

—Las dos desde el mismo sitio.

—¿Qué?

—Desde el mismo sitio.

—¿Quieres decirme algo?

Zweil asintió.

—Te pillé porque no creiste que intentara lo mismo dos veces seguidas. ¿Qué pasa si los de Shadik piensan igual?

—Muy listo. Anda, sal de aquí.

Zweil se puso en pie.

—Prométeme una cosa, y es lo menos que puedes hacer después de ver cómo te he ganado.

—Dime.

—Si decides salir de exploración por esas mismas zonas esta noche, llévame con vosotros.

Gaunt dudó un momento.

—Sí, padre —aceptó finalmente.

—Bendito seas —le dijo Zweil.

Gaunt había hecho venir a Criid al puesto de mando. Quería saber algo más sobre aquel molino que ella había encontrado, pero cuando llamaron a la entrada descubrió que no era Criid. Se trataba del conde Golke.

Llevaba puesto el uniforme de combate.

—¿Va a algún lado? —le preguntó Gaunt.

—Cuando salgan de nuevo esta noche, iré con ustedes.

—¿Y por qué iba a hacerlo, señor? Usted es el oficial de enlace. Ya dejó atrás el servicio de combate en el frente.

—Conozco toda esta zona, Gaunt. He combatido aquí. Te he metido en este follón, aunque no fue mi intención. Creo que puedo ayudaros.

—¿De veras?

Golke asintió.

—Está bien… ¿Qué es ese molino?

—Supongo que debe ser el viejo molino de agua Santrebar. No sabía que todavía se mantenía en pie.

—Bueno —dijo Gaunt—, al menos ya tiene un nombre, pero no creo que…

—Yo era soldado, Gaunt, antes de convertirme en cualquier otra cosa. Antes de verme arrastrado a toda esta tontería de maniobras políticas que dirige esta guerra. Creo que ya no sirvo como oficial de estado mayor. Déjame ser un soldado de nuevo.

Alguien llamó a la entrada.

Criid entró.

—Me presento tal como se me ordenó, señor.

—Siéntese, sargento, y háblenos al conde y a mí de ese molino.



NUEVE
LA CASA PARROQUIAL

¿Embrujada? Bueno, de lo que no hay duda es de que está llena de Fantasmas.

Soldado Brostin

La tormenta que había comenzado la noche anterior no daba muestras de disminuir de intensidad. Las gotas de lluvia tamborilearon con fuerza contra el tejado del edificio y repiquetearon contra los cristales de las ventanas a lo largo de todo el día. Ya pasada la medianoche, las descargas de truenos y los brillantes destellos de los relámpagos hicieron que pareciera que no se habían marchado de la línea del frente y que estaban soportando un bombardeo enemigo.

Cuando llegó el amanecer, el aparato eléctrico de la tormenta había cesado, pero la lluvia arreció todavía más. Parecía que las enormes nubes de tormenta de color negro fuesen demasiado pesadas para lograr superar los picos del macizo montañoso y se hubieran quedado atascadas allí mientras inundaban el bosque de agua como si fuesen dirigibles que estuvieran soltando lastre.

Caffran podía ver el sombrío jardín delantero a través de las ventanas del porche chorreantes de agua. Cuando lo vio la noche anterior, ya le pareció descuidado y lleno

de maleza, pero con la tormenta estaba aún peor, pues se había llenado de hojas, ramas rotas y demás restos a lo largo de la noche. Unos arroyuelos de agua de lluvia salían a borbotones de la zona alta del jardín posterior encauzados por una zanja con seto de la parte oriental del lugar que llegaba hasta la puerta principal del terreno. De hecho, una parte del pequeño prado estaba completamente inundada.

Salió del recibidor y entró en la cocina. Todavía era muy temprano. Del estudio le llegaban unos fuertes ronquidos. Decidió que no tenía sentido despertarlos. Unos cuantos cazos y pucheros de los armarios de la cocina estaban repartidos por el recibidor y las escaleras que daban al piso de arriba. Todos tintineaban de forma rítmica a medida que iban cayendo incesantemente las gotas de agua. Caffran desplazó un poco uno de ellos para que recogiera más de lleno el chorro especialmente fuerte que caía sobre él.

Mkvenner, Jajjo y Muril estaban en la cocina. Ven estaba sentado a la mesa estudiando el mapa que les habían dado y masticando una barra de comida prensada. Muril estaba sentada al lado de la ventana bebiendo a sorbos una taza de cafeína. Jajjo le dio los buenos días a Caffran y le ofreció una taza del cazo que estaba puesto al fuego. Estaba masticando un trozo de la cena de la noche anterior.

Muril y Larkin se habían reunido con ellos una hora después de que hubieran llegado al edificio. Estaban empapados, pero traían con ellos una rama cortada a cuchillo de la que colgaba un pequeño ciervo. El destacamento diecinueve había cenado a base de bien. Algunos de sus miembros también habían bebido a base de bien.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Caffran mientras se sentaba enfrente de Mkvenner.

—A mí no me lo preguntes —le contestó Mkvenner con voz hosca y sin alzar la mirada.

Caffran levantó las manos en gesto de rendición apaciguadora.

—Sólo preguntaba.

Mkvenner dejó escapar un suspiro y se reclinó en la silla.

—Lo siento, Caff. No quería ser borde. —Dobló el mapa, se levantó y se envolvió en la capa de camuflaje—. Voy a salir a comprobar el perímetro.

Salió bajo la lluvia torrencial y cerró la puerta a su espalda.

El viejo pasador cayó con un chasquido.

—¡Feth! —exclamó Caffran—. ¿Qué bicho le ha picado en el culo?

—A mí me parece muy normal —murmuró Muril con un tono de voz tan sombrío como el día.

—Vamos, está intratable, incluso para lo que es habitual en él —replicó Caffran.

—Creo que está hasta las pelotas de la actitud de Feygor —comentó Jajjo—. Quería que saliéramos temprano, que nos internáramos en el bosque, pero todos están

durmiendo la mona todavía. Además…, nadie se quedó de guardia ayer por la noche.

—Yo sí —contestó Caffran.

Jajjo asintió.

—Sí, los tres lo hicimos. Pero se supone que Brostin y Cuu tenían que hacerlo de madrugada, y ni se preocuparon. Estaban demasiado ocupados manteniendo su estado de inconsciencia.

—Feth… —dijo Caffran en voz baja.

Aquello le preocupó. No recordaba la última noche que había pasado en el campo de batalla sin que hubiera alguien de guardia en el perímetro. Cualquiera podría haberse colado en la oscuridad. Toda la República de Shadik podía haberse colado en la oscuridad.

—Voy a despertar a Feygor —dijo Caffran finalmente.

—¿Te parece una buena idea? —le preguntó Muril.

—No, puede que no —respondió Caffran después de pensarlo un momento y sentarse de nuevo—. Por la cantidad de bebida que trasegó anoche, no va a estar de buen humor esta mañana.

—Ni él, ni Brostin, ni Gutes, ni Cuu —comentó Jajjo. El tono de desaprobación de su voz era muy evidente—. Como si estuvieran de permiso.

Caffran sonrió. Jajjo le caía bien, pero el tipo llegaba a comportarse como un auténtico estirado en algunas ocasiones. Aunque sólo Feygor y sus amigachos habían acabado por los suelos la noche anterior, todos habían tomado una copa o dos, incluso Ven. Sin embargo, Jajjo no. Caffran se dio cuenta de que jamás había visto a Jajjo beber.

—Tienes que darles un poco de manga ancha —le dijo Caffran al verghastita—. Sé que estamos de patrulla, pero esto no es nada comparado con el servicio en la línea de trincheras. Es normal que se suelten un poco el pelo ante una oportunidad como esta.

Jajjo inspiró profundamente.

—Lo que tú digas.

Oyeron unas voces procedentes del recibidor, y Larkin y Rerval entraron en la cocina unos momentos después. Tampoco ninguno de los dos había acabado borracho la noche anterior, aunque Rerval sí se había puesto un poco alegre. Larkin se había retirado temprano.

—Puede ser el tiempo —iba diciendo Larkin.

—No me parece normal —le contestó Rerval—. No recibo ninguna clase de señal.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Caffran.

—No hay señal —le contestó Larkin mientras se servía una taza de cafeína.

—No es que no haya señal —insistió Rerval—. Es que al comunicador le pasa

algo.

—¿Estás seguro? —inquirió Muril—. Puede ser cosa del tiempo.

—No empieces tú también con eso —la cortó Rerval sacudiendo la cabeza—. Voy a tener que desmontarlo. Bueno, en cuanto haya tomado algo.

—¿Tienes la cabeza espesa? —le preguntó Jajjo sin ninguna clase de simpatía.

—No —replicó Rerval. El comentario en plan bronca lo había puesto de mal humor—. Me he despertado un millón de veces, esta noche. Este sitio está lleno de ruidos rarísimos.

—Sí, sé a lo que te refieres —dijo Caffran—. ¿Cómo has dormido, Larks?

—Como un bebé —respondió Larkin en voz baja.

Caffran se preguntó dónde lo había hecho. Los bebedores habían pasado la noche en el estudio al lado de la chimenea encendida. El resto habían ocupado los diferentes dormitorios de la primera planta: Jajjo y Mkvenner en uno, mientras que Rerval, Muril y Caffran habían dormido en el otro.

—Bueno, voy a hacer algo útil —exclamó Jajjo—. Quizá me ponga a limpiar.

—¡Estás de guasa! —le soltó Muril.

—Dejamos el comedor hecho un asco ayer por la noche. Esta es la casa de alguien.

—De alguien que se marchó hace unos cuantos años —le indicó Rerval—. Todo este sector fue evacuado. Corbec nos lo dijo.

—Aun así, creo que no es muy educado dejarlo desordenado. No somos saqueadores. Bueno, yo al menos no lo soy. A lo mejor algún día vuelven sus dueños.

Todos se quedaron mirándolo.

—Bueno, vale. Si vamos a quedarnos otro día, nos harán falta los platos limpios.

Caffran soltó un suspiro.

—Te ayudaré —le dijo.

Los dos salieron de la cocina y cruzaron el recibidor para llegar al comedor. La estancia estaba a oscuras, por lo que pudieron ver con claridad el pequeño resplandor que iluminó brevemente las ventanas. Unos instantes después, llegó el retumbar del trueno en la lejanía.

—Feth —comentó Caffran—. ¿Es que no va a dejar de llover?

Jajjo se detuvo en la entrada del comedor y se quedó mirando fijamente algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Caffran.

—Ese chubasquero. Estaba en el perchero ayer por la noche cuando llegamos.

—Sí, y todavía sigue ahí.

—Vale, pero ahora está mojado.

Se había formado un pequeño charco en el suelo, a los pies del perchero de madera.

Caffran miró a Jajjo y vio la expresión de su cara.

—No empieces. Alguien lo utilizó ayer por la noche, ya está.

—¿Quién?

Caffran se encogió de hombros.

—¡No lo sé! Quizás alguien que estaba muy borracho, ¿vale? Tenemos a varios candidatos para eso.

Jajjo sonrió, tranquilizado. Entraron en el comedor y se quedaron atónitos.

La mesa estaba despejada y limpia y las sillas colocadas de nuevo en su sitio. Toda la vajilla había desaparecido.

—Pero ¿qué demonios…? —empezó a decir Caffran.

—Pensaba que se suponía que los Fantasmas éramos nosotros —murmuró Jajjo.

—Te he dicho que no empieces con… —le respondió Caffran con voz cortante, pero sus palabras fueron interrumpidas por un repentino grito procedente del estudio.

Y por una ráfaga de disparos láser.

—¡Cabrones! ¡Cabrones! —aullaba Feygor.

Iba casi desnudo, sólo llevaba puestos los calzoncillos, y estaba sentado sobre su saco de dormir arrugado con el rifle en ristre. Caffran y Jajjo entraron en tromba con los cuchillos en la mano. Un segundo después aparecieron Rerval, Muril y Larkin, procedentes de la cocina.

El behj disecado estaba tirado de espaldas delante de Feygor con la cabeza arrancada de un disparo. El serrín bajaba flotando por el aire. Brostin, Gutes y Cuu, tumbados sobre sus sacos de dormir, parpadeaban intentando despertarse del todo.

—¿Qué coño está pasando? —les preguntó Caffran.

—¡Esos cabrones! —chilló Feygor—. ¡Me he despertado y me he encontrado a este bicho de mierda de pie encima de mí! ¡Ja, ja…! ¡Muy gracioso, cabrones! ¿Quién lo ha puesto ahí?

—Lo que está claro es que esta vez lo has matado —dijo Cuu antes de dejarse caer de nuevo sobre el saco de dormir.

—¿Quién lo ha puesto ahí? —repitió Feygor.

Gutes negó con la cabeza.

—¡Cabrones! —gritó Feygor, y le dio una patada a la bestia disecada.

—¿Alguien lo ha puesto ahí? —preguntó Caffran.

Se oyó un coro de «no» y de «yo no he sido». Miró a Jajjo antes de que el soldado de tez oscura abriera la boca.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

—Creo que este lugar está hechizado —comentó Jajjo de todas maneras.

—¡Que te den por el culo!

—¡Jodido idiota!

—Te advertí que no lo dijeras —le reprendió Caffran.

—Vale, pues dime: ¿quién lo ha lavado todo? —le preguntó Jajjo.

Se produjo un silencio.

—Yo lo hice —acabó diciendo Gutes.

Rerval y Caffran lanzaron un gemido de protesta.

—¡Que os den por el culo! Es difícil desprenderse de los antiguos hábitos.

Gutes se puso en pie y se acercó para tomar una taza.

—El viejo lavaplatos Gutes —dijo Larkin con una sonrisa.

—Te he oído, mamón de mierda —les llegó la voz de Gutes desde el recibidor.

—¿Y lo del animal disecado? —exclamó de repente Caffran—. ¿Brostin? Tiene que ser alguien bastante fuerte para lograr mover todo eso.

Brostin se dio la vuelta sobre su saco de dormir y se puso las manos detrás de la nuca. Aquel gesto resaltó el enorme volumen de sus bíceps y de sus pectorales. Se quedó mirando a Caffran.

—¿Me estás acusando, Caff?

—Sí, me parece que es tu estilo.

—Sí, bueno… Lo es. Ha sido divertido de narices. ¿Verdad?

Cerró los ojos y se puso boca abajo de nuevo.

—¡Cabrón! —le espetó Feygor, y le tiró una bota.

Caffran se dio media vuelta y empujó levemente a Larkin, a Rerval, a Muril y a Jajjo para que salieran.

—Dejad que lo resuelvan ellos —les dijo.

Gutes estaba en la cocina bebiendo lo que quedaba de la cafeína recién hecha.

—Bueno, gracias de todas maneras por guardarlo todo —les dijo cuando entraron.

—¿Cómo? —le preguntó Caffran.

—Los platos y todo lo demás. Lo lavé todo, pero como no sabía dónde guardarlo, lo dejé en el fregadero.

Se quedó mirando sus caras.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

A mediodía todo el mundo estaba levantado. Brostin, Feygor y Cuu todavía seguían sólo con la ropa interior puesta, con el entrecejo fruncido y una resaca tremenda. El resto del destacamento diecinueve estaba con el equipo preparado y matando el tiempo de alguna manera.

Muril había encontrado un tablero de regicida y las piezas correspondientes y estaba echando una partida con Larkin.

Rerval llegó tenso de la cocina.

—¿Quién es el cabrón que lo ha quitado? —preguntó en general.

—¿Quitar el qué? —le preguntó a su vez Feygor.

—El comunicador no funciona porque alguien le ha quitado el circuito principal de transmisión. No tengo una pieza de repuesto de esa clase. ¿Quién lo ha cogido?

Se produjo un encogimiento general de hombros acompañado de negativas con la cabeza.

—Vamos…

—No somos técnicos precisamente, Rerval. No andamos trasteando con esos cacharros —le respondió Brostin—. ¿Tengo pinta de ser un adepto del Mechanicus?

—Alguien lo ha hecho, y ha sido un trabajo limpio. ¿Feygor?

—¿Por qué me miras a mí, soldado?

—Quizá pensó que podríamos quedarnos una o dos noches más para disfrutar de las instalaciones si de repente perdiamos el contacto con nuestra base.

Feygor dejó su taza sobre la mesa.

—¿Sabes qué, Rerval? Ojalá hubiera pensado en eso. De verdad. Es limpio y es astuto. Me sirve a la perfección, pero ya tenía planeado quedarme aquí durante un tiempo de todas maneras, con comunicaciones o sin ellas. No jodí tu querido comunicador de mierda.

Se inclinó hacia adelante y miró a Rerval directamente a los ojos.

—No me vuelvas a acusar de una mierda como esa, cabronazo.

Rerval parpadeó y apartó la vista de repente.

—Lo siento —dijo.

—¿Lo siento qué? —replicó con dureza Feygor.

Todo el mundo se quedó mirando con expresión inmutable. A Caffran no le gustaba ni un pelo lo que estaba viendo. Feygor era un matón, con una vena cruel tan grande como el macizo de Kottmark.

—Lo siento, Feygor, señor.

—Mucho mejor —aceptó Feygor, y se echó hacia atrás de nuevo.

—Fijo que sí —murmuró Cuu desde la parte posterior de la estancia.

Feygor dejó escapar un bostezo.

—¿Alguien quiere contarme algo sobre ese circuito? Ya que hablamos del tema… Como ya he dicho, me viene bien que el comunicador no funcione, pero me gustaría saber quién lo ha saboteado. ¿Y bien?

Nadie habló.

—Vale… —siguió diciendo Feygor con una sonrisa taimada—. Si al culpable no le importara colocar ese circuito de nuevo en el cacharro de este majadero llorón digamos dentro de… ¿tres días? Eso sería perfecto, y no se lo mencionaría a Corbec. ¿Entendido?

Los soldados se removieron, incómodos. Los truenos seguían retumbando sobre el bosque y la lluvia todavía azotaba la casa. Feygor miró a Brostin.

—Ve y trae más vino —le ordenó.

Brostin se puso en pie y se alejó arrastrando los pies.

—¿No vamos a salir hoy? —le preguntó Caffran.

—¿Tengo pinta de ir a salir, Caff? ¿La tengo?

—No, señor.

—Entonces, lo más probable es que no lo haga.

—Deberíamos… —empezó a decir Jajjo.

—Y no quiero oírte decir ni una palabra, verghastita. ¿Entendido? —Feygor echó el cuerpo hacia atrás y puso la silla sobre sus dos patas traseras—. Mirad —empezó a decir en un tono de voz menos agresivo—, ¿os habéis fijado en el tiempo que hace? No va a aflojar. Tal como yo lo veo, lo mejor es que nos quedemos aquí hasta que pare. Estaríamos locos si intentáramos seguir con un tiempo como este. No pretendo ofenderte, Larks.

—No me has ofendido —le contestó Larkin.

—¿Alguien no está de acuerdo con eso? ¿Alguien no está de acuerdo con que yo esté al mando? Porque me parece recordar que así lo estableció el coronel Corbec.

La puerta trasera se abrió y entró Mkvenner chorreando agua por los pliegues de su capa de camuflaje. Miró al grupo de figuras allí reunidas.

—Supongo que no vamos a ningún lado —dijo con un tono de voz sombrío.

—¿Algún contacto? —le preguntó Feygor.

Mkvenner negó con la cabeza.

—Nada. El perímetro está asegurado, aunque alguien ha estado en una de las casetas del jardín trasero. Parece que sólo ha dormido allí.

—¿Hace poco? —inquirió Feygor.

—No estoy seguro —le contestó Mkvenner.

—Entonces, no tenemos de qué preocuparnos.

—Tú mandas —se limitó a decir Mkvenner.

—Vaya, sí, sí que lo hago —replicó Feygor.

Mkvenner se quedó callado un momento.

—Las órdenes de la misión indican que debemos explorar este valle —le comentó a Feygor.

—Y eso haremos —indicó Feygor.

—¿Cuándo?

—Cuando esté preparado —contestó Feygor mirando fijamente a Mkvenner—. Ven, deberías relajarte.

—Hay muchas cosas que debería hacer, Feygor, pero no las liaré.

«Feth —pensó Caffran—, esto se puede poner muy feo».

—Mira, Ven, ¿sabes lo que te digo? ¿Quieres explorar el valle? Muy bien, adelante. Lo harás más rápidamente sin nosotros. Sal, echa un vistazo al terreno, y vuelve. Puede que para entonces el tiempo ya se haya despejado.

—¿Es una orden?

—Sí. ¿Por qué no? Lleva a cabo una patrulla con profundidad, comprueba cómo

está la situación y regresa. En cuanto se acabe la tormenta, saldremos y acabaremos la exploración contigo. Piensa en nosotros como en tu campamento base. Como tu cuartel general. Nos haremos cargo de todo por aquí.

Mkvenner tenía una expresión helada en los ojos.

—¿No deberíamos consultar a la base de Ins Arbor sobre eso? —preguntó.

—Ay, por desgracia, el comunicador está estropeado —le contestó Feygor con una sonrisa de satisfacción.

Mkvenner miró a su alrededor.

—De acuerdo. Estaré fuera un día como máximo.

—El Emperador protege —fue la respuesta de Feygor.

Brostin regresó en ese preciso momento cargando en los brazos un montón de botellas de vino.

—¿Estas valdrán? —preguntó.

—Seguro que sí —contestó Feygor.

Mkvenner lanzó una última mirada despreciativa a Feygor, a Brostin y a las botellas antes de salir.

—¡Ven! ¡Ven! —gritó Caffran mientras corría bajo la lluvia por el prado de la parte posterior de la residencia en dirección al explorador que se alejaba.

Mkvenner se detuvo y le esperó. Los truenos resonaron por encima de sus cabezas.

—Esto no está bien —dijo al llegar junto a él.

—Sí, pero está ocurriendo —respondió Mkvenner.

—Feygor se está pasando de la raya.

Mkvenner asintió.

—Sí que lo está haciendo, pero él está al mando de este destacamento. ¿Qué piensas hacer? ¿Amotinarte?

—Corbec lo entendería.

—Sí, sí que lo haría, pero si tú o yo nos enfrentamos con Feygor, la situación podría ponerse muy mal antes de que Corbec pudiera llegar a tiempo para intervenir. Es una mierda, pero es mejor dejarlo así.

Caffran se encogió de hombros.

—Podríamos ir contigo.

—¿Quiénes?

—Pues Muril, Rerval, yo…, Larkin probablemente. Jajjo seguro. Quizás hasta Gutes.

Sonó otro retumbar de truenos.

—Me llevaré a Jajjo. Dile que salga.

—¿Eso es todo?

Mkvenner miró furibundo a Caffran.

—Piensa en ello del siguiente modo: me encantaría quedarme unos cuantos días en este lugar, ponerme ciego y contar batallitas, pero tenemos unas órdenes. Existe una posibilidad…, una leve posibilidad de que haya actividad enemiga en este bosque. Mientras exista la posibilidad más mínima, voy a cumplir esas órdenes.

—Sí, pero…

Ven alzó un dedo para hacer callar a Caffran.

—En una galaxia ideal, todos deberíamos ir. Tal como se supone que deberíamos hacer. Pero gracias a gente como Murtan Feygor, ésta no es una galaxia ideal, así que tenemos que improvisar. Después de todo, en eso somos buenos. Si descubro algo por ahí fuera, que el Emperador me proteja, me gustaría disponer de una patrulla con potencia de fuego a mi espalda. Si no dispongo de eso, al menos me gustaría saber que existe una posición fuerte y bien defendida a la que puedo retirarme y que no está muy lejos de esa misma espalda. Quédate aquí, Caff. Justo aquí. Echa mano de Muril, de Rerval, de Larkin, incluso de Gutes, como tú dices, y prepara este lugar. Sólo por si acaso.

—Vale. Si eso es lo que tú quieres…

—Es lo que quiero. No lo que desearía, pero me servirá. Por lo que a mí respecta, tú estás al mando aquí a partir de ahora. Quédate en esta casa parroquial y espérame. Feygor recibirá su merecido cuando regresemos a la base. Yo me encargaré personalmente de ello. De momento, preocupémonos sólo de cumplir las órdenes y de no cagarla.

Caffran asintió.

Mkvenner le estrechó la mano y la apretó con fuerza.

—Confío en ti.

—Manda alguna señal cuando puedas.

—Estos microrreceptores no tienen mucho alcance, no más de un par de kilómetros en este bosque.

—Hazlo de todas maneras. Si son malas noticias…, manda esta señal: «Justo castigo».

Mkvenner sonrió. Caffran no le había visto hacerlo demasiadas veces.

—Vale. Mándame a Jajjo. Te veré dentro de un día y una noche.

Caffran se quedó de pie observando cómo Mkvenner se alejaba hacia el bosque hasta que, finalmente, desapareció en la espesura.

Resonó otro trueno.

—¿Dónde está Jajjo? —preguntó Muril al entrar en la cocina.

La tormenta había empeorado y la luz era muy mala. Se oían ruidos de borrachos y grandes risotadas procedentes del estudio.

—Se ha ido con Ven —le contestó Caffran.

Muril se sentó al lado de la ventana.

—¡Vaya, eso es típico! —soltó con un tono de voz airado.

—Tranquilízate —le dijo Rerval.

—¡Que te den, tanith! Toda esta misión se está yendo a la mierda —le espetó a modo de queja.

Les llegó una carcajada especialmente ruidosa. Un tremendo estrépito. Más risas.

—¿Qué es lo que están haciendo? —preguntó Caffran.

—Están utilizando el animal disecado como ariete —le aclaró Rerval—. Creo que el juego consiste en ver cuánto tiempo aguanta uno de ellos encima mientras los demás corren por la habitación con el bicho a cuestas.

—Niñatos —comentó Muril en tono despectivo.

—Escucha —le dijo Caffran—, he estado hablando con Ven. Cree que no merece la pena enfrentarse a Feygor, pero quiere que fortifiquemos este lugar por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —le preguntó Rerval.

—Por si acaso él y Jajjo descubren algo ahí fuera. ¿Vale? ¿Dónde está Larkin?

Rerval se encogió de hombros.

—Muril, ¿has visto a Larkin?

—No —contestó preocupada—. ¿Por qué demonios tiene Jajjo que ser explorador? ¿Por qué?

—Olvídalo —la reprendió Caffran—. Tenemos que concentrarnos. Haremos guardias de dos horas. Muril, ¿te encargas de la primera?

—Claro —contestó ella.

—Rerval. Comprueba el perímetro y después comienza a construir alguna clase de cobertura para nosotros. Cualquier cosa que puedas encontrar y utilizar.

Rerval asintió.

—¿Qué vas a hacer tú, Caff?

—Voy a buscar a Larks.

Llegó la noche. La tormenta continuó azotando el bosque e inundando el lugar. Muril estaba agazapada y tiritando en una de las casetas exteriores, un antiguo invernadero en el extremo del jardín trasero encarado al norte. Vigilaba el lindero del bosque, una línea oscura de árboles medio tapados por la cortina de lluvia.

Rerval le llevó una taza de cafeína bien caliente y un plato con un trozo de ternera curada.

—¿Has estado muy ocupado? —le preguntó Muril.

—No hay mucho que se pueda utilizar, pero he logrado levantar una barricada a lo largo del patio en la parte posterior de la cocina, y he tapado con planchas de madera las ventanas de la planta baja de toda la parte de atrás de la casa.

—¿Dónde está Caffran?

—Haciendo la ronda.

Caffran estaba vaciando los cazos, en realidad. Nadie se había ocupado de cambiar los cazos y los cuencos que había debajo de las goteras y algunos de ellos ya rebosaban. Abrió la puerta delantera y los fue vaciando bajo la lluvia torrencial.

El recibidor estaba levemente iluminado por la luz que se escapaba del estudio junto al ruido de juerga y al aroma de un fuego de leña. Caffran pudo oír cómo Brostin contaba una anécdota picante y Cuu y Gutes estallaban en carcajadas. Una botella se rompió en algún lado. Distinguió otro sonido bastante más extraño e inquietante, hasta que Caffran se dio cuenta de que era Feygor riéndose también. Los ruidos surgían de forma espasmódica de su garganta artificial.

Caffran se estremeció.

Cerró la puerta delantera. No había podido encontrar a Larkin por ningún lado.

Miró al perchero. El chubasquero no estaba allí.

La puerta del estudio se abrió de par en par y Gutes salió tambaleándose. La luz, el calor y las risas salieron a raudales detrás de él.

—¡Más vino! —gritó Gutes.

—¿No habéis tenido bastante ya? —le preguntó Caffran.

—¡No seas tan estirado, Caff! —contestó Gutes—. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Nos estamos divirtiendo.

—Sí, ya se oye desde aquí.

—Es todo un cambio en esta guerra de mierda —balbuceó Gutes.

—La guerra continúa —le dijo Caffran con una sonrisa.

Gutes pareció entristecerse. Cerró la puerta y amortiguó los sonidos procedentes de la fiesta. Se recostó contra la pared del recibidor y fue deslizándose hasta sentarse en el suelo.

—Lo sé, lo sé. Nunca acaba la guerra. Sólo hay guerra. Es el único futuro que tenemos. ¿Sombrío? Sí. ¿Siniestro? Oh, sí, por supuesto, señor. ¡Sólo puede haber guerra!

—No te preocupes, Piet —le tranquilizó Caffran.

—No me preocupo, Caff, no me preocupo —murmuró Gutes—. Lo que pasa es que estoy cansado. ¿Sabes? Estoy muy cansado de todo. Estoy agotado. Ya he tenido suficiente.

Caffran se agachó al lado de su compañero borracho.

—Vete a la cama, Piet. Todo tendrá mejor aspecto mañana.

Gutes se esforzó por ponerse en pie. Caffran tuvo que ayudarlo.

—¡Pero si ya tiene mejor pinta ahora! De verdad. Tengo que pillar más botellas.

Se alejó tambaleante hacia la puerta de la bodega.

Caffran pensó impedírselo, pero decidió dejarlo. Gutes ya estaba demasiado borracho.

Oyó un crujido en las escaleras que llevaban al piso de arriba y se dio

rápidamente media vuelta empuñando su rifle láser al mismo tiempo que encendía la linterna que estaba acoplada al cañón.

A mitad de las escaleras, una pequeña mujer mayor se encogió ante el repentino y potente chorro de luz. Llevaba puesto un chubasquero empapado.

El haz de la linterna de Caffran también iluminó a Larkin, que estaba a su lado. Sonreía mientras ayudaba a bajar a la anciana.

—Hola, Caff —le dijo—. Mira a quién he encontrado.



DIEZ
EL MOLINO SANTREBAR

Sangre a cambio de tierra: ése es el trueque en la guerra.

Satacus, Sobre los grandes sezares

La república de Shadik sometió a los sectores 57 y 58 de la Línea Peinforq a un ataque sostenido con gases durante toda la mañana. El viento, una fuerte brisa procedente del oeste, favoreció la maniobra y llevó con rapidez el gas hasta las trincheras de la Alianza. De hecho, con tal rapidez, que se demostró que el entrenamiento con la rutina de colocación de máscaras antigás era deficiente. Grandes cantidades de hombres perdieron la vida. Tan sólo en un tramo de cinco kilómetros de trinchera murieron trescientos cuarenta y ocho. Varios cientos más fueron sacados de la hedionda neblina ambarina echando espumarajos y con ampollas en la piel, agonizando y aullando.

Una barrera de artillería respondió de forma irregular al ataque con gases. Una artillería menos modesta machacó la tierra durante una hora más al norte, en el sector 59.

El gas tardó bastante en disiparse, y se hizo evidente que los generales de Shadik

habían esperado aquello al planear el ataque. Pocos minutos antes de las 15.00 horas, buena parte de las trincheras del sector 57 fueron atacadas por una brigada de asaltantes que habían avanzado aprovechando la cobertura de la niebla química. Durante aproximadamente veinticinco minutos, tuvo lugar un feroz combate cuerpo a cuerpo casi a ciegas y se temió que existiera verdaderamente peligro de que la línea fuera penetrada. Sin embargo, la llegada justoa tiempo de un destacamento de la Bande Sezari además de una compañía de tropas químicas de élite de Kottsmark inclinó la balanza a favor de la Alianza. El viento cambió de rumbo y la niebla venenosa comenzó a dirigirse hacia el este, alejándose de las defensas de la Línea Peinforq. Los asaltantes de Shadik se batieron en retirada.

Para entonces, el alto estado mayor de la Alianza en los sectores 58 y 59 ya había previsto aquella posibilidad, así que decidieron aprovecharla. Varias unidades de caballería y de infantería ligera avanzaron para atacar a los asaltantes que se retiraban y luego proseguir con un contraataque. Varios blindados les apoyaron.

Los blindados de la Alianza eran principalmente tanques de diseño antiguo y romboidal, lentos y con montajes de armas pesadas por todo el cubículo. Aquellos pesados gigantes salieron retumbando de las líneas de defensa y se internaron en la tierra de nadie de la Bolsa. Tenían un aspecto amenazador, pero no habían obtenido mucho éxito aparte de un efecto psicológico atemorizador desde que los emplearon por primera vez, doce años antes. Sin embargo, aquel día iban acompañados por cinco Thunderers de la Guardia Imperial, tanques sacados de los combates en Gibsgatte, y que encabezaban el ataque blindado. Para cuando cayó la noche, ya habían hecho una mella memorable en las líneas de Shadik. Fue la primera demostración de superioridad de los tanques modernos que se vio en Aexe Cardinal.

El Primero de Tanith estaba en segunda línea cuando empezaron a llegar las nubes de gases tóxicos, esperando a que cayera la noche para entrar en las trincheras principales. Tuvieron un tiempo de alerta suficiente, pero de todas maneras, su entrenamiento y preparación para hacer frente a un ataque de aquella clase era excelente. Se quedaron allí quietos hasta que les llegaron noticias del ataque contra el sector 57. Daur se acercó a hablar con Gaunt inmediatamente.

—Podemos reforzar las defensas —le sugirió—. Estamos lo bastante cerca para servir de ayuda.

Gaunt se negó. Se había esforzado para asegurarse de que las dos partes en las que había quedado dividido el regimiento tuvieran las misiones adecuadas para ellas, y no estaba dispuesto a alterar esa estabilidad con una muestra de bravuconería unilateral. Por mucho que le apeteciese.

—Ten preparados tres pelotones por si acaso —le concedió finalmente—. Si el cuartel general nos lo pide, los enviaremos inmediatamente.

Esperaron, tensos, durante una hora más o menos. Cuando el viento cambió y

comenzó el contraataque, Gaunt y Golke se trasladaron a un puesto de observación en el borde de la línea secundaria.

Golke tomó prestados los magnoculares de Gaunt y observó el avance fluido y continuado de los tanques, sobre todo el de las pesadas siluetas de los blindados de la Guardia Imperial. Los Thunderers estaban pintados de un color mostaza apagado y avanzaban con las palas excavadoras de asedio bajadas, arrasando las alambradas y las barricadas de defensa. Sus orugas a toda marcha lanzaban al aire tremendos surtidores de barro casi líquido.

Golke estaba realmente impresionado. Habló durante un rato sobre los enfrentamientos entre tanques que había presenciado, pero estaba tan pendiente de lo que veía que su charla no tenía nada de coherente. Gaunt se enteró de que Golke había sufrido las heridas que marcaban su rostro en uno de aquellos combates, pero no quiso insistirle al conde acerca de los detalles de lo sucedido. Golke había mencionado a los dreadnoughts, pero aquella palabra no parecía significar lo mismo para él que para Gaunt. Para los militares aexegarianos, «dreadnought» era un término que abarcaba cualquier máquina de guerra con blindaje.

Oyeron silbatos por todo el sistema de trincheras que indicaban que el aire estaba limpio. El gas había desaparecido de la línea. Gaunt se quitó la máscara antigás y se limpió la cara llena de sudor. La luz del atardecer era buena y clara, gris y brillante, excepto en la zona donde los restos de los gases que se retiraban todavía cubrían un poco el suelo de la tierra de nadie.

—Anochece a las 19.40 —indicó Golke. Sacó una placa de datos—. Tengo el horario de las barreras de artillería de esta noche. ¿Cuándo quiere que avancemos?

Era una pregunta justa. Siempre que informara al cuartel general de la Alianza, el horario del siguiente ataque de los Fantasmas era cosa suya.

Gaunt miró al aexegariano.

—Ahora —le respondió.

El hospital principal de campaña del sector 58 era un gran sistema de búnkers situado en mitad de las trincheras de descanso y de reserva de la línea y al oeste de las posiciones y de los pozos de artillería principales. Estaba bien construido bajo tierra, con un techo de rococemento y con paredes cubiertas de sacos de arena. Se decía incluso que disponía de su propio escudo de energía protector, pero Dorden lo dudaba mucho.

Sin embargo, las instalaciones eran adecuadas. Curth se había esforzado hasta lo indecible desde que habían sido trasladados al norte para conseguir suministros en condiciones de las naves del Munitorum, y Mkoll fue en persona con su pelotón para escoltar aquellos suministros y asegurarse de que les llegaran sin problemas. Muchos en el regimiento, Dorden incluido, se quedaron sorprendidos de que Mkoll no hubiese formado parte de la mitad del regimiento que había sido trasladado al este, a

Montorq.

—Aquí también hacen falta exploradores —le dijo Mkoll a Dorden cuando el asunto salió en una conversación—. No pienso marcharme al bosque y esperar que los chavales hagan algo que yo mismo no estoy dispuesto a hacer.

Dorden se había dado cuenta de que lo que le había dicho el jefe de los exploradores implicaba algo más. Pasase lo que pasase en Montorq, ya fuese bueno o malo, lo único seguro era que algo malo iba a pasar allí donde ellos estaban. En la Bolsa siempre se producirían combates, pasase lo que pasase. El implacable sentido del deber de Mkoll no le permitía eludir sus responsabilidades.

Cuando el Primero se trasladó al sector 58, Dorden empaquetó todo lo que había en su hospital de campaña en Rhonforq y se lo llevó con él, incluidos los heridos, para así poderlos cuidar personalmente y estar disponible para los nuevos combates. Aquella tarde, las víctimas del ataque con gases llenaron las salas de primeros auxilios y de selección de heridos graves. Ninguno era de su regimiento, pero Dorden y su equipo de médicos y ayudantes se pusieron inmediatamente manos a la obra para cuidarlos de todas maneras. Ayudaron a los cirujanos de la Alianza a lavar ojos, a tratar las quemaduras y a quitar el veneno de las ropas y de las pieles llenas de ampollas. Los daños al sistema respiratorio eran los peores. Nada podían hacer por las víctimas con los pulmones encharcados por fluidos corporales y casi asfixiados, excepto intentar estabilizar su situación.

Dorden trabajó a toda prisa. Echaba de menos a todas luces a sus ayudantes principales, Foskin y el doctor Mtane, que se habían marchado con la otra mitad del regimiento a Montorq. Quiso confiar en los tratamientos de los médicos de la Alianza, quienes eran en su mayoría gente buena y entregada a su trabajo, pero sus métodos eran terriblemente anticuados. Tomó nota cuidadosamente de las deficiencias en los tratamientos que observó y esperó tener la oportunidad de aconsejar al jefe de medicina del sector sobre el uso de técnicas mejores, menos bárbaras. Al menos tres de los soldados que había salvado aquella tarde se estaban muriendo más por los efectos del tratamiento que por los del propio gas en sí.

Un terrible hedor a quemaduras por productos químicos y a sangre corrompida inundaba la enfermería. Los restos espumeantes y descoloridos formaban charcos en el suelo de piedra. Los ayudantes habían encendido los ventiladores y extractores del techo y lo rociaban todo con desinfectante, pero no servía de mucho.

—¡Feth! —murmuró Rawne—. Esta peste va a acabar conmigo.

—¿Y eso hará que dejes de parlotear? —le preguntó Banda.

Lanzó una mirada furibunda a su camastro, al otro lado del pasillo, pero ella se limitó a sonreír. Estaba pálida, y el corte que tenía encima de la ceja derecha estaba tapado por los hilos negros de la sutura. Sus pulmones dañados tenían dificultades

para respirar aquel aire infecto. A pesar de todo, encontró el aliento suficiente para meterse con él.

Rawne se incorporó de su cama y se sentó en el borde. El lugar estaba repleto de Fantasmas además de unos cuantos krassianos, todos bajas procedentes del ataque contra el sector 55. Muchos, como era el caso de Rawne, se estaban recuperando bien, pero todavía pasaría bastante tiempo antes de que pudieran ser declarados aptos para el servicio activo. Rawne se preguntó cuántos Fantasmas más llegarían hasta aquel sitio antes de que sus ocupantes actuales salieran de allí.

Los días transcurridos desde que fue herido habían pasado con una lentitud desesperante. Rawne se sentía distanciado y fuera de onda, a pesar de que le llevaban informes de forma regular. Quería levantarse y marchar al frente, pero no porque fuera un soldado tan ejemplar y leal que necesitara cumplir con su deber.

Lo que realmente le inquietaba era lo que los cabezas de chorlito como Daur podían estar haciendo mientras él no estuviera.

—¿Qué haces? —le preguntó Banda.

No le contestó. Se agarró al respaldo de una silla de madera y se puso en pie lentamente. El dolor de estómago, que había sido un malestar adormecido a lo largo de las treinta horas anteriores, comenzó a hacerle sufrir de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? —le volvió a preguntar Banda—. El doctor Dorden te arrancará las tripas.

—Pues me siento como si ya lo hubiera hecho —replicó él con voz cortante.

Inspiró profundamente y soltó la silla.

Dios-Emperador, aquello era duro. Sentía que las piernas se le habían atrofiado. Se sentía como si alguien le hubiera encendido un brasero en el abdomen. Se sentía como si alguien le estuviera clavando una bayoneta en la espina dorsal.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Banda por tercera vez. Luego añadió—. ¿Mayor?

Aquello acabó con su paciencia. Nadie se había dirigido a Rawne por su rango desde hacía ya mucho tiempo. Sobre todo, Jessi Banda. Tenía que admitirlo: había sido lo mejor de su estancia forzosa en la enfermería. El estar muy cerca el uno del otro por la falta de espacio entre camas, el estado comatoso de los enfermos más cercanos y el sufrimiento que habían compartido en la posición 293 les proporcionaron temas de conversación y compañía. No era exactamente una amistad. Desde luego Rawne no admitiría nada parecido, pero habían charlado, habían jugado para combatir el aburrimiento y se habían reído con bromas y chistes. Después de que pasaran las primeras horas enclaustrados juntos sin remedio, ella había dejado de llamarlo mayor y él había dejado de llamarla soldado. Habían establecido una relación de camaradería, cordial y de pullas mutuas, como reacción ante aquella situación.

—Voy a tomar un poco de aire fresco —le dijo Rawne, jadeante.

—¿Ah, sí? ¿Y piensas dejarme aquí? Pensé que éramos colegas.

Costaba mucho girarse para lanzarle otra mirada furibunda. Costaba mucho incluso mantenerse de pie.

—Tú… —le dijo—. Tú…

—¿Qué? —le preguntó Banda.

Rawne suspiró.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Y un cuerno.

—Oh, porFeth…

Lenta, muy lentamente, rodeó el extremo de su cama y se agarró a una silla de ruedas que estaba plegada al lado de la cama contigua. Tardó un momento en empujar el muelle que montaba la silla, y casi se cayó al hacerlo.

—¡Ten cuidado! —le dijo Banda.

—Como si de verdad te importase…

Acabó de asegurar la silla y la empujó hasta el borde de la cama de ella apoyándose en el respaldo.

—Vamos —le dijo Rawne.

Ella lo miró.

—Pues ayúdame, joder.

El mayor apretó el freno de la silla, la agarró por las muñecas y la ayudó a levantarse hasta el borde de la cama. Pudo oír el siseo de sus pulmones.

—Quizá no deberíamos…

—Tú empezaste esto, Rawne —lo cortó ella.

—A la cuenta de tres. Tendrás que echarme una mano. Una, dos…

Banda casi no llegó a la silla. De hecho, tuvo que recular para lograr apoyar la espalda en cuanto recuperó el aliento.

Rawne se inclinó sobre la silla, doblado sobre sí mismo, mareado por el dolor que sentía en el estómago.

—¿Estás bien? —le preguntó Banda.

—Claro que sí…

Empuñó el manillar de la silla, quitó el freno después de un par de débiles pisotones y la empujó por el pasillo hacia la puerta de salida. Empujar hacía que le doliera bastante el estómago.

Pero al menos tenía dónde apoyarse.

Banda estaba riendo en voz baja. A pesar del creciente dolor de su estómago, Rawne se dio cuenta de que también estaba sonriendo. Notaba una verdadera sensación de huida. Un sentimiento de camaradería entre prisioneros que se mantenían juntos y lograban escapar.

También disfrutaba de la agradable sensación de burla al sistema que Rawne no había experimentado desde que había traficado con mercancías en el mercado negro de Tanith Attica.

Los dos, casi inválidos, salieron por la rampa de acceso de la enfermería y entraron en la trinchera secundaria. Era la primera vez que veían la luz del sol en bastante tiempo. Llevó a Banda en la silla de ruedas por la trinchera hasta la encrucijada que llevaba a la trinchera principal, deteniéndose cada pocos metros para descansar. Luego le pasó un brazo por la espalda y la colocó en un puesto de observación vacío. Para entonces, ambos estaban exhaustos, y se dejaron caer sobre los sacos de arena con la espalda pegada al parapeto.

Pero a los dos les había dado la risa floja.

El dolor de Rawne aumentó durante un rato, pero se fue apagando lentamente en cuanto dejó de hacer esfuerzos. Ambos respiraron profundamente y disfrutaron del aire fresco. No era exactamente fresco. Hedía a barro, a sudor, a sacos de tierra húmedos, a fyceleno, a promethium, a hongos, a comida podrida y a letrinas, pero era muchísimo mejor que la pestilencia a corrupción y a gas letal que impregnaba toda la enfermería.

—Tendríamos que hacerlo más a menudo —comentó Banda. Era evidente que le dolían las heridas pero que estaba disfrutando de aquello.

—Ahora sé a lo que se refería Corbec —le respondió Rawne.

—¿Qué?

Rawne se giró para mirarla.

—Lo pasó mal mientras estuvo herido de gravedad y metido en cama. Me dijo que lo que más le dolía, lo que más echaba de menos, era no enterarse de lo que pasaba. El dolor físico de las heridas no era tan malo. Lo que realmente le hacía sufrir era no estar en su puesto.

Banda se limitó a asentir.

—No me di cuenta realmente de lo que me decía. Yo estaba convencido de que acabar herido era como unas vacaciones, y que estabas demasiado concentrado en recuperarte para preocuparte de nada más. Pero Corbec tenía razón. Me siento como si me hubieran enterrado y me dieran por muerto mientras la galaxia sigue su marcha sin mí.

Se produjo un largo silencio entre los dos. Un destacamento de infantería de Fichuan pasó trotando por la trinchera de reserva que se abría bajo ellos. En algún sitio cerca de allí sonó un teléfono de campaña.

—¿Por qué me ordenaste que no me muriera? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—En la trinchera. Te oí. No pude responderte, pero te oí. Me ordenaste que no me muriera.

Rawne se lo pensó un momento.

—Porque no quería tener que preocuparme por encontrar un nuevo francotirador para mi pelotón.

Una leve sonrisa cruzó los labios de Banda antes de que asintiera.

—Eso es lo que pensaba —dijo.

Rawne se puso en pie y miró por encima del parapeto de sacos de arena a la trinchera de reserva que tenían debajo. Las tropas iban y venían. Un transporte de munición negro y sucio pasó de largo cargado con proyectiles para los feldkannones y cohetes envueltos en arpillera para los lanzamisiles de largo alcance.

—Pasa algo —comentó.

—¿Qué?

—Beltayn acaba de llegar corriendo y ha entrado en la enfermería.

—Ah —dijo Banda a sabiendas de lo que quería decir—. Quieres decir que algo va mal…

—Estoy un poco ocupado, asistente Beltayn —le señaló Dorden mientras intentaba de nuevo limpiarle los ojos a un soldado de la Alianza que no paraba de manotear.

—Ya lo veo, doctor —le contestó Beltayn.

—Así que tendrá que esperar.

—Con el debido respeto, doctor, el coronel-comisario me dijo que diría exactamente eso. Me dijo que le informara de que la unidad de infiltración va a partir en quince minutos y que…

—¿Y qué?

—Que debería mover su maldito culo. Esas fueron sus palabras.

—¿De verdad? —respondió Dorden—. Creía que no nos pondríamos en movimiento hasta esta noche.

Beltayn dijo algo que quedó ahogado por un aullido especialmente fuerte y agudo lanzado por el hombre que estaba en la camilla.

—He dicho que ha habido un cambio de planes, doctor. Disponemos de cobertura a plena luz del día. Es por el gas, ¿sabe? También por muchas otras razones. Se está produciendo un contraataque, con tanques y todo.

—No puedo irme sin más, Beltayn —insistió Dorden.

Le había prometido a Gaunt que marcharía con la siguiente patrulla con la esperanza de encontrar a alguien del pelotón de Raglon, pero no había contado con una enfermería llena de hombres necesitados de atención médica por las quemaduras provocadas por los gases venenosos.

—Vete, Tolin. Yo me encargo de todo —le instó Curth después de aparecer de la nada con el delantal y la bata manchados de bilis y espumarajos.

—¿Estás segura, Ana?

—Sí. Tú vete —insistió ella mientras se disponía a asistir al herido todavía pataleante—. ¡Que alguien lo sujete! —gritó a los camilleros que estaban sentados allí cerca. Se pusieron en pie de un salto e inmovilizaron al herido.

Dorden se quitó de un tirón los guantes y el delantal manchados y los arrojó a un bidón para desechos. Sacó un mandil de la cesta de ropa limpia y comenzó a llenar su botiquín con instrumental y suministros médicos.

—No tenemos mucho tiempo —le urgió Beltayn.

—Entonces sé un buen chico y tráeme mi chaqueta y mi capa de camuflaje de la oficina. Están en el perchero.

Dorden cerró el botiquín y se lo echó al hombro.

—¡Atención! —gritó por encima de la barabúnda reinante en la enfermería—. Tomen nota: la cirujana Curth tiene el mando a partir de ahora. Sin excusas y sin excepciones. Obedezcan sus órdenes.

Beltayn regresó en ese momento y ayudó a Dorden a ponerse su chaqueta de combate de color negro, típica del regimiento.

—¡Buena suerte! —le gritó Curth.

—Guárdatela —le contestó él—. Tú la necesitarás más que yo.

Dorden se colocó la capa alrededor de los hombros mientras se apresuraba a subir la rampa de entrada de la enfermería siguiendo de cerca a Beltayn.

—¿Y dices que ha decidido avanzar a plena luz del día? —le preguntó.

—Sí, doctor. Le oí decir al conde Golke que el sigilo funciona incluso si no es en silencio. Quiere aprovechar el ruido, el gas y la confusión para regresar al mismo sitio en que estuvieron las patrullas de ayer por la noche.

—Ya veo. Pues entonces tenemos que volver, porque me he dejado la máscara antigás en el despacho.

Beltayn se giró a medias sin dejar de andar y le guiñó un ojo.

—También la he traído —le dijo.

—Piensas en todo —comentó Dorden en tono divertido.

—Es mi trabajo —replicó Beltayn sin la menor traza de ironía.

Entraron a la carrera en la trinchera de reserva y se dirigieron a toda prisa hacia el norte, hacia el primer cruce de comunicaciones que llevaba al este. Dorden se detuvo de repente y miró hacia atrás. Beltayn también se paró en seco.

—¿Qué demonios estáis haciendo ahí arriba? —gritó el doctor en dirección a la torre de observación más cercana.

—¡Ya nos sentimos mucho mejor! —le respondió también a gritos Rawne mientras lo saludaba con la mano—. ¡Buena caza, doctor!

—¡Tú…! ¡Tú…! ¡Tomaos la medicina! —chilló Dorden a Rawne por la frustración antes de seguir de nuevo a Beltayn.

Rawne se sentó de nuevo y sacó una petaca del bolsillo del pantalón. Desenroscó

el tapón y le ofreció un trago a Banda.

—¿Qué es? —le preguntó ella.

—Sacra. Del mejor. Lo último que queda del legendario brebaje de Bragg.

—No se si debería —contestó Banda.

—Ya has oído a nuestro venerable doctor —le recordó Rawne—. Tómate tu medicina.

Se echaron a reír todo lo que sus dolorosas heridas les permitieron y bebieron a la salud el uno del otro.

Los incursores pasaron por encima del parapeto y se adentraron en la tierra de nadie de la Bolsa un minuto antes de las cinco en punto de la tarde. Cuatro pelotones, los de Criid, Domor, Mkoll y Arcuda, junto a un grupo de mando compuesto por Gaunt, Dorden, Zweil, Beltayn y el conde Golke más cuatro soldados de élite procedentes de la Bande Sezari.

Se desplegaron, con las máscaras antigás colocadas, por la espesa niebla del gas venenoso que envolvía todo el paisaje como una mancha de color amarillo tabaco. La visibilidad llegaba tan sólo a veinte metros, pero la luz era buena. Un leve resplandor de luz solar les llegaba a través de los jirones de niebla tóxica.

El explorador Hwlan, del pelotón de Criid, se puso en cabeza, junto al propio Mkoll y a Bonin *El afortunado*, del pelotón de Domor. Fue Hwlan quien encontró el molino la noche anterior, y confiaban en su instinto para que los condujera de nuevo hasta allí.

Para Hwlan, un explorador ya veterano con muchos años de experiencia como rastreador en los bosques de nal de Tanith a su espalda, aquélla era una experiencia bastante extraña. Muchos decían que los nativos de Tanith no podían perderse y proclamaban que poseían el sentido de dirección más infalible de toda la galaxia. Los cambios constantes de lugar de los propios árboles de Tanith les habían hecho así.

Bueno, ésa era la teoría.

El ataque con gases había cambiado todo el paisaje, había cambiado todo el terreno y había dejado la parte superficial del barro tan seca y cocida que había comenzado a resquebrajarse. La parte inferior estaba húmeda y blanda, y los pies de los soldados partían la costra de tierra a cada paso que daban, haciendo que brotara un fluido con el color amarillento y la consistencia de la mostaza.

Algunos de los puntos de referencia de la noche anterior (un árbol roto, un tramo de alambrada, un tanque destruido) se habían solidificado convirtiéndose en permanentes, pero también habían cambiado debido a la acción del gas. La Bolsa se había convertido en un espacio muerto de referentes embalsamados, desecados, fundidos, transmutados por la química.

Los hombres de avanzadilla llegaron a una barricada de alambre de espino que se

convirtió en trozos de metal oxidado en cuanto la tocaron. Los productos químicos acumulados en algunos cráteres estaban ardiendo.

Había muchos cadáveres. Dorden estaba asombrado y horrorizado. Cadáveres recientes, enganchados en el alambre de espino o tirados por el suelo, tan frescos que parecían vivos todavía. Otros, más antiguos, estaban inclinados y colocados en las posturas de sumisión que sólo los muertos pueden conseguir. Otros, más inmóviles todavía, completamente cadavéricos y secos, mostraban sus huesos al cielo.

Otra característica del lugar era su ominoso silencio. No había brisa alguna, y las nubes de gas ahogaban todos los ruidos. Era un desierto de guerra reluciente y seco, letal al menor toque y a la menor aspiración.

Gaunt colocó a Milo y a Nehn, del pelotón de Domor, con Zweil. Era la primera vez que el viejo ayatani utilizaba equipo de protección y era evidente que se sentía terriblemente incómodo con la máscara antigás y los gruesos guantes. Se había arremangado el reborde de su largo abrigo para no arrastrarlo por el fango dejando al descubierto el par de pesadas botas del ejército aexegariano que había pedido prestadas y que le daban un aspecto incongruente. Gaunt comenzó a oír un murmullo por el canal de comunicación: Zweil estaba rezando en voz baja una plegaria de protección. Gaunt le indicó por señas a Milo que le enseñara al sacerdote cómo desconectar su microcomunicador.

—Aprecio mucho sus bendiciones, padre —le dijo—. Sin embargo, de momento quizá será mejor que no salgan de su máscara antigás. Necesitamos que las comunicaciones permanezcan en silencio.

El paisaje machacado se curvaba por encima de una larga cresta donde el suelo de barro estaba cubierto por un mosaico de huesos, tanto humanos como equinos. Distinguieron aquí y allá una válvula reguladora oxidada de máscara antigás, la hebilla de una silla de montar, el cañón doblado de una carabina. El terreno al otro lado de la cresta bajaba hasta una hondonada donde relucía una gran charca de agua de color oscuro. Una larga hilera de estacas bajaba por la ladera y acababa desapareciendo en el interior de la masa de agua. El barro a lo largo del borde oriental de la charca estaba cubierto de extrañas formas que a Gaunt le recordaron los capullos recién abiertos de las rosas. Diversos trozos de cristal de color ceniciento colgaban de los pétalos de cada excrescencia. De repente, se dio cuenta de que se trataba de las marcas de los impactos de los proyectiles llenos de gas del ataque anterior. El barro había borboteado cociéndose por la potencia venenosa del gas.

Un soldado de la Alianza permanecía de pie al otro lado de la charca, decapitado. Su cuerpo podrido se mantenía vertical apoyado en la estaca de metal sobre la que había acabado muriendo.

El trío de exploradores les hizo rodear la charca haciéndoles salir por el borde más bajo. Llegaron a una zona llana cubierta de cráteres, algunos lo bastante grandes

como para que cupiera una persona sin ningún problema, otros apenas mayores que un puño. Los cráteres se superponían unos a otros. Los pequeños acribillando el interior de los grandes, y éstos a su vez entremezclándose entre sí. El diseño era tan denso y parecía tan deliberado que era algo surrealista. Al norte, sobre un montículo de barro, se encontraban los restos chamuscados y oxidados de un tanque de Shadik.

Mkoll indicó que debían girar un poco hacia el sur, pero Golke consultó su mapa y lo desaconsejó. Una hilera de maderos cruzados le hizo sospechar de la existencia de un campo de minas. Seguramente se trataba de munición ya vieja, pero era una estupidez arriesgarse, y no estaban preparados para una tarea de desminado. Los expertos en ello, como Domor, habían dejado en las trincheras los detectores de minas con el fin de marchar más ligeros.

En vez de ello, avanzaron en dirección nordeste, siguiendo una cresta muy irregular y chapoteando por zonas embarradas de agua y aceite. A su izquierda quedaron una serie de cráteres también rebosantes de agua y llenos hasta los topes de cadáveres, como si todos los muertos hubiesen decidido congregarse en un mismo lugar. Zweil se dio cuenta de que estaba dando gracias en su fuero interno por llevar la máscara antigás.

Habían estado oyendo desde que salieron de sus líneas el tronar y el rugir del contraataque que les precedía, un poco más al sur, pero en aquel momento comenzaron a oír también un sonido todavía más retumbante y profundo. No podían ver prácticamente nada con las máscaras antigás puestas, pero Gaunt estaba seguro de que se trataba de los enormes cañones de asedio de Shadik que habían abierto fuego contra la Línea Peinforq en respuesta al contraataque.

—¿Podemos localizar dónde están? —le preguntó Gaunt a Mkoll sin demasiadas esperanzas. El explorador señaló la máscara que llevaba puesta.

—Más bien no —le contestó. Se quedó escuchando un momento los estampidos —. Supongo que por allí —señaló—. Pero no estoy seguro.

Gaunt se volvió hacia Hwlan.

—¿Cuánto falta para llegar al molino?

—Medio kilómetro. Nos estamos acercando desde un ángulo ligeramente distinto al de ayer por la noche. Hay un pequeño arroyo con una valla cerca, y luego el molino situado en una amplia depresión del terreno.

—Creo que más bien son tres cuartos de kilómetro —comentó Golke por el comunicador mientras quitaba unas cuantas manchas de barro de la cubierta de plástico de su mapa—. Y un poco más al sur.

Gaunt se giró para mirar de nuevo a Hwlan. Pudo ver a través de las gruesas lentes de la máscara de gas que el explorador meneaba levemente la cabeza en un gesto negativo.

—Con todo el respeto, señor —le dijo Gaunt a Golke—, debo confiar en mi

explorador.

Golke no pareció resentido ni avergonzado. Estaba aprendiendo con rapidez a admirar las habilidades del Primero en el campo de batalla.

Siguieron avanzando. Menos de quince minutos después, llegaron al borde sureste del molino en ruinas, que tan sólo era una silueta borrosa en la niebla del gas venenoso.

Hwlan había acertado de pleno.

El lugar parecía tranquilo, vacío. Quizá los de Shadik no habían podido enviar tropas desde la noche anterior. Sin embargo, no tenía sentido correr ningún riesgo.

Los Fantasmas avanzaron agazapados. Gaunt desplegó el pelotón de Criid en semicírculo por la derecha, y los de Mkoll y Domor en una zona más amplia hacia la izquierda. Dejó el de Arcuda en reserva a retaguardia, preparado para acudir en apoyo de cualquiera.

Las tropas se acercaron hasta cincuenta metros del edificio en ruinas.

—Alto —ordenó Gaunt.

Los Fantasmas echaron cuerpo a tierra cubiertos por sus capas y aprestaron sus armas observando con atención el molino en busca de cualquier señal de movimiento. Gaunt le hizo un gesto a Mkoll.

El explorador jefe comenzó a acercarse más al edificio deslizándose y tapado con su capa. A Golke le pareció que se había desvanecido por completo. Bonin y Hwlan siguieron rápidamente a Mkoll junto a Oflyn, el explorador del pelotón de Arcuda.

Mkoll se comunicó con Gaunt después de unos diez segundos.

—Despejado. Estamos en la pared exterior, al lado de dos vigas de rococemento caídas en forma de V. ¿Las ven?

Gaunt respondió afirmativamente. Golke intentó ver dónde estaban las vigas, e incluso cuando distinguió dónde se encontraban, le fue imposible descubrir dónde estaba el explorador de Tanith.

—Que avance la escuadra de asalto —dijo Mkoll.

La escuadra se adelantó y Gaunt avanzó con ella. Seis hombres: Domor, Luhan, Vril y Harjeon, además de Dremmond y Lubba, armados con sus lanzallamas. Gaunt le encargó el control de tiro a Criid.

Llegaron a la posición de Mkoll. Los exploradores estaban listos para entrar. Dremmond y Lubba prepararon sus lanzallamas.

—A la de tres… —comenzó a decir Gaunt.

—¡Espere! —avisó Bonin por el comunicador—. Movimiento. Arriba a la izquierda. Las vigas del techo que están sobre la ventana más alejada.

Antes de que Gaunt tuviera tiempo de mirar en aquella dirección, un disparo salió zumbando del molino y pasó por encima de sus cabezas seguido de otro que se estrelló contra la viga detrás de la que se escondía Luhan.

—¡No disparéis! —gritó justo antes de que sus hombres comenzaran a responder a los disparos y achicharrasen la parte sur del edificio.

Habían sido disparos de rifle láser.

Gaunt ajustó la frecuencia de su comunicador.

—Aquí uno, ¿quién está ahí arriba?

Se produjo un silencio y luego una leve descarga estática en la comunicación.

—Aquí uno —repitió Gaunt—. Identifiqúese.

—Uno, aquí veintitrés —le llegó la respuesta un momento después.

Era Raglon.



ONCE
LOS CUMPLIDORES

Cuu es un loco maníaco, Larks…

Soldado Bragg (muerto), en Fantine

No hablaba. Ni siquiera quería quitarse el chubasquero. Sólo dejó que Caffran y Larkin la llevaran a la cocina en penumbra y la sentaran en una de las sillas cerca de la mesa.

Encogió todo el cuerpo cuando Rerval entró de repente. Este se quedó mirando confundido a la mujer.

—Se escondía arriba —le dijo Larkin—. Estaba… de patrulla cuando oí un ruido y la descubrí. Ella es nuestro fantasma.

Caffran sirvió un vaso de leche caliente del cazo que estaba en los calentadores y lo puso en la mesa frente ella.

—Bébaselo —le dijo—. Parece hambrienta. Y tiene frío.

Alzó lentamente la mirada hacia Caffran, pero sus ojos no parpadearon. Había algo en esa mirada que sugería que ni siquiera lo veía realmente.

—Bébaselo, señora —le dijo Caffran nuevamente de un modo más alentador. No

bebió. Volvió a posar la mirada en el brillo de los quemadores de la cocina.

—¿Qué quieres decir con eso de que es nuestro fantasma? —le preguntó Rerval a Larkin.

—Ya sabes. Era ella la que lo movía todo, la que retiraba los platos. Lleva aquí todo el tiempo, escondiéndose de nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

Larkin se encogió de hombros.

—Oye, ¿crees que ha sido ella quien le ha sacado el circuito a mi comunicador? —exclamó Rerval de repente—. Oiga, señora. ¿Ha sido usted quien ha tocado mi comunicador?

El repentino aumento del tono de voz hizo que se encogiera de nuevo.

Larkin agarró a Rerval del brazo y lo empujó a un lado.

—Con calma, chaval. Está atemorizada. Le he prometido que no le haríamos daño.

—Por supuesto que no le haremos daño —confirmó Caffran—. No lo haremos, señora.

—Además —añadió Larkin—, no me imagino a una mujer mayor como ella con la habilidad y el conocimiento para desmontar un aparato de la Guardia. Romperlo, quizá. ¿Sacar sólo el circuito primario de transmisión? No lo creo.

—¿Quién demonios es esta mujer? —susurró Rerval—. Quiero decir, aparte de ser nuestro fantasma. ¿Crees que ha venido para refugiarse de la tormenta?

—A mí me parece que no —le contestó Larkin—. Más que nada, por el modo en que cuida el lugar. Limpia las cosas, las guarda, cuelga su abrigo. Creo que es su casa. Su hogar.

—Pero toda esta zona fue evacuada hace años —repuso Rerval—. Eso es lo que nos dijo el coronel. ¿Por qué iba a estar todavía aquí?

—A veces la gente no se quiere marchar —comentó Larkin—. Gente mayor, con ideas anticuadas, con recuerdos muy fuertes ligados a un lugar. Quizás ella escogió no irse.

—Pues entonces puede llevar aquí años.

—Esperando a que lleguen los invasores, deseando que no lo hagan —murmuró Larkin.

Caffran se quedó mirando a la frágil anciana. Seguía inmóvil, tranquila. Tenía el cabello de color plata, casi blanco, y lo llevaba echado hacia atrás con un par de horquillas de metal. Su ropa estaba limpia, pero era vieja y descolorida, y sus zapatos de cuero estaban desgastados. Se fijó en que uno de ellos estaba a punto de perder la suela. La única reacción que mostraba, y sólo de vez en cuando, era encoger su cuerpo y mirar hacia atrás cuando se oía algún ruido fuerte procedente del estudio. El estrépito de los cristales al romperse. Un golpe fuerte contra el suelo. La risa

estentórea de Brostin.

«Nosotros somos los invasores —pensó Caffran—, hemos invadido su hogar».

—¿Por qué su chubasquero está mojado? —preguntó de repente.

—¿Qué?

—Si ha estado escondiéndose de nosotros en la casa, ¿por qué ha salido fuera? Y si se ha estado escondiendo, ¿por qué ha dejado siempre el abrigo en el perchero de la entrada, donde podíamos verlo?

Larkin frunció el entrecejo.

—No lo sé. Quizá deberíamos echar otro vistazo al exterior de la casa en cuanto se haga de día. Sobre todo, la caseta que mencionó Ven. Dijo que creía que alguien había dormido allí.

—¿Alguien más? —preguntó Caffran.

—A lo mejor.

—¿Deberíamos decirle algo a Feygor de ella? —preguntó Rerval.

—¡Ni hablar! Esta noche no, y menos en el estado en que se encuentra. ¿Quieres atemorizarla más todavía?

Rerval pensó por unos momentos en lo que Caffran había dicho.

—No —dijo por fin—. Tiene que haber alguna pista de quién es realmente. Husmearé un poco.

—De acuerdo —respondió Caffran—. Larks, quédate con ella. Voy a decírselo a Muril para que tenga los ojos bien abiertos por si hay otros invitados en la casa.

Rerval y Caffran llevaban fuera diez minutos, y Larkin simplemente se había quedado sentado allí, en la cocina, oyendo el siseo de la lluvia y los chasquidos del fuego. El viento comenzaba a soplar de nuevo con fuerza, y los truenos sonaban cada vez más cerca.

Cuu apareció de repente en el umbral de la cocina. La anciana dio un respingo y Larkin se puso en pie inmediatamente.

—Eh, tanith. ¿Quién es tu novia? —dijo Cuu. Tenía los ojos entornados y se tambaleaba ligeramente.

—Vete a seguir bebiendo, Cuu —dijo Larkin en voz baja.

—Nos ha entrado hambre. He venido a por comida. ¿De dónde has sacado a esta bruja?

—Se estaba escondiendo —le contestó Larkin.

—¿Se estaba escondiendo? ¿En la casa? Gak. ¿Y qué es lo que ha dicho?

—Nada. Anda, vete.

Cuu hizo un gesto despectivo con la mano hacia Larkin con la atención centrada en la anciana. Se inclinó sobre ella y le pegó su rostro burlón a la cara. Ella alejó el cuerpo y apartó la mirada.

—Déjalo ya —le insistió Larkin.

—¿Quién eres, bruja? ¿Eh? Habla, no te puedo oír, por Gak. ¿Dónde demonios te estabas escondiendo? ¿Eh?

La anciana se alejó todo lo que le permitió la silla.

—Déjala en paz —le advirtió Larkin.

—Cállate, tanith. ¡Vamos, vieja bruja! ¿Quién eres?

Cuu alargó una mano y la agarró con fuerza de uno de sus escuálidos hombros. Ella soltó un pequeño gemido de miedo.

—¿Quién demonios eres?

Larkin se inclinó hacia adelante y lo agarró por la muñeca. Tiró del brazo de Cuu, le obligó a soltar el hombro de la anciana y fue empujando al verghastita borracho poco a poco lejos de ella.

—Suéltame, cabrón —barbotó Cuu, centrando toda su atención en Larkin.

Retrocedió lentamente, tambaleándose. La borrachera le había embotado los reflejos, pero no tardó en plantarse y en empujar a su vez. Larkin no cedió.

—Que me quites las manos de encima, tanith —gruñó Cuu.

—Si la dejas tranquila.

—Aaaah, vaya. Ahora sí que la has hecho, fijo que sí.

Todo lo que había bebido provocó que le diera un puñetazo que parecía enviado por correo. El francotirador lo esquivó con facilidad y empujó a Cuu hacia el otro extremo de la cocina. El verghastita se estampó con fuerza contra una hilera de estanterías y varios platos y cuencos cayeron al suelo, donde se partieron con un fuerte estrépito.

—Pedazo de mierda —dijo Cuu mientras echaba una mano atrás instintivamente en busca de su cuchillo.

Sin embargo, todo su equipo estaba tirado por el suelo del estudio. En el segundo que tardó en darse cuenta de que la daga que buscaba no estaba allí, Larkin le pegó un gancho de izquierda que hizo girar la cabeza de Cuu y lo tiró al suelo. El verghastita se quedó allí tumbado, gimiendo y escupiendo saliva sanguinolenta sobre el suelo de baldosas rojas.

Larkin se detuvo un momento. Podía hacerlo en ese preciso instante. Incluso tenía una explicación. Podía…

Pero la anciana le estaba mirando. Tenía las manos en la cabeza en un gesto defensivo, aunque seguía sentada en la silla. Larkin pudo distinguir el brillo de sus ojos a través de sus dedos nudosos.

—¡Feth, no pasa nada! —dijo Larkin—. No le hará daño. ¡Le juro que no lo hará!

Se acercó a ella y se inclinó para intentar calmarla.

—Por favor, no pasa nada. De verdad, no pasa nada. Yo…

Se desmayó durante un segundo. Sintió un golpe sordo, como un trueno apagado, y se desmayó.

Recuperó el conocimiento y se encontró boca abajo sobre la mesa. La nuca le dolía terriblemente. Tenía la vista enturbiada.

Intentó levantarse, pero perdió el equilibrio y cayó por un lado de la mesa al suelo.

Fue la caída lo que le salvó la vida. Cuu blandió la pesada sartén en un segundo porrazo y golpeó la mesa justo donde había estado la cabeza de Larkin. La sartén dio de refilón a una taza que había allí y la hizo estallar en pedazos de porcelana y en una lluvia de gotas de cafeína tibia por toda la superficie de madera.

Larkin intentó alejarse de Cuu arrastrándose de espaldas, pero el verghastita fue a por él sin dejar de blandir la sartén. Le dio de lleno en el hombro, y Larkin le dio una débil patada en las piernas.

Cuu se agachó y agarró a Larkin de la garganta. Cuu dejó escapar un rugido cargado de saliva entre sus dientes apretados y levantó a Larkin arrojándolo contra una encimera. Inmovilizó al francotirador con el antebrazo y le golpeó de nuevo. Larkin lanzó un chillido de dolor cuando sintió romperse una costilla. Vio venir otro golpe brutal y sintió un dolor tremendo en el codo. Si no hubiese levantado el brazo, la pesada sartén le habría machacado la cara.

—¡Tanith de mierda! ¡Desgraciado! ¡Cabrón estúpido!

Cuu empezó a lanzarle una lluvia de golpes y de insultos como si hubiera entrado en un estado de furia asesina.

De repente, Cuu aulló y se derrumbó soltando a Larkin a la vez que dejaba caer la sartén al suelo. La culata de metal de un rifle láser Mark III acababa de golpearlo con mucha fuerza en la entrepierna por detrás.

Cuu se desplomó en el suelo retorciéndose y tosiendo, con el rostro convulso lleno de lágrimas. Se quedó en posición fetal, se agarró la entrepierna y vomitó.

Muril, chorreando por la lluvia, le dio la vuelta al rifle de modo que el cañón apuntó a la sien de Cuu.

—Si me das un solo problema, Cuu, uno solo, esta vez utilizaré este lado.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió saber Caffran entrando en la cocina detrás de Muril mientras se bajaba la capucha de su capa.

La anciana se levantó de repente e intentó escapar por la puerta abierta, pero Caffran la detuvo con suavidad y la hizo sentar de nuevo. Ella no protestó.

Muril ayudó a Larkin a levantarse. El francotirador estaba temblando. Una de las mejillas ya se le estaba hinchando y poniendo azul, y de la nariz le salía un reguero de sangre. El corte en la nuca había dejado una gran mancha de sangre en la encimera.

Muril arrastró una silla con una mano y ayudó a Larkin a sentarse.

—Cuu…, Cuu iba a hacerle daño… —logró tartamudear.

Muril se giró para mirar a Caffran.

—Este cabrón casi mata a golpes a Larkin. Si no hubiera regresado…

Caffran bajó la vista y miró a Cuu, que seguía tirado en el suelo gimoteando de forma entrecortada. Cada pocos jadeos, daba una arcada y vomitaba un poco más sobre el creciente charco de líquido espeso que le rodeaba la cabeza.

—Joder —murmuró Caffran.

Iba a agacharse para agarrar a Cuu cuando Feygor y Brostin entraron de golpe. Estaban borrachos, y era evidente que mucho más borrachos de lo que lo estaba Cuu. Feygor tenía problemas para caminar y mantenerse de pie. Logró detenerse y parpadeó varias veces para hacerse cargo primero de la situación que tenía delante de él y luego entenderla.

—¿Dónde se encuentra la maldita comida, Lijah? —exclamó Feygor.

—¿Queréis comida? —les preguntó Caffran—. Ahora os llevo algo. Volved al estudio y os llevaré algo de comida.

Feygor frunció el entrecejo mientras la cabeza se le iba de un lado para otro como si su cuello estuviese hecho de goma. Hizo varios gestos señalando diferentes puntos de la cocina.

—¿Qué demonios? —graznó. La voz que surgió de su aparato de laringe artificial sonó áspera y débil cuando el artefacto intentó adaptar su articulación de borracho—. ¿Quién es ella?

—Lo más probable es que todos nosotros seamos sus invitados, así que muéstrale un poco de respeto —le espetó Caffran—. Es mayor y tiene miedo.

Feygor lanzó un bufido.

—¿Qué le pasa a Larks? ¿Y por qué Cuu está tirado en el suelo?

—Cuu estaba molestando a la señora —respondió Muril—. Larks intentó detenerlo y Cuu empezó a golpearlo con una sartén.

—Tuvimos que reducirle —añadió Caffran, con la esperanza de quitarle algo de responsabilidad por si era necesario.

—¿Cuu le estaba haciendo daño a la señora? —balbuceó Brostin. La idea parecía ofenderlo.

—Está borracho —le indicó Muril.

—Eso no es excusa —replicó Brostin con tremenda seguridad.

—¿Quién demonios es ella? —preguntó Feygor de nuevo.

Dio un paso adelante acercándose a la anciana. Caffran se interpuso y ayudó a Feygor a mantenerse en pie.

—Es la propietaria de la casa —le informó.

No estaba seguro de ello, pero la afirmación tenía la importancia suficiente para que el cerebro confuso de Feygor lo captara.

—¿De dónde ha salido?

—Ha estado todo el tiempo por aquí, pero escondiéndose.

—¡Una espía! —exclamó Feygor, dando unas cuantas palmadas. La anciana dio un salto en la silla.

—No, señor.

—Yo digo que sí. Fisgando y escondiéndose.

—Nos tiene miedo. ¿Acaso tiene pinta de ser una agente de Shadik?

—¡Que me aspen si lo sé! —gritó Feygor. Enderezó el cuerpo y meneó un dedo delante de la cara de Caffran—. Enciérrala con llave en algún sitio. La interrogaré mañana por la mañana.

—No podemos encerrarla… —comenzó a decir Muril.

—¡Que la encierres, joder! —gritó de nuevo Feygor soltando unos cuantos salivazos—. ¿Quién está a cargo de todo esto, zorra?

«Buena pregunta», pensó Caffran.

Brostin dio un par de tirones de la manga a Feygor.

—No puedes encerrarla, Murt. No estaría bien. No a una ancianita.

—Vale. Entonces, ¿qué?

—Yo me ocuparé de todo. Me quedaré con ella —dijo Caffran—. Podrás hablar con ella mañana por la mañana.

—De acuerdo —dijo Feygor, ya satisfecho.

Se dio media vuelta a duras penas y se acercó tambaleante a la despensa. Un momento después, oyeron los golpes y el estrépito de las jarras rotas en su búsqueda de comida.

Brostin se quedó allí de pie un momento, y luego siguió a Feygor cuando éste salió de la cocina.

—Mierda —murmuró Caffran.

Miró a Muril, quien hizo un gesto negativo con la cabeza. Después se agachó y arrastró a Cuu hasta la puerta de la cocina que daba al exterior, y a continuación lanzó al verghastita afuera, a la lluvia.

—¡Anda y despéjate, cabrón borracho! —le dijo con desprecio.

Cuu se quedó tirado en el patio, gimoteando como un perro bajo la fuerte lluvia.

Cuando Caffran entró de nuevo en la cocina, vio que la anciana estaba recogiendo cuidadosamente los objetos que se habían caído durante la lucha. Las sartenes regresaron a las estanterías. Los fragmentos de porcelana fueron recogidos uno por uno.

—Ya ha empezado a hacerlo —dijo Muril mientras colocaba almohadillas desinfectantes de su equipo en la nuca de Larkin.

Caffran se quedó mirando. La anciana tiró las tazas rotas al cubo de la basura y después barrió los restos que no se podían retirar a mano con la escoba y el recogedor. Tomó la pesada sartén que Cuu había utilizado para golpear a Larkin y la colgó de nuevo de su gancho. Luego entró arrastrando los pies en el lavadero y salió

con una fregona.

Caffran se le acercó y se la quitó suavemente de las manos. Ella se la entregó sin resistencia.

—Déjeme hacerlo a mí —le dijo, y comenzó a limpiar la vomitona de Cuu de las baldosas.

No podía permitir que ella hiciera eso.

Ya había pasado la medianoche. La tormenta eléctrica regresó con más fuerza todavía que la noche anterior. Rerval había abandonado la búsqueda y el registro en los pisos de arriba. No encontró señal alguna de nada personal aparte del viejo mobiliario y de la ropa de cama. Los armarios estaban prácticamente vacíos a excepción de unas bolas elaboradas con hierbas aromáticas ya secas que rodaban por los estantes. Casi todas las habitaciones del piso superior estaban llenas de humedad, algunas incluso saturadas, por los agujeros del techo. El agua caía a chorros por esas goteras. El aire apestaba a ropa podrida y a moho.

Recorrió con el haz de la linterna las estancias y las paredes de las habitaciones. Vio pocos cuadros, pero más de una vez la luz reveló manchas blancas donde había habido algunos. En uno de los dormitorios encontró un reloj de similor, aquella aleación metálica imitación del oro, sobre una cómoda. Se había parado a las cuatro y media. La decoración dorada consistía principalmente en dos soldados con sombreros de plumas sosteniendo con las manos la esfera del reloj propiamente dicho.

También halló un pequeño armario empotrado en la pared de una habitación, donde casi todas las viejas sábanas allí guardadas estaban secas. En el interior también había varias piezas de equipo militar y unos cuantos cargadores para un rifle láser de francotirador. Era evidente que Larkin había escogido aquella estancia como aposento.

Rerval lo dejó todo tal como estaba.

Vio la portilla que llevaba al ático y puso una silla debajo para poder subir. Asomó la cabeza por la portilla abierta e iluminó todo el lugar con la linterna. El ático estaba lleno de agua. Muchas tejas habían desaparecido. El haz de la linterna desveló vigas negras llenas de moho, regueros de agua que caía y montones de restos medio podridos. Decidió no desperdiciar más tiempo.

Regresó a las escaleras. ¿Cómo había logrado vivir tanto tiempo allí? Y sola. ¿Es que la soledad le había afectado a la cabeza? ¿Por eso no quería hablar?

Bajó las escaleras esquivando los cazos tintineantes y los demás cacharros que recogían el agua de las goteras. Un rayo destelló en el exterior.

Por la puerta entreabierta del estudio salía un poco de luz, además de voces alegres y el tintineo de copas al entrechocar.

Una luz más débil salía por debajo de la puerta cerrada del comedor.

Rerval apagó la linterna y desenfundó su pistola láser. Puso la mano en el

picaporte de la puerta y la fue abriendo poco a poco.

Una solitaria vela ardía en el centro de la larga mesa del comedor. Su llama titubeante se reflejaba en la superficie oscura y pulida de la mesa.

Piet Gutes estaba sentado a solas con la cabeza entre las manos. Había una botella medio vacía de vino tinto a su lado, junto a unas hojas de papel esparcidas sobre la mesa.

—¿Gutes?

Su compañero levantó la cabeza. Estaba borracho, pero eso no explicaba del todo el enrojecimiento de sus ojos.

—Piet, ¿estás bien?

Gutes se encogió de hombros.

—No importa adonde vayas —le dijo—. Siempre te encuentra.

—¿Quién?

—La guerra. Crees que está tan lejos, que no puede tocarte, pero al final te encuentra de todas maneras.

Rerval se sentó a su lado.

—La guerra es nuestra vida, ya lo sabes. Primero y Unico.

Cutes sonrió con amargura.

—Estoy cansado —contestó.

—Vete a dormir. Ya te…

—No, no es eso. Estoy cansado. Cansado de todo. Cuando nos enviaron aquí…

—¿A Aexe Cardinal?

—No, Rerval. Al bosque, a esta misión. Cuando nos enviaron aquí, me sentí agradecido. Pensé que quizá podríamos tener unos cuantos días de descanso, dejar la guerra atrás. Salir de entre sus garras. Cuando Ven y Jajjo encontraron este sitio… Feth, me pareció un pequeño paraíso. Un pequeño paraíso tan sólo durante un día o dos. No soy ambicioso.

—¿Seguro?

Cutes tamborileó en la superficie de la mesa con los dedos antes de tomar otro trago de vino directamente de la botella. Se la ofreció a Rerval, quien también echó un trago.

—Todo está bien si se ve desde lejos —dijo Gutes—. Me refiero a que cuando te alejas lo suficiente, ya nada importa.

—Supongo —le contestó Rerval devolviéndole la botella.

—Estaba lejos cuando Finra murió, y también cuando murió la pequeña Foona.

—¿Finra? ¿Tu mujer?

—No —contestó Gutes con una leve sonrisa—. Mi hija. Mi esposa murió hace dieciocho…, no, diecinueve años. Crie a Finra yo solo, ¿sabes? Y lo hice bien. Bueno, al menos eso creo. Era una chica maravillosa. También lo era Foona. Mi

primera nieta era un pequeño encanto.

Rerval dudó unos instantes. No sabía qué decir. Pensó que era irónico. Era operador de comunicaciones, de modo que la comunicación era su especialidad. Sin embargo, no tenía ni idea de qué decirle a su compañero.

—Ojalá tuviera algunas fotos de ellas —comentó Gutes—. Ni siquiera hubo tiempo cuando me alisté. Fue en el último minuto. Dijimos que me enviaría unas cuantas por medio del Munitorum. Me prometió un paquete de recuerdos. Cartas…

—Piet: no sufrieron —le aseguró Rerval.

—No, ya lo sé. Tan sólo un pequeño resplandor, y Tanith desapareció. Bam, adiós, buenas noches. Ya te he dicho que nada importa si estás lo bastante lejos. ¿Conoces esa canción? «Lejos, lejos, arriba en las montañas». Milo la toca a veces.

—La conozco.

La llama de la vela osciló con fuerza y casi se apagó. Un momento después, comenzó a brillar de nuevo con fuerza cuando la cera salió goteante de su extremo superior. El rugido de un trueno restalló por encima del repiqueteo de la lluvia contra los cristales.

—Siempre pensé —continuó diciendo Gutes— que sería ella quien recibiría la carta. Me refiero a mi hija. La carta que viene con el sobre de papel de vitela. La carta que dice: bla, bla, bla, lamentamos informarle que su padre…

—Esa carta —asintió Rerval antes de tomar otro trago.

—Al final, ha resultado ser al revés. Bueno, excepto que yo no recibí ninguna carta. Tan sólo vi un pequeño resplandor a lo lejos.

—Deberíamos dormir un poco —insistió Rerval.

—Lo sé, lo sé, Rerval.

—Vamos entonces.

—Lejos. Ese es mi lugar. O eso pensaba. Una oportunidad de estar lejos aunque sólo fuera unos pocos días. Pero no importa adonde vayas. Siempre te encuentra.

Rebuscó entre los papeles que tenía delante y empujó uno de ellos en dirección a Rerval. Era una carta, con el papel amarillento por el tiempo que había pasado, junto a su sobre. La carta llevaba el emblema y el sello de la Alianza.

Rerval la leyó.

—¡Feth! ¿Dónde la has encontrado?

—En el estante del recibidor. Estaba allí cuando llegamos. No le presté mucha atención hasta ahora.

La fecha de la carta indicaba que había sido enviada casi diecisiete años antes. Decía: «Querida señora Pridny: en nombre del Alto Mando de la Alianza Aexegariana, lamento informarle que a su hijo, Masim Pridny, cabo, se le ha dado por desaparecido en combate en Loncort a principios de esta semana…

—Ha dejado de llover —comentó Muril.

La luz que precedía al alba comenzaba a entrar por las ventanas de la cocina.

La anciana estaba dormida, acurrucada sobre el banco de la cocina. Larkin estaba sentado a la mesa con un vaso de sacra en la mano. Los moretones de la cara casi se le habían vuelto negros ya, y Muril estaba preocupada por la herida en la nuca.

Todos los demás llevaban tiempo durmiendo, excepto Caffran y Rerval, que estaban haciendo la guardia.

Muril se puso en pie y utilizó un trapo para abrir la puerta del fogón. Echó unos cuantos leños más y los entremezcló con los que ya ardían con el atizador.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —contestó Larkin. Todavía estaba leyendo la carta que Rerval les había mostrado—. Pobre mujer, esperando todo este tiempo…, diecisiete años… esperando a su hijo…

—¿Crees que por eso no se ha marchado?

—Sí, supongo. Esperando en casa a que vuelva un hijo que en realidad nunca va a regresar.

—Sí, pobre mujer —dijo Muril mostrándose de acuerdo.

Miró la figura dormida y luego se sentó enfrente de Larkin.

—Háblame de Cuu.

—¿Cuu?

—El cabrón de Lijah Cuu. Casi te mata, Larks. Todo eso no iba sólo de una anciana, ¿verdad?

—Estaba borracho. Iba a hacerle daño.

—De todas maneras… Hay más que eso en esta pelea.

Larkin se encogió de hombros. El gesto fue doloroso. Muril deseó que Dorden, o Curth, o incluso un enfermero, estuviera con ellos para echarle un vistazo a las costillas y al codo de Cuu.

Y a su cabeza.

—No sé a qué te refieres —le contestó.

—A lo que me refiero —dijo ella—, es a que tú y Cuu tenéis algo. Todo el mundo lo sabe. No sé ni cuándo ni por qué comenzó, pero tenéis algo.

—¿Algo?

—Una enemistad.

—Quizás.

—¡Larks, por Gak! ¡Podría ayudarte!

—¿Ayudarme? No, Muril, no querrías ayudarme. Nadie querría verse involucrado en lo que estoy metido.

—¿En qué estás metido? Quiero decir, ¿por qué demonios te ofreciste voluntario para formar parte de este destacamento si sabías que Cuu ya estaba en él?

Larkin sonrió y tomó un sorbo del vaso. Muril pudo ver unas cuantas gotas de sangre disolverse en el licor transparente cuando apartó el vaso de su boca.

—Bueno, me refiero a que todo el mundo sabe que tenéis una enemistad mutua. Te trata como a un mierda, y sin embargo, aquí estás, voluntario para formar parte de una escuadra en la que sabes que él también está. Normalmente sueles hacer todo lo posible para estar lo más lejos que puedes de él, pero ahora parece que quieres estar lo más cerca que puedas, que quisieras… ¡Oh, Gak!

—Ya lo has pillado —le dijo Larkin con otra sonrisa.

Muril se quedó pálida.

—¿Qué demonios estás planeando?

—Nada que necesites saber. Olvídalo.

—¡No pienso hacerlo, Hlaine! ¿De qué va todo esto?

—Venganza —contestó él.

—¿Venganza? ¿Por qué?

—No importa. Debo relevar a Caff.

Se tomó lo que quedaba de licor de un trago y luego se puso en pie.

—¿Cómo tienes la cabeza? ¿Estás seguro?

Se volvió a sentar, parpadeando, y se tocó la nuca con dedos cautelosos.

—Quizá no.

—Cuéntame eso de la venganza.

—No lo entenderías.

—Ponme a prueba.

Larkin sonrió de nuevo.

—Muril, eres una buena chica.

—Eso dicen. No cambies de tema. Venganza.

—¿Qué puedo decirte? ¿Qué te parecería si te dijera que me gustaría acabar con Cuu por el modo en que me ha tratado desde la primera vez que nos vimos? ¿Te valdría? Me ha hecho la vida imposible, me ha presionado, me ha golpeado. ¿Sería suficiente?

Muril se encogió de hombros.

—Probablemente. Cuu es un cabrón. Un depredador. Maltrata a todo el que puede. Caffran le odia, ¿sabes? Por lo que pasó en Fantine. Sé que Gaunt logró sacar a Cuu del apuro, pero Caffran está convencido de que Cuu mató a aquella mujer, y que casi acabó en el paredón por su culpa.

—Logré que Caff se salvará —dijo Larkin—. Bueno, Bragg y yo. Conseguimos que el caso contra Caff fuese desestimado y que Cuu fuera acusado en su lugar. Bragg se chivó. Después Gaunt logró salvar a Cuu por un tecnicismo. Consiguió que lo azotaran en vez de fusilarlo. Por eso me odia. Me echa la culpa de esos latigazos. A mí y a Bragg.

—Así que ahora concentra todo su odio en ti porque Bragg ha muerto.

—Algo así —contestó Larkin con una sonrisa que a Muril no le gustó ni un pelo.

—Y por eso quieres…

Larkin alzó un dedo.

—Yo nunca he dicho eso. ¿Qué pasa si quiero vengarme de Cuu porque estoy chiflado? Todo el mundo sabe que estoy chiflado. El Loco Larkin, ya conoces el mote.

—Sí, pero…

—No estoy bien de la cabeza. Todo el mundo lo sabe. A lo mejor quiero cargarme a Cuu porque soy un demente.

—No eres un demente.

—Gracias, pero el jurado todavía no se ha decidido a ese respecto —dijo medio en broma—. Tampoco es que me importe. Cuidado, Lijah Cuu.

—¿Cuál es el verdadero motivo? —le preguntó ella.

Larkin dudó. Quería decírselo, pero sabía lo que los demás pensaban de él. El Loco Larkin. Alguien que no era de fiar. El chiflado. Le dolía la cabeza.

—Mató a Bragg —dijo simplemente.

—¿Que hizo qué?

—No puedo demostrarlo. Ni por asomo. Pero por lo que me ha dicho, mató a Bragg por chivarse. Y ahora viene a por mí, de modo que he preferido acortar la persecución e ir yo a por él.

Muril se lo quedó mirando fijamente.

—¿De verdad?

—Yo le creo. No espero que tú lo hagas. De hecho, probablemente acabo de demostrarte que después de todo estoy loco de verdad.

—No —respondió Muril mientras se inclinaba hacia él—. Larks…, cuéntaselo a Gaunt. A Gaunt, a Corbec o a Daur. Te ayudarán. No hagas algo de lo que luego te arrepentirás.

—¿Como matar a Cuu antes de que él me mate a mí? Ya es demasiado tarde. Además, no importa si Gaunt, Corbec o Daur me creen. Con lo poco que tengo, tendrán las manos atadas y no podrán hacer nada. ¿No crees que ya he pensado en eso? Es lo que hay.

Se puso en pie tambaleándose un poco y empuñó su rifle láser.

—Gracias por quitarme a Cuu de encima —le dijo—, pero hazme un favor: olvida toda esta conversación. Será mejor así.

La luz del amanecer se extendía por el prado trasero de la casa. Volutas de niebla se levantaban de la hierba húmeda.

Divisó un movimiento por el rabillo del ojo. Fue muy leve, apenas una sombra.

La sombra más leve.

Caffran salió de su puesto de centinela en el invernadero y cruzó a la carrera el pequeño prado trasero. Los cantos matutinos de los pájaros lo rodeaban por doquier. Llegó a una de las casetas más alejadas y abrió la puerta de golpe.

—¡Fuera! ¡Ahora mismo! —gritó apuntando con el rifle al interior.

El soldado aexegariano era joven y estaba tremendamente sucio. Tenía el rostro cubierto por una barba rala y también sucia. Salió al exterior de la caseta con las manos sobre la cabeza y parpadeó.

—No le hagáis daño a la señora —dijo—. No ha sido culpa suya.

—¡Cállate y pon las manos contra la pared! —le espetó Caffran.

El soldado se dio media vuelta y se abrió de manos y piernas contra la pared lateral de la caseta.

Caffran alargó el brazo izquierdo para cachearlo, sin dejar de apuntarle con el rifle láser.

El receptor en su oído chasqueó de repente.

Retrocedió y ajustó la recepción de señal.

—Repite. Repite —dijo por su micrófono.

El receptor se encendió de nuevo, y oyó dos palabras.

—Justo castigo.



DOCE.
EN CUALQUIER SITIO MENOS AQUÍ

Sí que soy un soldado joven y valiente, y que ama a su país. Encuéntreme un lugar donde combatir, señor, pero en cualquier sitio menos aquí.

Fragmento de una canción popular aexegariana

Nueve hombres muertos. Seis heridos. Tres enfermos por los efectos del gas que se coló por los desgarros en los trajes de combate. El decimoséptimo pelotón era un desastre, y Raglon lo sabía. Gaunt se daba perfecta cuenta de que el sargento novato estaba conmocionado y que se sentía terriblemente avergonzado de su desempeño del cargo. Su primera vez al mando en una operación de combate y había acabado con menos del cincuenta por ciento de su pelotón vivo o en condiciones de combatir.

La fuerza de infiltración de Gaunt entró y ocupó las sombrías ruinas del molino Santrebar. Dorden se llevó a seis soldados con él para que lo ayudasen con los heridos de Raglon mientras el resto de los miembros de los cuatro pelotones se colocaron en las ventanas y en todas las posiciones de tiro disponibles.

Dos estaban a punto de morir: Sicre y Mkwyl. No había esperanza alguna de salvarlos. Dorden mandó llamar a Zweil.

Se acercaban las 19.00 horas, y el día comenzaba a morir. El distante bramido de la contraofensiva le seguía llegando por encima de la tierra de nadie procedente del sur, y el profundo retumbar de los enormes cañones de asedio continuaba rugiendo. Todo seguía envuelto por el vapor amarillo del gas venenoso.

Comenzó a llover justo después de que diera la hora en punto. La cualidad de la luz cambió y dibujó un largo trazo en el bajo cielo amarillento. A Golke le recordó el modo en que una pincelada cambiaba una acuarela. Años antes, la pintura había sido su mayor afición. Se quedó de pie mirando a través de una de las ventanas de la planta baja del molino, casi admirando la vista. Era siniestra y odiosa, pero poseía una cierta cualidad. El suelo oscuro y herrumbroso, el cielo blanquecino que lentamente se iba saturando de gris azulado…

Provisto de una cota de malla de combate, un abrigo pesado y una máscara antigás, se sentía distanciado de todo aquello. Aquella era la tierra por la que estaba luchando, la tierra por la que había pasado luchando toda su vida adulta. Hasta donde la vista le alcanzaba, no se veía más que los destrozos provocados por la guerra. Aquel no era un campo de batalla, era un paisaje transformado por la brutal brujería de los combates incesantes. Despojado, quemado, envenenado, deformado, asesinado.

Se preguntó por qué entonces admiraba su belleza fantasmagórica e inquietante. Seguramente no se trataba del pintor aficionado que llevaba dentro que respondía de forma chabacana a un estímulo artístico. Aquello era la Bolsa, se dijo. La Bolsa de Seiberq. Un pedazo de tierra asesina que le había arrebatado a sus amigos, a sus hombres y su salud.

Había salido destrozado de aquel lugar, tan afectado por los horrores presenciados que había estado recibiendo tratamiento de su médico desde entonces. Los recuerdos todavía le laceraban la mente.

Intentó imaginarse el lugar lleno de vida de nuevo. Diez, quince años más tarde, cien… Lo que tardase en conseguirlo. Intentó imaginarse que la guerra había acabado y que la paz devolvía lentamente el paisaje al gobierno de la naturaleza. Árboles. Prados. Vida de cualquier tipo.

Golke podía imaginárselo, pero lo que veía no era convincente. Aquello, el paisaje destrozado que se abría ante sus ojos, era la única realidad.

Sabía por qué era importante para él. La Bolsa lo había perseguido durante años, acechando en sus pesadillas y en sus ensueños diurnos. Había regresado para enfrentarse a ello. Ese era el verdadero motivo por el que se había ofrecido voluntario para participar en la misión de Gaunt. Se trataba de una terapia de aversión. Había regresado para enfrentarse a sus demonios interiores y expulsarlos, exorcizarlos,

aniquilarlos. Había regresado para recuperar algo perdido en su juventud. La Bolsa era un agujero infernal, una ruina irreal y horrible, pero él ya había comenzado a ver algo de belleza en ella.

Había dado el primer paso. Contempló el paisaje que poblaba sus pesadillas y no se quedó helado de terror.

Podía hacerlo. Podía derrotar a la Bolsa del mismo modo que antaño ella lo había derrotado a él.

Dos meses antes, sus asistentes lo habían convencido para que fueran una noche a una sala de espectáculos de Ongche. Había llegado a la ciudad una *troupe* ambulante muy popular, e insistieron en que le gustaría. El teatro pintado con colores chillones estaba abarrotado de soldados bulliciosos de permiso, pero Golke disfrutó del espectáculo desde uno de los palcos. Fue una función bastante entretenida, aunque los soldados disfrutaron como si hubieran sido las mejores representaciones de todos los tiempos. Un mago, un grupo de acróbatas, un violinista, la actuación de unos payasos con perros amaestrados, cantantes, bandas de música, una soprano bastante mediocre. Un cómico famoso con un sombrero demasiado pequeño que se paseó por todo el escenario mientras hacía comentarios muy subidos de tono sobre los gustos sexuales y la higiene de los habitantes de Shadik que el público aplaudió enfervorecido.

Por último, apareció la muchacha, la pequeña muchacha de Fichua, el número fuerte. Aquello, le dijo con nerviosismo su asistente de mayor rango, era lo que los hombres habían estado esperando con impaciencia.

No parecía gran cosa, tan sólo una muchacha joven con una falda de aro y un corpiño, pero su voz…

Cantó tres canciones. Todas eran divertidas, ingeniosas, picantes y patrióticas. La tercera era una tonada que Golke había oído cantar a sus hombres de vez en cuando. Era una cancioncilla de tono irónico que hablaba sobre cumplir el deber patriótico, en la que el soldado le aseguraba a sus superiores que estaba más que dispuesto a combatir, pero que deseaba hacerlo en algún otro lugar más seguro. El coro decía algo así como: «Quiero encontrar un lugar donde combatir, pero en cualquier sitio menos aquí».

El público acabó enfervorizado. La pequeña chica fichuana tuvo que repetir la canción, y el escenario quedó inundado de flores.

Se le había quedado la tonada. Golke se descubrió tarareando «Encuéntreme un lugar donde combatir, señor, pero en cualquier sitio menos aquí». Tres bajadas de telón, y buenas noches.

La tenía metida en la cabeza en aquel momento. La frase le daba vueltas una y otra vez por la mente.

«En cualquier sitio menos aquí».

Comprendió por qué a los hombres, bobos sentimentales la mayoría de ellos,

como todos los soldados fuera de servicio, les había encantado. Era pegadiza, ingeniosa y divertida. Mostraba a las claras sus deseos. Les permitía reírse de sus aspiraciones ocultas más queridas.

La cancioncilla desapareció de su mente. Al ver la tristeza de la Bolsa, simplemente se desvaneció. Golke pudo discernir la verdad a través de aquella mentira tranquilizadora.

Allí es donde él quería estar. Allí es donde necesitaba estar.

En ningún lado más que allí.

Justo allí, y justo en ese momento.

La lluvia cayó con más fuerza, siseando al chocar contra el suelo envenenado y escurriéndose por los desagües destrozados del molino. Fue tan intensa que después de tan sólo quince minutos había despejado el aire y el cielo se había hecho más amplio y más grisáceo.

Dorden utilizó su analizador de atmósfera y comunicó que los niveles de gas venenoso habían caído por debajo de los límites peligrosos.

Los soldados comenzaron a quitarse las máscaras con suspiros agradecidos de alivio.

El aire era frío y húmedo y conservaba el regusto metálico del gas, pero mezclado con el hedor a tierra empapada y podrida. Algunos de los hombres se sintieron tan aliviados de quitarse las máscaras que comenzaron a reírse y a charlar. Gaunt le ordenó a Beltayn que recorriera el molino y les comunicase que guardaran silencio.

Zweil, de nuevo con la cabeza al descubierto, elevó una plegaria de agradecimiento al cielo y luego volvió con Sicre y con Mkwyl. Ambos estaban muertos, y el sacerdote ya había rezado los últimos ritos sobre ellos, pero los repitió.

—Para que puedan oírme —le dijo a Dorden.

Estaba anocheciendo. Aparte de las humaredas provocadas por las andanadas de artillería que flotaban perezosamente por el aire, todavía se podía ver a bastantes kilómetros de distancia. Hacia el este, un falso amanecer creado por los disparos de una barrera artillera iluminaba el paisaje. Del sur llegaban los destellos y los resplandores de las explosiones de la contraofensiva. Más allá del horizonte oriental, los grandes destellos de luz causados por los enormes cañones de asedio centelleaban sobre el terreno.

Gaunt pudo ver en el cielo azul oscuro las estrellas por primera vez desde que había llegado a Aexe Cardinal. Titilaban y se veían borrosas por el humo que se dispersaba por toda la atmósfera superior, pero Gaunt las podía distinguir. De vez en cuando, una línea de color naranja o rojo surcaba el cielo al cruzarlo algún cohete.

Parte de la Línea Peinforq, Gaunt supuso que se trataba del sector 56, comenzó a parpadear cuando se inició la barrera de artillería nocturna. Oyó el zumbido y el aullido de los proyectiles al atravesar la tierra de nadie. Varios fuegos intensos comenzaron a brillar en las zonas opuestas de las líneas de Shadik.

Los morteros iniciaron su sorda cadencia rítmica. Los feldkannonen restallaron.

Había comenzado otra noche típica en el frente.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Gaunt.

Se había llevado a Raglon a un lugar más tranquilo del molino y le hizo sentarse. Raglon estaba tembloroso y tenso como un muelle.

—Lo siento, señor —dijo.

—¿Por qué?

—Por joderla de esta manera.

—Déjelo, sargento. Quiero que me cuente lo que pasó ayer por la noche.

—Nos machacaron. Seguíamos una trinchera abandonada y nos topamos de frente con unos asaltantes de Shadik. El tiroteo no duró mucho, pero fue muy intenso. A un lado y a otro, casi en fila india. Creo que también les dimos lo suyo. Retrocedieron y nosotros avanzamos hacia el norte llevándonos los heridos con nosotros. Teníamos la esperanza de reunimos con el décimo. Habíamos oído que Criid había tomado el molino.

—¿Y?

Raglon dejó escapar un suspiro.

—No sé por cuánto no nos encontramos, pero ellos ya se habían marchado. El enemigo había comenzado a bombardear la zona, de modo que nos quedamos quietos. Al parecer, fue una decisión acertada. Pensé que podíamos defender el molino con facilidad, incluso con la mitad de efectivos.

—¿Algún contacto a lo largo de la noche?

—Ninguno, señor.

Gaunt asintió.

—Entonces creo que lo hiciste bien. Deberías dejar de culparte a ti mismo de esa manera.

Raglon miró a Gaunt.

—Creía que me iba a quitar los galones, señor.

—¿Por qué, Rags?

—Por lo que ha pasado. Por perder tantos hombres.

—En una de mis primeras acciones de combate, Rags, en una de mis primeras acciones de combate de verdad, quiero que entiendas eso, dirigí una escuadra de diez hombres del regimiento hyrkanio en un bosque de Folion. Nos habían dicho que estaba libre de enemigos. No lo estaba. Perdí a siete hombres. Un setenta por ciento de bajas. Me odié por ello, pero conservé el rango. Oktar sabía que me habían metido

en un mal lugar. A veces ocurre. Les ocurre a todos los guardias imperiales más tarde o más temprano. Cuando tienes el mando, parece importar mucho más. Lo hiciste bien, tan sólo tuviste mala suerte.

Raglon asintió, pero siguió mostrando un aspecto intranquilo.

—Es que odio la responsabilidad…

—¿De las muertes?

—Y el error…

Gaunt se quedó callado un momento.

—Raglon —dijo después de unos instantes de silencio—, ésta es tu primera prueba de mando. No el combate, no las acciones posteriores. La prueba es la verdad. Si todo ocurrió tal como me lo has contado, no pasa nada. Si estás protegiendo a alguien, entonces sí que pasará. Si quieres ser un mando de mi regimiento, tendrás que enfrentarte a la verdad desde el principio. Así que… ¿hay algo más que quieras contarme?

—Yo estaba al mando, señor.

—Sí, sí que lo estabas. ¿Quién la cagó?

—Yo, señor. Yo estaba al mando.

—Sargento, la característica de un buen jefe de escuadra es que él o ella son capaces de reconocer las debilidades de los suyos e indicárselas a su oficial al mando. Encajar ese error como sea necesario. Por Feth, tendrá que vivir con ese dolor, pero si hay un punto débil, debe decírmelo ahora mismo.

Raglon suspiró.

—Creo que nos hubiéramos encontrado con el enemigo de todas maneras, aunque me dijeron que el explorador Suth se había adelantado para alertarnos. Me quedé demasiado atrás en la fila. Por lo que tengo entendido, el soldado Costin delató nuestra posición.

—¿Cómo?

—Bebió mientras estaba de servicio, señor. Reveló nuestra posición exacta por culpa de no seguir la disciplina de avance sigiloso.

Gaunt asintió y se puso en pie.

—¡Por el amor del Dios-Emperador, señor! —gimió Raglon—. ¡No lo haga!

—El sargento Adare, que el Emperador lo tenga en su gloria, me avisó el año pasado de los excesos de Costin. Adare debería haberlo solucionado. Yo debería haberlo solucionado. Como mínimo, debería haberte advertido sobre ello cuando te hiciste cargo del decimoséptimo. Es culpa mía, en principio, y después de Adare, mucho antes de que sea tuya. Pero sobre todo y por delante de todos, es culpa de Costin.

—Señor…

—Habla.

—Sólo logré sacar a la mitad del pelotón de esa trinchera. Por favor, no reduzca todavía más el número de supervivientes.

Gaunt le puso una mano a Raglon en el hombro.

—Cumple con tu deber y no te arrepientas de nada. Yo cumpliré con el mío. Serás un jefe de pelotón de primera clase, Raglon.

Gaunt atravesó el molino. Mkoll se acercó apresuradamente para decirle algo.

—¿Señor?

—Espera un momento, Mkoll.

Gaunt llegó a la destartalada estancia de rococemento donde Costin estaba tumbado. Dorden estaba cambiando los vendajes de la destrozada mano del soldado.

El doctor levantó la vista y reconoció la expresión ceñuda del rostro de Gaunt.

—No —exclamó mientras se ponía en pie—. No. De ninguna manera, Gaunt. Ahora no. Está medio desangrado y he pasado los últimos minutos intentando salvarle la mano.

—Lo siento —le respondió Gaunt.

—¡No! ¡He dicho que no! ¡No me quedaré al margen para permitir que lo hagas! ¡¿Dónde coño está tu humanidad?! ¡Te respetaba, Gaunt! ¡Te hubiera seguido hasta el final de la galaxia porque no eras como los demás! La mierda que ocurrió en el pabellón de enfermería… lo entendí. Te odié por ello, pero te perdoné. ¡Pero no pienso permitir esto!

—Se te ha confesado, ¿verdad?

—Ha acabado saliendo. —Dorden bajó la vista hacia Costin—. Me lo ha contado todo. Está traumatizado. Terriblemente arrepentido. Es probable que tenga tentaciones de suicidarse.

—El suicidio no es una opción. Su negligencia ha provocado la muerte de varios Fantasmas.

—¿Y qué? ¿Le vas a pegar un tiro por eso?

—Sí —contestó Ibram Gaunt.

Dorden se puso delante de Costin.

—Pues entonces tendrás que atravesarme a mí primero. Vamos, cabrón. Hazlo.

Gaunt sacó la pistola bólter de su funda.

—Doctor, hazte a un lado.

—No lo haré. Por Feth que no lo haré.

—Doctor, hazte a un lado o yo te echaré a un lado.

Dorden se acercó a él y se puso de puntillas hasta que sus ojos estuvieron al nivel de los de Gaunt.

—Pégame un tiro —le espetó con un gruñido de desafío—. Vamos. Desafío tus órdenes. Si Costin se merece una bala por incumplir tus órdenes, también yo me merezco una, así que venga, pégame un tiro. O que todo el mundo sepa que eres un

comandante injusto, con unas reglas para unos y otras para los demás.

Gaunt ni siquiera pestañeó. Alzó con lentitud la pistola hasta que su cañón acabó presionando la nuez del cuello de Dorden.

—Estás provocando una situación que no debería ocurrir, doctor. Tú eres la espina dorsal del Primero, del que todos dependemos. Tus hombres te adoran. Me considero afortunado por contar contigo entre mis amigos. Sin embargo, si escoges comportarte así, te dispararé. Es mi deber. Mi deber para con la Guardia Imperial, con el Señor de la Guerra y con el Dios-Emperador de la Humanidad. No puedo hacer excepciones. Ni con Costin ni contigo. Por favor, doctor…, hazte a un lado.

—No lo haré.

Gaunt alzó un poco más la pistola, por lo que Dorden se vio obligado a echar la cabeza hacia atrás.

—Por favor, doctor… hazte a un lado.

—No lo haré.

—Tolin, tú y yo somos espejos. Espejos de la guerra. Yo los rompo. Tú los recompones. Por cada gramo de tu alma que desea que la guerra termine, la mía lo desea diez veces más. Sin embargo, hasta que se acaben las matanzas, no incumpliré mi deber. No hagas que la próxima bala que dispare sea la que mate a Tolin Dorden.

—Me dispararías —se sorprendió Dorden—. Me dispararías, ¿verdad?

—Sí.

—Por Feth… Eso sólo hace que quiera más quedarme aquí.

El dedo de Gaunt se tensó sobre el gatillo.

Más.

Más.

Giró el brazo, bajó el arma y le puso el seguro.

—Tolin —le dijo en voz baja—. Acabas de minar mi autoridad delante de los hombres. Has debilitado mi mando. Me alegro desde lo más profundo de mi corazón de no haber sido capaz de dispararte en honor a nuestra amistad, pero espero que estés dispuesto a enfrentarte a las consecuencias.

—No habrá consecuencias, Ibram —le tranquilizó Tolin Dorden.

—Oh, sí, sí que las habrá —replicó Gaunt—. Puedes estar seguro de que las habrá.

Mkoll se quedó de pie cerca de la escena, alarmado por el enfrentamiento. Durante un segundo pensó que Gaunt le ordenaría apartar a Dorden y llevárselo de allí.

Debería haber conocido mejor a Gaunt. El comisario jamás involucraría a otra persona en una lucha personal.

Pero aquello no había sido bueno. No había un solo soldado de todo el regimiento que hubiera apuntado su arma contra el doctor Dorden. La idea en sí era algo

criminal. El tiempo diría a lo que llevaría aquel desprestigio a la autoridad de Gaunt.

La situación había demostrado que Gaunt era humano. Irónicamente, aquello no era necesariamente algo bueno. Y lo que era todavía más irónico: la mayoría de los soldados del regimiento ya lo sabían.

Gaunt se quedó de pie a solas unos cuantos minutos. Los soldados murmuraban entre ellos por todo el molino. El coronel-comisario dio media vuelta de repente y se dirigió hacia Costin. Todo el mundo se calló. Dorden levantó la mirada desde donde estaba curando a otro hombre y vio hacia dónde se dirigía Gaunt. Se puso en pie, pero Milo le detuvo.

—No lo haga —le susurró Milo—. Otra vez no.

—Pero…

—Milo tiene razón —le dijo Mkoll acercándose a ellos dos—. No lo haga.

Gaunt se agachó al lado de Costin y se quitó la gorra. Repasó el borde con los dedos.

Costin estaba recostado contra una pared llena de agujeros, con el miedo superponiéndose a la expresión de dolor de su rostro.

—Costin, éste es un regimiento del que se puede estar orgulloso —le dijo Gaunt al cabo de un momento.

—Sí, señor.

—Nos mantenemos unidos. Cuidamos los unos de los otros. Siempre ha sido así, y así es como me gusta.

—Sí, señor.

—El doctor es mi amigo. No estamos de acuerdo en algunas cosas, pero eso es parte de la amistad. ¿Verdad? Creo que mereces que te ejecute. Aquí y ahora mismo, por tu negligencia. El doctor no lo cree así. No voy a pegarle un tiro. De hecho, no podría aunque pensase que es lo correcto. Así que eso me coloca en una situación difícil. Tengo que ser justo. Imparcial. Si no le disparo por incumplir mis órdenes, no puedo dispararte a ti por lo mismo. ¿A que no? De modo que deberías considerarte muy afortunado.

—Lo hago, señor.

—También deberías saber que siento el desprecio más profundo por ti por lo que hiciste. No podré confiar en ti. Tus camaradas no podrán confiar en ti. De hecho, muchos de ellos te odiarán por lo que has hecho. Será mejor que te cubras la espalda.

—Sí, señor.

Gaunt se puso de nuevo la gorra.

—Considera esta oportunidad la primera y la única. Enmienda tus actos a partir de este mismo momento. Conviértete en el modelo del soldado perfecto. Demuéstrame que Dorden estaba en lo cierto. Si te veo beber una sola vez más, una sola, o si me entero por otros que lo has hecho, ya sea de servicio o de permiso, caeré

sobre ti con la furia de un dios vengativo. Todo depende de ti.

—¿Señor?

—¿Qué?

—Yo… Lo siento. Lo siento de verdad.

Gaunt se puso en pie.

—Palabras, Costin. Solo palabras. Los actos hablan con mayor fuerza. No me digas que lo sientes. Siéntelo.

Buen consejo, pensó Gaunt mientras se reunía con Mkoll. Acción, no palabras. El tiempo pasaba y corrían el peligro de perder todo ese tiempo que habían ganado antes. O comenzaban a avanzar hacia las líneas de Shadik o daban media vuelta y regresaban.

Gaunt llamó a Golke, a Beltayn y a los jefes de pelotón para que se reunieran con ellos.

—Calculo por el resplandor de los disparos que los cañones de asedio se encuentran más o menos a siete kilómetros, señor —dijo Mkoll—. Hacia el nordeste. Podría ser más, dado su alcance, pero sus destellos al abrir fuego son más fuertes que la última vez que los vi, así que lo más probable es que no los hayan movido.

—Son pesados. Probablemente montados en raíles. Conde, ¿las fuerzas de Shadik tienen vías férreas en este sector?

Golke se encogió de hombros.

—Hace años existía una línea de ferrocarril al otro lado del Naeme, pero ¿hoy en día? Nadie de la Alianza ha visto el otro lado de las líneas de Shadik desde hace décadas. Incluso nuestros vuelos de observación están limitados. Por supuesto, también pueden haber construido algo allí ex profeso.

—¿Cómo podemos llegar hasta allí? —preguntó Gaunt en general invitando a todos para que opinaran.

—Hay que atravesar toda la tierra de nadie —comentó Domor—. Cerca de un kilómetro y medio desde aquí. Hay bastante cobertura excepto en los últimos cientos de metros. Tendremos que ir despacio, al estilo de los Fantasmas.

—¿Y qué hay de ese túnel, Criid? —le preguntó Gaunt.

Ella los llevó hasta la parte trasera del molino y les mostró el montón de escombros que indicaban la entrada al túnel.

—Estoy convencida de que lleva directamente hasta las líneas enemigas —dijo la sargento—. Debe de ser una ruta de comunicación para llevar y traer patrullas de observación hasta el molino. Lo habría comprobado ayer por la noche si hubiera tenido tiempo, pero no lo hubo, de modo que sellé la entrada.

—Algo de lo que Raglon y los suyos se sienten agradecidos, sin duda alguna. ¿Utilizaste un solo tubo de carga de demolición?

—Sí, señor.

—Así que, si despejamos la entrada, probablemente el resto del túnel estará operativo.

—Habrán colocado alguna clase de vigilancia —dijo Golke—. Puede incluso que estén intentando despejarlo en este mismo momento.

Mkoll negó con la cabeza.

—No oigo nada. Ningún ruido de picos o palas. Creo que suponen que hemos tomado el molino. O eso, o es que no han tenido tiempo de enviar un grupo de zapadores.

—Si vamos por aquí, llegaremos a las líneas enemigas mucho antes —reflexionó Gaunt en voz baja—. Va a ser duro cuando lleguemos al otro extremo, vayamos por donde vayamos. Creo que prefiero entrar por un túnel vigilado y probar suerte. Tal como ha dicho Domor, la alternativa es un acercamiento directo a las trincheras enemigas, y eso podría acabar bastante mal.

—Pero todavía tenemos que despejarlo para entrar —objetó Golke.

Gaunt sonrió.

—Esta es una oportunidad para que se luzca el segmento verghastita del regimiento. Arcuda…, reúne a todos los hombres que trabajaron como mineros o como canteros. Necesitaremos seis o siete. Si se ponen más manos a la obra se estorbarán unos a otros. Que Dremmond y Lubba los cubran. Achicharraremos el agujero en cuanto algo intente salir de él.

Arcuda asintió y se apresuró a cumplir la orden.

Gaunt miró al resto de los congregados.

—En cuanto nos pongamos en marcha tendremos que adaptarnos a unos planes de combate fluidos. Esto va a ser atacar y huir. Aprovechar la oportunidad. Necesitamos que todo el mundo esté preparado para improvisar. En el mejor de los casos, encontramos los cañones y los destruimos. En el peor de los casos, los encontramos y transmitimos su localización exacta a la Alianza. ¿Todo el mundo lo tiene claro? Lo mínimo es localizarlos. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué hacemos con los heridos? —preguntó Mkoll. Había siete heridos del decimoséptimo que no podían moverse.

—Se quedan aquí. Zweil se quedará con ellos junto a una escuadra de contención. Yo la escogeré. ¿Algo más?

—Algo que puede ser útil, señor —comentó Beltayn—. He estado vigilando las comunicaciones. Hace unos cinco minutos, la Alianza ha confirmado la señal «behj suelto».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Va a producirse otro asalto —le explicó Golke—. La contraofensiva tiene que estar teniendo éxito en el sector 57. El alto mando debe de haber decidido aprovecharlo al máximo y ha enviado una segunda oleada. ¿Cuál era el código,

Beltayn?

—Once uno decimal dos, señor.

Golke asintió, impresionado.

—Se lanzan a fondo. Todo el sector 57 y el 58 también. Para empezar, va a producirse un fuerte bombardeo, luego algunas escaramuzas seguidas del ataque principal. Esta parte del frente va a estar muy movida esta noche.

—Eso nos conviene —dijo Gaunt—. Confusión, ataque frontal. No podíamos pedir mejores distracciones. Y estar bajo tierra durante un bombardeo tampoco nos vendrá mal.

—A menos que una bomba perdida derrumbe el techo —murmuró Criid.

Su pesimismo provocó una carcajada en Gaunt.

—Venga, manos a la obra —les dijo—. El tiempo corre. Quiero intentar penetrar en las líneas de Shadik durante o después del primer asalto. Luego actuaremos según vengan las cosas.

Arcuda había reunido a seis verghastitas con experiencia en el trabajo de minas: Trillo, Ezlan, Gusnfeld, Subeno, Pozetine y, por supuesto, Kolea. Se pusieron a trabajar desnudos de cintura para arriba con sus nueve setenta y sus propias manos desnudas. Otros soldados se colocaron detrás formando cadenas para retirar los escombros que los verghastitas echaban a un lado. Lubba y Dremmond, con los lanzallamas preparados, estaban cerca por si alguien salía del túnel.

Gaunt se quedó allí de pie y observó los trabajos durante un rato. Se sentía fascinado por Gol Kolea. Criid tuvo que explicarle a Kolea lo que había que hacer, porque su mente carecía incluso de los recuerdos más básicos de sus largos años como minero en el equipo de profundidad número diecisiete en la colmena Vervun. Sin embargo, su cuerpo no había olvidado las habilidades aprendidas. Empezó a trabajar de forma incesante, de forma inagotable, despejando el lugar de escombros y restos con experta eficiencia. No era un simple hombre fuerte trabajando: sabía lo que estaba haciendo. Fue capaz de aconsejar respecto a posibles derrumbes y a maneras de apartar los cascotes. Distribuyó las cadenas de soldados de modo que funcionaran de forma efectiva.

Aunque no sabía lo que estaba haciendo. Actuaba de un modo automático. La memoria física de su trabajo como minero informaba a sus miembros. Tenía una expresión vacía en la mirada.

Gaunt pensó que de todos los hombres que el Primero había perdido, Kolea era una de las pérdidas que más lamentaba. Un soldado excelente, un jefe magnífico. Si no hubiese sido por Ouranberg, Kolea podía haber llegado a los rangos más altos del regimiento.

Lo que Gaunt echaba más en falta era el carácter tranquilo y reflexivo de Kolea.

Cuando una persona moría, simplemente lamentabas su pérdida. Su ausencia. Echabas de menos que no estuviera presente. Se le ocurrían muchos casos así. Baffels, Adare, Doyl, Cluggan, Maroy, Cocoer, Rilke, Lerod, Hasker, Baru, Blane, Bragg…

¡Dios-Emperador!, y eso sólo para empezar.

Sin embargo, con Kolea era peor. Él todavía estaba allí, vivo, con una voz. Un recordatorio constante del guerrero que habían perdido.

Gaunt se apartó de la boca del túnel y buscó a Milo hasta encontrarlo.

—Tengo una tarea para ti —le dijo.

—Preparado y dispuesto, señor —le contestó Milo.

—Quiero que defiendas y mantengas este molino. Zweil se va a quedar, y los heridos necesitan que alguien los cuide y los proteja. También quiero que una escuadra se quede aquí por si volvemos a toda prisa. Tú y cuatro más. Te quedarás al mando, así que escoge tú a la gente.

Milo pareció desanimarse. Parecía claramente decepcionado por no participar en la misión principal.

—¿No hay nadie más apropiado para esa tarea, señor?

—¿Como quién?

—¿Arcuda? ¿Raglon? Ambos son sargentos. Y son…

—¿Qué son, Milo?

Inexpertos, quiso decir Milo.

—Buenas elecciones —dijo por fin con tono de incertidumbre.

Gaunt suspiró y asintió. Milo se había convertido en un soldado de primera clase, con grandes posibilidades de convertirse en un líder a pesar de su corta edad. Cualquiera de las dos sugerencias que había hecho: Arcuda, novato y nervioso, y Raglon, cansado y destrozado, tendría más sentido. De hecho, Gaunt hubiera preferido incluir a Milo en su propia escuadra en vez de uno de los otros sargentos.

Existía otro motivo para aquella elección, uno que le había estado dando vueltas en la cabeza de forma insistente desde hacía días. Le habría gustado contarle a Milo lo de la anciana de las Sororitas que había conocido en la vieja capilla perdida del bosque, pero cada vez que lo pensaba, le sonaba estúpido. Ni siquiera él mismo se lo creía.

Ella había dicho que Milo era importante. No allí. Importante en algún otro lugar. Aunque lo cierto es que parecía estar bastante loca.

Eso, se dijo a sí mismo, si realmente había estado allí. Todo aquel incidente había adquirido una cualidad de ensoñación en su cabeza.

Sin embargo, Ibram Gaunt había vivido ya lo suficiente para saber que en la galaxia actuaban fuerzas mucho más extrañas de las que él jamás podría adivinar. Toda su existencia se había visto salpicada e intercalada por verdades y

consecuencias misteriosas. Coincidencias. Actos del destino. Verdades que no demostraban serlo hasta pasados muchos años.

No podía arriesgarse. No podía arriesgar a Milo.

—Quiero que tú lo hagas —le dijo—. Confío en ti. Considéralo una prueba.

—¿Una prueba, señor?

—Milo. Maroy ha muerto. El pelotón decimosexto necesita un nuevo sargento. Estoy pensando en ti para el puesto. Cumple con tu deber, y lo pensaré con mayor seriedad todavía. Escoge a los cuatro que se quedarán contigo.

Milo se encogió de hombros. Estaba bastante sorprendido por la perspectiva de recibir un ascenso y un puesto de mando. En la colmena Vervun había dudado entre Milo y Baffels, pero Gaunt finalmente le había otorgado el mando a Baffels basándose en la edad y en la experiencia. Milo era muy joven. Sin embargo, había madurado desde entonces. También en experiencia. Gaunt sabía que si le ofrecía el ascenso a Milo, no lo rechazaría. Ya no era un chico. La colmena Vervun, Hagia, Fantine y Aexe Cardinal lo habían convertido en un soldado.

—¿Y bien? —insistió Gaunt—. ¿Qué cuatro escoges?

—Necesitaré un francotirador: Nessa. —Tenía sentido: Milo y Nessa habían forjado un fuerte lazo de camaradería durante el ataque a Ouranberg—. Un lanzallamas para cubrir la entrada del túnel: Dremmond. Aparte de ellos… No sé. ¿Mosark? ¿Mkillian?

—Son tuyos. Hazme sentir orgulloso. Si no hemos regresado cuando amanezca, retrocede hasta nuestras líneas si puedes. Mi contraseña será «gaitero». La respuesta será «chico». Si no se puede así, un pitido largo seguido de dos cortos. Asegúrate de que no somos nosotros antes de que Dremmond fría todo lo que haya en el túnel.

Milo asintió.

—Observa a Zweil. Puede serte de ayuda. Considérate nombrado sargento provisional.

—Gracias, señor.

Gaunt sonrió y lo saludó militarmente. Milo devolvió el saludo.

—Has recorrido y avanzado mucho camino desde Tanith Magna, Brin. Puedes sentirte orgulloso.

—Lo estoy, señor.

El agujero era un lugar siniestro y oscuro.

—¿Despejado? —preguntó Gaunt con un siseo.

Dos chasquidos cortos del comunicador de Mkoll indicaron que lo estaba.

—Adelante —ordenó Gaunt.

El destacamento de infiltración entró con rapidez y en fila en el túnel. Mkoll y Domor iban en cabeza, seguidos de Lubba y Hwlan. Gaunt iba justo detrás de ellos, con Bonin.

El túnel excavado en la tierra descendía de modo bastante abrupto al principio. El suelo era una masa solidificada de restos sueltos de la excavación, pero después de unos diez metros, se enderezaba y cambiaba de forma. En vez de paredes excavadas en la tierra, el túnel estaba formado por superficies de piedra tallada, antiguas, pero bien colocadas. A Gaunt le recordó una alcantarilla o un desagüe.

Era una construcción demasiado elaborada e importante como para que la hubieran excavado las tropas de la República de Shadik como medio para transferir soldados al puesto de observación avanzado que era el molino. Aquello era más antiguo. Gaunt se dio cuenta de que probablemente pertenecía al sistema de conducción de agua del molino, un desagüe o posiblemente un canal de alimentación. Los de Shadik lo habían desenterrado y lo habían comenzado a utilizar.

Aquella especie de corredor era bastante estrecho y bajo, y las piedras húmedas y cubiertas de cieno hacían resbalar de forma traicionera, sobre todo en aquella oscuridad casi impenetrable. No se atrevían a utilizar las linternas por temor a descubrir su avance y su posición. Aquel era el motivo por el que había situado al sargento Domor en vanguardia. *Shoggy* Domor había perdido la vista en Épsilon Menazoide y le habían sustituido los ojos por unos implantes ópticos bastante voluminosos, lo que le daba un aspecto algo parecido a un anfibio de ojos saltones de Tanith, y de ahí su sobrenombre. Domor había ajustado los implantes en modo de visión nocturna.

Después de otros veinte metros, el túnel descendió abruptamente de nuevo, pero esta vez de forma repentina, y tuvieron que vadear el agua que les llegaba hasta las rodillas. En aquella parte se veían daños más graves en la estructura de piedra. Era evidente que esa zona del túnel se había hundido o había descendido bastante.

Gaunt miró hacia atrás, hacia la fila que le seguía. Sus ojos se habían adaptado a la oscuridad, al menos, todo lo que era posible. Podía distinguir unas siluetas grises y oscuras que se recortaban contra la negrura del túnel. De vez en cuando oía algún chapoteo o un chasquido metálico contra la roca. Avanzar de ese modo era bastante trabajoso, pero los hombres intentaban respirar lo más silenciosamente posible. También hacía bastante calor y les faltaba un poco el aire, por lo que todo el mundo sudaba profusamente.

Mkoll indicó que se detuvieran cuando ya habían recorrido unos trescientos metros. A la izquierda se abría la boca de un túnel secundario, también construido en piedra, y de él salía un caño de agua. Esperaron mientras el explorador jefe lo examinaba. Un minuto. Dos. Tres.

Luego oyeron un doble chasquido procedente de los microtransmisores.

Gaunt se arriesgó a comunicarse de viva voz, aunque hablando muy bajito.

—Cuatro, aquí uno.

—Uno, aquí cuatro —respondió Mkoll de modo casi inaudible—. Un conducto

secundario. Sin salida. El extremo se ha derrumbado.

Siguieron avanzando. En los siguientes doscientos metros aparecieron tres nuevos conductos. El grupo esperó mientras Mkoll exploraba de forma escrupulosa todos y cada uno de ellos.

Pasaron unos cuantos minutos más y por fin Gaunt sintió una leve brisa fresca en el rostro. También pudo oler agua. Dio un par de pasos y pudo oírla. Era un torrente, y se movía con bastante rapidez.

El túnel se ensanchó. Gaunt no podía ver mucho, pero sintió el espacio abierto ante él.

—Es una especie de bóveda —informó Domor por el enlace de voz.

Se oyó un ruido de arañazos en la piedra y una maldición contenida.

—¡Informe! —gruñó Gaunt por el intercomunicador.

—Lubba ha estado a punto de caerse. Señor, creo que vamos a tener que arriesgarnos a encender las linternas.

—¿Está despejado el camino?

—No hay señales de contacto alguno. Espere.

Oyeron el suave sonido de unas botas sobre la piedra seguido de un crujido de madera, y después todo quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Domor?

—Está despejado. Creo que deberíamos utilizar las linternas. Si no, alguien se va a caer.

—Tú decides, Domor. Estás en mejor situación para hacerlo.

—Hágalo, señor.

—Sólo dos linternas. Hwlan, Bonin.

Los exploradores encendieron sus linternas. Los rayos de luz que lanzaban parecían alarmantemente brillantes e iluminaron toda la estancia, y Gaunt se dio cuenta inmediatamente de que Domor estaba en lo cierto.

El túnel que estaban recorriendo daba a mitad de altura de las paredes también de piedra de una profunda zona de cisterna que se abría a sus pies. Una escalera de piedra estrecha y sin pasamanos bajaba desde el túnel hasta un contrafuerte de roca donde se habían colocado unos tablones de madera a modo de puente para cruzar el espacio abierto hasta otro contrafuerte semejante. Desde allí, otro tramo de escalera llevaba hasta la reanudación del túnel. Domor ya estaba al otro lado, agazapado en la parte superior de la escalera y vigilando el tramo que les quedaba por recorrer.

No había nada a lo que agarrarse, y todas las superficies estaban cubiertas de cieno goteante. Sin la luz, muchos de ellos habrían perdido pie en cualquiera de los dos tramos de escalera, y el estrecho puente de tablones de madera hubiese sido imposible de cruzar.

El agua rugía muy por debajo de ellos y atravesaba el fondo de la bóveda de

piedra.

Hwlan sostuvo en alto su linterna y cruzó el puente hasta llegar al segundo tramo de escalera. Allí se detuvo e iluminó el lugar para mostrar bien el camino. Bonin esperó con su linterna al pie del primer tramo de escalera.

Gaunt y Mkoll se cruzaron con Lubba. Gaunt se giró e indicó por señas a los hombres que lo siguieran en fila. Quería que Hwlan y Bonin avanzasen lo antes posible hasta la vanguardia del destacamento. Ordenó que cada tercer hombre que pasase se hiciese cargo de las linternas. El último en pasar se encargaría de recogerlas y apagarlas.

Llevaban bajo tierra unos cincuenta minutos y habrían avanzando lo que Mkoll calculó que serían aproximadamente tres cuartos de kilómetro cuando comenzó el bombardeo.

Al principio les sonó como un martilleo lejano que fue aumentando de volumen y de cadencia hasta que pudieron sentir cómo la tierra se estremecía a su alrededor. Gaunt calculó que habría unos diez o doce metros de terreno sólido por encima de sus cabezas, pero a pesar de eso, todo vibraba. Agua y tierra suelta caían del techo o al encontrar resquicios por los que colarse. De vez en cuando, un bloque de piedra se desprendía de la pared y se estrellaba contra el suelo.

La inquietud de la tropa aumentó. Gaunt pudo sentirlo. No era difícil imaginarse lo que ocurriría si un proyectil de artillería pesada impactaba de lleno sobre ellos. Aplastados, ahogados, enterrados vivos. El túnel podía llenarse de tierra o incluso hundirse por completo. Ya habían visto lo ocurrido un poco más atrás.

Incluso los Fantasmas con mayor confianza y aplomo querían salir de aquella tumba en potencia. Querían arriesgarse en el exterior. No les importaba estar más a cubierto de las bombas y de la metralla allá abajo.

De hecho, Gaunt sintió cómo su pulso iba aumentando de ritmo. La claustrofobia nunca había sido uno de sus principales miedos, pero allá abajo, en un lugar como aquél…

La tierra se estremeció con una sacudida especialmente violenta. A alguien de la retaguardia de la fila se le escapó un gemido de miedo.

—¡Silencio! —siseó Gaunt.

Un instante después, se dio cuenta de lo estúpida que había sido la orden. Si allí abajo se oía tanto ruido, en la superficie los estampidos serían ensordecedores. El bombardeo taparía cualquier ruido que ellos pudieran hacer. Podrían avanzar a paso ligero sin preocuparse por ser sigilosos.

Impartió la orden y empezaron a moverse con mayor rapidez, casi huyendo del túnel. La lluvia de explosiones continuó rugiendo por encima de sus cabezas.

—¡Alto! —gritó Mkoll.

Todos se apresuraron a detenerse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gaunt.

—¿No oís eso?

Gaunt no podía distinguir ningún otro sonido aparte de las explosiones de la artillería y el jadeo de los suyos.

—¿Qué?

—Un sonido de arañazos. Un golpeteo…

—¡Feth sagrado! —gritó Domor de repente. Podía ver más lejos que los demás y se había dado cuenta de lo que se les venía encima.

—¡Ratas! —exclamó horrorizado—. ¡Todo un enjambre de ratas que vienen hacia aquí! ¡Oh, Dios-Emperador!

—¿Señor? —le preguntó, frenético, Lubba con el lanzallamas preparado.

—No —le ordenó Gaunt. Era posible que el bombardeo cubriese su avance, pero lanzar unos cuantos chorros de llamas al rojo vivo era un riesgo demasiado elevado —. ¡Aguantad! Están huyendo del bombardeo. Apretad los dientes y soportadlo. Es una orden.

Las ratas llegaron hasta ellos.

Una marea de cuerpos apretados peludos y chillones cruzó como un río enloquecido el túnel llenando todo el suelo de pared a pared hasta las pantorrillas, y algunas incluso subiéndose por las paredes. Gaunt sintió cómo chocaban contra sus piernas y le hacían tambalearse antes de pasar por debajo de él. El ruido y el hedor de aquel río viviente eran atroces. La presión serpenteante de los cuerpos de las ratas era todavía peor.

Las alimañas, frenéticas y desesperadas por encontrar refugio en la parte más profunda del túnel, mordieron y arañaron mientras pasaban. Gaunt tuvo que apoyar las manos en la pared del túnel para evitar que lograran derribarlo. Sintió los mordiscos que le propinaron con sus dientes como alfileres en las espinillas y en las pantorrillas. Oyó un grito seguido de una conmoción y una actividad frenéticas a su espalda. Harjeon había caído al suelo empujado por las ratas y prácticamente había desaparecido bajo la incesante masa de pequeños cuerpos oscuros.

Criid y Livara empezaron a maldecir mientras se esforzaban por ponerlo en pie.

Gaunt pensó que probablemente iban a morir de todas maneras. Ya estarían infectados con la multitud de plagas que aquellas viles alimañas llevaban en sus cuerpos. ¡Trono Dorado! Ninguno de los modos en que había imaginado que acabaría muriendo en su servicio al Imperio incluía a las ratas.

La oleada de alimañas cesó tan repentinamente como había empezado. Los últimos animales chillones se escurrieron en la penumbra. Gaunt oyó a los hombres matándolos a pisotones.

—¡Informe! —ordenó.

Se produjeron una serie de gemidos y comentarios de asco. Ni uno solo de los miembros del destacamento había logrado evitar acabar lleno de mordiscos o arañazos. Harjeon estaba cubierto de ellos, y todo su cuerpo había comenzado a temblar por el asco a la vez que empezaba a vomitar.

—Se me subieron a la cara…, a la boca… —gimió.

—Criid, hazlo callar.

—Sí, señor.

—Pongámonos en marcha.

Los ruidos producidos por el bombardeo se hicieron más fuertes, pero no porque ocurriesen más cerca. Vieron una débil luz más adelante. El fragor del bombardeo les llegaba procedente de la boca de salida del túnel.

Tan sólo quedaban cien metros para llegar.

Gaunt ordenó a Mkoll, a Bonin y a Hwlan que se adelantasen.

—Estad preparados —les dijo a los demás—. Plata pura. Procuremos mantener la sorpresa de nuestro lado hasta el último momento posible.

Dos chasquidos.

—Adelante —ordenó.

Los tres exploradores salieron a terreno abierto. Hacía frío y había una densa neblina provocada por el bombardeo. El resplandor de las explosiones iluminaba de forma espectral aquella neblina. El sonido de la barrera de artillería era ensordecedor. El aullido de las bombas al caer antes de estallar era increíble: unas resonaban con un chillido agudo mientras que otras bramaban en un tono más bajo y potente. Las había que incluso eran extrañamente melódicas y muy expresivas. La mayoría de las explosiones eran gigantescas y tan fuertes que hacían estremecer los diafragmas. Otras provocaban simples fragores retumbantes. Había algunas que no hacían ruido en absoluto, tan sólo un resplandor y un estremecimiento del suelo. Sin embargo, después de todas y cada una de ellas se producía un repiqueteo susurrante, como el de las olas rompiendo en una playa de guijarros, cuando la tierra y la metralla caían del cielo como la lluvia.

Mkoll, Bonin y Hwlan salieron de la boca del túnel con la cabeza agachada y sirviéndose de los resplandores destellantes e intermitentes de las explosiones para ver el camino. Había un pequeño reducto de sacos de arena y un puesto de guardia a la salida del túnel, pero no había nadie en él. Los guardias habían salido huyendo buscando dónde ponerse a cubierto.

Los exploradores descubrieron que se encontraban en un espacio abierto fuera de la trinchera principal. Se dispersaron alejándose del túnel y se ocultaron inmediatamente cuando tres soldados de Shadik pasaron corriendo haciendo resonar con las botas las planchas de madera del suelo. Desaparecieron por un recodo, pero les siguieron otros dos un momento después llevando una camilla sobre la que había

un hombre que lanzaba alaridos de dolor. También desaparecieron en el humo resplandeciente.

Mkoll les indicó por señas a los otros dos que le siguieran. Entraron en la trinchera principal. Tenía más profundidad y estaba mejor construida que las de la Alianza, con el reborde donde ponerse de pie para disparar mucho más ancho y con un parapeto inclinado de grandes piedras. La trinchera, hasta donde les llegaba la vista, que era la siguiente trinchera transversal, estaba vacía.

—Avanzad —dijo Mkoll.

Un instante después, cinco soldados enemigos aparecieron lanzados a la carrera como si los persiguiera un demonio por la trinchera transversal a la izquierda de los exploradores. No parecieron darse cuenta de la presencia de los tanith hasta el último momento.

Los exploradores no les dieron la más mínima oportunidad de reaccionar. Mkoll acabó con el que iba en primer lugar metiéndole el cuchillo por el borde inferior de la máscara antigás y cortándole la tráquea limpiamente. Hwlan le clavó su arma al segundo en mitad del esternón y se estampó con el cadáver que empujaba contra el tercero.

Bonin le metió un culatazo en el estómago al soldado que tenía más cerca y lo lanzó de espaldas sin aliento antes de pegarle al quinto enemigo una patada lateral con todas sus fuerzas que le partió el cuello y lo hizo caer de golpe sobre el suelo de tablas de madera. Bonin saltó por encima del cadáver y mató con sus propias manos y con rapidez al soldado que había dejado sin respiración.

Hwlan intentó acabar con el último enemigo, pero el soldado de Shadik se resistía vigorosamente. El explorador logró colocar el rifle sobre el cuello de su oponente y hacer fuerza hasta estamparle la cabeza contra el suelo de la trinchera.

Cinco hombres eliminados en pocos segundos.

Estaban arrastrando los cuerpos para ocultarlos detrás de las lonas de un pequeño almacén de la trinchera cuando Gaunt apareció con el primer grupo del destacamento en la trinchera principal.

—¿Por dónde? —preguntó el comisario.

Mkoll señaló hacia la izquierda.

—Adelántate con Hwlan —le dijo Gaunt. Se giró hacia Bonin—. Colócate con Oflyn en retaguardia. Manténte atento y en contacto.

—Señor —asintió Bonin.

El grupo se puso en marcha rápidamente en pos de Mkoll y Hwlan. Dos exploradores en vanguardia y dos en retaguardia eran la mejor seguridad que Gaunt podía conseguir.

Al otro lado de la segunda trinchera transversal que atravesaron se toparon con un grupo de artilleros de Shadik que estaban intentando situar un par de cañones

automáticos en el parapeto. Nueve hombres en total.

Mkoll y Hwlan los atacaron por detrás con los cuchillos desenvainados. Gaunt les siguió con la espada de energía ya en la mano junto a Criid, Ezlan y LaSalle. Se produjo un combate brutal. Uno de los soldados enemigos logró disparar un tiro al aire, pero Gaunt tuvo la esperanza de que el sonido quedara ahogado por el tremendo bombardeo. Decapitó al hombre con la espada y después ensartó a otro. Nada detenía su antigua hoja, ni la cota de malla ni la armadura de combate ni el cuero ni, desde luego, la carne.

Criid acabó con el último enemigo y levantó la vista hacia Gaunt.

El bombardeo acababa de terminar.

Eso significaba que el ataque terrestre estaba a punto de producirse. También significaba que los soldados de Shadik comenzarían a salir de sus refugios y de sus búnkeres para dirigirse a la trinchera y repelerlo.



TRECE
FUEGO FATUO

Sabes, a veces realmente echo de menos mi barrio. En ocasiones como esta, por ejemplo.

Soldado lanzallamas Lubba

Quince regimientos de las tropas de la Alianza se lanzaron contra la línea del frente tras el bombardeo. Un ataque en masa que brotaba de la oscuridad envuelta en humo de la tierra de nadie. Los bombardeos habían iluminado los veinte kilómetros de frente. Tras un momento de silencio estremecedor, volvieron a iluminarse. Armas cortas. Ametralladoras. Granadas. Lanzallamas. Desde el aire, la amplia banda de grandes estallidos de luz se redujo a una línea más fina y difuminada de fuego.

Era el ataque más importante lanzado contra el frente de Shadik en dieciocho meses. Una ofensiva, así lo denominaban los oficiales del Alto Estado Mayor en la seguridad de los búnkers de retaguardia. Lyntor-Sewq y Martane se habían estado preparando para ello desde el ascenso del primero a comandante supremo. Lyntor-Sewq deseaba encarecidamente imprimir su sello sin dejar pasar mucho tiempo, para probar al gran sezar cuan débil había sido su predecesor, el conde Golke, en sus

logros. Todo era parte de una gran estrategia que incorporaba una campaña en el norte a través de Gibsgatte, donde el comandante supremo había colocado la mayor parte de sus blindados. La idea era hacer una maniobra de distracción contra los de Shadik mediante una campaña en el norte y luego castigarlos duramente en la parte baja, en la Bolsa y en la cuenca del Naeme. La idea general del plan de Lyntor-Sewq era desviar los mejores elementos de las fuerzas del enemigo hacia el norte y retomar el valle del río, estableciendo un nuevo frente, que él llamaba ya la Línea Frergarten, antes de que llegara el invierno. Si tenía éxito, la Línea Peinforq se convertiría en obsoleta por primera vez en veintiséis años.

Durante el invierno, la nueva línea se podría reforzar con tropas de la Alianza para estar preparada en primavera, no sólo para resistir el inevitable contraataque, sino también para lanzar una invasión de la República por el sur, en un esfuerzo combinado con los ejércitos de Kottmark en la Línea Ostlund.

Era un plan demasiado ambicioso, típico de un nuevo comandante intentando ser enérgico y romper el punto muerto aparentemente impuesto por su predecesor. Si Golke hubiera asistido a las reuniones de planificación, podría haberle dicho abiertamente a Lyntor-Sewq que ya se había intentado antes lo mismo: tres veces, de hecho. La estrategia de «desplazar y expulsar» era ya vieja y no había funcionado nunca.

Si Ibram Gaunt hubiera asistido a las reuniones de planificación, sus observaciones habrían sido todavía más directas. Lyntor-Sewq estaba llevando la guerra como si fuera un juego de regicida. La primera cosa verdaderamente útil que aprende un comandante es que los cuerpos de ejército no se comportan como fichas de un juego. No obedecen reglas preestablecidas, no tienen «movimientos» preestablecidos. A menudo, un grupo fuerte no hace lo que se espera de él. A menudo, también, una ficha «débil» puede ganar un juego si se la utiliza de forma inteligente.

Desafortunadamente, ninguno de esos oficiales estaba presente en la reunión. En el momento en que ya era demasiado tarde para aconsejar a Lyntor-Sewq de otro modo, Gaunt y Golke, este último de forma voluntaria, estaban ya en el filo de la navaja.

Van Voytz estuvo en las reuniones, en la mayoría de ellas, pero sus esfuerzos para dar recomendaciones fueron eclipsados por la determinación del nuevo comandante supremo. Cuando, meses más tarde, Van Voytz finalmente se retiró de Aexe Cardinal, consideraría esta época como la de mayor frustración e impotencia de su carrera.

La mayoría de los miembros del Alto Estado Mayor creían que se había escogido esa noche en concreto para lanzar la ofensiva por la brecha abierta durante el contraataque en el sector 57. Su éxito había coincidido de forma oportuna con la presión frontal en Gibsgatte. Aquello era verdad sólo en parte.

Aunque Gaunt nunca supo la verdad, la ofensiva se había lanzado debido a la insistencia de Redjacq Ankre. Al descubrir, en notas registradas, que el Primero iba a infiltrarse esa noche, convenció a Martane para dar la orden. Ankre era un hombre orgulloso. Su orgullo le llegaría a costar la vida muchos años después. Odiaba la idea de que los de Tanith hubieran encontrado una brecha, y utilizó ese odio para alimentar su poder de persuasión. Si los infiltrados del Primero podían romper la línea de los de Shadik, también lo podrían hacer las fuerzas de tierra de la Alianza. Ankre en realidad tenía miedo de que los extranjeros de la Guardia Imperial consiguieran algo que la Alianza no había logrado. No podía soportar esa idea.

Él personificaba el fracaso dirigido por los sentimientos de los mandamases de la Alianza, un fracaso que había prolongado décadas aquella guerra. Al igual que todos los esfuerzos de esa escala, su fracaso pasó desapercibido dentro del estado general de las cosas.

Casi tres mil soldados de la Alianza fueron bajas en el ataque al frente de esa noche. No se hizo cálculo alguno, ni siquiera una estimación, para las fuerzas de Shadik. En un tramo del frente, ciento setenta ocho hombres de la infantería de Genswick, incluyendo al teniente Fevrierson, quedaron atrapados en las defensas de alambre y fueron masacrados por ametralladoras. En otra sección, de no más de cincuenta metros de longitud, trescientos infantes de Fichuan murieron en la carga. La trinchera se llenó hasta quedar al nivel del terreno circundante. Se amontonaron tantos cuerpos que los de Shadik se vieron forzados a replegarse y a utilizar una trinchera de reserva. Los morteros de las trincheras mataron a sesenta soldados del Quinto de Meuport mientras se acercaban al parapeto y eran iluminados por bengalas lanzadas por una unidad de Brunsgatte cercana que se había desorientado. Los supervivientes del Quinto de Meuport tomaron luego la trinchera principal, la mantuvieron durante una hora, la perdieron de nuevo y la volvieron a tomar antes del atardecer. La acción entró en la leyenda del regimiento.

En el extremo norte del ataque, un destacamento de jinetes de estrútidos invadió la posición bajo la cobertura de cañones automáticos y asaltó la principal trinchera de reserva. Un contraataque con bombas de gas y granadas de clavos rompió su enérgico avance y los dejó a todos muertos o moribundos. Los húsares, aunque personalmente ilesos, quedaron tumbados en el suelo con contracciones nerviosas y llorando en la neblinosa oscuridad, mientras compartían mediante conexiones mentales la agonía de sus monturas heridas. Los soldados de la Alianza que avanzaban por la zona comenzaron a matar a los pájaros para ahorrarles sufrimientos, y luego se encontraron, desesperados, haciendo lo mismo con los húsares.

No pudieron soportar los gritos.

Las Wivernas de Kottstadt, bajo el mando del mayor Benedice, atacaron, tomaron y mantuvieron un tramo de un kilómetro de la trinchera principal, y luego

retrocedieron abriéndose paso a través de las vías de comunicación para asegurar una línea de fosos de artillería. Al sur, una brigada de dragones de Mittel Aexe, el Séptimo de Ghrennes o «Torreros», hicieron lo mismo y luego intentaron inutilizar las armas y destruir la munición. Noventa y tres hombres resultaron incinerados cuando quemaron con todo entusiasmo un depósito de explosivos, que al estallar, produjo un agujero en la tierra de doscientos metros de diámetro. El resto de ellos, junto con un buen número de Wivernas, murió posteriormente a consecuencia de las nubes de gas tóxico que liberaron unos fosos de almacenamiento reventados por la explosión principal.

Mientras ocurría todo eso, en la retaguardia y a distancia, las potentes armas de asedio de los de Shadik continuaban bombardeando. Sus inmensos proyectiles rompieron las cúpulas de escudos de la Línea Peinforq e hicieron desaparecer un depósito de municiones, un búnker de mando, diecinueve puestos de artillería incluyendo cinco soportes de cañones de gran calibre, una enfermería de sector y una trinchera de reserva llena de jóvenes fichuanos reclutados que pensaban que podrían evitar la guerra por una noche.

Algunos de los grandes proyectiles alcanzaron incluso al mismo Peinforq. La casa señorial fue destruida junto con el matadero, la capilla, dos cafés y una calle de viviendas militares llena de soldados krassianos.

A pesar de las monumentales pérdidas, la ofensiva de la Alianza no perdió ímpetu esa noche ni tampoco al día siguiente. Lyntor-Sewq, decidido a presionar para conseguir una victoria de la que había visto señales, empleó gran cantidad de hombres en la ofensiva hasta que se rindió en el cuarto día y admitió el fracaso.

Pero por lo que se refiere a la misión de Gaunt, eso formaba parte del futuro desconocido. Hacia las 24.00 horas de esa primera noche de ofensiva, él y los suyos estaban un kilómetro dentro de las líneas de los de Shadik, siguiendo una trinchera de suministros.

El caos se había desencadenado detrás de ellos en el frente, iluminando el cielo y llenando el valle de humo.

Sin embargo, estaban avanzando, en silencio y sin descanso, bajo lo más profundo de las fortificaciones del enemigo.

El fuego fatuo se encendió encima de ellos, blanco y pálido. Más bengalas. El fragor de la batalla era distante y apagado. Acababan de masacrar a doce infantes de Shadik en la quinta escaramuza de la noche. El Primero no había sufrido ninguna pérdida hasta entonces, pero Gaunt se preguntaba cuánto tiempo más serían capaces de aguantar sólo con cuchillos.

El sonido de los cañones de asedio era ensordecedor en aquellos momentos, aunque estaban todavía a varios kilómetros de distancia. La tierra vibraba, no a consecuencia de los impactos, sino por los propios disparos.

—Yo diría que hay seis armas al menos —informó Mkoll a Gaunt—. He estado contado los fogonazos y el ritmo.

—Siete —dijo Bonin—. Seguro que son siete.

—Si Bonin dice siete, son siete —dijo Mkoll—. Tiene buen oído para este tipo de cosas.

—¿A qué distancia? —preguntó Gaunt.

—Bueno, no es que sean difíciles de encontrar —dijo Mkoll, señalando los fogonazos de las descargas que iluminaban el cielo al nordeste.

—Sí —dijo Gaunt—, pero no hay modo de averiguar la distancia. ¿A qué distancia están?

—Dos, tal vez tres kilómetros.

Gaunt suspiró y miró alrededor. El sistema de trincheras de suministro en el que se encontraban estaba oscuro y tranquilo. Todo se había llevado al frente.

De vez en cuando aparecían miembros de las fuerzas de Shadik que eran silenciados por los Fantasmas con ayuda de los cuchillos.

Pero Gaunt sabía que habían tenido suerte. Podían encontrarse cara a cara con el avance de una brigada en cualquier momento.

En ese caso, todo se reduciría a potencia de fuego. Potencia de fuego y número de soldados.

Si sólo pudieran establecer la posición de esas armas. Algo concreto que poder llevarse con ellos. Les había dicho a todos que la localización era el requisito mínimo de la misión.

Dos o tres kilómetros al nordeste no era lo bastante preciso.

Cerca de la siguiente barrera de protección de la trinchera de suministro, se encontraron en una profunda galería de municionamiento provista de unos raíles. Su anchura era el doble que las madrigueras de la infantería y corría hacia el nordeste en línea recta.

Las vías de municionamiento de las grandes armas. Lo bastante anchas para que cupieran los proyectiles sobre los trenes de munición.

Se estaban acercando.

—Desplegaos y seguidme —ordenó Gaunt, y dejó caer su equipo al fondo del ancho surco excavado por los enemigos.

Un rifle restalló, dos veces. El soldado Sekko se convulsionó y cayó.

Gaunt miró hacia atrás y vio a elementos de Shadik emergiendo de la penumbra con las armas escupiendo balas. Los Fantasmas devolvieron el fuego. Los rifles láser restallaron. Lubba escupió fuego por todo el ancho espacio de la galería.

El juego había terminado. Los habían descubierto.



CATORCE
LA PRIMERA DEFENSA

Esta va por Prueba.

Hlaine Larkin

—¿Qué significa esto? —preguntó Feygor, enfadado.

—Significa problemas —le replicó Caffran.

—¿Qué tipo de problemas? —inquirió rápidamente Feygor.

—¡No lo sé! Convine esta contraseña con Ven antes de que se marchara. Si se encontraba con problemas, ésa era la señal: «Justo castigo». Ni siquiera sé si fue él quien la envió o si fue Jajjo.

—¿Algo más? ¿Nada más? —preguntó Feygor.

Rerval alzó la vista del microtransmisor que había estado manipulando.

—Nada. No mejora lo bastante. Pero si mi equipo principal estuviera funcionando…

—Que le den por el culo a tu maldito equipo —replicó Feygor. Se sentó a la mesa de la cocina y tamborileó con los dedos, nervioso—. Define problemas —dijo, mirando a Caffran.

—Ven no lo especificó. Puede significar que se han encontrado con exploradores enemigos, una patrulla…, tal vez bandidos…, tal vez Jajjo se haya caído y se haya roto una pierna…, o puede que un cuerpo de ejército esté moviéndose hacia nosotros.

—¡La próxima vez que acuerdes un código, maldita sea, asegúrate de que sabes lo que significa!

Caffran miró a Feygor a los ojos.

—Al menos yo me molesté en acordar algo con él. Tú sencillamente lo dejaste marcharse de aquí.

—Cierra tu puñetera boca —gritó Feygor. Miró a los demás. Todos estaban escuchando la conversación—. Recoged vuestro equipo. Nos vamos.

—¿Qué? —gritó Caffran.

—¡Ya me has oído! No tenemos ni idea de lo que ocurre. Somos ocho. ¿De qué va a servir que mantengamos un sitio como este?

Brostin y Cuu comenzaron a andar hacia la puerta.

—Yo no me marcho —dijo Caffran.

Todos se pararon en seco.

—Os he dado una maldita orden —dijo Feygor, poniéndose en pie lentamente.

—Te la puedes meter por donde quieras. Mkvenner me pidió que asegurara este sitio hasta que él volviera, y eso es lo que voy a hacer. Un punto fuerte. Hemos estado preparando las defensas en la parte de atrás.

—¿Quiénes? —preguntó Gutes.

—Muril, Rerval, Larks y yo. Vosotros podéis iros si queréis. Yo no voy a abandonar ni a Ven ni a Jajjo. Si envían la señal, es que saben lo que hacen. Y dado el alcance de ese transmisor, no pueden estar a más de unos pocos kilómetros de aquí. Así que… idos si queréis.

—Te he dado una orden —repitió Feygor con ferocidad.

—Toda posibilidad de que estés realmente al mando desapareció cuando decidiste tomarte aquí unas vacaciones. No se puede decir que hayas estado siguiendo órdenes desde que llegamos aquí, así que no me vengas con esas. Nos quedamos, al menos hasta que Ven llegue o hasta que sepamos algo más de él.

La mirada de Feygor se fue posando en sus caras.

—¿Todos pensáis igual?

—Sí —dijo Rerval.

—Yo me quedo —dijo Muril.

Larkin se limitó a asentir con la cabeza.

—Yo me quedo también —dijo Gutes de repente. Miró a la anciana acurrucada en una esquina.

—No creo que ella se vaya a ningún sitio, no si lleva aquí tanto tiempo. No voy a dejarla para pasto de los lobos.

—¡Maldita sea! —dijo Feygor. Miró a Brostin y a Cuu.

—Estoy contigo, Murt, te aseguro que puedes contar con ello —dijo Cuu—. Tan sólo tienes que darme la orden.

Brostin se encogió de hombros. Parecía incómodo.

Feygor se rascó el cuello. La idea de irse corriendo le atraía, sin embargo tenía que considerar las consecuencias. Si el problema estaba tan cerca, tendrían mayores posibilidades de sobrevivir allí como grupo que solos y en movimiento a través del bosque.

—De acuerdo —dijo Feygor—, de acuerdo, nos quedamos. Por ahora. Prepárate para establecer contacto. Caffran, despliega a todo el mundo.

Los Fantasmas comenzaron a prepararse. Brostin y Cuu corrieron a la cocina para recoger su equipo. Feygor se dio la vuelta y se colocó enfrente del soldado aexegariano que Caffran había encontrado.

—Por supuesto, no hemos ni empezado contigo —dijo—. Comienza a hablar.

El confuso joven no quería mirarlo a los ojos. Feygor lo golpeó y lo tiró al suelo. Estaba a punto de golpearlo otra vez cuando Caffran lo agarró por el brazo.

—Es un desertor. Hasta ahí es obvio, ¿no? Corrió a estos bosques y se ha estado escondiendo aquí, probablemente porque están aislados y porque la anciana le dio de comer.

—¿Por qué?

—Mierda, Feygor —dijo Muril— ¿cómo puedes ser tan obtuso? Ella debe de pensar que es su hijo que vuelve a casa después de tanto tiempo.

—¿Te parece que todo esto es verdad? —preguntó Feygor al joven, que se estaba recuperando.

—No le haga daño. Por favor —dijo en voz baja.

—Y no lo golpees otra vez delante de ella —le aconsejó Caffran—. Si la anciana piensa que es su hijo, te puedes encontrar con un cuchillo de pan clavado en la espalda.

—¿Cómo te llamas? —interrogó Muril al joven.

—Soldado de primera Rufo Peterik, del Decimosexto de Brunsgatte.

—¿Cuánto hace que… huyes? —preguntó Caffran amablemente.

—Seis meses —respondió Peterik.

—¿Has estado aquí todo este tiempo?

—Durante un par de meses viví a la intemperie, luego aquí.

—¿Has inutilizado tú mi equipo de comunicaciones? —quiso saber Rerval desde la cocina. Era una pregunta burda pero obvia. Era la clase de acto que puede cometer un desertor desesperado.

—No, señor —dijo Peterik de inmediato—. No lo hice.

—No tenemos tiempo para esto —protestó Feygor—. Encerradlo o atadlo a una

silla. O haced algo.

No tenía sentido discutir. Ninguno de ellos era capaz de predecir lo que el joven podría hacer, aunque Caffran tenía el presentimiento de que no tenían que preocuparse por él. Caffran lo ató de todas maneras.

—Piet, Larks…, barred el terreno —ordenó Feygor.

Su comportamiento ya era más tranquilo. Una vez que había tomado la decisión de quedarse, estaba deseando reimponer su liderazgo.

Larkin y Gutes miraron primero a Caffran, y sólo cuando él asintió con la cabeza salieron de la cocina.

Fuera, la niebla se había vuelto más espesa, filtrando el sol del amanecer. No había viento, pero algo en el aire anunciaba lluvia. Seguía presente el recuerdo de la tormenta.

Larkin y Gutes se fueron corriendo hacia el jardín trasero siguiendo la línea del muro del jardín, mientras las botas y perneras de sus pantalones se calaban con el rocío de la húmeda maleza.

Todo estaba tranquilo, terriblemente tranquilo. Los pájaros cantaban de forma intermitente en los bosques que había más allá. Llegaron a los destartalados cobertizos cubiertos de vegetación que estaban en el límite de la finca y se pusieron en cuclillas, observando los árboles. Las suaves nubes de niebla creaban por momentos breves formas que les hacían ponerse tensos, pero se trataba tan sólo de niebla.

—Tú has quitado el circuito, ¿no? —dijo Gutes.

—¿Qué? —El tono de Larkin era seco.

Su cráneo parecía estar a punto de partirse en dos por el golpe que le había dado Cuu y podía notar cómo se acercaba lentamente una de sus migrañas.

—El circuito del equipo de Rerval. Tú lo quitaste, ¿no? He visto cómo te manejas con cosas de esas. Eres la única persona, aparte de Rerval, que tiene los conocimientos para hacerlo.

—Piet, considerando lo que te gusta hacerte el tonto, eres un hombre inteligente.

Gutes sonrió. Echó un vistazo al bosque otra vez.

—¿Por qué lo hiciste, Larks? —dijo tras una pausa.

—Yo… —Larkin dudó—. Yo quería asegurarme de que nos dejaban en paz durante un tiempo.

—Ah —dijo Gutes.

»Creo que volvemos a necesitar ese equipo ahora —continuó tras un momento—. Tal vez ya nos hayan dejado en paz lo suficiente.

—Sí —admitió Larkin.

—¿Lo devolverás?

—Sí.

—No diré nada, Larks.

—Gracias, Piet.

Pasó una hora, lenta y tensa. Comenzó a llover, suavemente al principio y luego con bastante fuerza. A pesar de la lluvia, la niebla se negaba a moverse. La luz disminuyó según se iba nublando y el inicio de la mañana pasó a parecerse a un húmedo crepúsculo.

Los transmisores no emitían señal alguna. Caffran empezó a preguntarse si se habría imaginado el mensaje.

Totalmente equipados y preparados, los miembros del destacamento tomaron posiciones para cubrir la parte trasera de la casa parroquial. Caffran se había instalado en el invernadero, una de las construcciones anexas exteriores más al oeste, junto al patio trasero. Tenía un buen ángulo de tiro sobre el jardín trasero y una vista aceptable hacia la izquierda, hacia la pequeña zona del jardín de la cocina situado detrás de la despensa. Él y Rerval habían reforzado las defensas del invernadero con cajones de embalaje, sacos de tierra y parte del viejo armazón de una cama de hierro que habían encontrado en un montón de basura. Habían roto con cuidado los últimos paneles de cristal que quedaban.

Hacia el este, al otro lado de la entrada a la zona del patio, Cuu estaba colocado de cuclillas al final de una larga barricada que Muril y Larkin habían construido utilizando la madera de la valla y chapas de zinc. Tuvieron que desmantelar varios cobertizos para obtener el material.

Rerval se había colocado más allá en la misma barricada, encorvado en la esquina que formaba la pared de piedra de la vieja carbonera.

Brostin estaba sentado en una silla justo en el centro de la puerta medio abierta de la cocina, con su lanzallamas en el regazo y los tanques de combustible a su lado. Comprobó las baterías de energía de las dos pistolas láser, la suya y la de Feygor, que llevaba como armas cortas. Feygor, con su rifle preparado, estaba a unos pocos metros, en la ventana principal de la cocina. Una gruesa pared lo separaba de Gutes, que estaba en el comedor, atrincherado en la ventana trasera que dominaba la carbonera y los setos de la zanja lateral. Larkin estaba en posición en el primer piso por encima de todos ellos, utilizando una ventana del dormitorio como punto de disparo.

Muril, insistiendo en que ella era lo más parecido a un explorador que tenían, estaba en la parte superior del jardín trasero, en los cobertizos abandonados que había al final del muro del jardín. Se arrodilló, perfectamente quieta, observando los árboles.

Unos veinte minutos antes, cuando hacían las últimas comprobaciones antes de tomar posición, Rerval había encontrado encima de la mesa el circuito de transmisión

perdido. Supuso que había sido Feygor, o uno de sus compinches, quien lo había dejado allí para que lo encontrara, y no armó ningún jaleo. Estaban en aquel lío todos juntos y ya no tenía sentido acumular más tensión.

Lo volvió a colocar en su lugar y, tras consultar con Feygor, envió un mensaje a Ins Arbor. Posición, situación y las posibilidades de contacto con el enemigo.

Irónicamente, no hubo respuesta, aparte de unos pocos sonidos de estática. Rerval no sabía si era por culpa de la lluvia o a causa de algún error que hubiera cometido cuando reparaba el equipo. No había tiempo para destriparlo y comenzar otra vez. Rezaba para que el mando de la compañía lo hubiera oído. Rezaba para que llegara la ayuda. Si fallaba la ayuda, esperaba que hubiera llegado el aviso.

En la húmeda y enmohecida habitación trasera, Larkin se colocó en el áspero colchón que había sacado para tumbarse y dejó el rifle láser largo en el alféizar de pintura descascarillada. Enderezó el cuello, intentando hacer caso omiso del dolor que le llegaba al cerebro desde la parte superior de la columna y a través de la parte trasera de la cabeza, y examinó los alrededores.

La cara hinchada le dolía como si la empujara contra el ocular. Su costilla fracturada le enviaba pinchazos de protesta y tuvo que cambiar de postura.

Tenía una buena visión de todo el jardín trasero. Paseó el rifle por todo su campo de tiro, tomando lecturas de distancias de distintos objetos: los cobertizos del final, el reloj de sol del centro del jardín, la carbonera, el invernadero de Caffran.

Debajo de él, en el patio, vio a Cuu acuclillado en la barricada de espaldas a él.

Larkin bajó el rifle y apuntó a Cuu. No más de quince metros. Claro. Un disparo fácil. Objetivo fijado. El dedo índice de Larkin tembló sobre el gatillo.

Todavía no. Pero puede que pronto. Si había un tiroteo, si había una pelea, se llevaría a Cuu por delante y al bledo con las consecuencias. Se llevaría a Cuu a la manera de Cuu: en la batalla, cuando nadie se podría enterar. ¿Qué era lo que había dicho aquel cabronazo? «La guerra es una cosa sucia, tanith. Confusa y toda esa mierda. En medio del combate, con todo volando de aquí para allá. ¿Quién se va a dar cuenta si me cobro mi venganza? Sencillamente será otro cuerpo en el recuento».

Buen consejo, Lijah Cuu. Buen consejo.

El agua de lluvia goteaba del techo del cobertizo y golpeaba la mejilla de Muril con un leve sonido. Se la secó y luego se dio cuenta de que no era la gotera la que hacía el ruido.

Su microtransmisor sonó.

—¿Quién está ahí? —habló al micro.

Silencio.

Ella esperó. Algo se movía entre los árboles, pero era probable que fuera tan sólo un pájaro.

Estaba a punto de preguntar si alguno de los Fantasmas de la casa había dado una señal cuando una figura salió de entre los árboles corriendo hacia su posición, saltando por encima de los troncos caídos sobre la maleza. Colocó el rifle y pudo ver que tenía un disparo fácil.

Se quedó helada.

Era Jajjo. Sucio, cubierto de barro, con el uniforme hecho jirones, Jajjo estaba corriendo a ciegas hacia ella.

—¡Jajjo! —gritó.

Él patinó hasta detenerse, mirando alrededor.

—¡El muro, hombre, el muro! ¡Ven aquí!

Reinició la carrera y saltó el bajo muro de piedra, arrastrándose sobre las manos y las rodillas hacia el cobertizo.

—¿M-Muril?

—¡Madre mía! Mírate. ¿Qué ha pasado?

—Una pa-patrulla en-enemiga —tartamudeó Jajjo, tan exhausto y sin respiración que casi no podía hablar.

—Tengo a Jajjo aquí —Muril comunicó a la casa—. Quédate a mi lado.

Arrastró a Jajjo hasta la pared del cobertizo. Estaba mal, delgado, pálido y deshidratado.

—¡Informe! —le dijo entre dientes.

—¿D-Dónde está Ven? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—No lo he visto.

—¡Ya debería estar aquí! ¡Venía delante de mí!

—¡Tranquilízate! ¡Tranquilízate! Cuéntame sobre vuestro contacto. ¿Qué habéis averiguado?

—Mierda, Muril —dijo, y se asomó al alféizar de la ventana. Echó un vistazo fuera—. Son veinte, puede que treinta. Estaban justo detrás de mí. ¿No captaste mi llamada?

—Sólo la señal. «Justo castigo».

—¡Vaya, sabía que la conexión era mala! Yo…

Se quedó callado y se agachó.

—¡Están aquí! —dijo en voz baja.

Ella no se agachó con él. Se incorporó hasta la altura de la ventana del cobertizo y miró afuera.

Unas figuras, tres o cuatro, se estaban acercando entre la niebla y los árboles. Hombres grandes, con uniformes de batalla.

Empuñaban rifles láser.

Ella reconoció en seguida sus túnicas rojas como la sangre y sus máscaras de

hierro.

No eran de Shadik. En absoluto.

Eran del Pacto Sangriento.

Como si hubieran olido su repentino miedo, tres de los infantes de Caos se dieron la vuelta y abrieron fuego contra las construcciones exteriores. Ráfagas de láser volaron las tejas del techo e hicieron pedazos el viejo ladrillo y la piedra. Fuego de apoyo, tres o cuatro rifles láser más y lo que parecía un cañón automático salieron de entre los árboles.

Muril dio un grito y cubrió la cabeza de Jajjo con sus brazos al tiempo que unas ráfagas de láser agujereaban la madera de la ventana y arrancaban el borde delantero del tejado.

—¡Contacto! —gritó por el transmisor—. ¡Contacto!

—¡Trono dorado! —dijo Feygor, mirando por la ventana—. ¡Eso es fuego de láser! Ocho, tal vez nueve rifles.

Brostin estaba en pie. Echó un vistazo hacia Peterik, que estaba protegiendo a la anciana en la esquina de la despensa.

—Los de Shadik no tienen armas láser —exclamó, confundido—. ¿Murt? ¿Cómo es posible que tengan armas láser?

—No lo sé —contestó Feygor—. ¡Muril! ¡Muril! ¡Informa!

La transmisión tenía mucho ruido de fondo.

—¡… to Sangriento! ¡Repito, los contactos son del Pacto Sangriento!

—¡Oh, por todos los santos! —dijo Feygor.

Caffran también oyó la transmisión y se le heló la sangre. Ya se habían encontrado antes con el Pacto Sangriento, en Fantine. Ni adoradores ni rebeldes. Infantería instruida y entrenada, muy motivada, muy experimentada y bien equipada. Si estaban allí, luchando por la República…, bien, eso quería decir que una guerra de cuarenta años acababa de cambiar tan radicalmente como lo había hecho cuando llegaron los guardias imperiales en apoyo de la Alianza. Aquello había dejado de ser un asunto a escala simplemente mundial. Ahora era parte de la Cruzada.

Desde su posición, todo lo que podía ver era la parte trasera de la construcción exterior y la lluvia de tejas y piedras hechas añicos por el potente fuego. Estaba deseando tener un objetivo.

—¡Sólo de cerca! ¡Esperad a que se dejen ver! —instó Feygor por el transmisor.

¡Al diablo con eso! Muril y Jajjo eran carne de cañón si no intervenían en el tiroteo. Feygor no quería descubrirles el hecho de que había una unidad atrincherada allí. No hasta que tuviera que hacerlo.

Un ruido ligeramente diferente salió de la sitiada construcción, el chasquido similar a un silbido y muy agudo de, primero, un rifle láser del Imperio, luego de otro. Muril y Jajjo estaban devolviendo los disparos.

Para Caffran, ésa era la señal de comienzo.

—¡Larkin! —dijo por el transmisor—. ¿Tienes algún objetivo?

—Sí, Caff. Al menos dos.

—Yo tengo ángulo también —informó Gutes.

—Creo que ya es hora de que nos pongamos a trabajar —dijo Caffran.

—¡Alto el fuego! —gritó Feygor por el transmisor—. Todavía no saben dónde estamos. ¡Alto el fuego!

—Al diablo con eso —dijo Larkin, e hizo su primer disparo.

La sobrecargada ráfaga del francotirador atravesó todo el jardín y le voló la cabeza a un soldado del Pacto Sangriento provocando una lluvia de sangre, piel y metal. Su cuerpo, prácticamente decapitado, perdió el equilibrio y cayó sobre unos helechos. Los demás corrieron a buscar protección. Desde el comedor, Gutes alcanzó a otro con disparos en la cadera y en un lado del cuello.

—¡Maldita sea! —gritaba Feygor—. ¡Yo no he dado la orden de abrir fuego! ¿Quién está disparando? ¿Quién narices está disparando?

—Yo estoy disparando —dijo Larkin, y lo hizo otra vez. Objetivo fijado. Setenta y tres metros.

Otro disparo en la cabeza. El soldado del Pacto Sangriento salió volando y sus piernas patearon el aire mientras caía.

—Me parece que ya hemos empezado —dijo Rerval, y comenzó a disparar a través del jardín.

—Está claro —convino Cuu, abriendo fuego junto a él.

—¡Por todos los diablos! ¿Es que ninguno de vosotros va a obedecer una maldita orden? —gritó Feygor por el transmisor, casi al borde de una apoplejía.

En la construcción exterior del perímetro, Muril y Jajjo no cesaban de disparar y se alegraron al ver cómo caía uno del Pacto, más otros dos a continuación gracias al fuego procedente de la casa. Muril podía reconocer y admiraba el trabajo del rifle láser largo.

Ella localizó a otro entre los árboles cuando estaba cubriéndose y lanzó una ráfaga por toda la zona en automático, provocando un caos de hojas y tallos destrozados.

Jajjo estaba disparando en semiautomático. Su arma seguía a un soldado del Pacto Sangriento que estaba retrocediendo velozmente hacia las sombras rodeadas de niebla de los pinos. Jajjo apretó el gatillo.

La deslumbrante ráfaga golpeó a la figura en la columna y lo derribó.

El fuego del cañón automático continuaba acribillando los cobertizos donde se escondían Jajjo y Muril. Tras dos intensas explosiones más, la pared lateral se vino abajo en un revoltijo de piedras sueltas y los dos Fantasmas tuvieron que salir arrastrándose de debajo del tejado derruido. Se desplazaron rápidamente en cuclillas

a lo largo del muro del jardín.

—¿No puede alguien localizar ese maldito cañón? —gritó furiosa Muril.

—Negativo, no puedo verlo —dijo por el transmisor Caffran, con quien rápidamente coincidió Gutes.

—¿Larks? ¿Tú lo ves? —dijo Muril.

—Está demasiado escondido en el bosque —contestó Larkin—. No puedo ver ni siquiera el fogonazo.

—¡Vaya mierda! —dijo Muril.

Ella y Jajjo estaban agazapados detrás del estrecho muro de piedra y el fuego del cañón estaba acercándose lentamente a su posición. Necesitaban un respiro, el tiempo suficiente para retroceder hasta la casa de una carrera a través del jardín.

No tenía pinta de que fueran a conseguirlo.

—Aguantad ahí hasta que os dé la señal —dijo Larkin por el transmisor—. Esperad la señal…

No podía ver a los artilleros del cañón, incluso desde su posición elevada, y no distinguió ningún fogonazo. Pero observó la línea descendente de las ráfagas trazadoras del cañón mientras destrozaban el bosque. Los proyectiles de gran calibre castigaban el muro del jardín y arrancaban la maleza.

Dentro de pocos segundos agujerearían el muro donde se refugiaban Muril y Jajjo.

Larkin retrocedió con la mira, siguiendo la línea de trazadoras hasta que desaparecían en su fuente misteriosa. Hizo el ajuste correspondiente al visor y abrió fuego hacia el bosque.

El fuego del cañón paró de repente.

—¡Vamos! ¡Muril! ¡Vamos! —gritó, mientras recargaba y disparaba otra vez exactamente donde había colocado el primero.

Muril y Jajjo se escabulleron por el jardín en dirección a la barricada. Unas cuantas ráfagas de láser sueltas los persiguieron, mordiendo el terreno.

El cañón comenzó de nuevo, pero le faltaba confianza, como si lo apuntara otra persona. Sus disparos bombardeaban el muro trasero del jardín o pasaban claramente por encima, golpeando la fachada trasera de la casa. Una ventana estalló.

Para entonces, Muril y Jajjo habían alcanzado la barricada y se lanzaron por encima de ella.

El cañón continuaba disparando.

—La primera cosa que aprendes —decía Larkin para sí mismo— es moverte si alguien sabe dónde estás.

Disparó otro tiro, apuntando exactamente al lugar donde había colocado los otros dos. Por segunda vez en treinta segundos, el cañón se quedó de repente en silencio.

—A eso se llama puntería, Larks —dijo Gutes por el transmisor.

Caffran se sintió expuesto. Con la retirada de Muril y Jajjo, era él quien ocupaba la posición frontal en defensa.

Continuó observando el fondo del jardín, la pared, la maleza a los pies de los árboles.

No tuvo que esperar mucho.

Al menos dos docenas de soldados del Pacto Sangriento salieron y se lanzaron al ataque hacia el muro trasero, abriendo fuego en bloque contra la casa parroquial. Todos los Fantasmas, incluido Larkin, tuvieron que tirarse al suelo para evitar el feroz tiroteo. Los atacantes estaban utilizando ahora como cobertura el muro del jardín trasero y las ruinas de los cobertizos abandonados por Muril y Jajjo.

Caffran fue el primero en devolver el fuego. Disparó a lo largo de la parte trasera del muro, alcanzando por lo menos a un atacante y provocando que varios se agachasen. Esta interrupción del tiroteo enemigo les brindó una oportunidad. Cuu lanzó una ráfaga a la parte trasera de las construcciones exteriores y Larkin descargó otro disparo láser de máxima potencia que alcanzó a un soldado del Pacto Sangriento en el pecho.

Hacia el este, desde la ventana del comedor, Gutes aprovechó la oportunidad al máximo, disparando a la manera que acostumbraba: despacio, metódica e irregularmente. Dos soldados del Pacto Sangriento intentaron colocarse a un lado corriendo a toda velocidad a lo largo del muro lateral de la finca, siguiendo los setos hasta la zanja. Gutes los alcanzó a ambos. Luego a un tercero al que no llegó a matar. Luego a un cuarto que apareció intentando poner al hombre herido a cubierto.

Luego, decidió matar también al cerdo herido.

Una andanada de fuego estaba barriendo la casa parroquial y la barricada desde la parte central del muro trasero. Cuu y Rerval contestaron, apoyados por Jajjo y Muril, que ahora estaban en la barricada con ellos. Feygor añadió su propio apoyo desde la ventana de la cocina y Brostin apareció de repente en la puerta de la cocina y corrió por el patio hasta el lateral de la posición de Caffran dejando su lanzallamas atrás. El gran matón se escurrió junto a Caffran y comenzó a disparar sus pistolas, una en cada una de sus rollizas manos.

—Qué no daría yo ahora por tener un arma automática —gruñó Brostin.

—¡Ya te digo! —dijo Caffran.

Un disparó pasó silbando a su lado procedente de la izquierda. Los del Pacto Sangriento se movían hacia el oeste para rodearlos por el otro flanco. Brostin se puso en pie y salió sigilosamente del invernadero de Caffran, lo rodeó por detrás y se subió al muro para encontrarse con los tres del Pacto, abalanzándose sobre ellos al otro lado del jardín de la cocina. Sus pistolas láser tabletearon mientras sus ráfagas barrían de

un lado a otro. Mató a dos e hirió en el hombro al tercero.

En la barricada, Cuu abandonó el fuego rápido y cambió su Mark III a semiautomático. Buscó por el muro del jardín, esperando que asomara la cabeza alguno del Pacto Sangriento. Cada vez que uno lo hacía, le atravesaba la cara. Tres seguidos. Cuatro. El quinto fue derribado por uno de los disparos de Larkin antes de que Cuu pudiera disparar.

Agachándose desde la puerta de la cocina para cubrirse, Feygor se atrevió a entrar en el patio y corrió hacia la barricada bajo una lluvia de disparos que explotaban en el yeso, ladrillos, canalones o tejas.

Se agachó junto a Muril.

—¡Sube con Larkin! —dijo—. Ya sé que ya no tienes un rifle láser largo, pero serás más útil allí arriba.

Ella asintió con la cabeza y corrió hacia la puerta de la cocina.

Feygor se incorporó y comenzó a disparar. Miró a Jajjo.

—¿Dónde está Ven?

Jaijjo negó con la cabeza.

Junto a Jajjo, Rerval disparó y alcanzó a otro. Pudo ver sin género de duda cómo caía el soldado del Pacto Sangriento.

Se giró para hacer una mueca de triunfo a Feygor y una ráfaga de láser lo alcanzó en un lado de la cabeza.

Jajjo se agachó para ayudarlo, pero Rerval se estaba levantando sin ayuda.

—Estoy bien —dijo, pero no sonaba realmente bien. Desde la comisura de los labios hasta el ángulo de la mandíbula inferior, tenía la mejilla abierta por completo y la sangre le corría por el cuello. Rerval hizo otro disparo y luego levantó una mano y palpó el desgarro de la cara.

—Mierda… —dijo arrastrando las palabras, y se desplomó.

Jajjo lo arrastró y lo metió en la cocina. La cantidad de sangre que salía de su cara desgarrada era increíble.

—¡Ayúdenme! —les gritó Jajjo a la anciana y al joven soldado que vio agazapados en la esquina. No tenía ni idea de quiénes eran.

Fuego de láser golpeó y atravesó la ventana de la cocina, cubriendo los azulejos de pedazos rotos de cristal. Varios disparos más levantaron astillas de la puerta de la cocina. Jajjo intentó mantener en su sitio la cara de Rerval.

La anciana atravesó de una carrera la cocina, agachando la cabeza, y se hizo cargo de la situación. Presionó con fuerza la herida y comenzó a vendarla con su pañuelo.

—¡Déjeme libre! ¡Déjeme libre, por Dios! ¡Puedo ayudar! —gritaba el joven. Jajjo se dio cuenta de que el joven estaba atado a la silla.

Jajjo se puso en pie, atravesó la habitación hasta donde estaba el joven y cortó las ataduras con su daga.

—No sé por qué estás atado —dijo—, pero no juegues conmigo.

Jajjo se dio cuenta de lo sucio y sin afeitar que estaba. El joven se lanzó a por el equipo de primeros auxilios que Gutes había dejado en el banco. Lo recogió y corrió a reunirse con la anciana que estaba sosteniendo a Rerval. Un sobrecogedor charco de sangre se había extendido debajo de ella.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó Jajjo.

—Era ayudante médico. Sé primeros auxilios —contestó el chico.

—No dejes que se desangre —dijo Jajjo, y salió corriendo al combate otra vez.

Los disparos láser parpadeaban a uno y otro lado del jardín de forma intensa y encarnizada. Caffran pensaba que había alcanzado a otro, pero era difícil saberlo. Había al menos una docena de tiradores al otro lado.

Muril llegó al primer piso y buscó la ventana que tuviera la mejor posición.

Podía oír el silbido de máxima potencia del arma de Larkin sonando a su lado.

Larkin recargó el arma de nuevo y apuntó. Había cambiado de habitación tres veces desde que empezó la pelea para que sus disparos no llegaran del mismo sitio cada vez. En la habitación del extremo, se arrodilló y suspiró.

Un casco de acero sobre una grotesca máscara de hierro.

¡Pam!

El soldado del Pacto Sangriento cayó. Larkin recargó.

Buscó más objetivos. Le dolía la parte trasera del cráneo más que nunca y le venía sangre a la boca. De vez en cuando le fallaba la visión. La tormenta de fuego de láser que cayó sobre ellos fue casi irresistible. En pleno combate, todo tipo de cosas volando de un lado a otro…

Larkin dio un golpe a su rifle láser largo e inclinó la mira hacia abajo. Lijah Cuu estaba debajo de él, en el patio, disparando a la colina.

La retícula de la mira dibujaba un marco luminoso alrededor de la parte trasera de la cabeza de Cuu.

Larkin hizo una pausa. Respiraba cuidadosamente. Ahora sí que le dolía la cabeza, esa terrible migraña que lo había perseguido toda su vida.

Parpadeó tratando de quitarse el sudor. Claro que iba a hacerlo.

Cuu, en medio de su visor. Lijah Cuu. Su justo castigo. La personificación de sus miedos. El hombre que había matado a *Prueba Otra Vez* Bragg.

Un disparo.

Pam.

Fácil.

El dedo de Larkin se tensó sobre el gatillo.

Objetivo fijado. Cuu. Nueve coma siete metros.

Larkin aulló con fuerza. Un sonido lastimoso. Quería hacerlo, pero no podía. Él

era un francotirador, un tirador, un exterminador. Pero no un asesino. No podía disparar a uno de los suyos por la espalda, aunque fuera Lijah Cuu.

Quería hacerlo. Tenía que hacerlo. Era la única manera. Era su razón de haber venido.

Pero…

Cuu lo habría hecho sin siquiera dudarlo, pensaba Larkin. Sólo ese pensamiento lo convenció de quitar el dedo del gatillo.

—¡Larks! ¿Qué narices estás haciendo?

Larkin levantó la vista de su arma cuidadosamente dispuesta. Muril estaba detrás de él, horrorizada.

—No lo hagas —dijo—. Por favor. Ya sé que quieres hacerlo. Ya sé que se lo merece. Pero no…

—Sehra —dijo en voz baja—. De todas formas no puedo.

—Eso está bien —dijo ella—. De verdad, Larks. No te rebajes al nivel de ese animal.

—Oh, maldición —suspiró Larkin.

Ahora la cabeza le daba vueltas. Estaba perdiendo la visión en medio de destellos y manchas de color. Ella tenía razón. Estaba tan contento de no haber manchado su alma en la forma en que Cuu se la había manchado. Estaba el honor. Estaba la ética. Estaba dormir por la noche sin despertarse gritando. Bragg lo entendería. Dondequiera que estuviera, Bragg lo entendería.

Larkin se giró y echó un último vistazo por la mira. Cuu estaba mirándolos directamente.

Lijah Cuu vio el rifle que le apuntaba a él.

Y sonrió.

Brostin y Caffran finalmente hicieron retroceder del flanco izquierdo de la casa a los últimos del Pacto. Feygor y Gutes dispararon contra el muro trasero y Feygor alcanzó a otro enemigo.

Entonces, el Pacto Sangriento se quedó en silencio.

Los Fantasmas esperaron. No había contacto. No había ni un sonido. La lluvia se hizo más fuerte y limpió los restos de sangre de Rerval del patio.

—Podemos retirarnos —dijo Feygor al fin.

—Volverán —dijo Caffran.

—Túmbate —le aconsejó Muril.

—Me duele mucho la cabeza.

—Cuu te dio un buen golpe con esa sartén, Larks. He estado preocupada.

Larkin se tumbó en el sucio colchón de la habitación de arriba.

—No es eso. Tengo dolores de cabeza. Muy fuertes. Siempre los he tenido.

—Lo que sea —dijo Muril—. Creo que es esa herida de la cabeza. Cuu realmente te hizo daño. No quiero preocuparte, Hlaine, pero es necesario que alguien le eche un vistazo. ¿Por qué narices no estarán aquí Curth o Dorden?

Larkin ya se había desmayado sobre el colchón. El vendaje de la parte trasera de la cabeza supuraba sangre acuosa.

—Mierda —dijo Muril—. Necesitas un doctor rápidamente…

Se quedó helada. Debajo de ella podía oír a Feygor y a los otros reparando las defensas y recargando para la siguiente oleada.

Había oído un sonido en la parte delantera de la casa.

Tomó su rifle láser y salió al rellano. Otro sonido imperceptible. Movimiento en el porche.

Bajó despacio la escalera, con el arma en alto.

A los pies de la escalera, hizo un giro en redondo y se encontró apuntando a Cuu. Él le guiñó un ojo.

—Cuidado, chica.

—¿Qué haces aquí?

—He oído algo en la parte de delante —dijo.

Ella lo cubrió con su arma.

—Compruébalo —dijo.

—¿A qué viene esta hostilidad? —preguntó él.

—Ya sabes por qué, cerdo. Ahora…, compruébalo.

Cuu fue a la puerta delantera mientras Muril lo observaba sin perder ojo. Él sacó el cuchillo.

Cuu abrió la puerta de golpe.

La daga voló de su mano cuando una alta figura lo agarró, estrangulándolo.

—¿Os dais cuenta de lo fácil que es llegar a la parte delantera de este sitio? —les preguntó Mkvenner.



QUINCE
LOS MONSTRUOS

A la larga, un hombre con cerebro es más peligroso que un hombre con músculo…,

Señor de la Guerra Slaydo,
de su Tratado sobre la naturaleza de la guerra

Los monstruos se encontraban delante de ellos escupiendo fuego, como las gigantescas criaturas de los antiguos mitos.

Cuando los monstruos rugían, el suelo temblaba y las oleadas de aire pasaban en rachas calientes y acres por la presión de las ondas de choque. El resplandor de los disparos era demasiado intenso para mirarlo, como si fueran estrellas encendidas de repente en mitad de la noche. El estampido hacía que se estremecieran los dientes y los huesos hasta la médula.

El combate en el pasillo de municionamiento había tardado siete minutos en resolverse a favor de los Fantasmas. Enfrentados a un batallón de un tamaño ligeramente superior, el grupo de infiltración de Gaunt había perdido a cinco hombres, cuatro Fantasmas y uno de los soldados de la Bande Sezari. Sin embargo,

su armamento superior y, en opinión de Gaunt, su entrenamiento de combate, también superior, habían dado como resultado casi treinta soldados de Shadik muertos, mientras que el resto habían huido completamente desmoralizados.

Sin duda, los mandos de Shadik ya sabían que se había infiltrado un destacamento enemigo. A pesar de la invitación que suponía el acceso abierto ofrecido por el corredor de municionamiento, Gaunt y Mkoll habían decidido sacar de allí al grupo e internarse en la zona desolada y llena de barro que se extendía hacia el este.

A aquella zona no llegaba ninguna clase de luz y hacía bastante frío. Estaba repleta de antiguas alambradas y grandes montones de equipo inutilizado. Los matojos de espinos y demás malezas crecían formando grandes arbustos que surgían incluso de entre las rendijas del rococemento de los fortines derruidos y los ejes de los camiones oxidados. Se trataba de un campo de batalla con años de antigüedad, sobre el que había pasado la guerra antes de dejarlo atrás. Ya sólo era un terreno muerto en el interior de las líneas de Shadik.

Los Fantasmas avanzaron en silencio por el terreno a oscuras en dirección norte, hacia los inmensos destellos de los disparos de los cañones. Mantuvieron a la vista el corredor de municionamiento, a su izquierda, y lo siguieron en paralelo.

Ya habría tropas buscándolos. Gaunt estaba seguro de ello. Incluso con la enorme ofensiva que estaba en marcha y que exigía la intervención del mayor número de tropas de Shadik posibles, el alto mando enemigo no podía permitir que un grupo de atacantes infiltrados actuase tan cerca de sus gigantescos cañones de asedio sin ninguna clase de oposición.

Los Fantasmas tuvieron que echar cuerpo a tierra y ponerse a cubierto tres veces cuando los exploradores los avisaron de la presencia de patrullas enemigas en el corredor. Gaunt no deseaba otro combate en esos momentos. Era mejor ocultarse y esperar a que la amenaza pasase de largo.

El cielo nocturno había adquirido una tonalidad ambarina por el enorme banco de humo que se elevaba desde el emplazamiento de los cañones. A veces lograban entrever la luna, un semicírculo anaranjado que se asomaba entre los grupos de nubes de combustión.

Llegaron a un risco que daba directamente a los cañones casi tres horas después de haber salido del túnel del molino.

Allí estaban los monstruos.

Era físicamente difícil mirarlos directamente. Los imperiales llevaban los cuarenta minutos anteriores atravesando un paisaje convertido en algo espectral por los inmensos fogonazos que asomaban por el negro horizonte cercano a ellos. Casi se habían acostumbrado al estruendo, al resplandor y al suelo retemblante.

Sin embargo, mirar directamente a los cañones era prácticamente imposible. Los destellos de los disparos dañaban la vista y dejaban los ojos llenos de destellos

grabados a fuego. Las ondas de choque eran como bofetadas en la cara. Los estampidos de los cañonazos parecían capaces de reventarles los tímpanos. Beltayn le informó de que las descargas habían cortado los enlaces de voz.

Gaunt reflexionó sobre sus próximos movimientos tumbado sobre el risco, con los hombres desplegados a sus pies. Se sintió frustrado. Habían llegado a estar tan cerca, contra todo pronóstico y esperanza excepto la suya, y no podían recorrer el último tramo.

Era igual que uno de los mitos que había leído de niño en la schola progenium. Monstruos tan terribles que con sólo su aliento o su mirada podían cegar a los hombres y convertirlos en piedra.

Ajustó las coordenadas de su placa de datos y anotó la posición de donde estaban. Al menos habían conseguido algo: ya conocían la localización exacta de los cañones de asedio enemigos. Sin otras opciones posibles, lo más importante y urgente era pasar aquella información al cuartel general, y eso significaba regresar en persona, ya que se habían quedado sin transmisiones.

Gaunt se giró hacia Mkoll y los sargentos y utilizó el lenguaje de guerrilla de los verghastitas para comunicarles lo de retirarse a las propias líneas. Justo mientras estaba haciéndolo, algo tremendamente inquietante ocurrió: todo quedó a oscuras y en silencio.

No se trataba de un silencio absoluto. El rugir distante y frenético de la ofensiva era audible por fin en esos momentos, y tampoco era una oscuridad completa debido al resplandor procedente de aquel combate lejano.

Pero los grandes cañones habían dejado de disparar.

Gaunt regresó arrastrándose al borde del risco. Lo que antes apenas había podido discernir estaba plenamente visible a sus ojos. Allí estaban las monstruosas armas, cada una montada sobre una enorme plataforma de ferrocarril, con sus cañones, del tamaño de chimeneas de fábrica, apuntando al cielo. Había siete en total, como había afirmado Bonin. Una gruesa capa de humo los rodeaba pegada al suelo como si fuera niebla matutina, desdibujando sus siluetas y distorsionando el brillo blanco intenso de las lámparas instaladas en la zona. Gaunt divisó unas figuras que se movían a su alrededor. Se trataba de las dotaciones de cada arma, empequeñecidas por el tamaño del cañón. Las grúas eléctricas y las vagonetas lisas y abiertas cargadas de munición que se habían ocupado de alimentar con proyectiles los mecanismos automáticos de carga y armado, estaban atareadas retirando de la zona de disparo los proyectiles que no se habían utilizado y los enormes cartuchos propulsores. Algunas vagonetas, ya cargadas, permanecían enganchadas a una locomotora de aspecto grasiento que comenzó a arrastrarlas entre jadeos de vapor y humo hacia el corredor de municionamiento.

—¿Por qué cree que han parado? —le preguntó Golke con un susurro.

—Llevan disparando toda la noche —le contestó Gaunt—. Supongo que llega un momento en que los cañones se recalientan tanto que tienen que dejar que se enfríen. ¡Dios-Emperador! Ahora que los hemos encontrado, ¿qué hacemos?

Golke se encogió de hombros. Incluso inactivos, los enormes cañones sobre sus plataformas de carriles de hierro parecían invencibles. El aceite y los regueros de agua de condensación salían goteando de los gigantescos muelles absorbedores de impacto y se deslizaban por los tensos alambres de los cabrestantes. Tan sólo los proyectiles en sí mismos tenían un tamaño mayor que cualquier hombre.

Los Fantasmas habían demostrado su valentía, su tenacidad y su habilidad a Golke sin que le pudiera caber duda alguna, pero ¿qué podían hacer únicamente con sus rifles láser, o incluso sus cargas de demolición, contra juggernauts semejantes?

—No creo que haya muchas posibilidades de inutilizarlos —le comentó Mkoll a Gaunt como si hubiera leído el pensamiento de Golke—. Reconozco que sabría inutilizar un cañón de artillería normal o un obús, pero no sabría ni por dónde empezar con uno de estos, y mucho menos con siete.

—¿Qué tal con sus propias municiones? —sugirió Domor.

Gaunt lo pensó unos momentos. Ninguno de ellos era un experto en demolición. Las habilidades del propio Domor para el desminado eran lo más parecido que tenían. Aunque lo que buscaba básicamente era una serie de grandes explosiones, no quería andar trasteando con los proyectiles o con los enormes cartuchos.

Ni siquiera sabían qué explosivos estaban utilizando los artilleros de Shadik, o qué propelentes. Quizá podrían conseguir una gigantesca explosión, pero a lo mejor los incineraba a todos ellos y dejaba incólumes y en pie a los cañones. Además, los artilleros se estaban llevando las municiones que habían sobrado mientras los tanith pensaban qué hacer. Conocían los posibles riesgos.

—Creo que tenemos que reducir las pérdidas —dijo Gaunt finalmente—. Regresar con estas coordenadas hasta el cuartel general ya va a ser tarea bastante difícil en sí, y creo que tendremos que darnos por satisfechos con eso.

—Si no podemos joder los propios cañones —exclamó de repente Dorden—, ¿por qué no jodemos su funcionamiento?

—¿Qué, doctor?

—Su movilidad. Son demasiado grandes para que los podamos destruir, así que lo que haremos será utilizar su propio tamaño contra ellos. ¿Te imaginas mover uno de esos cacharros sin raíles?

Gaunt se rio por lo bajo. Obvio, elegante y sencillo. La República había construido un enorme sistema de ferrocarriles de vía ancha por toda la línea del frente y le había proporcionado líneas de servicio, zonas de maniobra y corredores de munición para que los cañones de asedio pudieran ser trasladados de una posición de tiro a otra. En las posiciones como las que ellos observaban, la vía se multiplicaba

para que los cañones pudieran desplegarse todos a la vez en el mismo sitio. Sin embargo, la vía principal era su único modo de moverse de un lado a otro.

—¿Cuántas cargas de demolición en tubo llevamos? —le preguntó Gaunt a Mkoll.

—Las suficientes para volar la línea principal aquí y al otro lado durante un buen trecho.

—La repararán —comentó Golke.

—Por supuesto que lo harán, pero ¿cuánto tardarán en hacerlo, señor? —le preguntó Gaunt—. ¿Un día? ¿Dos? Además, esforzarnos por volver con la localización de esta posición de tiro será inútil si para cuando logremos lanzar un bombardeo aéreo o una ofensiva con blindados, los cañones ya no están aquí. La verdad es que no creo que tengamos ninguna otra opción. Tenemos que volar las vías. Si logramos hacer estallar también el corredor de municionamiento, ni siquiera serán capaces de disparar los cañones, y mucho menos moverlos hasta que lo reparen todo.

Golke asintió.

—¿Cómo lo hacemos?

Se dividieron en cuatro grupos basados en los pelotones. La unidad de Mkoll se encargaría de avanzar rodeando la posición de disparo de los cañones y colocaría sus explosivos en las vías del norte. Gaunt le dio diez minutos de ventaja para que llegara a su posición. La escuadra de Domor se dirigiría hacia el este para destruir la vía del corredor de municionamiento. Arcuda y los suyos regresarían hacia el oeste y también bordearían el emplazamiento artillero para montar las cargas de demolición en las vías del sur. Gaunt se quedaría con el pelotón de Criid y los soldados que quedaban del de Raglon para apoyar a cualquiera de ellos si la situación se complicaba.

Lo ideal sería que las explosiones se produjeran de forma simultánea. La coordinación iba a ser difícil sin comunicaciones. Gaunt hizo que sincronizaran sus relojes. La hora tope era las 04.00 horas. Las cargas debían estar colocadas a esa hora. A las 04.00 horas, cada uno de los jefes de pelotón debía disparar una bengala roja para indicar que todo estaba preparado, y Gaunt dispararía una blanca para ordenar la detonación. Si no habían disparado las bengalas rojas a esa hora, entonces Gaunt esperaría dos minutos. Después de ese tiempo, dispararía la blanca de todas maneras y se retirarían. Habían acordado un punto de encuentro en el territorio abandonado.

—Recordad —les dijo Gaunt—. Si tenéis que escoger entre volar las vías y ceñiros al horario, volad las vías. Siempre podemos improvisar si hace falta. El Emperador protege, así que servidle bien.

Quedaban dos minutos para las cuatro. Los sonidos de la ofensiva seguían

retumbando en el frente. El destacamento de apoyo que había quedado sobre el risco esperaba con nerviosismo. Se sentían vulnerables y solos al quedar tan pocos en aquella posición.

Beltayn colocó una carga de luz blanca en su pistola de bengalas y se la entregó a Gaunt.

—Tiene el seguro quitado, señor —le indicó.

—¡Problemas! —siseó Criid con nerviosismo.

Gaunt miró hacia donde la sargento señalaba. Todo un destacamento de tropas de Shadik estaba entrando en el emplazamiento de los cañones procedente de una trinchera que corría hacia el oeste. Gaunt contó sesenta hombres, al menos. Vestidos con largos abrigos y protegidos con cascos, comenzaron a buscar entre las plataformas de tren y las grúas con las armas en las manos y preparadas para disparar.

«Están buscándonos», pensó Gaunt. Estaban buscando al grupo de asaltantes infiltrados.

—Preparad las armas —dijo a los suyos—. Esperad a mi señal.

Algunos de los soldados de Shadik llevaban lámparas. Dos llevaban de unas correas unos cuantos perros rastreadores que gruñían sin cesar.

Gaunt se metió la pistola de señales en el bolsillo y sacó su pistola bólter. Cargador completo. Desenvainó la espada de energía y la dejó en el suelo a su lado.

Los Fantasmas de las escuadras de Criid y de Raglon metieron cargadores de energía nuevos en sus rifles Mark III y colocaron sus cuchillos en las monturas para bayonetas. Antes de eso, cada soldado había clavado el cuchillo en la tierra para que perdiera el brillo.

Golke y los miembros de la Bande Sezari aprestaron sus armas de proyectiles sólidos.

Un minuto más.

«Sed puntuales, todos —deseó Gaunt—. Puntuales».

De repente, sonaron varios silbatos. El destacamento enemigo echó a correr abruptamente, trasladándose en masa hacia el este. Gaunt distinguió el resplandor y los chasquidos de los disparos de los rifles.

Se dirigían al corredor de municionamiento. Habían descubierto al equipo de Domor.

—¡A por ellos! —aulló Gaunt—. ¡Primero y Unico!

El destacamento de cobertura pasó por encima del reborde del risco y comenzó a bajar por la ladera disparando con todas las armas. La unidad de Shadik titubeó al recibir de repente una andanada de disparos por su izquierda. Los Fantasmas se abatieron sobre ellos.

Gaunt estaba en medio del combate. Su pistola bólter tronó y mató directamente a un soldado enemigo. Su excelente arma de filo, la majestuosa espada de energía de

Heironymo Sondar, que le había sido entregada como muestra de gratitud por la gente de la colmena Vervun, relucía con destellos azules. A su lado, Beltayn disparaba desde el hombro mientras corría lanzando brillantes rayos láser contra los enemigos apiñados.

A la espalda de Beltayn se encontraba Criid, que azuzaba sin parar a los Fantasmas y los organizaba formando grupos compactos incluso en medio de un combate cuerpo a cuerpo como aquel.

Gaunt quedó convencido de que había tomado una decisión excelente al ascenderla a sargento.

Un segundo después ya tenía a un soldado de Shadik justo delante de él. Se abalanzó contra el comisario con la bayoneta serrada de su rifle por delante, y Gaunt detuvo el ataque con la espada, partiendo el arma por la mitad y cortando el brazo que la sostenía a continuación. Un disparo dejó al enemigo tumbado definitivamente a su espalda.

El lanzallamas de Lubba rugió e iluminó la noche. Gaunt vio a dos soldados de Shadik que se alejaban trastabillando y ardiendo de la cabeza a los pies. Hwlan, Vulli y Kolea avanzaban codo con codo. Kolea parecía haber olvidado cómo funcionaba su rifle láser. Segaba a sus enemigos con el cuchillo tanith montado en el cañón del arma como si fuera una guadaña y sus oponentes simples tallos de grano, o como si estuviera extrayendo mineral de la pared de la mina. Era un combate feroz y frenético, donde era difícil de discernir lo que ocurría. Golke disparó su revólver hasta que quedó vacío y luego tomó del suelo de gravilla el subfusil de un enemigo muerto.

Uno de los soldados de la Bande Sezari que estaba a su lado casi saltó en el aire cuando varios proyectiles lo atravesaron. Golke se dio media vuelta, abrió fuego con el arma compacta y abatió a tres enemigos.

—¡Vienen más! —gritó Raglon por encima del rugir del combate.

Gaunt vio a otra compañía de enemigos que surgía de la boca de la trinchera oriental para reforzar a la primera. Las granadas comenzaron a estallar y a resplandecer en la noche.

La escuadra de Domor se había visto detenida primero y luego repelida por las primeras descargas. Se habían puesto a cubierto detrás de un transporte de munición a unos doscientos metros del corredor principal.

—¡Señor! —gritó Beltayn.

Gaunt levantó la mirada y vio dos bengalas rojas que se empezaban a apagar. En el frenesí del combate se había olvidado de estar atento a las señales de Arcuda y de Mkoll y casi no las había visto.

Dos de tres. Era suficiente. Tendría que serlo.

—¡Destrabaos y retiraos! —gritó a pleno pulmón antes de disparar la bengala

blanca.

En cuanto la luz fantasmal de la señal blanca ascendió por encima de ellos, una enorme explosión amarilla apareció hacia el norte, seguida de otra unos pocos segundos después, pero hacia el oeste.

El grupo de cobertura, sin dejar de disparar mientras se retiraba, comenzó a ascender por la ladera del risco para llegar hasta la oscuridad de la tierra abandonada. Dejaron los andenes y el recorrido de las vías cubiertos de cadáveres de Shadik.

Gaunt comprobó la dirección y la situación en la esfera luminosa de su brújula. Estaban justo en las coordenadas del punto de encuentro.

—¡Recuento de bajas! —le ordenó a Beltayn.

A sus espaldas, una alargada línea de destellos amarillentos resplandecía en la noche. La línea principal de Shadik había quedado rota al norte y al sur del emplazamiento de los cañones de asedio.

Pasaron dos minutos antes de que el grupo de Arcuda apareciera en la penumbra. Le siguió la escuadra de Domor, jadeante.

—Lo siento, señor —dijo Domor mientras resollaba intentando recuperar el aliento—. Casi habíamos acabado cuando nos descubrieron. Intenté regresar para terminar de colocar los explosivos, pero tenían rodeada toda la zona.

—No te preocupes, Domor. Lo hiciste lo mejor que pudiste. Destruimos la vía principal de comunicación. Eso es lo más importante. Esos cañones no van a lograr ir a ningún lado.

—Pero todavía podrán disparar con el corredor abierto para suministrarles munición.

Domor parecía desesperado por la decepción.

Gaunt lo agarró por un hombro.

—Lo hiciste bien, Shoggy, de verdad. Hiciste todo lo que pudiste, y eso es lo único que pido siempre. Esperaremos hasta que llegue el grupo de Mkoll y luego lo pasaremos en grande intentando salir de aquí. ¿De acuerdo?

Domor asintió.

Beltayn reapareció.

—Dejamos a unos cuantos muertos atrás, señor, pero todos los demás están presentes. Todos excepto…

—¿Excepto?

—El conde Golke, señor.

Los soldados de Shadik se arremolinaban alrededor del emplazamiento de los cañones y se desplegaban a lo largo de las vías comprobando los daños con las

lámparas. Dos enormes cráteres interrumpían la línea de ferrocarril, uno a cada lado del emplazamiento. Más soldados, vestidos con sus pesados abrigos largos y sus engorrosas armaduras de trinchera, recorrían la línea del corredor recogiendo a los muertos. Uno de ellos llamó a un oficial cuando descubrió uno de los tubos de las cargas de demolición medio colocados entre las traviesas.

El conde Golke siguió agazapado detrás del vagón plataforma de transporte de munición, apenas a veinte metros del soldado enemigo más cercano a él. Se quedó observando cuando se reunieron alrededor de las cargas y cortaron los cables que conectaban los tubos explosivos para retirarlos de las vías. El oficial hizo un gesto con la mano, impartió unas cuántas órdenes y envió una escuadra de diez hombres a registrar el vagón donde se encontraba Golke.

Los soldados se aproximaron con los rifles preparados. La luz de las lámparas se reflejaba en sus cascos y en sus bayonetas.

Golke rodeó cojeando la parte trasera del vagón. En realidad, eran tres vagones unidos y cargados hasta los topes con los enormes cartuchos utilizados para disparar los proyectiles y que se encontraban a la espera de la siguiente locomotora para que los llevase a los polvorines blindados.

Golke se subió al vagón de en medio. Le costó mucho trabajo por culpa de la cadera. Hizo una mueca de dolor y dejó escapar un gruñido.

La herida de bala en el pecho lo hizo más difícil todavía.

Logró subirse por fin y se sentó entre dos de los grandes recipientes. Sonrió. Había regresado a la Bolsa, se había enfrentado a sus demonios y había sobrevivido a ellos. Dentro de unos momentos también obtendría una victoria. Se le debía una.

Lo que no había logrado como comandante lo conseguiría como soldado.

El enemigo había rodeado los vagones. Oyó sus voces. Uno gritó algo. Había encontrado el rastro de la sangre de Golke.

El conde oyó más voces y el resonar de unas botas que subían por los peldaños de la escalerilla de metal del vagón.

Aquellas eran voces de Shadik. Las voces del enemigo.

Golke deseó que toda la guerra hubiese sido tan sencilla como aquello.

Tuvo un acceso de tos y la sangre le inundó la boca para luego salir y mancharle la barbilla. Uno de los soldados enemigos gritó algo: había oído las toses. Golke distinguió el sonido de unos cuantos rifles metiendo una bala en la recámara.

Alzó el tubo de la carga de demolición. Era el único que había podido arrancar del grupo que el equipo de Domor había logrado conectar a las vías. No había tenido tiempo de más.

No estaba muy seguro de cómo funcionaba, pero había una tira de papel pegada en un extremo que tenía todo el aspecto de ser la lengüeta de ignición.

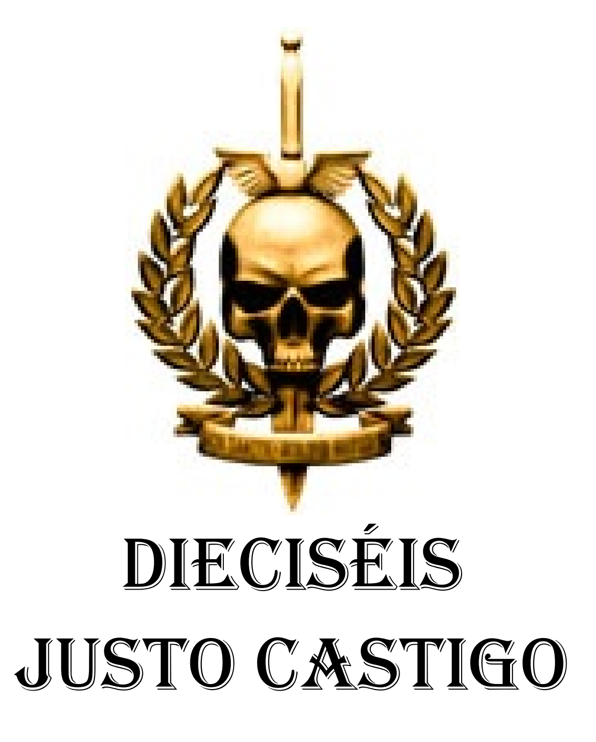
Oyó unos pasos en el interior del vagón. Un soldado enemigo apareció por detrás

del cartucho situado a mano derecha y llamó a los demás cuando vio a Golke allí tirado.

El soldado alzó el rifle.

—Por el Emperador —musitó Golke, y tiró de la lengüeta.

El tubo estalló. Los bidones almacenados a su alrededor se partieron. Los gigantescos cartuchos se inflamaron y la explosión resultante iluminó todo el valle durante un momento. Cien metros de corredor de municionamiento y la tierra que lo rodeaba se desvanecieron en un surtidor de llamas.



DIECISÉIS
JUSTO CASTIGO

Odio las últimas batallas. Nunca tienes oportunidad de practicar para librarlas.

Piet Gutes

El cielo estaba lleno de estrellas. Eran de color rosáceo y ligeramente oblongas. En el horizonte, haces de fuegos artificiales blancos danzaban y estallaban, como los de un desfile de la victoria. El aire palpitaba con un extraño zumbido parecido a una voz humana gimoteante que aparecía y desaparecía. Una sombra negra tapó las estrellas de repente. Una gran sombra que cubrió todo el cielo.

—Despierta —le dijo una voz.

Obedeció y se removió un poco. El extraño cielo, con sus estrellas raras e inquietantes, desapareció poco a poco. Sintió el aire frío y oyó el repiqueteo de una lluvia fuerte cayendo cerca de allí.

—Larks —dijo Bragg—. Venga, es hora de levantarse.

—¿Prueba?

Prueba Otra Vez Bragg le sonrió con su enorme y maravillosa sonrisa.

—Es hora de levantarse —le dijo de nuevo.

Larkin parpadeó y se levantó rápidamente hasta quedar sentado. El movimiento hizo que se marease y que comenzara a sentir náuseas por todo el cuerpo. Sentía la parte posterior de su cráneo como si alguien le estuviera golpeando de forma repetida con un nueve setenta, con el pico por delante. Unas luces oscuras acompañadas del estallido de fuegos artificiales festivos.

Estaba sentado sobre un colchón sucio en una habitación llena de humedad de la casa parroquial. La lluvia caía a mares en el exterior, acompañada de retumbantes truenos. La tarde estaba avanzada.

Bragg ya no estaba allí.

—Nos vemos luego —dijo Larkin.

Aparte de la tormenta, la situación se mantuvo tranquila desde que rechazaron el primer ataque. Habían reparado las defensas y añadido unas cuantas cosas más por sugerencia de Mkvenner.

El explorador les explicó cómo Jajjo y él se habían topado con una unidad del Pacto Sangriento la noche anterior. Una patrulla bastante numerosa, y Mkvenner estaba seguro de que tan sólo se trataba de la punta de lanza de una fuerza mucho mayor. El ejército de Shadik se había visto reforzado desde fuera del planeta con la infantería de élite del archienemigo, y la primera acción de esa élite había sido abrir el camino para una invasión a través del bosque de Montorq.

Caffran pensó que era irónico que tanto los refuerzos imperiales como los del Caos les hubieran dado los mismos consejos a las naciones en lucha de Aexe Cardinal.

Rerval se encontraba estable gracias a los primeros auxilios del desertor, aunque seguía débil por la pérdida de sangre. Lo instalaron en el estudio, lejos del combate, y Caffran le pidió a Peterik que cuidara de él. Nadie se quejó de que Peterik ya no estuviese atado. La anciana se sentó con ellos y alimentó el fuego de la chimenea del estudio.

Con Rerval fuera de combate, Mkvenner se encargó de las comunicaciones y envió una repetición más detallada del mensaje original por el enlace de voz. Sin embargo, de nuevo quedó sin respuesta. Seguían sin saber con seguridad si alguien había recibido aquel aviso.

—De todas maneras, ya hemos acabado aquí —anunció Feygor—. Me refiero a que Jajjo y Mkvenner han regresado y conocemos cuál es la situación, de modo que ya podemos largarnos. Venga, vámonos.

—¿Y cuán lejos podremos llegar con una anciana y un hombre que no puede caminar? —le preguntó Mkvenner.

Feygor se encogió de hombros.

—¡Pues los dejamos atrás, joder! Ya sé, es muy duro. No me gusta, pero estamos

obligados a regresar para avisar a los nuestros. El enlace de voz probablemente está estropeado. No cumpliríamos con nuestro deber si no pusiéramos en movimiento nuestros culos y no regresáramos al cuartel general para ponerlos sobre alerta.

Mkvenner frunció el entrecejo. No quería pensar acerca de Murtan Feygor y el fallo en el cumplimiento del deber.

—Tienes razón —dijo en vez de iniciar una discusión. Aquello los sorprendió a todos, incluido a Feygor—. Bueno, hasta cierto punto. Tenemos que suponer que las comunicaciones han fallado. Tenemos que mandar una alerta a Ins Arbor, o esto puede convertirse en un fracaso de primera clase. Sin embargo, incluso sin la anciana y sin Rerval, incluso aunque avanzáramos a toda marcha, no creo que pudiéramos dejarlos atrás. Son veloces, son buenos y los tenemos encima.

—¿Entonces? —le preguntó Cuu.

—Entonces, lo que vamos a hacer es defender este sitio tanto tiempo como nos sea posible. Mantendremos ocupados a los del Pacto Sangriento en este punto.

—¿Para?

—Para ganar tiempo y que alguien tenga la oportunidad de llevar nuestro aviso al cuartel general. Alguien veloz tendría posibilidades si el avance enemigo queda retenido aquí.

Caffran, Muril y Jajjo parecían estar muy serios de repente. Feygor meneó la cabeza. Cutes se sentó chasqueando la lengua. Brostin lanzó un gruñido y una exclamación de descontento.

Cuu hizo la pregunta más obvia.

—¿Quién va?

—¿Quién es veloz? —replicó Mkvenner.

—Tú —le contestó Feygor.

—Yo me quedo —replicó Mkvenner.

Él había sugerido aquel plan. No iba a dejarles la parte más difícil a los otros.

—Entonces Muril o Jajjo —siguió diciendo Feygor—. A lo mejor Cuu. Es rápido de piernas.

—¿Quién lo va a decidir? —preguntó Caffran.

—Yo —respondió Mkvenner, y nadie le contradijo—. Jajjo. Tú te encargarás. Llévate lo mínimo imprescindible para que puedas correr con rapidez. No te pares por nada en este mundo.

El joven verghastita asintió. Tragó saliva. El peso de la responsabilidad lo atemorizaba. También la confianza que Mkvenner había depositado en él. Lo peor era la idea de dejarlos atrás. Iban a morir para proporcionarle tiempo.

—Vamos —dijo Mkvenner—. Ponte en marcha. No hay tiempo que perder.

Todos se despidieron por turnos de Jajjo. Caffran y Gutes lo ayudaron a aligerar su equipo y le desearon buena suerte. Feygor quiso decirle algo pero se limitó a

asentir al quedarse sin palabras. Brostin le dio una fuerte palmada en la espalda y le dijo que no la cagara. Muril llenó un par de cantimploras de agua para que Jajjo se las llevase.

—Buena suerte —le deseó.

—Hubiese preferido que te escogiese a ti —le contestó Jajjo.

—Yo también —le respondió ella con una sonrisa—. Pero no por lo que te piensas.

—Puedes hacerlo, Jaj —lo animó Cuu, haciéndole un guiño al explorador cadete—. Fijo que sí puedes.

Jajjo salió por la puerta delantera bajo la lluvia y con la luz apagada.

Se dio la vuelta un momento y miró a Mkvenner.

—Señor, yo… —empezó a decir.

—Vete —lo cortó Mkvenner.

Y Jajjo se marchó.

Mkvenner cerró y atrancó la puerta delantera. Feygor ya estaba desplegando a los demás miembros del destacamento en las posiciones de disparo. Envió a Muril a la primera planta para que comprobara en qué estado se encontraba Larkin y buscara el mejor lugar para un francotirador.

—Utiliza el rifle de Larkin si sigue inconsciente —le ordenó Feygor.

Pasó al lado de Mkvenner en el pasillo, quien volvía de la puerta delantera.

—Señor —le dijo al cruzarse.

—¿Sí, soldado?

—Sé que la situación se ha puesto… muy difícil —empezó a decirle—. Sin embargo, para que quede constancia…, por si sirve de algo… Me habría gustado que me hubiera tomado más en serio en esta patrulla.

—¿No cree que la haya tomado en serio?

—Quiero ser exploradora, señor. A lo largo de toda la misión le ha dado todas las oportunidades a Jajjo. Siempre ha estado pendiente de él. Incluso ahora, incluso para esto. Le ha confiado la tarea más peligrosa y arriesgada.

—¿Sabes por qué lo escogí a él en vez de a ti?

—No, señor.

—Eres mejor tiradora, Muril. Te necesitamos aquí. Cuando regresemos…, si regresamos, le pasaré un informe a Mkoll. Ascenso a explorador.

—¿Para Jajjo?

—Para los dos. He quedado impresionado con tu comportamiento desde que te apuntaste. A Jajjo le hacía falta un pequeño entrenamiento adicional para lograrlo.

Muril abrió la boca y volvió a cerrarla. No estaba segura de qué decir.

La oportunidad se le pasó. Ambos dieron un respingo cuando sonó una cadena de

explosiones en la parte trasera de la casa.

El destacamento diecinueve había colocado cargas de demolición en el suelo y en las casetas del jardín trasero de la casa. Brostin encontró unos cuantos rollos de alambre para cercas en el sótano y prepararon unas cuantas trampas.

Los primeros intrusos en el jardín avanzaron con torpeza bajo la espesa lluvia y partieron los alambres con las botas. Toda una serie de cargas de demolición estallaron a lo largo de la pared trasera y la demolieron por completo. Dos cargas más habían sido activadas en la parte superior de la zanja del lado oriental del jardín. Los soldados del Pacto Sangriento, invisibles hasta ese momento bajo la tremenda cortina de lluvia, comenzaron a disparar contra la casa. Los defensores del lugar dispararon unas cuantas andanadas para frenar su avance. Después de un minuto o dos aproximadamente, se produjo un nuevo resplandor seguido de otra explosión en la parte izquierda del límite de la propiedad cuando el enemigo detonó otra carga de demolición.

Los disparos cesaron. El Pacto Sangriento se había retirado de nuevo.

Muril entró para recoger el rifle de francotirador de Larkin, pero lo encontró en sus manos. Estaba agazapado al lado de una de las ventanas del dormitorio, ojeando el terreno azotado por la lluvia.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí —contestó Larkin.

No tenía aspecto de estarlo. De hecho tenía un aspecto horroroso. Su delgado rostro estaba casi blanco a excepción de los moretones, y tenía los ojos hundidos en las cuencas.

—Me siento mejor —le insistió—. De verdad. Me siento mejor por no… haberle disparado.

—Bien —dijo ella—. Larks, pillaremos a Cuu. Saldremos de ésta y lo pillaremos. Acuérdate de que lo vi intentando matarte. Hablaremos con Corbec. Se lo contaremos todo.

—Vale —le respondió Larkin.

—Me refiero a que Cuu, Feygor, Brostin…, Gutes también, supongo. Todos van a ser acusados por lo que ha pasado aquí. Es como si Feygor hubiese desertado unos cuantos días. No creo que Ven deje de redactar un informe completo. Además, nosotros redactaremos nuestro propio informe completo sobre Cuu.

—Bien.

—Entonces… ¿Estás preparado para cazar un poco?

—Estoy preparado —le aseguró él mientras colocaba en posición su rifle largo.

—Estaré al otro lado del descansillo, en la habitación del extremo.

—Vale.

Ella se marchó y Larkin volvió a mirar por la mira telescópica. Por un momento no pudo ver el jardín ni el lindero del bosque, tan sólo estrellas oblongas de color rosa y fuegos artificiales.

Parpadeó, y parpadeó de nuevo hasta que se le aclaró la visión.

Media hora más tarde, el Pacto Sangriento regresó para atacar de nuevo. A Caffran le pareció distinguir un movimiento bajo la lluvia desde su posición fortificada improvisada en el invernadero. Sacó un poco más la cabeza por encima del armazón de la cama y de la arpillera.

Oyó un ruido. Un resoplido sordo seguido de un leve aullido, seguido de otro, y otro más.

Conocía aquel sonido.

—¡Morteros! —gritó.

El primer proyectil abrió un agujero en medio del jardín y lanzó trozos de tierra por los aires. Otro se estrelló como un meteorito contra el muro oriental y una lluvia de esquirlas de piedra cayó junto a las gotas de agua. Otro estalló en el interior de la caseta sin techo que servía para guardar carbón.

Los proyectiles siguieron cayendo y machacando el jardín trasero con fuertes explosiones. Poco después, varios cañones automáticos abrieron fuego desde el lindero del bosque y acribillaron la parte posterior del edificio principal.

Mkvenner estaba apostado detrás de la barricada con Cuu. En cualquier momento, una granada de mortero caería sobre el invernadero y machacaría a Caffran.

—¡Retírate! ¡Caff, retírate! —le gritó.

Al menos, la fuerte estructura de la casa principal ofrecía un poco de protección.

Caffran estaba encogido sobre sí mismo en una postura autoprotectora mientras intentaba seguir observando el exterior. Un proyectil estalló justo delante del invernadero e hizo que se estremeciera de arriba abajo, aparte de cubrirlo de tierra casi por completo.

—¡Caffran!

—¡Espera! —gritó él a su vez.

Los soldados enemigos, bajo la cobertura de los disparos de mortero y de cañón automático, comenzaron el asalto. Caffran entrevio unas siluetas vestidas de rojo que entraban por encima de los escombros de la pared posterior del jardín mientras que otras se arrastraban por las zanjas laterales. Empezó a llegarles el fuego graneado de las armas de pequeño calibre.

Esperó tanto tiempo como se atrevió, hasta que las siluetas enemigas casi llegaron a la mitad del jardín.

Tiró del cordel que tenía en la mano. Estaba atado a las lengüetas de ignición de los tubos de explosivos que quedaban y que había enterrado en el propio jardín. Estallaron en rápida sucesión y lanzaron dos o tres cuerpos por los aires.

Caffran se puso en pie, satisfecho, y salió como pudo por la parte posterior del invernadero al patio. Varios rayos láser comenzaron a pasar cerca de él. Una granada de mortero explotó en el jardincito de la cocina, a su izquierda, y otra alcanzó de lleno al invernadero.

La explosión le hizo caer de bruces. Mkvenner echó a correr hacia él y en cuanto le alcanzó empezó a arrastrarlo hacia la puerta de la cocina, desde donde Brostin les cubría. Cuu ya había entrado a la carrera para escapar de la lluvia de explosivos.

Mkvenner metió a Caffran en la cocina justo cuando otras dos granadas de mortero impactaban contra la barricada y los restos del búnker de la carbonera. Una lluvia de fragmentos de piedra acribilló la pared trasera del edificio. Todos los que estaban disparando desde una ventana se vieron obligados a agacharse. Otra granada estalló contra la parte occidental de la pared y derribó el techo de la despensa con un fuerte crujido.

—¿Estás bien? —le preguntó Mkvenner a Caffran.

El joven estaba aturdido, y tenía los hombros y la parte posterior de las piernas cubiertos de cortes producidos por la metralla.

—¡Estoy bien! —logró decir jadeante antes de reunirse con Brostin en la puerta.

—¡Prepara ese lanzallamas! —gritó Mkvenner—. ¡Pronto se te pondrán a tiro!

La casa se estremeció cuando otra granada de mortero explotó contra ella. Una cascada de tejas rotas cayó en el patio. Ya había soldados del Pacto Sangriento por todo el jardín trasero, acercándose agazapados por detrás de los restos de la barricada y del invernadero destrozado. El espeso humo y el resplandor de las explosiones ocultaban la mayor parte del avance enemigo. Los Fantasmas dispararon contra todos los objetivos que pudieron ver. Muril y Larkin eran los que más enemigos estaban matando desde sus ventanas en la primera planta.

—¡Que alguien más suba arriba! —gritó Feygor sin dejar de disparar desde la ventana principal de la cocina. Cuu se puso en pie de un salto y echó a correr.

—¡Por la derecha! ¡Se están colando por la derecha! —gritó Gutes por el microtransmisor desde su puesto en el comedor. Mkvenner se acercó a la puerta de la cocina y miró hacia el este por el hueco. Distinguió por encima de los restos en llamas del búnker de la carbonera los disparos láser de Gutes acribillando la zanja medio tapada por un seto que recorría un lateral de la casa parroquial.

—¡Gutes, sigue disparando! —le ordenó—. ¡Haz que sigan agachados! ¡Voy al frente para rodearlos y atacarlos con fuego cruzado!

—¡Recibido! —respondió Gutes.

Mkvenner cruzó corriendo la cocina y el recibidor hasta llegar a la puerta

delantera, que desatrancó y abrió. La casa se estremecía por las ráfagas de proyectiles de cañón automático y el martilleo de las granadas de mortero. Los cacharros colocados en las repisas retemblaban y derramaban su contenido cada vez que el edificio vibraba. Mkvenner oyó un estampido especialmente fuerte que le sonó al ruido que haría un mortero al arrancar el tejado. Un instante después se dio cuenta de que se trataba simplemente de un trueno que había retumbado justo encima de sus cabezas.

Abrió la puerta de par en par y salió bajo la lluvia con el arma preparada en dirección a la parte oriental del edificio. El rugido del combate le llegaba flotando en el aire desde la zona posterior.

Los soldados del Pacto Sangriento ya estaban atravesando el seto para entrar en la parte abierta del jardín delantero. Uno de ellos vio a Mkvenner, pero el explorador lo mató de un tiro en la cabeza antes de que pudiera alzar su arma o ni tan siquiera gritar. Disparó de nuevo y otros dos cayeron de espaldas contra el seto agitando los brazos de forma convulsa.

Pero tres de ellos comenzaron a disparar, y Mkvenner se vio obligado a ponerse a cubierto en el porche. Los disparos láser zumbaron al chocar contra los postes de piedra. El explorador logró acertar a otros dos enemigos desde su posición antes de echar a correr hacia el seto con la esperanza de pillarlos en un fuego de enfilada.

Una granada cruzó la cortina de lluvia. Mkvenner saltó para apartarse de su trayectoria, pero aun así la explosión lo alzó por los aires y lo arrojó contra la larga y húmeda hierba del jardín.

Volvió en sí unos instantes después, justo a tiempo para ver una máscara de hierro que le sonreía burlona a la vez que una bayoneta se dirigía directamente hacia su cuello.

Mkvenner rodó sobre sí mismo y lanzó una patada a las piernas del soldado enemigo, que cayó al suelo. Otro se abalanzó contra el explorador también con su bayoneta, pero el tanith agarró el cañón del rifle, se lo arrancó de las manos y mató al miembro del Pacto Sangriento de un tremendo golpe en la cabeza. Un disparo láser descerrajado a quemarropa le pasó chasqueante a pocos centímetros, pero Mkvenner se había agachado y un momento después se levantó hundiendo a fondo la bayoneta del arma arrebatada a su otro oponente en el estómago del tercer atacante. Lanzó una patada hacia atrás sin mirar y le partió el cuello al primer soldado, que estaba intentando levantarse de la hierba.

Pero había más soldados del Pacto Sangriento, muchos más. Casi una docena, que se lanzaron a la carga contra él, algunos de ellos disparando. Se echó a un lado para esquivar otro bayonetazo y un disparo láser le atravesó el muslo de la pierna derecha. Enfurecido por el dolor, enterró la bayoneta del arma que había arrebatado en el cuello del oponente más cercano.

Varias ráfagas de disparos procedentes de un rifle láser en fuego automático cruzaron el jardín y dejaron a su paso rastros de vapor al entrar en contacto con las gotas de lluvia. Tres soldados del Pacto Sangriento cayeron abatidos inmediatamente, y luego un cuarto. Mkvenner abrió fuego con su rifle láser y mató a otros dos antes de dar media vuelta y echar a correr de regreso hacia el porche.

Peterik estaba en la puerta del porche disparando con frenesí el rifle láser de Rerval en pleno fuego automático.

Los demás soldados del Pacto Sangriento que estaban en el jardín murieron o salieron huyendo.

Mkvenner entró tambaleante y cayó a su lado.

—Gracias —le dijo.

—Habrá que curarte esa herida —le contestó Peterik.

—Ya me encargaré yo mismo más tarde, si hay un más tarde —dijo Mkvenner—. Ahora mismo lo que tenemos que hacer es defender la parte delantera de la casa. ¿Te ves dispuesto y preparado?

Peterik asintió.

—Sí, señor. Lo estoy.

En la parte trasera de la casa, unas cuantas granadas de mortero habían estallado contra el suelo del patio y habían lanzado una andanada de losas de piedra a través de la pared de la cocina. Otras dos granadas impactaron en la despensa, que ya estaba destrozada. Caffran y Feygor estaban agazapados detrás del bloque de hierro de la cocina de fogones y disparaban a través del agujero que momentos antes había sido la ventana principal de la estancia. La puerta de la cocina acabó saltando de sus goznes, pero Brostin seguía en el umbral, con el lanzallamas preparado.

Un trío de soldados del Pacto Sangriento saltaron por encima de la barricada y se lanzaron a la carga hacia la cocina. Brostin los regó con fuego líquido y estallaron en llamas mientras corrían. Las granadas de mano que llevaban encima explotaron de repente e inundaron el destrozado patio con fragmentos de metal, trozos de carne y cartílago y restos de tela ardiendo. Brostin alzó un poco más el lanzallamas y envió un segundo chorro de fuego, que chisporroteó bajo la lluvia, por encima de la barricada. Oyeron unos cuantos gritos, y un soldado con la espalda y las piernas cubiertas de llamas se puso en pie y echó a correr hacia el invernadero antes de que Feygor lo matara de un tiro.

Brostin tenía una notoria afinidad con el fuego. Cuando el enemigo se puso por fin a tiro, comenzó a lanzar chorros de líquido inflamado por encima de la barricada y de la pared de la cocina, haciéndoles doblar esquinas que los disparos láser no podían alcanzar. Cubrió el denso bosquecillo sin cuidar del invernadero con una capa de llamas anaranjadas, haciendo saltar la pintura y acabando con los arbolillos. Luego

incendió los restos chamuscados con un chorro de fuego azul hipercaliente. El grito de otro enemigo en llamas llegó hasta ellos, seguido del estampido de varias granadas al estallar que se unió al crepitar de los demás disparos.

Las granadas de mortero siguieron cayendo. Caffran se encogió cuando oyó una atravesar el tejado. Los proyectiles de cañón automático continuaron acribillando la pared trasera dejando al descubierto los ladrillos y las piedras. La antigua capa de yeso y pintura original de la casa había desaparecido hacía tiempo.

Feygor miró a Caffran cuando se agacharon de nuevo para esquivar otra andanada.

—¿Era por esto por lo que querías quedarte? —le preguntó con un tono de voz sarcástico. Feygor siempre sonaba sarcástico, pero esta vez era a propósito.

—No —le contestó Caffran señalando a la insignia del regimiento que llevaba en la chaqueta del uniforme—. Era por esto.

El lanzallamas de Brostin chisporroteó antes de lanzar un nuevo chorro de fluido incandescente. El hedor a promethium ardiendo llenó la cocina.

—¡Se nos echan encima! —gritó Brostin—. ¡Se nos echan encima!

Larkin sabía que se había acabado. La casa parroquial se venía abajo por la lluvia de granadas de mortero, y la parte trasera del edificio estaba siendo atacada por una unidad enemiga del tamaño de un batallón. Los del Pacto Sangriento ocupaban también la zanja lateral y la parte delantera. Los podía oír.

Disparó todas las veces que pudo, abatiendo a las siluetas rojas en el jardín y detrás de la barricada. Sin embargo, estaba seguro de algo: quedaban más enemigos allí afuera que munición tenía en su bolsa.

Se preguntó si habrían conseguido ganar tiempo suficiente. Se preguntó dónde estaría Jajjo. Se preguntó si alguien sabría alguna vez lo que habían llegado a hacer aquel día. Un puñado de ellos contra un ejército.

Empezó a perder la visión de nuevo. Las luces le bailaban delante de los ojos. Parpadeó con fuerza y sacudió la cabeza en un intento por aclararse la vista. Mover la cabeza de aquel modo le hizo sentir como si su cerebro se agitase de un lado a otro en el líquido de su cráneo.

Se preguntó si el dolor lo vencería antes de que los del Pacto Sangriento lograran entrar en la casa. ¿Qué muerte sería más rápida? ¿Cuál le dolería menos?

Disparó de nuevo, pero falló. Disparó otra vez, y también falló en esta ocasión. Tenía la vista empañada y el dolor era muy intenso. Estrellas oblongas y rosadas. Fuegos artificiales. Fuegos artificiales…

Una mano lo agarró por la parte posterior del cuello y le estrelló la cara contra el alféizar de la ventana. Larkin lanzó un grito de dolor y perdió el conocimiento durante unos instantes.

Lijah Cuu lo sostuvo por la nuca. Sus dedos apretaron como pinzas de acero la zona herida del cráneo del francotirador.

Larkin se retorció con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¿Qué…? ¿Qué…? —consiguió murmurar.

—Estamos muertos, tanith, fijo que sí. Ya están a las puertas y asomándose a las ventanas. Estamos acabados. Sólo que yo no he acabado. No pienso irme a ningún lado, ni siquiera al infierno, sin haber solucionado mis asuntos.

—¡Feth! —gritó Larkin mientras se esforzaba por liberarse.

Las manos de Cuu presionaron la fractura de la parte posterior del cráneo de Larkin, y éste lanzó un aullido de dolor antes de empezar a tener arcadas. Un chorro de sangre le salió por la nariz.

—¡Cabrón chiflado! —barbotó—. Este no es el…

—¿Qué? ¿Qué, mierdecilla tanith, cara de culo? ¿No es el momento apropiado? Eso sí que es divertido, fijo que sí. Tienes que pagármelas, y si éste no es el momento apropiado, ya no habrá ningún otro.

Cuu retorció los dedos de nuevo y apretó. El francotirador vomitó. Cuu lo tiró encima del colchón.

Larkin intentó moverse, pero las estrellas oblongas y rosadas llenaron su visión, entremezcladas con un enorme fuego de artificio que le estalló en mitad de la cabeza.

Le entraron convulsiones. Arqueó la espalda y los ojos se le pusieron en blanco por completo. Sólo se le veían las venillas enrojecidas. Escupió sangre al morderse la lengua. Un gemido ultraterrenal fue surgiendo de su garganta a medida que el ataque se iba apoderando de su cuerpo.

Cuu retrocedió un paso por el asco que sentía. Sacó su cuchillo. Plata pura de tanith, treinta centímetros de largo.

—Eres un animal —gruñó mientras se acercaba y procuraba esquivar los miembros pataleantes de Larkin—. Me parece que en el fondo te voy a hacer un favor, bicho de mierda.

Alzó el cuchillo.

—¡Aléjate de él, cabrón! —gritó Muril.

Estaba en el umbral de la habitación, con su rifle láser apuntando a la cicatriz de la cara de Cuu.

Muril se acercó poco a poco.

—Cabrón. Cabrón de mierda.

Cuu se puso en pie y sonrió.

—Sólo intentaba ayudarlo, chiquita. Míralo. Tiene un ataque. Será mejor que lo ayudemos antes de que se arranque la lengua de un mordisco.

—¡Déjalo en paz! Te he visto, Cuu. He visto lo que le estabas haciendo.

—No estaba haciéndole nada.

—Estabas a punto de matarlo. Como mataste a Bragg. Y el Emperador sabe a quién más. Cabrón de mierda.

—¿Y qué vas a hacer? Dime, chiquita. ¿Qué vas a hacer? ¿Dispararme?

—Igual lo hago.

—Estamos muertos de todas maneras. Escucha todo ese follón. Ya deben de haber entrado en la cocina. Vamos, dispara. Ya no importa.

—A mí me importa, Cuu. Moriré feliz.

Se produjo un resplandor y un estampido ensordecedor que sonó como un trueno, pero que no lo era. La pared del dormitorio estalló arrojando trozos de ladrillo y de yeso por toda la estancia. Otra granada de mortero entró por el ático encima de ellos y destruyó por completo el descansillo que estaba a sus espaldas.

Muril intentó ponerse en pie en medio del humo y del polvo asfixiante. No vio señal alguna de su arma entre los cascotes, de modo que desenfundó su cuchillo. Larkin aún estaba vivo, aunque cubierto de trozos de yeso y de pintura, y seguía en mitad de su ataque convulsivo encima del colchón, al lado de la ventana.

Muril avanzó tambaleante hacia él mientras buscaba con la mirada el cuerpo de Cuu entre los cascotes.

Estaba detrás de ella, con el cuchillo en la mano.

Ella se dio la vuelta con un grito, tan veloz como jamás se había movido un explorador tanith, ni antes ni después de aquello.

La plata pura atravesó la carne y el hueso y no se detuvo hasta que se clavó en el corazón palpitante.

Una parte del tejado se hundió. Piet Gutes se agachó cuando una de las vigas desprendidas atravesó el techo del comedor y aplastó con su peso la larga mesa de madera pulida. Los jarrones y demás objetos de porcelana cayeron de las estanterías y estallaron en mil pedazos al estrellarse contra el suelo. Las viejas pinturas estaban envueltas en llamas.

Gutes se puso en pie escupiendo el polvo que le había entrado en la boca. El techo había desaparecido por completo y se podía ver el cielo. Las gotas de lluvia cayeron repiqueteando desde el cielo del comedor. Echó un vistazo a través del agujero destrozado en que se había convertido la ventana que había estado defendiendo. Un tanque ligero pintado de color rojo acababa de entrar en el jardín trasero procedente del lindero del bosque, y las tropas enemigas avanzaban a su alrededor utilizándolo como cobertura. Aplastó la hierba demasiado crecida y derribó el reloj de sol. Gutes sintió que toda la casa se estremecía cuando el blindado disparó de nuevo. Una de las pinturas se cayó de la pared.

Se preguntó por primera vez quiénes serían las personas de los retratos. Aquellos rostros solemnes, oscurecidos por el paso del tiempo, que lo miraban desde los

marcos. Mirándolo desde tan lejos.

Las pinturas siguieron ardiendo a pesar de la lluvia.

Gutes distinguió un atisbo de movimiento en la ventana y disparó. Una máscara de hierro salió disparada hacia atrás. Entraron varios disparos y acribillaron el suelo. Gutes retrocedió a lo largo del comedor con la lluvia repiqueteando sobre su cuerpo mientras esquivaba las piezas de mobiliario rotas sin dejar de disparar hacia el agujero. Múltiples rayos láser respondieron a sus disparos.

Sólo una silla había sobrevivido al derrumbamiento de las vigas del comedor. Gutes se sentó en ella y continuó disparando hasta que el cargador del arma se quedó sin energía.

Media docena de soldados del Pacto Sangriento entraron por el agujero de la pared con sus armas apuntadas hacia la solitaria figura sentada al otro extremo del comedor.

Empezaron a disparar.

Gutes se preguntó si la anciana lograría sobrevivir a aquello. Tenía esa esperanza, aunque lo dudaba mucho.

Pero ya no importaba.

Nada importaba si se estaba lo bastante lejos. Era lo que Piet Gutes siempre se había dicho.

Y en aquel momento, por fin, se encontraba todo lo lejos que podía estar.



DIECISIETE
PRIMERO Y ÚLTIMO

Se puede poseer honor en la vida, honor en el valor, honor en el combate, pero el honor más seguro y cierto de todos, por desgracia para el hombre, es el honor en la muerte.

Laco Bousar Fep Golke, extraído de sus diarios

El humo salía del bosque como sangre de una herida. La tormenta ya había pasado de largo y se dirigía hacia los picos del macizo, pero el aire seguía húmedo y el cielo oscuro.

El sonido de la guerra continuaba llegando a través de los pinos de Montorq. Armas de pequeño calibre, cañones montados en vehículos, granadas.

Colm Corbec se bajó de un salto del transporte blindado de tropas de ocho ruedas que lo había llevado hasta allí y llamó a gritos a las unidades que iban por delante.

—¿Todo despejado? —chilló.

—¡Despejado! —le respondió también a gritos Varl.

—¡Dame un informe de la situación! —le ordenó.

—Señor —dijo Jajjo mientras se levantaba de su asiento en el transporte blindado

—. Me gustaría…

—Sé lo que te gustaría, hijo —lo cortó Corbec—, pero creo que será mejor que de momento te quedes aquí.

—Yo…

—Es una orden, chaval.

Corbec atravesó el grupo de árboles en dirección a los restos humeantes de la vieja casa solitaria. Jajjo la había llamado «la casa parroquial».

A su izquierda, los tanques ligeros y los Sentinels del grupo blindado krassiano cruzaron el valle entre los árboles apoyando con sus armas las escuadras del Primero de Tanith que Corbec había enviado por delante de él. Se estaba produciendo un fuerte combate en los bosques de la parte de atrás de la casa.

El comisario Hark trotó de regresó para reunirse con él. Llevaba un casco en la mano.

—El soldado Jajjo estaba en lo cierto —le dijo a Corbec mientras le mostraba la máscara de hierro del casco—. El Pacto Sangriento.

—En ningún momento dudé de la palabra de Jajjo —le contestó Corbec en voz baja—. Los mensajes eran bastante explícitos.

Hark asintió.

—Justamente, Corbec. Me alegro de que pudiéramos llegar a tiempo.

—Pero ¿lo hemos hecho? —replicó Corbec con un tono de voz cansado.

—Hemos hecho retroceder a los del Pacto Sangriento hacia los bosques. El mayor Vikkers, de los blindados krassianos, dice que se baten en retirada, que huyen por los bosques hacia el paso montañoso. Al parecer, los tanques krassianos lograron destruir unos cuantos blindados enemigos y…

—Hemos ganado hoy y aquí, lo sé, Hark. Me refiero a… ¿Hemos llegado a tiempo para los nuestros?

Corbec se quedó callado mientras miraba los restos humeantes de las ruinas de la casa parroquial.

—El noveno pelotón lo está comprobando ahora mismo…

—Reúne a la retaguardia y envíalos para allá —lo cortó Corbec—. Quiero comprobarlo en persona.

Varl lo estaba esperando en el destrozado porche de la mansión. Los cadáveres de los soldados enemigos cubrían el jardín. Una anciana, y Corbec no tenía ni idea de quién demonios era, estaba arrodillada en el sendero de grava al lado del cuerpo de un joven soldado de la Alianza. Un enfermero krassiano estaba atendiendo en los peldaños del porche a un soldado tanith con múltiples heridas. Gritaba pidiendo un médico mientras lo atendía. El soldado estaba tan cubierto de sangre que al principio no pudo reconocerlo. Una herida grave en el muslo, un disparo en el abdomen, una

herida superficial en la cabeza, algo grave también en el hombro izquierdo.

Corbec hizo caso omiso a Varl y se arrodilló al lado del individuo. Sólo entonces se dio cuenta de que se trataba de Mkvenner.

—¡Feth, Ven! ¡Se supone que sólo iba a ser una patrulla!

—Eso es lo único que ha sido —le contestó Mkvenner, parpadeando débilmente para quitarse la sangre de los ojos.

—Te pondrás bien —le dijo Corbec—. ¡Haz que se ponga bien! —exclamó dirigiendo la vista al enfermero, que trabajaba de modo frenético.

—¿Recibisteis nuestra señal? —le preguntó Mkvenner con un susurro.

—Si vas a perder fuerzas hablando, no las malgastes en lo que es obvio. La recibimos, Ven. Vinimos. Les dimos de patadas en el culo hasta que se marcharon otra vez al bosque. Lo hicisteis muy bien, tú y los demás.

—Recomendaciones —suspiró Mkvenner.

—Cállate ya —le ordenó Corbec.

Mkvenner negó débilmente con la cabeza.

—Puede que no tenga otra oportunidad de hacerlo, Colm. Menciones de honor para todos. Para todos. Se comportaron hasta el último. Primero y Último. Si Jajjo logró llegar, merece ser explorador. Muril también, sin ninguna duda. Asegúrate que se entera de que la he recomendado. Quiero recomendar también una medalla en el cuartel general de la Alianza. ¿Lo harás por mí?

—Por supuesto que lo haré.

—Para el soldado de primera clase Rufo Peterik, del Decimosexto de Brunsgatte. Por el valor mostrado en combate. ¿Te acordarás del nombre, Colm?

—Me acordaré, pero no hará falta, Ven, porque no te vas a morir, joder.

Un médico krassiano cruzó corriendo el jardín y se colocó al lado del enfermero. Corbec se puso en pie y se giró hacia Varl.

—Dime, ¿cómo ha ido de mal la cosa?

—Hemos encontrado a Piet Gutes muerto en esa habitación de ahí. Parece que luchó lo suyo antes de que acabaran con él. Rerval está vivo. Le dieron en la cara al principio del combate. Un médico lo está atendiendo ahora mismo.

—Al menos es algo —dijo Corbec con un suspiro. Había echado de menos a su encargado de comunicaciones durante aquellos días.

—Brostin, Feygor y Caffran también han sobrevivido, aunque Brostin y Caff han sufrido heridas graves. Feygor ha logrado de algún modo salir sin un solo rasguño.

—Una suerte del demonio —dijo Corbec—. ¿Y qué pasa con los demás?

—Larkin está muy mal. El doctor Mtane está con él. Tiene una herida en la cabeza. No sabe si sobrevivirá. Dice que tendrá que llevarse a Larks a Ins Arbor para operarlo.

—Feth —maldijo Corbec.

—Yo he… —empezó a decir Varl.

¿Qué?

—He encontrado a Muril en la planta de arriba, junto a Larks. Los cabrones la han cosido a bayonetazos.

Corbec cerró los ojos. Sintió un dolor mucho más intenso que el producido por cualquiera de las heridas que había sufrido.

—Quiero verla —dijo por fin.

—Jefe… —Varl intentó detenerlo—. Será mejor que no lo vea.

—Tengo que hacerlo, Varl. Tengo que hacerlo.

Corbec echó suavemente a un lado al sargento y subió los peldaños que llevaban a la casa.

Se detuvo en el umbral de la entrada y se giró hacia Varl.

—¿Qué ha pasado con Cuu?

—Ah, logró sobrevivir.

Había mucha actividad alrededor de la casa. No el mismo tipo de actividad que la había destruido, pero casi. Aparecieron transportes de tropas. Los tanques krassianos acababan de machacar el césped del jardín y se internaban en el bosque.

Seguía habiendo un combate terrible entre los árboles.

Ya no era su problema.

Lijah Cuu se sentó en un viejo banco del jardín delantero y se quedó observando a su alrededor.

Lamió la sangre que todavía goteaba de su cuchillo de plata pura y lo enfundó.



DIECIOCHO
DEJAR EL TRABAJO A MEDIAS

Cuando hablo de un cuerpo en este sentido, me refiero al cuerpo como figura para una fuerza de combate. Para el jefe, esa fuerza se convierte en su cuerpo. Debe cuidarlo, alimentarlo, preocuparse de sus posibles enfermedades y de su bienestar. De ese modo, se convierte en sus miembros, sus órganos vitales y de los sentidos, el cuerpo militante. Así pues, la escala se incrementa. Todos los comandantes y sus hombres son cuerpos en una guerra, que combaten y mueren como sólo los hombres luchan y caen y muestran orgullosos sus heridas.

DeMarchese,
Sobre el uso de los ejércitos

Una semana más tarde, la lluvia cayó de nuevo en las tristes calles de Gibsgatte.

El coronel-comisario Gaunt, todavía cojeando un poco por la herida de refilón de una bala sufrida durante la retirada de dieciséis horas desde las líneas de Shadik, subió los escalones del Sezaria, el edificio de cúpula dorada que dominaba el paisaje

urbano de la sucia ciudad norteña.

Los centinelas de la Bande Sezari que custodiaban la puerta comprobaron sus papeles y luego se inclinaron al dejarle paso. Las plumas de estrútido que llevaban en los cascos llegaron a tocar el suelo.

Gaunt asintió con auténtico respeto. Ya sabía lo que era la Bande Sezari. Había visto combatir a varios de sus miembros hasta el último aliento.

Un oficial de la Alianza lo acompañó a lo largo de tres escaleras y un pasillo lleno de pinturas en marcos dorados. El oficial llamó a una puerta que tenía las dos hojas pintadas y lo anunció.

—El coronel-comisario Gaunt, señor.

Gaunt entró y las puertas se cerraron tras su paso. Saludó formalmente.

El comandante supremo Lyntor-Sewq se puso en pie y rodeó su mesa de escritorio para acercarse a Gaunt.

—Me alegro de verle, Gaunt.

—Señor.

Lyntor-Sewq era un individuo delgado y calvo con un gran mostacho y unos ojos claros.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

—Bastante bien.

—¿Le molesta la pierna todavía?

—No demasiado. Gracias por preguntar.

—Debió de ser algo tremendamente difícil eso de salir de las líneas enemigas aquella noche.

—Sí que lo fue, señor. Tardamos un día y medio, ocultándonos y avanzando sólo cuando todo estaba despejado.

—Su habilidad para el sigilo. ¡Bueno, lo cierto es que son la comidilla del alto estado mayor! Pero tuvieron un tropiezo, ¿no?

—Sí, señor. Dos veces. La última cuando casi habíamos llegado. Perdí unos cuantos buenos soldados allí.

—Una pérdida terrible, Gaunt. ¿Una copa?

—Tomaré un poco de amasec, señor.

Lyntor-Sewq sirvió dos bebidas en unas pequeñas copas de cristal de valor incalculable. Le entregó una a Gaunt.

—Por sus esfuerzos, señor —dijo el comandante supremo.

—Y por mis hombres muertos —contestó Gaunt.

—Por supuesto.

Tomaron un sorbo.

Lyntor-Sewq lo condujo hasta una mesa de mapas en la que estaba expuesta la guerra de Aexe Cardinal en toda su extensión.

—Muchos dudaban de usted, Gaunt. De usted y de los imperiales. Por supuesto, nos sentimos muy agradecidos por su intervención. Sin embargo, de todas maneras… Yo no mencionaría su nombre delante de Redjack Ankre.

—Si no lo vuelvo a ver en toda mi vida, no lo lamentaré.

Lyntor-Sewq dejó escapar una pequeña risa.

—Destruimos a los cañones. Los cañones de asedio. Estoy seguro de que ya se lo han dicho. Estaban justo donde usted los dejó aislados. Una escuadrilla de Marauders los destruyó la noche siguiente. Esos Marauders son unos aparatos excelentes. Me encantaría disponer de unos cuantos para reforzar la fuerza aérea de la Alianza.

—Estoy seguro de que el general Van Voytz accederá a ello gustoso. De hecho, espero verlo hoy mismo.

Lyntor-Sewq sonrió.

—Se ha marchado al sur. A Frergarten. Estamos avanzando a través de Montorq ahora mismo. Y por ello debo darle las gracias de nuevo a sus unidades de exploradores, por detener el avance enemigo y alertarnos sobre su ataque. Por informarnos de la presencia del archienemigo en suelo aexegariano. Por supuesto, he cambiado de planes de forma radical. Estoy concentrado en una nueva iniciativa, y creo que puede que hayamos logrado darle un giro completo a esta guerra. Habrá acabado para la Fiesta de las Velas.

Gaunt se acabó de golpe su copa.

—Eso espero, señor —le contestó—. Es eso o que la guerra continúe para siempre.

Lyntor-Sewq bajó la vista a su copa con el entrecejo fruncido.

—Durará lo que tenga que durar —replicó.

Gaunt se limitó a asentir. Había repasado los informes de batalla de la semana anterior. Habían destruido los enormes cañones de asedio y habían repelido la invasión a través de los bosques de Montorq, y aun así, ambas acciones no parecían más que unas pequeñas piezas de un montaje mucho mayor.

Habían perdido Sarvo. El enemigo había penetrado en la Bolsa de Meiserq y la parte inferior del valle del Naeme había quedado en sus manos. Y también había perforado la línea de defensa de Ostlund en dos lugares. Por cada victoria, una derrota. Por cada metro ganado, una muerte. La guerra simplemente continuaba, como un horno industrial alimentado con vidas humanas.

—Supongo que desplegará a mi unidad en una nueva posición.

—Lo cierto es que no. —El comandante supremo le entregó una placa de datos al comisario—. Sus nuevas órdenes. Son del Señor de la Guerra. Han llegado por vía astropática. Su regimiento va a ser trasladado. Los transportes de la armada están entrando ya en el sistema para llevarles.

Gaunt leyó la placa.

Tuvo una extraña sensación de asombro. Jamás se había marchado de una zona de guerra hasta que los combates habían acabado. En su opinión, todavía quedaba un año o más de lucha en Aexe Cardinal hasta que el Imperio pudiera celebrar una victoria definitiva. Macaroth se llevaba al Primero de Tanith. Era como dejar el trabajo a la mitad. Según la placa, varias unidades del Segundo Ejército de la Cruzada procederían a reemplazarlos para finalizar la campaña en el planeta.

El corazón le dio un vuelco cuando vio su nuevo destino.

—Que el Emperador le proteja allá adonde va —le dijo Lyntor-Sewq.

—Gracias, señor.

—Le pedí que viniera hoy sólo para entregarle esto.

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó una caja delgada y oblonga forrada de satén con un moteado dorado. Lyntor-Sewq la abrió.

En su interior había un Águila Dorada con una cinta de seda blanca.

—Esto es en reconocimiento de sus servicios a Aexe Cardinal. La Orden del Águila. La condecoración más importante que puede conceder el gran sezar.

Gaunt ya había visto una: colgaba de forma orgullosa de la pechera del abrigo de Laco Fep Golke. Deseó fervientemente tomar la condecoración y metérsela por el gaznate a Lyntor-Sewq hasta que se ahogase, o al menos, rechazarla. Sin embargo, sabía los problemas que provocaría si lo hacía.

Permitió que el comandante supremo se la pusiera y lo saludó formalmente. La llevaría en ese preciso instante, y nunca jamás otra vez.

Cuando Gaunt salió al enorme pasillo que llevaba al exterior del Sezaria, un oficial de la Bande Sezari se acercó a la carrera con un paquete marrón en las manos.

—Señor —le dijo—. El táctico Biota me ordenó que le esperara y le entregara esto con sus saludos.

Gaunt tomó el paquete y asintió levemente.

Beltayn lo estaba esperando en el exterior, sentado al volante de un enorme coche negro del estado mayor. Su pulgar estaba mucho mejor ya podía cambiar de marchas.

Gaunt se acomodó en el asiento de atrás.

—¿Señor?

—Vamos a Rhonforq otra vez, Beltayn —le ordenó Gaunt.

El motor del coche rugió al ponerse en marcha y se metió entre el tráfico de Gibsgatte en dirección sur.

Gaunt rompió el papel marrón del envoltorio del paquete. Dentro había una vieja edición de un libro. Le echó un vistazo al lomo: DeMarchese, *Sobre el uso de los ejércitos*.

Gaunt sonrió a pesar de las preocupaciones que le atormentaban el corazón.

Encontró una nota escrita a mano por el táctico Biota dentro de la cubierta:

«Coronel-comisario. Espero que encuentre instructivo este libro. Lo he

recuperado de la biblioteca del general y estoy seguro de que no lo echará de menos. Con respecto a la pregunta que me hizo…».

Gaunt instó a Beltayn a que pasara por los bosques que rodeaban Shonsamarl en el camino de regreso a Rhonforq. La luz del sol bailaba entre los árboles y moteaba el coche mientras el vehículo serpenteaba a lo largo de las estrechas carreteras del lugar.

Beltayn detuvo el coche.

—Nos hemos perdido, ¿verdad, Beltayn?

—No, señor —le contestó Beltayn—. Soy de Tanith. No me pierdo nunca.

—Te perdiste cuando vinimos aquí la primera vez.

Beltayn se encogió de hombros.

—Señor, lo único que sé es que éste es el lugar. No me pregunte por qué ya no está aquí.

Gaunt bajó del coche. El paraje le parecía familiar, muy familiar. Estaba seguro de que Beltayn tenía razón.

Sólo que allí ya no había ninguna capilla. No había rastro alguno de la capilla de la Sagrada Luz Abundante, Veniq. Nada, a excepción del persistente perfume de una flor muy concreta.

Beltayn bajó también y se acercó al comisario.

—¿Adonde ha ido a parar, señor? —le preguntó.

Gaunt le pasó la nota que le había escrito Biota para que pudiera leerla:

«Con respecto a la pregunta que me hizo, he estado buscando en los archivos imperiales y he encontrado una mención sobre una guerrera del Adeptus Sororitas llamada Elinor Zaker. Era una de las figuras clave del séquito de Santa Sabbat durante la cruzada original, y murió en Herodor hace seis mil años».

Beltayn se estremeció.

—Pasa algo raro, señor —fue todo lo que dijo.

—Eso creo —le contestó Ibram Gaunt.

La noticia se extendió a lo largo de todo el sector 58 de la Línea Peinforq. Los Fantasmas se marchaban. Daur, agobiado, recorrió todo el sector entregando órdenes de reunión y retirada a todos los pelotones. Debían marcharse la noche siguiente en dirección a la ciudad catedral de Ghrennes, donde esperarían hasta que los recogieran los transportes de la armada.

Las órdenes no indicaban su siguiente punto de destino, pero todas las tropas estaban entusiasmadas y alborotadas. Parecía importante. Además, la mayoría de los soldados se sentían desesperados por salir del horror de la guerra de trincheras en Aexe.

Daur tenía sentimientos encontrados. Deseaba ver al Primero fuera de la letal línea del frente de aquel planeta, pero iba a echar de menos la función de segundo al

mando. Ana Curth le había comunicado que Rawne ya estaba casi curado. En un día o dos, el mayor estaría de nuevo en servicio activo.

Daur transmitió las órdenes de forma diligente y organizó el regimiento para que se preparase para ser transportado.

Comenzó por el pelotón de Haller, y a continuación con el de Obel.

Siguió caminando por la zigzagueante trinchera hasta llegar al puesto de mando de Soric. Asomó la cabeza por la cortina antigás.

—¿Sargento? Prepare a sus hombres —le dijo—. Nos vamos del planeta mañana por la noche.

—No se preocupe, capitán —le respondió—. Ya lo sé.

Daur se encogió de hombros y se marchó.

Soric bajó la mirada al papel que tenía en las manos y lo leyó otra vez:

«Los Fantasmas se marchan mañana por la noche».

Soric hizo una bola con él y lo tiró a un lado.

Viwo apareció de repente por un lado de la cortina.

—Dicen que nos marchamos, jefe. ¿Sabe adonde?

—No —le replicó Soric con un tono de voz cortante.

—Vale —dijo Viwo muy prudentemente antes de retirarse y dejarlo a solas.

Soric se reclinó en la silla. El portamensajes de bronce reluciente se encontraba sobre la mesa de campaña, delante de él. Se quedó a la expectativa, lleno de esperanza, de deseo. Unos momentos después, se inclinó hacia adelante y cogió el tubo.

Soric desenroscó la tapa y sacudió el portamensajes hasta que cayó un papelito azul.

Lo desdobló y leyó lo que había escrito en él, escrito por su propia mano.

Una sola palabra.

«Herodor».